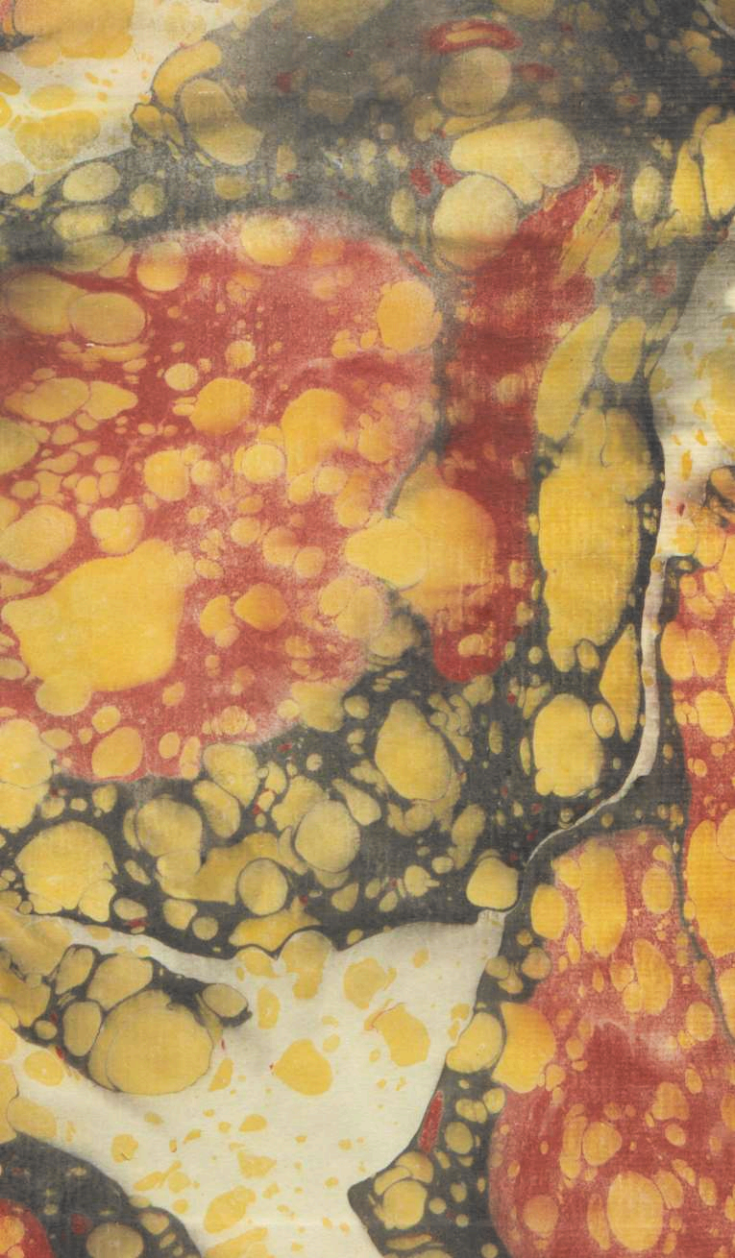

SERMONES VARIOS

CON MOTIVO

DE LAS PRESENTES CALAMIDADES

POR

DON MANUEL MUÑOZ GARNICA,

Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Jaen.

CON APROBACION DEL ORDINARIO.

JAEN.

Imprenta de los Señores Rubio,
Plaza de Santa María.

1872.

ANT
XIX
1313

SERMONES VARIOS.

A mi amigo el Sr. D. Leopoldo Eguilaz
un recuerdo de tiempos calamitosos
suyo afmo.

M. Moreno García

19 ...

R-66248

SERMONES VARIOS

CON MOTIVO

DE LAS PRESENTES CALAMIDADES

POR

DON MANUEL MUÑOZ GARNICA,

Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia de Jaen.

CON APROBACION DEL ORDINARIO.

JAEN.

Imprenta de los Señores Rubio,
Plaza de Santa María.

1872.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

AL EXCMO. SR. D. ANTOLIN MONESCILLO, OBISPO DE JAEN.

EXCMO. SEÑOR:

TENGO el honor de dirigir á V. E. la adjunta exposicion y el manuscrito de *Sermones varios* que intento dar á luz con el beneplácito de V. E.

Aspiro á interpretar las miras de V. E. siguiendo aunque á mucha distancia las huellas de su fecundo Apostolado. Debemos esperar que las calamidades con que de no pocos años á esta parte el Señor nos aflige, produzcan en el pueblo frutos de salud, y que la impía revolucion, compendio de todos los males, corrija la obstinacion de muchos hombres con ejemplares escarmientos, y alumbre su ceguedad con eficaces desengaños.

Nuestra predicacion, Excmo. Señor, no ha salvado á los gobiernos: oscilando entre la Iglesia y la revolucion, sin lealtad hácia la una, sin firmeza contra la otra, dejaron caer el antiguo edificio y consumaron la total ruina. En vano defendió V. E. la unidad religiosa en las Constituyentes de 1869, prestando un verdadero servicio al régimen provisional de entonces: fué desechado el voto de la nacion, fué desatendido el patriótico ruego de los Prelados de la Iglesia, y el gobierno no pudo constituirse, ó se quedó en el vacío. Pero hemos asistido al gobierno hasta su última hora; le hemos ayudado á bien morir; y cumplido este penoso deber, con lágrimas en los ojos nos volvemos del lado de la sociedad, tan separada del Estado como lo estamos nosotros, para defenderla y salvarnos con ella.

¡Qué leccion para los pueblos! El gobierno que se proponia destruir la Iglesia, él mismo se destruye; y proclamando principios antisociales, replega mas y mas la sociedad española en torno de la gerarquía eclesiástica: y la replega de tál modo, que nosotros venimos á formar la

sociedad y á ser el único principio de gobierno, con independencia del poder civil que nos deja el cuidado de vigilar por el órden, mientras los partidos liberales se apresuran á enterrar la libertad.

¿Qué saldrá de aquí? Solo Dios lo sabe. Lo que sabemos es que no puede haber gobierno si falta el fundamento religioso, y que la sociedad se disolveria si dejase de ser cristiana.

Con ocasion de los castigos que el cielo nos envia vengo refutando algunos de los errores mas trascendentales á que debemos atribuir muy principalmente las calamidades públicas. Dígnese V. E. corregirme con su paternal consejo, que servirá de mucho al clero en general y á todos los fieles.

La Iglesia perseguida no suspende su mision civilizadora, y espera que ha de ofrecerle un campo mas vasto la catástrofe de mañana. La Iglesia protegerá á los vencidos y amansará á los vencedores. Como ya no tiene bienes que perder, no puede ser blanco de tantas iras; y puesto que la despojaron los que ahora tienen que sufrir el ímpetu de las turbas, forzoso es que aparezca como víctima de la injusticia si se ha de castigar con visos de razon á todos sus expoliadores.

Paréceme, Excmo. Señor, que todo lo que se haga en este sentido y en favor de la sociedad condenada á muerte, será trabajar por el restablecimiento del órden y de la paz en el mundo. La propiedad y la familia no tienen ya ninguna garantía que valga tanto como la proteccion de la Iglesia, supuesto que el poder civil, así por sus doctrinas como por sus ejemplos, se va quedando sin fundamentos morales en que apoyarse.

Rogando á V. E. que con su notoria bondad me dispense esta molestia, queda muy suyo afectísimo S. S. y Cap. Q. B. S. A.

MANUEL MUÑOZ GARNICA.

Jaen 20 de Febrero de 1872.

SR. D. MANUEL MUÑOZ GARNICA.

De todo mi aprecio: Imprima V. los sermones que ha compuesto, en la seguridad de que harán buena su palabra, y con provecho de los lectores.

Despues de haber cautivado las almas por la palabra es menester interesarlas acudiendo á la prensa que las fije deleitando la vista, y haciéndola mensajera del pensamiento. Deje V., pues, correr de mano en mano el libro, ya que tan flúidamente se deslizó la palabra por el oido.

Entiendo que las vanidades del mundo serán como siempre fueron humilladas por la sublime locura de la cruz de Cristo. La Iglesia nunca va sola. Aun cuando suba al Calvario han de seguirla siquiera *a longè* mil fieles discípulos, que refiriendo luego lo que haya pasado llevarán la bandera de luz en medio de las confusiones públicas. Es cosa averiguada. Cuanto más hinchadas se levantan las olas, más pronto decrecen mostrándose vacías.

Cierto es que nuestra predicacion no ha salvado á los gobiernos. Pero ¿es tan cierto que no ha salvado las almas, y las preserva? Por otra parte, ¿nó sabe V. que no se salva quien nó quiere salvarse? Sembró V. por ventura para cosechar negociantes? El gobierno es negocio del mundo, empeñado en matar las conquistas de Dios. La revolucion se desvela por hacer de la policía y de la fuerza armada una religion desechando á Cristo; y como Cristo es irrepudiable, tórnase en demencia el desvelo de los gobiernos.

De seguro que nó han de atraer al pueblo como V., ni le han de instruir, ni le darán consuelos. Predicando obras de misericordia y practicándolas vencerá la pobre Iglesia las iras de los gobiernos; y por medio del catecismo, de la limosna, de la persuasion y del consejo, resolverá pacíficamente los problemas terribles que el espíritu moderno intenta resolver en las plazuelas.

Adelante, pues, Sr. Lectoral! En nuestras manos está el timon de la nave combatida. Ahondemos en los consejos de Dios para encontrar rumbos directos y sin escollos. *Gubernaculis tractanda sunt bella.*

Creo estar autorizado para decir, *adelante! adelante!* yo que llevo la nota de retrógado. De cierto no lo és quien á V. ruega no desista en sus laudables tareas.

Su afectísimo,

EL OBISPO DE JAEN.

Jaen 1 *de Marzo de* 1872.

PRÓLOGO.

Siendo tantas las calamidades que nos afligen, me ha parecido que seria de algun provecho al pueblo cristiano la publicacion de esta obra en que se tratan asuntos tan dolorosos, cuya importancia no es menester ponderar. «El Señor mandó al profeta Jeremías, dice el Ven. Fray Luis de Granada, que tomase un libro blanco y escribiese en él todas las amenazas y calamidades que él le habia revelado desde el primer dia que habia comenzado á hablar con él hasta aquel presente, y que leyese todo esto en presencia del pueblo.» [1] Pues á las mismas órdenes me atengo haciendo públicos estos discursos que versan sobre amenazas y calamidades, por si pueden ser de alguna utilidad á los predicadores y al pueblo cristiano.

[1] *Memorial de la vida cristiana*, trat. I. cap. I.

Salimos de las sequias, y entramos en las epidemias: escapamos de la muerte como por milagro, y sobrevienen guerras asoladoras ó gravísimos trastornos que nos derriban hasta el suelo. Pasados algunos momentos de calma aparece el hambre, y palidecemos ante el espectro de la miseria pública. A lo mejor estalla una persecucion contra la Iglesia, y viene á encrudecerla el sacrilegio que llena de espanto y horror á las poblaciones católicas. «Visto habemos, y cada dia nos pasan delante los ojos en estas canas del mundo, hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desórden de los temporales... Pues ¿qué es esto sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo, y cuasi ya desfallece?» [1] Con tan sensibles mudanzas andamos hace muchos años afligidos, siguiendo la corriente del pueblo que busca su refugio en la casa del Señor, adonde tenemos que acudir los primeros para consolar á los pobres, instruirlos é infundirles valor y confianza segun los casos, defender la sana doctrina, refutar los errores contrarios, y por último, contener la ruina de la sociedad que se va á pique á fuerza de malas enseñanzas y de peores ejemplos.

Este libro se escribe en buena coyuntura, y se recomienda por su título; mas yo quisiera que sobre la oportunidad que le dan las circunstancias tan calamitosas del tiempo presente, tuviera alguna eficacia para producir el bien.

[1] Carta del santo Obispo Euquerio á Valeriano, traducida por San Juan de la Cruz.

Esto es siempre difícil por muchas razones de gravísima importancia, á que se añaden otras que parecen pequeñas, no siendo despreciables. Porque es de notar que ponemos mayor confianza en la palabra hablada que en la escrita: todos nos conmovemos y nos afligimos en los castigos que el Señor nos envia, sin que deje de consolarnos el buen espíritu de los fieles que llenan las naves de los templos, y se apiñan en torno de la sagrada cátedra para oir la palabra de Dios. Pero no sucede lo mismo desde que comenzamos á ordenar los apuntes y pasamos nuestros discursos á la prensa: ni el que escribe ni los que leen se hallan en las mismas condiciones: aunque yo puedo asegurar que en este caso de ahora, no obstante que procurase adornar mis discursos con los atavíos mas decentes, la disposicion de mi ánimo era la misma que cuando se dijeron. Los tiempos no mejoran: y por la misma razon que en los padecimientos habituales se contraen los semblantes y retienen quizás para siempre la huella del dolor, así nosotros vamos quedando de tál manera con el padecer continuo, que nuestras aflicciones salen al papel casi tan espontáneas y naturales como cuando parecimos en público, rodeados de aquellas circunstancias tristísimas que por sí solas impresionaron con la mayor viveza al orador y al auditorio.

Al refutar en estos discursos los errores del dia, orígen de gravísimos males, nos propusimos fortalecer los entendimientos con saludable doctrina, y mitigar los acerbos dolores con los consuelos de la Religion. Cuando los israelitas se abrasaban de sed en el desierto, se quejaron á Moisés no pudiendo beber las aguas del mar, por-

que eran amargas; pero el Señor le mostró un leño, Moisés lo arrojó al mar, y las aguas se volvieron dulces: *in dulcedinem versæ sunt.* [1] Tál es la virtud de la Religion. El santo madero de la Cruz dulcifica todas nuestras amarguras, y sin la divina eficacia del principio religioso es imposible vencer las enormes dificultades que nos van saliendo al encuentro en el desierto de este mundo.

[1] Exod. XV. 25.

Multi ambulant, quos sæpe dicebam vobis, (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi; quorum finis interitus, quorum Deus venter est. Ep. ad Philipp. III. 18, 19.

Porque andan muchos de quienes os decia otras veces (y ahora tambien lo digo llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la perdicion, cuyo Dios es el vientre.

Mis queridos hermanos:

La Religion de Jesucristo se ve perseguida en el seno de la nacion católica; muchos templos han caido por tierra: muchas asociaciones cristianas han sido disueltas; todas las leyes que protegian el culto católico han sido abolidas; no se teme ofender las creencias religiosas del pueblo; se atenta contra los vínculos sagrados de la sociedad, y se pone en tortura la conciencia de muchos católicos que se ven en la dura alternativa de ejecutar ciertos actos contrarios á sus convicciones, ó sacrificar las ventajas de su honrada posicion y quedarse ellos y sus familias privados de los medios de subsistir. El Clero ha dado el buen ejemplo, como era preciso, porque la sociedad no puede salvarse sino por la Iglesia; pero no ha sido

solamente el Clero quien ha dado ejemplos de fortaleza: los está dando la juventud católica; los están dando multitud de profesores, oradores y escritores, consagrados á la polémica de palabra y por escrito, fundando escuelas cristianas y haciendo otras obras de caridad. Los está dando el pueblo asociándose con fervor á todas las protestas, acudiendo á los templos, y usando cuando se puede de los derechos políticos que al parecer se conceden á todos los ciudadanos, para cohonestar este reinado de la libertad que es la alegria de los malos y la pesadumbre de los buenos.

Bien caro nos ha costado, hermanos mios; pero á este precio hemos afirmado el derecho que teniamos de inculcaros el espíritu de sacrificio, el deber de la abnegacion. Sabiamos que no nos estimariamos dichosos «hasta que los hombres nos aborrecieran, como dice Jesucristo, y nos separaran, y hablaran mal de nosotros, y rechazaran nuestro nombre, como cosa mala, por el Hijo del Hombre:» [1] mas no habiamos experimentado todo el sabor de esas palabras divinas hasta que por seguir al Hijo del Hombre fuimos penados con este desprecio y condenados á esta muerte, que abrazamos resignados, para que por todos se crea

[1] *Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobaverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum, propter filium hominis. Gaudete in illa die et exultate; ecce enim merces vestra multa est in coelo.* Luc. VI. 22.

en la libertad de la conciencia y en la dignidad del honor.

«Pero muchos hay entre nosotros, decia el Apostol San Pablo, (y llorando lo decia; *nunc autem et flens dico)* que son enemigos de la Cruz de Cristo: su último fin es la reprobacion, porque su Dios es su vientre; sólo gustan de las cosas terrenales, y ponen la gloria en lo que constituye su confusion.» El excesivo apego á los propios intereses, el amor de los placeres y comodidades, el egoismo en fin es la raíz de estos desórdenes, el motivo de estas caidas, y la fuente de estas calamidades que han venido sobre nosotros. A vista de la Cruz de Cristo cuya gloria vengo á ensalzar, paréceme que debo hablaros del deber de la abnegacion. Se rebelará contra esta doctrina el espíritu del siglo que condena todas las austeridades, y se arrastra por el suelo contentándose con estar por lo *positivo:* pero el siglo se equivoca: porque la Cruz es un hecho bien positivo; el Calvario es una realidad; el Evangelio es un principio cierto de perfeccion, y la ley más positiva de la vida humana. El espíritu del siglo no ha de reformar el Evangelio; la moral divina no ha de atemperarse á nuestras depravadas costumbres, sino que estas y aquel han de corregirse y ponerse de acuerdo con la moral cristiana. A ello se opondrán los enemigos de la Cruz, de alguna de estas maneras; ó buscando conciliaciones con el espíritu del siglo; ó combatiendo al Cristianismo á todo

trance, hasta volcar la Cruz en el suelo. Contra unos y otros, ó más bien en favor de unos y otros levantamos la Santa Cruz, y os exhortamos á la abnegacion para que os clarifique y perfeccione la preciosa virtud de este sagrado madero.

I.

Seremos cristianos en toda la extension de la palabra, cuando seamos imitadores de Jesucristo. Es menester tomar su mansedumbre, su humildad, su abnegacion; abrazarse á la Cruz, y con ella hacer guerra al mundo para salvar al mundo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.» [1] «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.» [2] «El que no toma su cruz para seguirme, no es digno de mí.» [3] En estos y otros pasajes del Santo Evangelio está condenado el sensualismo y todas esas delicadezas y refinamientos del espíritu del siglo contra el que protestamos, ansiosos de tomar venganza de las heridas que nos ha hecho. Que pruebe el sensualismo á falsear esa ley: contra todas las interpretaciones de los *enemigos de la Cruz de Cristo*, estará siempre diciendo el Divino Maestro: «El que no toma su cruz para seguirme, no es digno de mí.» Vano fuera querer huir estos rigores buscando el amparo de una moral laxa, por-

[1] Matth. XI. 29.
[2] Ibid. XVI. 24.
[3] Ibid. X. 38.

que la moral está fundada en la religion: vano fuera querer falsificar el Cristianismo haciendo de su doctrina violentas interpretaciones, porque el Cristianismo no es más ni ménos que lo que su Divino Autor quiso que fuese. «El que no toma su cruz para seguirme, no es digno de mí.» No se puede torcer este pasaje de modo que se nos permita hacer lo que nos acomode, cuando la conciencia y el interés se hallan en oposicion. No hemos de suscribir á lo que no es justo, porque de resistir á injustas exigencias se nos siga un perjuicio: no hemos de sacrificar el rigor de los principios, por salvar ciertas ventajas que poco realce nos dieran si llegada la ocasion no fuéramos capaces de despreciarlas. Este es el caso de tomar la cruz y seguir á Cristo: no queramos ser de aquellos enemigos, de los cuales decia á los Filipenses el Apostol San Pablo: *Quorum Deus venter est.* «Cuyo Dios es su vientre.»

Desde los primeros siglos se entendió de esta manera el Evangelio. Unos cristianos dedicaban sus bienes al socorro de los pobres, otros los retenian, pero vivian con desprendimiento; es decir, poseian como si no poseyeran, usaban de este mundo como si no usaran, «porque pasa la figura de este mundo», dice San Pablo.[1] Tambien habria

[1] *Qui gaudent tamquam non gaudentes, et qui emunt tamquam non possidentes, et qui utuntur hoc mundo tamquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi.* I ad Corinth. VII. 30, 31.

entonces incautaciones y despojos, porque el hurtar es muy antiguo: el derecho y la justicia no podrian prevalecer contra las rapiñas y las violencias; pero sabemos por el Apóstol de las Gentes que los cristianos sacrificaron al grito de su conciencia sus intereses y su posicion, por no perder el derecho á otros bienes de mayor precio. [1] Finalmente, por Cristo dejaron la vida: pensando en la resurreccion despreciaron la muerte; y se prepararon para consumar el sacrificio alcanzando sobre su flaca naturaleza pequeñas victorias, renunciando á las comodidades de la vida, perdiendo sus bienes, posponiendo los honores y dignidades á las ignominias de la Cruz. Aun despues que pasó lo más recio de las persecuciones, los cristianos más valerosos se retiraron del mundo, y desde la soledad, metidos en cavernas, confortaban y sostenian con su doctrina y ejemplo á los fieles que permanecian en las ciudades, expuestos á la corrupcion de las costumbres y á las tentaciones del siglo. Ahí están los ejemplos de Pablo y Antonio; se formaron en la soledad; atrajeron discípulos; en la escuela de la mortificacion se hicieron santos y sábios; y si por ventura pasaban á las ciudades, aun las más corrompidas los admiraban: los Emperadores mismos acababan por respetar á unos

[1] *Rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem et manentem substantiam.* Ep. ad Hebr. X. 34.

hombres que no tenian riquezas que perder, y á quien ni el destierro ni la muerte causaban espanto. A ellos acudian pidiendo reglas y consejos los que deseaban arreglar su vida: las mejores máximas de gobierno ellos las dieron: sin sus esfuerzos no se hubiera salvado la antigua civilizacion: todos fundaron escuelas, escribieron ó enseñaron; estudiosos en los monasterios, penitentes en las montañas, el amor de la religion y la observacion de la naturaleza los convirtió en filósofos, que conservaron y trasmitieron hasta nuestros dias el deseo de la contemplacion y los principios del saber. Por último, la austeridad cristiana salvó nuestra sociedad: aquellos hombres formaron con el ejemplo de su vida una raza nueva de gentes vigorosas: desterraron la peste de la sensualidad, cambiaron el temperamento de pueblos decrépitos, los rejuvenecieron; y cuando esos pueblos se sintieron renovados por la virtud de la Cruz, se arrojaron á tantas sublimes empresas que dieron el triunfo á la civilizacion cristiana, y pusieron de relieve la grandeza moral y material de las modernas naciones. Esas empresas fueron las cruzadas, las guerras contra infieles, las expediciones militares y científicas, los viajes más atrevidos, los descubrimientos más portentosos, la conversion ó la fundacion de nuevos Imperios, y las concepciones más gigantescas de que sólo el espíritu religioso hubiera sido capáz. Las orgías de la decadencia romana dejaron los cuerpos sin sangre, pero

la renovacion de la vida cristiana formó hombres de hierro como sus armaduras: el egoismo causaba la muerte, pero la vida volvió con el espíritu de sacrificio; toda luz se apagaba, pero el sol del Cristianismo se colocó en nuestro meridiano y ahuyentó las tinieblas: la barbarie amenazaba resucitar el paganismo, pero la civilizacion cristiana alcanzó sobre el paganismo triunfos asombrosos.

Yo bien sé que la grandeza de esos siglos y el valor de tan grandes hechos no quieren decir que todos los cristianos de entonces fuesen tan mortificados, tan desprendidos y generosos, como lo eran en realidad aquellos pueblos mirados á todo bulto. No olvidamos que mucho antes de eso, en la cristiandad naciente, hablaba muchas veces el Apóstol San Pablo *(sæpe dicebam vobis)* de aquellos enemigos de la Cruz de Cristo, es decir, de aquellos cristianos que anteponian sus comodidades y no estaban dispuestos á sacrificar sus conveniencias á las prescripciones de la ley, que ellos pretendian seguir: y si ya esto sucedia cuando la cristiandad era tan pequeña y estaba en sus principios, ¿qué no sucederia despues y habiéndose extendido por todo el mundo? Por fuerza entrarian estos flacos cristianos en el camino de las transacciones y conciliaciones, no queriendo renunciar á la Religion ni sacrificar sus conveniencias. No querrian quemar incienso á los ídolos, ni perder el favor de los príncipes; no querrian apostatar de la religion, ni verse exonerados de

los cargos públicos: no querrian los horrores del anfiteatro, ni privarse de las ventajas de residir en una ciudad populosa: no querrian vivir en aquella sentina de vicios, ni tendrian el valor de huir al desierto por no renunciar á los patrios lares. Conocemos perfectamente esta industria de las conciliaciones, y la conocemos mejor que nadie, porque pertenecemos á un siglo que de las transacciones y acomodamientos ha hecho todo un sistema que goza por regla general de grandísimo prestigio. Bien se sabe que no caben conciliaciones entre Cristo y Belial, y así se repite de contínuo: pero como nosotros somos tan flojos y estamos por ellas, cuando llega una cuestion concreta no vemos á Cristo ni á Belial tampoco. Ni apostatamos del uno, ni seguimos al otro, quedándonos en este medio imposible que hemos imaginado. El uno salva las apariencias, el otro dice que la cuestion no es religiosa: éste se atiene á los *principios fundamentales* del cristianismo, arca santa que se propone salvar siguiendo la pauta del protestante Jurieu; aquel condena las exageraciones. Habrá quien se equivoque: pero si están equivocados los que se perjudican, su buena fé no puede ponerse en duda. Hemos intentado conciliar nuestros intereses con nuestros deberes, y no lo hemos podido; queriamos que la prudencia nos salvara segun arreciaban los apuros, y nada se salvó. Despues de todo, el acierto tendrá que estar de parte del que se perjudica, de parte del

que resiste, de parte del que lucha y protesta, de parte del que hace guerra á la impiedad, de parte del que renuncia á sus comodidades por amor á sus convicciones y en aras del honor.

Ni la dolencia del siglo, que como todos saben es mal de muerte, se puede curar con paliativos, sino con remedios heróicos. Del clero tenia que partir la resistencia, y era oportuno dar el buen ejemplo ahora que andan humillados los reformadores de otros tiempos que se erigieron en maestros de la moral y del saber, con pretensiones de moralizar y disciplinar al clero mismo para que bajo su sábia y rígida direccion llegara á ser un dia, si no un gran foco de ilustracion y de virtudes evangélicas y sociales, muy superior á las ilustraciones del mundo civil, al ménos una clase ilustrada y ejemplar que secundara los designios de reformadores tan expertos. Pero ¡oh vanidad de las cosas humanas! ¿dónde están hoy aquellos ilustres varones que quisieran haber comunicado su espíritu á esta Iglesia tan humilde, levantándola, si nuestra rudeza lo consentia, á la altura y esplendor de una nueva edad de oro? ¿qué se ha hecho de los que se prometian tan poco de unos instrumentos tan débiles, no disimulando el pesar que les causaba no encontrar en el clero una ilustracion como la suya, un celo como el de otros tiempos, una abnegacion á la altura de las circunstancias? Procuren ellos salvar en lo posible las ventajas de su antigua posicion, ya que los

enemigos de la Cruz no oprimen por igual todas las conciencias. Muchos pudieron salvar la suya por medios honestos que al clero en general no le son permitidos: busquen acomodamientos honrosos, cedan y transijan, ó inclinen la cervíz nuestros rígidos censores; pero el clero hace ahora sin ruido lo mismo que otras veces; desciende de su posicion, alta ó baja, consiente en ser privado de sus haberes, y en un mismo dia el clero de toda España se queda reducido á vivir de limosna. Hace en las revoluciones lo mismo que en las epidemias: asistir á los apestados y esperar la muerte. Todos los dias se dice para disculpar flaquezas, que se han rebajado los caractéres: pues volvamos los ojos á la Iglesia, donde el espíritu de sacrificio no se ha extinguido. Que la Iglesia nos diera lecciones, no lo creian muchos. Ni se pensaba que pudiera llegar este caso: creíase que los altos poderes del Estado, que la Administracion, que el Gobierno nos salvarian de la tormenta que amenazaba: pero descargó la nube, todo lo ha destruido, y para alivio de penas, ha rebajado los caractéres. Esto no es verdad en absoluto, y no creemos que así se diga para apartar los ojos de las clases y personas que han hecho los esfuerzos que podian para levantar los caractéres al nivel de la virtud y á la altura del honor. Quizás se disminuya con esta guerra que se nos hace la ilustracion del clero: decacrán las escuelas eclesiásticas: muchos individuos perecerán en la miseria: otros para no

morir se dedicarán á trabajos serviles, y como sucedió al clero de Irlanda, contraerán por necesidad los hábitos groseros de la plebe. En algo se nos conoce ya la decadencia; nuestra cultura carecerá de buenas formas, y aun el tono de la voz tendrá un dejo desapacible: pero al paso que llevan todas las cosas, es visto que aun con este desmedro nos encontraremos en primera línea; porque la revolucion va introduciendo la anarquía y la barbarie en el gobierno, en la enseñanza y en las costumbres: la revolucion desecha ya los abogados y literatos, condena todas las aristocrácias, la de la sangre, la del talento, la de la fortuna, la de la virtud; comienzan á ser sus ídolos los que no saben hablar ni escribir; y recelosa de cuanto en el mundo brilla y sobresale, todo lo condena y todo lo extermina. La Iglesia es nuestra esperanza, hermanos mios: sin ella perece la sociedad. Unicamente la Iglesia puede conservar y restaurar, porque vive en ella, como se está viendo, el espíritu de sacrificio. *Oh Crux, ave spes unica!*

Desde que se empezó á pregonar los derechos del hombre y cada cual se creyó soberano, se pudo prever el fatal término á que nos conduciria el egoismo. El soberano se diviniza, el hombre se adora, la abnegacion deja de ser su ley moral; conságrase á la satisfaccion de sus necesidades ó de sus pasiones; su religion es el egoismo, y su vientre es su Dios. No todos quisieran descender

tan bajo; quisieran salvar su religion, pero conciliarla con sus comodidades y placeres. Con esta conducta el espíritu de sacrificio se acaba. No hay que esperar arranques generosos; falta el valor para sacrificar los intereses: las almas se achican, y los hombres se hacen tan pequeños, que aun cuando se precien de cristianos y quieran seguir la ley del Evangelio, no tienen energía sino para oponerse al bien que turba su reposo. Ellos no quieren el mal, no quieren el error; pero si sobreviene un diluvio de errores y de males ¿qué han de hacer? no se puede resistir, dicen, al torrente del siglo; oponerse sería hacer un sacrificio inútil: mejor será ceder y pactar con el mal, erigido en gobierno, que acaso podrá garantirnos el reposo y la felicidad de que gozamos.

No necesito condenar esta amalgama del egoismo y de la sensualidad con la moral del Evangelio: vuestro sentido cristiano se adelanta á mi palabra y la condena desde luego. Nos podemos salvar en el mundo, en medio de las riquezas, en la barahunda de los negocios y en las más altas posiciones, pero haciendo una vida cristiana. Con los que viven en el mundo usó de muchas contemplaciones San Alfonso Ligorio; y en punto á condescendencias, pocos maestros de la vida espiritual habrán sido tan amables y tolerantes como San Francisco de Sales, restaurador de la piedad entre las gentes del siglo; pero «no creais, os diré con Bossuet, que desfiguró la *religion* para hacerla mas

agradable á los ojos de los mundanos, sino que la presentó con su traje natural y propio, con su cruz, con sus espinas, con su abnegacion y sus sufrimientos.» [1]

II.

Lo dicho respecto de las conciliaciones en que salen tan lastimados los intereses de la religion, se esfuerza mucho más volviéndonos hácia otros enemigos de la Cruz de Cristo, que sin pretender alianzas entre la religion y el egoismo, se declaran adoradores de la materia y son decididos partidarios de la sensualidad. Para estos no hay dudas ni conflictos: una sóla cosa tienen que hacer: salvar sus intereses, defender su posicion, acrecentar, si es posible, las ventajas que disfrutaban. El medro personal: esto es lo único necesario. El Apóstol San Pablo hace el retrato de estos hombres egoistas, codiciosos y soberbios, ingratos hasta la crueldad, desprovistos de toda afeccion y de todo sentimiento generoso. [2] Viven una vida animal, profesan un individualismo sin pudor, juntan la impiedad á la licencia, [3] vomitan en vergonzosos festines la espuma de sus desórdenes, [4] despre-

[1] *Panegyrique de saint Francois de Sales.*

[2] *Homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine affectione, sine benignitate.* II ad Timoth. III. 2, 3.

[3] *Secundum desideria sua ambulantes in impietatibus.* Ep. Jud. 18.

[4] *Convivantes sine timore..... despumantes confusiones suas.* Ibid., 12, 13.

cian todo poder, insultan toda majestad, [1] murmuran de la virtud, y persisten con la mayor tenacidad en su ocupacion de morder y deprimir sin miramiento alguno. Habladores orgullosos, se extreman en sus ataques queriendo persuadir á los demás que ellos obran así por un sentimiento de independencia que los lleva á la oposicion, y á probar con la entereza y dignidad de su carácter la más cruda resistencia. Pero estos hombres independientes, así que se muda el astro de la fortuna, ellos se mudan tambien, y pasan con facilidad del desprecio á la admiracion de las personas, ó de la admiracion al desprecio, segun lo que á sus intereses conviene. [2]

Nadie nos ha de pedir cuenta, mis queridos hermanos, de estas palabras que parecen tan injuriosas. Los hombres que decimos del siglo están perfectamente conocidos y juzgados; y aunque todos los dias el mundo los juzgue con caridad ó sin ella, el Espíritu Santo nos exhorta á reprenderlos para que por este medio se salven. [3] El siglo los ha producido: son hijos de la doctrina que enaltece los intereses y los placeres: y la sociedad que ha puesto encima de todas las cosas los bienes materiales, envenenó con este sensua-

[1] *Dominationem spernunt, majestatem blasphemant.* Ep. Jud. 8.

[2] *Mirantes personas quæstus causa.* Ibid. 16.

[3] *Argüite judicatos, illos vero salvate, de igne rapientes.* Ibid. 22, 23.

lismo á las nuevas generaciones. Así vemos que para estos hombres materializados, la vida va siendo cada vez menos espiritual: todo se encierra dentro de límites harto estrechos, y no tienen más Dios que su vientre. Estos son enemigos de la Cruz de Cristo en toda la extension de la palabra. Tal vez hablarán de la virtud, y con el mayor cinismo se contarán entre los hombres virtuosos; á veces tendrán el atrevimiento de hacerse los apologistas de la moral, saliendo manchada de sus lábios: se atreverán con descaro á contarse entre los partidarios del progreso y los amigos de la ciencia, cuando ellos son los que nos empujan hácia la decadencia y la barbárie. Ponen toda su gloria y la del siglo en el desarrollo de la industria y del comercio, sólo porque los bienes terrenales halagan su sensualidad; de modo que el amor de estas ventajas, y el desarrollo de la ciencia, y el progreso tan ponderado, se convierten en oprobio. ¿No estamos viendo hoy mismo el uso que hacen del ingenio, del estudio y de los adelantos los brutales enemigos de la Cruz de Cristo, casi dueños de la Europa cristiana? Todo el progreso lo reducen á la ciencia; mas para los materialistas, la ciencia es la química: el mejor fruto de la química es la invencion de materias incendiarias, y la más excelente aplicacion de estas materias consiste en derribar monumentos y abrasar ciudades. Lo estamos viendo con nuestros propios ojos: los exterminadores tienen la amenaza suspendida sobre nuestras cabezas, y han abolido

los delitos comunes, que entran á ser los medios legales de una asociacion que los aprueba y tiene por lícitos.

Es verdad que los estragos que presenciamos son tan horrorosos, que no pueden ménos de producir algun estremecimiento en los idólatras de los intereses materiales. Hemos visto los incendios de París, las bombas explosivas, el petróleo en los subterráneos, la mecha junto á los polvorines, y á los hombres de ciencia recogiendo sulfato de carbono, ácido prúsico, y el fósforo por kilógramos, para incendiar y matar con la celeridad del rayo. Numerosos *comités* existen organizados en toda la Francia para destruir monumentos artísticos, todas las obras de bella arquitectura. Los incendiarios están apoderados de París, Marsella, Lyon, Toulouse, Bourges, Nancy, principales ciudades de Francia. Añádase que los incendiarios han contado siempre en su favor, como sucedió en otro tiempo en Inglaterra, con el contagio: un sólo incendio estimula y da ocasion á otros incendios, como se ha visto en España algunas veces en el incendio de mieses, dehesas y fábricas, que dieron pábulo á una competencia furiosa. Arroyos de sangre y de ardiente lava corren por las calles, y en cierto modo se repiten los estragos de Herculano y Pompeya. Ah! ¿quién no tiembla por su fortuna, por su propiedad, por su casa, por la suerte de sus hijos? ¿Quién no piensa al ménos que este puede ser un castigo del cielo, y que es urgente acudir á

la religion, único remedio que hasta ahora no se quiso adoptar?

Sin duda se producen nuevos testimonios en favor de la religion á vista de las ruinas y de las llamas. Los mismos idólatras de los intereses materiales, temerosos de perder su fortuna, empiezan á conocer que la religion es una necesidad de la sociedad, y quizás lleguen á protegerla, sobre todo, si logran persuadirse plenamente de que es la mas sólida garantía de la propiedad y de sus más preciados derechos. Pero ¿qué lugar darian á la religion estos hombres sensuales? ¿Tomarian de ella el espíritu de sacrificio? ¿Amarian la sobriedad y templanza de la vida, la mortificacion de los sentidos, las austeridades de la penitencia? ¿Se abrazarian á la Cruz? Y supuesto que ya se dignan algunos, amedrentados por la catástrofe, articular algunas frases en honor del Evangelio, ¿llegarian á conformarse con su divino espíritu hasta el punto de buscar lo primero el reino de Dios y su justicia, en la confianza de que las demás cosas se les darán por añadidura? Pero ¡ah hermanos mios! ¿no estamos viendo que siguen siendo lo que fueron, salvo estas ineficaces concesiones que antes no hacian, y que sólo anhelan que la religion de los demás á ellos los ampare en la tranquila posesion de sus riquezas y placeres? querrán la religion en cuanto pueda servir para defensa de sus intereses; la querrán como se quiere un arma de fuego contra el cobarde asesino, ó como se quiere una cerradura

contra la astucia del ladron. ¿Qué esperanzas hemos de fundar en las estériles concesiones que hagan á la religion los enemigos de la Cruz de Cristo, «amadores del deleite más bien que de Dios», como dice el Apóstol San Pablo? ¿de qué sirve que «tengan la religion en los lábios si no la tienen en el corazon?» [1] «Aun cuando ellos invoquen las ideas cristianas, y hablen con dulzura, no llevan el propósito de trabajar por Nuestro Señor Jesucristo, sino de servir á su vientre.» [2] No están por la religion los que la consideran buena para garantir la tranquila posesion de las riquezas: no vivirán segun las leyes del espíritu los que hasta en este insignificante homenaje que prestan al Evangelio no prescinden de sus miras egoistas.

En esta catástrofe que ya parece inevitable, en esta irrupcion de bárbaros que no viene de fuera sino que sale de nosotros mismos, como los gusanos de la podredumbre, bueno será recordar á los ricos el gran ejemplo de San Paulino de Nola. Cogióle en Italia la entrada de los bárbaros, que todo lo llevaban á sangre y fuego. No temia perder sus intereses, no temia perder la vida; su único temor era el ser sacrificado á causa de su reputacion de hombre rico, y no en el concepto de discí-

[1] *Voluptatum amatores magis quam Dei; habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem hujus abnegantes.* II ad Timoth. III, 4, 5.

[2] *Hujuscemodi enim Christo Domino nostro non serviunt, sed suo ventri.* Ep. ad Rom. XVI. 18.

pulo fiel y buen servidor de Jesucristo. «Señor, (así exclamaba el santo obispo de Nola) si yo he de morir á manos de los bárbaros, que no sea por el oro y la plata; porque vos sabeis dónde tengo mi tesoro y mis principales afecciones.» *Non excrucier propter aurum aut argentum; ubi enim sint omnia mea tu scis.* [1] Harto se sabia dónde tenia Paulino sus principales afecciones. Hijo de Burdeos, descendiente de senadores, cónsul en tiempo del emperador Graciano, amigo del poeta Ausonio, heredero de inmensas riquezas, casado en España con una mujer riquísima, la primera española que llevó el nombre de Teresa, se apartó de su mujer, dejó el senado y el mundo, mudó solemnemente de traje en la Iglesia de Barcelona, distribuyó sus bienes á los pobres, y fuese á Italia donde se habia reservado una pequeña herencia en la Campania. Paulino tenia sus afecciones donde las pusieron tantos hombres acaudalados y tantas mujeres ilustres que viendo avanzar las huestes de Alarico, dieron libertad á los esclavos, distribuyeron sus bienes á los pobres ó los donaron á las Iglesias, huyendo en piadosas caravanas al Egipto, á Jerusalen, al Africa, á salvar su fé ó á vivir penitentes en los desiertos de la Tebaida. ¡Qué fin tan miserable el de aquellos senadores y nobles romanos que en la víspera de la irrupcion y hallándose la capital poco menos que cercada, concurrian á las

[1] *August.* De Civitate Dei, l. I. c. X. 2.

termas y á los teatros, se paseaban en la via Apia en doradas carrozas arrastradas por soberbios caballos, y llevaban una vida de placer! Vino la inundacion con Alarico, y pereció la sensualidad en aquel oleaje. Comparad este fin con el de Santa Paula, á quien puso San Gerónimo este epitafio: «Aquí yace la hija de los Escipiones y de Paulo Emilio, la descendiente de los Gracos y de Agamenon, Paula, la primera del senado romano que dejó su familia y Roma su patria, su fortuna y sus hijos, para vivir pobre en Belen, cerca de tu gruta, ¡oh Cristo! allí donde los Magos honraron en tí al hombre y al Dios.» [1]

No os propondré la fuga, mis queridos hermanos: la hora de la total destruccion no ha sonado aun para nosotros, aunque se acerca. Ya asoman las bandas de otros Alaricos y de un nuevo Atila. ¿Quereis salvar vuestra fé, vuestros derechos, vuestra propiedad, vuestras familias y vuestra patria? acogeos á la religion de Jesucristo, tomad la enseña de la Cruz, santificad vuestras almas con el espíritu de la abnegacion. Recuerdo que San Agustin, enumerando los estragos de los bárbaros, decia que muchos hombres sensuales de aquellos que tanto abundaban en los tiempos del Bajo-Imperio, á última hora se metieron con sus familias y riquezas en los templos, y así se salvaron. Es de temer que no suceda ahora lo mismo, porque los

[1] Ep. 27. *Ad Eustochium.*

bárbaros de la civilizacion son mas feróces que los que entonces salieron de los bosques de la Germania: pero la Iglesia contra la cual se están dando las mas furiosas embestidas, la religion, blanco de apasionados ódios, será la que amanse á estos bárbaros, suavice su fiereza, domeñe su poder con el poder de la Cruz, nuestra única esperanza. Gracias á Dios, hermanos mios, esta verdad es confesada por todos. No se espera en los Gobiernos, ni en los ejércitos, ni en los arreglos de la política: sólo Dios puede salvarnos; el milagro lo ha de hacer la religion: la salud ha de venir por la Cruz de Cristo, porque «no se ha dado á los hombres otro nombre en el que puedan ser salvos sino el dulce nombre de Jesús.»[1] En lo humano no se encuentra remedio ni hay esperanza: para no perecer es preciso que nos salve la religion. Pero si Dios tiene misericordia de nosotros y nos salva por la virtud preciosa de la Cruz, preparáos á oir, mis queridos hermanos, mil cánticos de gloria y acciones de gracias como las que tributaron aquellos enemigos de la Cruz de Cristo, al contemplar que viéndose anegados con sus fortunas y sus familias se pusieron en salvo acogiéndose á los principios tutelares del Cristianismo. Desde entónces no se habla sino de la virtud divina de la Cruz, de la influencia saludable de la Religion que

[1] *Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri.* Act. Ap. IV. 12.

salvó al mundo de los desastres pasados: imitemos, hermanos mios, el desprendimiento y abnegacion de los cristianos perseguidos, y así prepararémos los caminos de Dios para los triunfos futuros.

Voy á concluir diciendo brevísimas palabras á los que llama San Pablo enemigos de la Cruz de Cristo. Los unos no quieren serlo en realidad, no lo son en su corazon, pero son transigentes y avenibles en demasía; más amigos de sus deleites que de Dios, interesados, poco generosos, hipócritas tal vez, engañadores ó cobardes, faltos de instruccion, de no muy sano sentir en materias religiosas, ó quizás se hacen la violencia de seguir la corriente del error por no ponerse en lucha con el impío liberalismo que les arrebataria en un momento todas las ventajas de su posicion social. Los otros son los enemigos declarados de la Cruz de Cristo, los adoradores de la materia á quienes hemos retratado con una pincelada, porque no merecen ser calificados con igual pulso y detenimiento. A los primeros sólo diremos: venid á nosotros, y juntos demos gracias á Nuestro Señor Jesucristo: abominad esos principios de que «muchos de vosotros habreis hecho una profesion simulada para libraros de los desastres del momento.» [1] No es tiempo de ceder: no os valdrá el transigir:

[1] *Quod multi eorum mendaciter usurparunt ut effugerent pœnas præsentis exitii.* De Civitate Dei, lib. I. c. 1.

tendréis que hacer por completo el sacrificio de la religion, y os vereis abrumados con brutales exigencias porque venís cediendo. Alegrad la ciudad de Dios como hoy hacen muchos, detestando la impiedad y corrigiendo sus yerros. *Quorum multi, correcto impietatis errore, cives in ea fiunt satis idonei.*

En cuanto á los enemigos declarados de la Cruz de Cristo, ¿qué diré? el infierno les espera; y si no temieren el castigo de Dios en la otra vida, ahí tienen casi á las puertas de la ciudad el *azote de Dios*. Los entregamos en manos de los ladrones y asesinos cuyo poder se sobrepone á las leyes ó medra con ellas: venga la terrible asociacion con la antorcha del incendiario á destruir los palacios y haciendas de los que no tienen más Dios que su vientre, y caigan en las redes de esa sociedad que se jacta de su extension y del número de sus agentes, como pudiera hacerlo la *Compañía de Indias*. No querian Dios ni religion, creencias ni costumbres, sino vivir y gozar, tener riquezas y placeres, honores y dineros, haciendas y palacios, sin averiguar si tienen ó no tienen alma como criaturas racionales, y si hay otra vida para las almas que no mueren. Estarian por la religion para los demás, si esto fuera necesario para defender sus intereses: aunque en este órden, ellos se contentarán con poco: se contentarian con ser felices, y bastaria para serlo que el gobierno por ejemplo los librara de la invasion extranjera, de

los incendiarios, de las epidemias y otras calamidades. [1]

El castigo de Dios viene sobre nosotros: la invasion, ó la erupcion más bien; el incendio, el pillaje, el exterminio. Si es el azote de Dios, digamos lo que dijo á Atila un santo obispo de la Galia: «bien venido sea el azote de Dios:» y mandó abrir las puertas de la ciudad sitiada por los bárbaros. Pero nosotros que tenemos tanto temor á la ira suprema de nuestro Dios ofendido, levantamos la Cruz en alto, hablamos al corazon de los pueblos, nos dirigimos á nuestros hermanos, y aun miramos por sus intereses, rogándoles por las entrañas de Jesucristo que se unan de todo corazon al santo lábaro de la Cruz que ha vencido al mundo. Haga la sociedad un esfuerzo, y el azote de Dios pasará de largo. Así sea por su infinita misericordia, y así lo esperamos por los méritos de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo á quien sea dada la gloria, y el honor, y el imperio, por los siglos de los siglos. Amen.

[1] *Tantum efficiant ut tali felicitati nihil ab hoste, nihil a peste, nihil ab ulla clade timeatur.* De Civitate Dei, lib, II. cap. 20.

Iniquitates vestræ diviserunt inter vos et Deum vestrum. Is. LIX. 2.

Vuestros pecados pusieron division entre vosotros y vuestro Dios.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Probados con la vara de la tribulacion en estos tiempos tan calamitosos, venimos á Jesús confiados en su clemencia, porque sus misericordias no tienen número. Sin los consuelos y esperanzas de la Religion ¿qué fuera de nosotros en estos dias? No pereceremos, mis queridos hermanos; no morirán los pobres; no quedarán desoladas nuestras fértiles campiñas; vuestras esperanzas no serán defraudadas. La santa Religion que en las dudas es luz, y en las pasiones medicina, y en las tentaciones fortaleza, y en todos los males y trabajos auxilio y eficacísimo consuelo, nos sostendrá y consolará en las presentes aflicciones.

El fundamento de nuestras esperanzas no puede ser más seguro. Aquí resplandece la misericor-

dia del Señor como en las regiones más afortunadas. Pródigo en todo linaje de bienes, así espirituales como temporales, dió su fecundante virtud á la tierra, y la enriquece y hermosea con variedad de frutos. El cielo propicio, benigno el clima, no escasean de ordinario los bienes de la tierra: pero el Señor prueba nuestra fé de cuándo en cuándo para que no despreciemos la generosidad de sus dones, ni echemos en olvido que todo depende de su voluntad soberana. Basta la serenidad del cielo para destruir las cosechas: de aquí viene el encarecimiento de los artículos de primera necesidad; la general carestía empobrece las industrias, paraliza el comercio, oprime á los pobres, aflige á los hombres compasivos, y ocasiona enfermedades que á favor de la miseria pueden hacerse contagiosas. ¡Cuántos males en uno! Tambien en la mano de Dios todas las causas se subordinan, y los más variados efectos se encadenan, dependientes de un sólo resorte.

Valiéndose de castigos ó usando de amenazas, el Señor se propone corregirnos; quiere que volvamos del letargo de la culpa; nos excita á la fé; quiere que clamemos á Él, y que le pidamos con religioso fervor y cristiana confianza *el pan nuestro de cada dia*. Pedir como hijos amantes y sumisos á un Padre tan misericordioso y tan bueno es reconocer el órden de la sábia Providencia, contra el que se rebela la soberbia en estos dias. De la variedad de condiciones, de que falte á unos y sobre á

otros, se sacan argumentos contra la Providencia divina: y tales quejas se esfuerzan cuando asoman calamidades como la de ahora, que si Dios no la remediara, acabaria con todos. El hombre frívolo no verá en esta variedad de condiciones y de accidentes sino el azar, favorable á los unos, contrario á los otros: el soberbio creerá percibir un desórden que acusa á la Providencia: pero el cristiano mira por encima y descubre los designios de la Providencia divina en la direccion y gobierno del órden moral. Vosotros mirais á derechas y veis estas cosas con toda claridad; por esta razon implorais los divinos auxilios: hagamos ver que los pecados, poniendo un muro de separacion entre Dios y nosotros, impiden á la misericordia venir al socorro de nuestra miseria.

Traeremos á la memoria un pasaje del Evangelio en que se retrata muy al vivo el yerro de nuestra conducta. El Señor oraba, mientras los Apóstoles dormian. Este es el pasaje: parece tomado de nosotros mismos, que nos abandonamos al sueño del pecado mientras el Señor vela y ora solícito por nosotros.

Este sueño con el que damos á entender que los intereses del alma y aun las cosas temporales

nos son indiferentes, es por sí sólo un desprecio de los preceptos y amonestaciones divinas. El Señor se muestra propicio; dice que va á orar: muestra su solicitud en favor de sus discípulos, pero quiere que los discípulos se mantengan vigilantes: *velad*, les dice: *vigilate*. No parece bien que mientras el Señor se postra en tierra, y ora al Eterno Padre, y ofrece su sacrificio, y acepta el cáliz de la muerte por salvar á los pecadores, se duerman negligentes los discípulos, cuando de ellos y de sus intereses es de lo que se trata. Ingrata correspondencia!

Se puede vivir así más ó ménos tiempo, porque el Señor es pacientísimo y sus misericordias no tienen número. Todos los dias sale el sol sobre los buenos y sobre los malos, y desciende la lluvia sobre los justos y sobre los pecadores. La Providencia de Dios es tan rica y tan generosa que derrama en abundancia sus dones, y los derrama indistintamente. Mas hé aquí que se acerca la hora de su justicia, la hora que se tenia reservada: la hora que anunció á sus discípulos diciendo: *ecce appropinquavit hora*.[1] Hé aquí la hora de la tribulacion, la hora de la enfermedad ó de la muerte, el tiempo de la sequía ó los dias de la persecucion. ¿Permanecereis en el sueño de la culpa?

No, amados de mi alma. Vengamos á Jesús, pero vengamos arrepentidos de nuestros pecados.

[1] Matth. XXVI. 45.

Que nos pese de todo corazon haber despreciado sus avisos y mandamientos: ¿cómo nos dormimos debiendo estar vigilantes? ¿qué hemos hecho? El Señor oraba por nosotros y se desfallecia penitente, y con su sangre generosa humedecia la tierra; ¿y nosotros dormiamos? Tan solo se apartó de nosotros como un tiro de piedra, *quantùm jactus est lapidis*;[1] que su amor no le consentia mayor distancia: y nosotros dormiamos? Muy cerca nos tenia, y se apropiaba nuestros males, y era todo nuestro; ¿cómo pusimos un muro de separacion entre Él y nosotros?

No sabemos qué responder. Vino el Señor una vez y nos encontró dormidos, como á sus discípulos fatigados. Vino segunda vez, y seguiamos durmiendo; *denuò invenit eos dormientes*. Vino á la tercera, *venit tertiò*, y nos reprende con severidad, nos reconviene con justicia, diciendo: «hé aquí que se acerca la hora: preparáos á recibir los castigos que merece vuestra indolencia en el servicio de Dios. Habeis despreciado mis avisos cuando era tiempo; pensábais que todos los bienes os eran debidos sin que pusiérais de vuestra parte la menor cosa para merecerlos; no quisísteis velar conmigo una hora siquiera, y vuestra conducta ha levantado un muro de separacion entre nosotros.» ¿Qué responder á estas reconvenciones? Hábiles como somos para fraguar excusas, nos encon-

[1] Luc. XXII. 41.

tramos delante del Señor sin poderle responder una palabra, como aquellos discípulos de quien nos dice el Evangelista San Marcos: «y no sabian qué responderle.» [1] ¿Diremos que la Providencia cuida de todos y manda la lluvia y el sol sobre los buenos y sobre los malos? ¿Diremos que en esta confianza nos echamos á dormir? Sin duda la Providencia de Dios es muy generosa, y dispensa sus ricos dones á buenos y á malos; pero «el don de Dios permanece en los justos:» [2] ni á todos indistintamente dá lo mismo, como aquel *hombre* de quien nos hablan los Evangelistas San Mateo y San Lucas, que antes de partirse á reinos extraños llamó á sus siervos y les entregó sus bienes, mas no dando á cada uno en la misma proporcion. Y luego este Señor entró en cuentas con sus siervos, y halló que unos eran buenos y otros malos, y los retribuyó en justicia; y al que fué fiel en lo poco, le recompensó con largueza; y al mal siervo que habia despreciado los dones de Dios y dió tan mala cuenta de los talentos recibidos, lo juzgó por su dicho. *De ore tuo te judico, serve nequam;* [3] y no sólo no le dió premio alguno ni aumentó las dádivas que concedió liberalmente á buenos y á malos, sino que le privó de aquellos dones temporales que á todos se conceden: *et quod habet auferetur ab*

[1] *Et ignorabant quid responderent ei.* Marc. XIV. 40.
[2] *Datio Dei permanet justis.* Eccli. XI. 17.
[3] Luc. XIX. 22.

eo.[1] Juzgar de la Providencia con el criterio de los malos siervos es cosa de insensatos: á todos reparte generosa bienes temporales, pero no á todos dá lo mismo, y aun priva á los malos siervos de las mal aprovechadas larguezas. A todos dá de los bienes de la tierra con la mira de que se aprovechen de sus dones, como á todos dá de los bienes espirituales: aquella es la *manifestacion de la Providencia;* esta es la *manifestacion del Espíritu*, «para provecho», como nos dice San Pablo: *unicuique datur manifestatio Spiritus ad utilitatem.*[2] «No querais errar, hermanos mios amadísimos, os diré con el Apóstol Santiago. Toda dádiva excelente y todo don perfecto es de lo alto y desciende del Padre de las luces»: solamente en él no hay cambios, ni vicisitudes, ni mudanzas;[3] pero en nosotros no están las cosas en el mismo ser, sino que hay muchas mudanzas y vicisitudes, alternando la prosperidad y la desgracia, la abundancia y la escasez, la riqueza y la miseria, los bienes y los males. Por tanto, obligacion estrechísima tenemos de agradecer al Señor los dones recibidos y mostrarnos solícitos en todo lo que fuere de su mayor honra y gloria, para que nó retire de nosotros su mano providente, y no nos confunda como merecemos. En todo caso, no se olvide que «los bienes

[1] Luc. XIX. 26. Matth. XIII. 12.

[2] I ad Corinth. XII. 7.

[3] *Apud quem non est transmutatio neque vicissitudinis obumbratio*, I. 17.

y los males, la pobreza y la riqueza vienen de Dios »: [1] y que no debemos abrasarnos con el deseo de las riquezas considerándolas como el más apetecible de los bienes de este mundo, si tenemos presente que «á muchos perdió el oro y la plata», *multos enim perdidit aurum et argentum*, [2] como enseñan las Santas Escrituras y confirma la experiencia.

Pero el pueblo cristiano, que visiblemente va en decadencia por la ignorancia y la indiferencia religiosa; el pueblo cristiano, en otro tiempo mas ilustrado y cimentado en la Religion cuando ni la impiedad ni el materialismo le arrastraban para perderle, se queja más ó ménos explícitamente contra el órden establecido por la Providencia, no sufre con resignacion, no se somete de buena voluntad, se irrita, murmura, blasfema. Ah hermanos mios! si todos siguieran vuestro ejemplo, regando los altares con lágrimas, confesando los pecados, haciendo penitencia, clamando como clamais vosotros á Nuestro Padre Jesús, el Señor se apiadaria de nosotros y remediaria las necesidades de su pueblo. No parece sino que el primer movimiento de vuestra piedad y devota confianza comienza á ser correspondido. El Señor os sale al encuentro; quiere mover el corazon de sus ingra-

[1] *Bona et mala, paupertas et honestas a Deo sunt.* Eccli. XI. 14.

[2] Ibid. VIII. 3.

tos discípulos; quiere salvarnos. Poned en él los ojos; es viva imágen de la misericordia. Su mirada es compasiva, y os deja oir aquellas tan dulces y suavísimas palabras que dirigió en otro tiempo á sus discípulos: *quem quæritis?* «¿A quién buscais?»

Buscamos á tí, Dios y Señor nuestro! venimos á tí, remedio de todos los males, alivio y medicina de todas las dolencias, consuelo en todos los trabajos! Buscamos á tu Madre Santísima, vida, dulzura y esperanza nuestra; refugio de pecadores, consoladora de los afligidos! Apelamos á la Providencia, y á grito herido te pedimos con las más vivas instancias que nos perdones clemente y generoso, segun tu grande misericordia. *Parce pœnitentibus:* perdona á los que se arrepienten de haberte ofendido; perdónanos, Dios mio, por los méritos infinitos de tu preciosísima sangre!

Ad quem ibimus? A quién hemos de ir? á quién hemos de buscar? Todos los dias se hace alguna cosa para arrancar la religion del corazon del hombre; todos los dias se le promete lo imposible, se le brinda con la felicidad, emancipándole del suave yugo de las creencias y prácticas cristianas, y sometiéndolo á la insoportable tiranía de sus instintos y de sus malas pasiones. Gentes crédulas y sencillas están hoy fascinadas con el oropel de pomposas promesas, y no pocos iban creyendo que sin acudir al cielo se pudiera llegar á la posesion de las riquezas, y aun á la ociosidad y regalo de una vida descansada. Trastornos sociales que re-

pararán añejas injusticias; adelantos y progresos inauditos que multiplicarán los bienes de la tierra; abolicion de trabas y de preocupaciones que nos tienen empobrecidos y humillados, esto es lo que se necesita para vivir y prosperar con todo desahogo. No habrá pobres; crecerán los capitales; se asegurará el trabajo; la propiedad recibirá un desarrollo gigante; la tierra se convertirá en un paraiso.

¿Qué sacamos en limpio de tan halagüeñas promesas? ¿á qué se reducen? á lo que vemos: no hay más remedio que implorar el divino auxilio, y decir al Señor: *Domine, ad quem ibimus?* «A quién iremos sino á tí?» El Señor viene á nosotros, y nosotros á él. Dichosos los que cerrando sus oidos á las falacias del mundo vengan á su Dios y Señor: desgraciados los que no descubran su majestad en el templo, sus dulzuras en la Eucaristía, el sonido de su voz en la predicacion del Evangelio, el amor de su mirada paternal y compasiva en las celestiales inspiraciones con que toca nuestro corazon. ¡Ay de los que duermen el sueño de la culpa! Llegará para ellos la hora del desengaño y del desamparo; verán burladas sus esperanzas, fallidas las promesas y desvanecidas como el humo todas sus ilusiones: hallarán todas las puertas cerradas, y obstruidos los caminos de prosperidad que tan libres y espaciosos mostraba la seduccion á las miradas y á la codicia del hombre. Es preciso recurrir á Dios!

Ahora bien, hermanos mios, ¿no os parece una provocacion á la divina justicia retardar la conversion hasta el dia de los desengaños? ¿Ha de ser la oracion el último recurso, y no se ha de acudir al Señor hasta cerciorarnos cumplidamente de que no tenemos otra salida ni nos queda otra esperanza? Sin duda oirá nuestros gemidos á través de ese muro de division que levantamos con nuestros pecados; pero en castigo de tanta ingratitud puede respondernos: *nescio vos*. No os conozco; no os tengo por hijos, amigos ó discípulos: vuestros pecados impiden la dulce comunicacion de mi espíritu, la efusion de mis dones. Para no ver á vuestro Dios y Señor alzásteis ese muro: pues bien; no me vereis; yo me ocultaré á vuestras miradas: *abscondi faciem meam ab eis*.

Este es el mayor castigo que el Señor puede depararnos: y despues que los pecadores hacen tantos esfuerzos para olvidarse de Dios, no queriendo confesarle sus pecados, ni visitarle en su templo, ni comunicar en su sagrada mesa, ni adorarle en su tabernáculo, ni alabarle y confesarle delante de los hombres, el tremendo castigo parece tan natural como inevitable y justísimo.

No vendrá tal castigo sobre vosotros, mis queridos hermanos. El padre de familias reprende las faltas de sus hijos, les habla con enojo, y los castiga, sin dejar de ser para con ellos misericordioso. El Señor es vuestro padre; y vosotros, aunque pecadores, reconoceis su autoridad sobe-

rana, temeis su justicia, poneis en Él vuestra esperanza. Tales son los sentimientos de este pueblo católico. Con lágrimas y fervorosos clamores pide el pueblo misericordia: no es mal hijo el que reconoce su yerro y se arroja arrepentido á los piés de su padre. Este pueblo quiere ver á Jesús; venera su sagrada Imágen, y no se cansa de contemplar las espigas de plata, las llaves del santo Hospital, los atributos de su misericordia, piadosos recuerdos de la generosa proteccion que el Señor nos ha dispensado en las mayores calamidades. *Invocate eum dùm propè est.* Clamad al Señor ahora que está cerca de vosotros. El muro que os separaba, cayó por tierra: buscais al Señor, y el Señor se os presenta diciendo: *ecce adsum.* Yo conozco á mis ovejas en el balido, y ellas conocen á su pastor. ¿Buscais el remedio á vuestros males? *Ego sum.* Yo soy el remedio; yo soy vuestro padre, y el dispensador de todos los bienes: el que á mí viniere no tendrá mas hambre; aplacaré la sed de los sedientos; consolaré á los fatigados aligerando su carga; en mí se encontrará la resurreccion y la vida.

Quedad tranquilos, mis queridos hermanos: *Dormite jam et requiescite.* Habeis clamado al Señor con el amor de hijos; vuestras lágrimas salen de un corazon penitente; tened confianza en las divinas misericordias. Ahora podeis descansar y dormir, diciendo al Señor: «En paz dormiré y reposaré, porque tú sólo, Señor, me has afirma-

do en la esperanza.[1] Estad tranquilos; porque el remediar vuestras necesidades, el daros lo que os conviene, corre de su cuenta. *Dormite jam et requiescite.*

Y vosotros, los que podeis dulcificar la amarga condicion de los desvalidos, venid cuanto ántes en su socorro. La ley de Dios que á todos nos sujeta al trabajo, de todos exige la caridad. Habló por Moisés en favor de los pobres y mendigos; y el gran consuelo que Jesucristo derramó sobre los pobres y sobre todo el mundo fué aquella tierna y fervorosa exhortacion que tiene fuerza de ley: «sed misericordiosos: amaos los unos á los otros como yo os he amado.» Tengamos caridad, mis queridos hermanos; amémonos mútuamente como hijos de un mismo padre, y seamos misericordiosos: que bienaventurados serán los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Así sea por la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

[1] Ps. IV. 9, 10.

Dominus dabit benignitatem et terra nostra dabit fructum suum. Ps. LXXXIV. 13.

El Señor dará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Cuando el Señor maldijo la tierra la condenó á no producir sino espinas y abrojos: este fué tambien el único fruto que darian nuestras almas. «No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque carne es;» dijo el Señor. [1] Para ganar el sustento diario es menester trabajar con el sudor en el rostro; igual ó más rudo trabajo necesitamos para alcanzar cosecha de virtudes, habiendo de preparar las almas, recibir la buena semilla, laborear la tierra, arrancar la maleza de los vicios, y pedir el celestial rocío de la gracia, único que puede remediar la aridéz de nuestro corazon. « El corazon del hombre dispone su

[1] Gen. VI. 3.

camino, mas del Señor es enderezar sus pasos:» [1] y tanto á lo temporal como á lo espiritual se aplican aquellas palabras de San Pablo en que afirma que nada es el que planta ni el que riega, sino Dios que dá el incremento. En su mano están los corazones de los hombres; y está en su mano hasta el corazon de los reyes, y lo inclina adonde quiere, como los repartimientos de las aguas: *Sicut divisiones aquarum, ita cor regis in manu Domini: quocumque voluerit inclinabit illud.* [2]

Júzguese del mal estado de las almas por la esterilidad de la tierra, y de la maleza de los vicios por las espinas y abrojos de los desiertos y malditos campos, pues la semejanza entre uno y otro salta á la vista. Espinas y abrojos en la tierra; espinas y abrojos en el corazon del hombre: hé aquí los efectos de un mismo anatema. ¿Qué hizo, pues, el Señor cuando vino á redimirnos? Tomó unas y otras espinas, las de la tierra y las del alma del hombre, y se coronó con ellas! En la sacratísima cabeza del Señor se confundieron el signo y la cosa significada; porque fuese ó no fuese la corona de espinas formada de los juncos marinos que se crian á orillas del mar rojo, lo cierto es que dichas espinas, á juicio del venerable Beda y en el comun sentir de los fieles, representan nuestros pecados. Bien puede decirse en términos rigorosos

[1] Prov. XVI. 9.
[2] Ibid.. XXI. 1

que unas y otras espinas son los males espirituales y temporales que vino Jesús á remediar, supuesto que los beneficios de la redencion alcanzaron aun á la naturaleza sensible. El Santo Rey David expresó con mucha claridad este concepto cuando dijo lleno de esperanza: *Dominus dabit benignitatem et terra nostra dabit fructum suum.*

I.

El Señor usando de misericordia ha remediado nuestras necesidades temporales con la generosidad y largueza que acostumbra. Casi dos dias de una lluvia á torrentes han resuelto todas las cuestiones. Estos devotos cultos han cambiado de objeto: á nuestras plegarias y gemidos suceden cánticos de regocijo y acciones de gracias. *Dominus dabit benignitatem et terra nostra dabit fructum suum.* Y supuesto que es siempre un rocío celestial el que hace que la virtud germine en nuestros corazones y que nuestra tierra dé su fruto, os hablaré, mis queridos hermanos, de la lluvia del cielo en uno y otro sentido. Mi alma rebosa de alegría, y me entrego de lleno á estos paralelos y semejanzas tan hermosas en que vais á descubrir conmigo armonías y relaciones encantadoras y llenas de verdad.

En nuestra afliccion deciamos al Señor con David:¡» Por ventura estarás siempre enojado con nosotros? Conviértenos, Dios, Salvador nuestro; y aparta tu ira de nosotros. Oh Dios, tú volverás

á darnos vida, y tu pueblo se alegrará en tí: » *et plebs tua lætabitur in te.* Y no fué vana nuestra esperanza: «mitigaste toda tu ira: te apartaste de la ira de tu indignacion.» *Mitigasti omnem iram tuam: avertisti ab ira indignationis tuæ.* [1]

Hay como una pugna entre la justicia y la misericordia de Dios, ó así nos lo parece en nuestra cortedad: que por eso es hablar de esta manera. Pero ¡los torrentes de las divinas misericordias de cierto se hallan en pugna con los torrentes de los pecados é iniquidades del mundo. Viénese, pues, á la mano la comparacion de las aguas y de los torrentes que se cruzan y se chocan en todas direcciones, obedeciendo á impulsos distintos, uno que parte de la naturaleza, y otro que viene de la gracia. Así como los rios entrándose en los mares pugnan por largo trecho cual si sus aguas dulces quisieran desalojar las aguas saladas, y el mar de aguas saladas se embravece cual si quisiera negar la entrada á las aguas dulces de los rios; así el diluvio de nuestras iniquidades intenta cerrar el paso al torrente de las divinas misericordias, y el torrente de las divinas misericordias pugna por ahogar la multitud de nuestros pecados. Dios ha vencido en ocasiones señaladas la tenáz resistencia, ha disipado las olas de la soberbia que llegaba hasta el cielo con el riego superior de la divina gracia: *rigans de superioribus;* y dejó espantados á los que temian la escarcha,

[1] Ps. LXXXIV. 4.

envolviéndolos en nieve. [1] ¿De qué sirven estas conjuraciones, ni cómo podrán las embravecidas olas del pecado poner un dique á las misericordias divinas, cuando el Señor se propone en su clemencia pasar más adelante? Olas, diques y torrentes se disipan como la leve espuma que deshace la tempestad. [2]

La primera ola de agua salada que ensoberbecida se levantó contra Dios fué el primer pecado del primer hombre. ¿Qué hizo el Señor en su justicia? le arrojó del paraiso; pero en su misericordia le prometió la redencion. Maldijo la tierra y pareció arrepentido de haber criado al hombre: le condenó al dolor y al trabajo: pero tambien el Señor templó las amenazas y castigos con promesas, infundiéndole esperanzas de reconciliacion y de salud. Fueron, mis queridos hermanos, estas esperanzas como la primera gota de rocío que cayó del cielo sobre la tierra árida y sobre un mundo depravado.

Pero los pecados fueron en aumento: un diluvio de crímenes, de profanaciones, de adulterios, de homicidios, de sensualidades y de idolatría; el espeso vapor de todos los vicios se alzaba de la tierra, oscurecia el sol y provocaba la ira del Altísimo. El Señor en su justo enojo envió sobre la tierra nó el celestial rocío, sino lluvia de fuego que

[1] *Qui timent pruinam, irruet super eos nix.* Job. VI. 14.

[2] *Tamquam spuma gracilis quæ a procella dispergitur.* Sap. V. 15.

abrasó las ciudades malditas, y tiñó las aguas del mar muerto con el oscuro betun que hoy conservan todavía.

Siguieron creciendo los pecados: *iniquitates supergressæ sunt caput ejus*: y á este diluvio de pecados contestó el Señor enviando sobre la tierra el diluvio universal. Las aguas salvaron la cabeza de los montes excelsos: sólo escaparon de la muerte los justos que Dios salvó en el arca para continuar en ellos y por ellos su misericordia, repoblando la tierra y casi formando el mundo de nuevo.

Luego que el Señor volcando los mares y rasgando las cataratas del cielo ahogó en su justicia con diluvio de agua el diluvio de todas las prevaricaciones, enfrenó con el poder de su diestra los mares del mundo dentro de sus límites, y continuó de una manera visible la grande obra de sus misericordias. ¿Será preciso decir que para alimentar á su pueblo escogido hizo caer el maná en el desierto? ¿quién dió á la vara de Moisés la virtud de hacer brotar de una peña cristalinas aguas, que aplacaban en medio de ardientes arenales la sed de los israelitas? ¿Nó dividió el Señor las aguas del mar rojo para salvar á su pueblo, y nó las juntó para confundir al ejército de sus enemigos? ¿Necesitaré deciros que Elias vió en una nubecilla á la Santísima Vírgen siglos antes que apareciera, y que aquella misteriosa nube fertilizó primero las laderas del Carmelo y despues toda la tierra? Todo esto lo sabeis, mis queridos hermanos; mas al citar estos

pasajes del Antiguo Testamento, quise demostrar cómo el Señor rompia las olas salobres del pecado, cómo contenia ó desviaba los torrentes de iniquidad con el agua dulce de sus misericordias.

Sirve de entrada el Nuevo Testamento á un nuevo mundo, á nuevo cielo y nueva tierra: pero ¿qué vió Jesucristo cuando vino al mundo, aunque escogiera aquellos dias de paz material que bajo el reinado de Augusto llegó á disfrutar el orbe entero? ¿qué vió, qué pudo encontrar en su camino? La tierra producia espinas y abrojos; abrojos y espinas producia el corazon del hombre. Y qué hizo el Señor? Puso sobre su cabeza una corona de penetrantes espinas; y arrancándolas de la tierra, quiso tambien arrancarlas del corazon de los hombres. El sacrificio de la Hóstia santa fué tan generoso y causó tal admiracion, que se oyó una voz que decia: «Salid, hijas de Sion, y ved á vuestro rey con la diadema con que le coronó su madre en el dia de la alegría de su corazon.» [1]

A vista de tan doloroso retablo, lloraron las hijas de Sion, y las hijas de Jerusalen, y los discípulos de Jesús, y su Madre Santísima, y todos los corazones que conservaban todavía un resto de compasion. Corria por la tierra un nuevo diluvio, no de iniquidades, no de pecados, no de agua salobre, sino de agua dulce; era un diluvio de lágrimas! ¿qué haria el Señor? ¿Responderia con

[1] Cant. cant. III. 11.

otro diluvio que anegando la tierra destruyese hombres, animales y plantas? no, hermanos mios. Pues ¿qué hizo el Señor, mis queridos hermanos? Dejó que las espinas de su corona taladraran su sacratísima cabeza, y roció la tierra con una lluvia de sangre! Éstos fueron los mares que se juntaron para siempre: el mar de la penitencia, el mar de las virtudes, el mar de las oraciones, el mar de los buenos ejemplos, y el mar de las divinas misericordias. Y siempre que imploramos con lágrimas del corazon el auxilio divino, se renuevan las llagas del Crucificado y destilan el precioso licor que borra nuestras culpas. La sangre inocente que una mano homicida derrama en la tierra clama al cielo venganza: pero las lágrimas del pecador arrepentido atraen la misericordia de Dios. La sangre de Jesús derramada por la salud del mundo y las lágrimas de los pecadores no son aquellos dos mares que pugnan por desalojarse el uno al otro: no son rivales; no son enemigos: son dos mares de agua dulce que entran suavemente el uno en el otro, y que caminan juntos, porque proceden de una misma fuente, caen por los mismos declives y descienden á los mismos valles. En una palabra, estos dos mares de las divinas misericordias han nacido de la Cruz, y la Cruz del Señor, en imagen de las Santas Escrituras, es aquel plátano plantado en la corriente de las aguas. Cumplióse á la letra lo que estaba escrito: que el Señor daria *su benignidad*. Por la corona de espinas, por el amor de

nuestro dulcísimo Jesús cayó sobre nosotros aquel riego de sangre, aquella lluvia celestial de gracia y salvacion que obra tantos prodigios. De corazones estériles para el bien saca copiosos frutos de virtud: y la lluvia de esa sangre preciosísima hace brotar en las almas regeneradas pensamientos santos y encumbrados, flores aromáticas de las más puras afecciones y frutos exquisitos de buenas obras. Gracias á esta lluvia de sangre, nuestro corazon, antes empedernido, es ya sensible á los atractivos de la gracia, y se conmueve dulcemente con el amor de Dios y del prójimo. ¡Qué cambio tan sorprendente! ¿á quién sino al mismo Dios pudiera atribuirse tan portentosa mudanza? Porque bien sabeis, mis queridos hermanos, que el campo espiritual de nuestras almas no produce de por sí nada bueno: no cria sazonadas uvas, ni aceite claro y suave, ni lirios de pureza, ni azucenas de castidad, ni frutos de buenas obras; solo produce espinas y abrojos. Pero gracias al celestial rocío, nuestra naturaleza ha cambiado: el olivo silvestre se ha mejorado con el cultivo y el riego: el sarmiento, antes estéril, cria hermosos racimos, enlazado, como ya lo está, con la vid verdadera que es Jesucristo: *Ego sum vitis vera.* Uvas sazonadas rinde ya la viña silvestre, y entre los abrojos y las zarzas se crian rosas muy bellas á la vista y perfumadas con el aroma del santo amor. La sangre de Jesucristo mudó en fértil la árida tierra del corazon humano: el riego de sangre la hizo fecunda. El

Señor daria su *benignidad*, como anunció el profeta: mas el pueblo deicida, no pudiendo detener el torrente de las divinas misericordias, aunque persistiendo en la guerra declarada contra el cielo, vió correr esa sangre y clamó con desprecio: «caiga esa sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Nosotros tambien, mis queridos hermanos, á vista del purísimo manantial que borra nuestros pecados, debemos exclamar, pero en otro sentido: «Señor, esa sangre que borra nuestras culpas y remedia fecunda y bienhechora la aridéz de nuestro corazon, caiga, sí, Dios mio, caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

II.

Os habia prometido hablar de la lluvia del cielo en uno y otro sentido; y aunque he procurado enlazarlos alternativamente valiéndome de las armonías y relaciones que existen entre la naturaleza y la gracia, debo hablaros especialmente de la misericordia con que el Señor remedia nuestras necesidades temporales. Así lo exige el órden del discurso, y nuestra gratitud por el beneficio recibido. *Terra nostra dabit fructum suum.*

Vuestros sentimientos no son hoy solamente los sentimientos de la gratitud; son tambien los de la admiracion. ¿Quién pudiera decir ahora mismo si estais más agradecidos que admirados, ó más admirados que agradecidos? Porque escrito está:

Mirabuntur in subitatione insperatæ salutis: «ellos se quedarán asombrados contemplando una mudanza tan favorable y repentina.» Es muy natural este asombro; porque el Señor no solo nos dispensa los mayores beneficios, sino que suele hacerlo, como en la ocasion presente, de un modo verdaderamente admirable.

Habiéndome ocupado en la primera parte de mi discurso de los prodigios mas señalados que llenan las historias, no me parece necesario repetir una verdad trivialísima: que Dios por su misericordia como Padre amantísimo y Señor de todo lo criado provee á nuestras necesidades temporales.

«Apareció el sol con ardor, dice el Apóstol Santiago, y el heno se secó: *et arefecit fenum*: [1] la flor cayó por el suelo, y pereció su hermosura.» Hé aquí una de las calamidades á que estamos más expuestos, y sin medios de defensa como suele sucedernos ante las leyes de la naturaleza y sus admirables fenómenos. Pero como vosotros teneis fé en la Providencia divina, y sabeis que el Señor es misericordioso y benigno, y que dá su *benignidad* como nos dice David, y que arranca las espinas de nuestro corazon y las clava en su cabeza sacratísima formando con ellas una cruenta diadema; como habeis visto que de la frente, y del costado, y de las manos y piés del Señor brotó la lluvia de sangre que hizo fecundas en frutos de virtud á

[1] Ep. Jac. I. 11.

tantas almas, dijísteis: «pues el que hace lo más, hace lo ménos. El que refrigera las almas con lluvia de sangre generosa, con mayor facilidad saturará la tierra enviando sobre ella nubes preñadas de aguaceros. El Dios de la gracia lo es tambien de la naturaleza.» Y á Él recurristeis sin dudas ni vacilaciones: porque «el que duda, dice el Apóstol Santiago, es semejante á la ola del mar, que se lleva el viento de aquí para allí.» [1] No dijisteis: «acusemos á la Providencia; rebelémonos contra Dios; amenacemos á los ricos:» sino «vamos al templo; adoremos á Jesús; arrodillémonos ante Jesús; lloremos ante Jesús:» *adoremus, procidamus ante Deum, ploremus coram Domino.* Vosotros sabeis en qué pararon todas las soberbias, y dijísteis: «no emprendamos de nuevo la desatentada rebelion del agua salada contra el agua dulce: el Señor quiere que al riego de nuestros campos preceda el riego de nuestras lágrimas. Vamos, pues, á Jesús y entremos suavemente con nuestras lágrimas, nuestras oraciones y penitencias, en el caudaloso rio de las misericordias divinas.»

Y el Señor acogió benigno vuestras humildes súplicas! Ese rio caudaloso de las misericordias divinas cayó de los montes superiores á los montes y valles; *rigans montes de superioribus*; regó los campos, penetró hasta las raices de los árboles, inundó

[1] *Qui enim hæsitat, similis est fluctui maris, qui a vento movetur et circumfertur.* Ep. Jac. I. 6.

las vegas, rebasó los diques, y vino en auxilio de las fuentes, empobrecidas y apocadas. Oh Providencia divina! ¡qué sabias son tus leyes, y con qué órden tan admirable las sujetas, haciendo á todos los seres del universo dependientes unos de otros segun los designios de tu voluntad soberana!

El mundo vive de beneficios recíprocos, pero el primer anillo de esta cadena lo tiene Dios en su mano: y el agua, esta hermosa criatura que decimos *la sangre de la tierra*, es uno de los más poderosos agentes de que se sirve la Providencia para dar vida al mundo. La sangre de la tierra fructifica los campos. Pero el agua se nos habia repartido en este año con una tasa insuficiente para las necesidades de todos. El hombre la pedia para sí; el jumento y el buey la pedian á los abrevaderos; las flores pedian el agua á las fuentes; los árboles alargaban sus ramas pidiendo á la atmósfera un poco de rocío, y la tierra sedienta lo esperaba del cielo. Entretanto el sol consumia una buena parte de este pobre caudal; el aire robaba la cantidad que podia; todos absorbian una parte de jugo, hombres, animales y plantas, y todos quedaban sedientos y necesitados. A tál extremo nos redujo la esterilidad de la tierra por tan prolongada sequía.

Pero dijo el Señor: vuestras lágrimas me mueven á usar de misericordia con vosotros: quiero tambien que dando de mano al pecar y libres de toda preocupacion y ceguera, veais una vez más

con vuestros ojos, que yo soy el Padre, el Señor y conservador de todo lo criado. Yo que os dí toda mi sangre y que recibo con amor vuestros fervorosos ruegos, ¿dejaré que perezcan las mieses, que se abrasen de sed y desfallezcan de hambre los árboles y los ganados?

¡Qué súbita mudanza, mis queridos hermanos! Rasga el Señor las cataratas del cielo, y la lluvia se precipita á torrentes. La naturaleza se regocija: y los hombres, las bestias, los campos, las flores. los peces, los árboles, los montes y los collados bendicen y alaban al Señor con un himno de reconocimiento, capaz de conmover á los corazones mas insensibles. «El enviar Dios lluvias sobre la tierra seca, dice Fr. Luis de Leon, y fecundar con ellas, y vestir de hermosura y de frutos al suelo yermo y estéril, es como levantar con su favor lo caido y lo pobre á estado próspero y rico, y como dar vida y verdor á lo que tenian agostado y seco los sucesos adversos.» En un momento se reanuda aquella cadena de beneficios recíprocos con que la sábia Providencia enlaza la vida de los seres, dependiendo los unos de los otros, y todos de su voluntad soberana. Otra vez el campo sustenta al buey, y el buey fertiliza el campo. El árbol es padrastro de la tierra porque le chupa el jugo, pero atrae el vapor de las nubes, y paga con creces á su madre la tierra la leche ó la sangre que tomó de sus pechos. Se levantó la humedad de la tierra y traspuso los montes, mas ahora los montes resti-

tuyen su humedad á la tierra, y pagan con usura el beneficio. *Terra nostra dabit fructum suum.* Dios mio! ¡qué grande y sapientísimo eres en tu admirable Providencia, pues sujetas todas las cosas á tu mano! Ni aun ahora mismo que al parecer ha cesado la lluvia, pueden haber cesado los motivos de nuestra admiracion; porque el agua refresca el aire, y el aire mismo se convierte en una especie de rocío. Todas las cosas dan, y todas las cosas reciben, y tú das á todas las cosas lo que tienen, y de ninguna recibes ni mucho ni poco. Nada recibes ni aun del hombre, aunque le has creado y constituido rey del mundo: solo quieres como padre amoroso que te ame como hijo amantísimo; solo le pides que se arrepienta de sus pecados; y como el Señor es tan dadivoso que á cambio de pequeños dones se considera obligado á otorgarnos grandes mercedes, nos dice: «dame tu corazon, hijo mio: ven á mí con toda confianza; dame tus lágrimas: y en cambio, yo derramaré sobre tí el torrente de mis misericordias; yo alegraré tus campos, tus montes, y tus huertos; yo haré que la tierra lleve cosecha de exquisitos frutos; yo daré á tus ganados el pasto más sabroso, y te daré el pan de cada dia, y á tu esposa, y á tus hijos, y á tus domésticos, y para el socorro de los pobres. Yo arrancaré la maleza de los vicios, y tendrás cosecha de virtudes. Yo que soy la resurreccion y la vida haré que tú resucites, y que resucite la naturaleza: y en esto conocerás que descendió sobre los campos áridos el rocío del

cielo. Por tus lágrimas que el mundo desprecia, yo te doy el agua cristalina, el pan cuotidiano, y mi misma sangre que ha sido derramada por los pecados de todo el mundo.

Alabemos al Señor, mis queridos hermanos. Bendíganle los reyes y príncipes de la tierra, como le bendicen los montes y los collados, los árboles y los ganados, las aves y los peces, el trueno y el rayo, la noche y el dia. Que todo espíritu alabe al Señor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. MATTH. XI. 28.
Venid á mí todos los que estais trabajados y fatigados, y yo os aliviaré.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Nuestro dulcísimo Jesús se compadece de nosotros y no quiere castigarnos con dureza, porque nos ama; pero los gemidos y desdichas de los pobres en los apuros de tan prolongada sequía habrán hecho mayor fuerza que nuestras súplicas cerca de Dios, que se complace en ser invocado con el título de «padre de los pobres.» Es muy ámplio el sentido de aquel divino llamamiento: *venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.* «Pecadores, venid á mí, que yo perdonaré vuestros pecados. Enfermos, yo os daré la salud. Confortaré á los atribulados, saciaré á los hambrientos, y los que tuvieren sed beberán de una fuente de agua viva.» A todos los que padecen abre los brazos nuestro dulcísimo Jesús. *Venite ad me omnes.*

¿Y quién habrá tan *abastado* que no necesite acudir al llamamiento de Cristo? La mayor fortuna de los ricos no consiste en que Dios les haya dado mucho, sino en haber puesto los pobres á su lado para que ejerzan la caridad. Recordad el avaro del Evangelio: apuntalaba sus graneros y decia: «alma mia, ¿qué te falta? tienes trigo para muchos años:» y el avaro murió aquella noche. [1]

No insistiré sobre este punto. El hombre está formado de tál manera que no puede pasarse sin Dios: sin los consuelos, esperanzas y bienes de la Religion, no es más que un desgraciado. Compendiaba otras muchas humanas miserias San Gregorio Nazianceno cuando decia: «Si trato bien al cuerpo, me hace la guerra; y si enferma, yo languidezco. Yo le amo como un compañero, le temo como á un enemigo, y huyo de él como de una carcel. Si yo le debilito con exceso, no puedo emprender ninguna cosa grande: si le trato con dulzura, se rebela contra mí y no podré reducirlo. Es un enemigo agradable, y un amigo el más traidor y el más pérfido.» Pues estos y todos los males juntos denunciaba Santa Teresa de Jesús con la gracia que solía, concluyendo de este pasaje que el Señor llama á todos los que padecen estas ó las otras miserias, para sanarlos y remediarlos como quien és. Decia la Santa,

[1] *Et dicam: Anima, habes multa bona posita in annos plurimos: requiesce, comede, bibe, epulare,* etc. Luc. XII. 19.

«que á todos llama el Señor para beber; y que dá de muchas maneras á beber de ella á los que le quisieren seguir:» [1] «Porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquellos les bastan.» [2]

El Señor promete abundantes consuelos á los menesterosos, y es fiel á su promesa; mas el mundo promete la felicidad burlando todas las esperanzas. Del llamamiento hecho por Jesucristo á todos los que padecen y de la misericordia con que nos remedia, intento sacar el amor que debemos á Dios y la obligacion que tenemos de amar á nuestros hermanos.

El Señor ha querido que nosotros le conozcamos y le amemos, mostrándose á nuestros ojos como la suma bondad. La filosofía dijo á los hombres: «respetad á Dios porque es una naturaleza perfecta.» El paganismo dijo: «temblad delante de Dios porque es un Señor indignado y severo.» El Evangelio dice: «Amad á Dios porque es para vosotros un verdadero padre:» *Diliges Dominum Deum tuum.*

[1] Rivera. *Vida de Santa Teresa de Jesús*, lib. IV. Cap. VIII.

[2] *Camino de perfeccion*, Cap. XX.

Unus est Pater vester qui in coelis est. Al venir Jesucristo hizo promesas y nos acreditó un amor que los hombres no habian conocido hasta la ley de gracia. Queriendo remedar al verdadero Dios, que desconocido del resto del mundo era llamado el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, un falso profeta se atrevió á decir: «venid, hijos de la Arabia:» solo Jesucristo dijo: « Venid á mí todos.» Reconoced en este llamamiento tan generoso que no es un Dios vengador y terrible el que nosotros adoramos, ni un ídolo indiferente y ciego, ni menos el *destino*, que ya no tiene devotos en la tierra.

Jesucristo se complace en que le amemos, y nos exhorta de continuo á la caridad. «Amáos los unos á los otros como yo os he amado: en esto se conocerá que sois mis discípulos.» Tan penetrados estaban los Apóstoles de las bondades y misericordias del Señor, que decia el Evangelista San Juan: «Os predicamos al Verbo eterno que se ha hecho hombre y ha muerto por el hombre para darle vida: nosotros lo hemos escuchado con nuestros oidos, y visto con nuestros ojos, y tocado con nuestras manos.» [1] Y seguia diciendo: «Hermanos, os decimos estas cosas tan suaves y tan tiernas para que cobreis ánimo y vengais á reuniros con nosotros, y que todos vayamos á los piés del Verbo divino, y formemos una sola sociedad, una

[1] Ep. I. Cap. 1, et. seq.

sola familia, regida por el mismo padre que es Dios, por el mismo hermano que es su Hijo, y por la alegria perfecta que es hija del divino amor»... En otro tiempo no nos atreviamos á acercarnos á Dios; temiamos que nos rechazase. Mas desde que nos envió á su propio Hijo, ahora que nos llama y dá los primeros pasos hacia nosotros, no podemos rehusarle nuestro amor.» *Ipse prior dilexit nos.* Él nos amó el primero: ¿cómo no amarle nosotros? Desde que Jesús dió principio á su vida pública empezó atrayendo por amor á los hombres, eligiendo sus discípulos, llamándolos á sí. A dos de los primeros que siguieron á Jesús, dijo el Señor: *venite et videte.* Viendo á Felipe en Galilea, le atrajo amorosamente con estas palabras: *sequere me.* Los llamados y los elegidos vieron por sus propios ojos que Jesús era la bondad misma, y prorumpieron en alabanzas: «Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo,» decian unos. «Es un verdadero Israelita», decian otros. «No hay dolo ni engaño alguno en este hombre», se decia tambien alabando su sinceridad: *Ecce verè Israelita in quo dolus non est.*

De esta manera se extendia por el mundo la Religion del amor. Al Señor acudian los leprosos, los ciegos, los pobres, los tullidos, los poseidos del demonio, los ignorantes, los hambrientos y necesitados. Los que amaban la verdad la recibian con toda confianza del magisterio infalible de un hombre sin *dolo*: en las desventuras de aquella

patria vendida y de aquel reino traspasado al extranjero, los hijos de Israel hallaban mucho consuelo adhiriéndose á Jesús, que era *verdadero israelita*. Finalmente, grande alivio era para los pecadores y prenda segura de paz alcanzaban las almas acercándose á Jesús, *cordero de Dios que quita los pecados del mundo*. Venid á mí los fatigados y los menesterosos, que yo os consolaré. Venid y ved; gustad y ved; *gustate et videte*. Seguidme, que yo soy el camino; vivid de mí, que yo soy la vida; aprended de mí, que yo soy la verdad. Venid á mí todos: *venite ad me omnes*.

Así habla el amor; no hay dolo en este lenguaje. Esto es hablar de la abundancia del corazon. Brinda Jesús á los hombres con unos bienes que no quiere reservarse para sí solo; su más vivo deseo es que de ellos participemos sin tasa ni medida.

No todos los hombres han conocido las finezas del amor divino ni han correspondido cual debieran á tanta generosidad: en este mundo los ingratos estamos en mayoría. Pero las almas verdaderamente cristianas, las almas justas, penetradas de amor y reconocimiento, en ninguna cosa hallan tanto consuelo como en llamar á Dios mi padre, mi amado, mi hermano, mi amigo, mi bien, mi esperanza, mi refugio, mis delicias, mi todo. Hé aquí mi Dios, decimos con vehemencia hasta los más miserables pecadores, tomando estas palabras del profeta Isaias: «hé aquí mi Dios: yo le trataré

con toda confianza, y ya no le tendré miedo:» *Ecce Deus meus, fiducialiter agam et non timebo.* [1]

Hartos ejemplos pudiéramos citar de las almas amantes de Dios y de sus divinas perfecciones: tomaron el amor por ejercicio, vivieron en la constante meditacion de las divinas enseñanzas, y no quiso su espíritu otro alimento ni se agradó en otra cosa que en estos delicados manjares. «Decís vos (habla Santa Teresa) Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os consolaré. ¿Qué mas queremos, Señor? qué pedimos? qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos sino para buscar descanso? ¡Válame Dios! Ó válame Dios! ¿qué es esto, Señor? O qué lastima! ó qué gran ceguedad! que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed gran piedad, Criador, de vuestras criaturas: mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadme, Señor, luz. Mirad que es más menester que al ciego que lo era de nacimiento, que éste deseaba ver luz, y no podia. Agora no se quiere ver.» [2]

Decid vosotros, mis queridos hermanos, si quereis hallar reposo á vuestras fatigas, remedio á vuestros males, y si teneis esperanza alguna de que el mundo pueda ni quiera remediaros, como aquel buen Dios que amaba Santa Teresa. No tenemos

[1] Is. XII. 2.

[2] *Exclamaciones del alma á Dios,* VIII.

hácia Dios deuda más sagrada que amarle, ni podemos dar á las potencias del alma ocupacion más noble, ni cabe que imaginemos mayor dignidad para nosotros. Los Santos no quisieron otra dicha que amar á Dios; su mayor deseo fué sacrificarse por él, y toleraron gozosos una vida llena de trabajos con la esperanza de poseerle eternamente.

Y en esto se funda la obligacion que tenemos de amar á nuestros hermanos. Si Dios es nuestro padre, los hombres serán nuestros hermanos: si Dios dispensa beneficios á manos llenas y hace un llamamiento tan generoso en favor de todos los necesitados, será menester que nosotros practiquemos la caridad con los desvalidos, ya que la Providencia no ha consentido que todos lo fuéramos en igual grado. «Este es mi mandamiento, dice el Señor por el Evangelista San Juan; que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado.» [1] El deber de la caridad fraterna es semejante al que tenemos de amar á Dios, y en uno y otro mandamiento se encierra toda la ley. No se puede amar á Dios sin amar á los hombres, ni aman á su prójimo los que no aman á Dios como se debe. Ese amor vago de la humanidad, que se ostenta en el dia, no es el amor del prójimo; la humanidad no puede prometerse mucho de tales bienhechores; al contrario, los teme, y estamos viendo que los teme con sobrada razon. Ese amor es por lo menos in-

[1] Joan. XV. 12.

eficáz para el bien, estéril en buenas obras, pretencioso y redundante en palabras. No es este el amor que impone sacrificios, falto de aquella generosidad que sin alardes ostenta el amor verdadero; porque no viene de lo alto, no arranca del foco permanente del amor divino, sino que nace acá en la tierra, crece y se desarrolla como todos los sentimientos naturales, y participa del egoismo que se mezcla á todas las afecciones terrestres.

Sin duda habreis tenido frecuentes ocasiones de observar en los que de sentimientos humanitarios hacen gala, la vanidad de sus propósitos y la arrogancia de sus planes. Más bien quisieran ser los protectores que los bienhechores del género humano; no quieren reconocer que la religion es la que inspira las obras de la caridad, y desearian confundirnos con las maravillas que proyectan, para que se viera hasta qué punto puede crecer y levantarse la virtud de la naturaleza, sin recibir del genio de la religion sus santas inspiraciones. Ellos se engañan miserablemente: y sin que nosotros aludamos á los que por travesuras y cábalas aparentan ser caritativos y amigos desinteresados de las clases menesterosas, sabemos que la buena fé de los filántropos á ellos mismos los engaña ponderándoles la eficacia de los sentimientos naturales para el bien, sin recurrir á los motivos sobrenaturales de la religion.

El Señor conocia nuestra insuficiencia para el bien y el carácter egoista de nuestras deter-

minaciones, cuando ordenándonos el amor del prójimo descendió á pormenores harto minuciosos en que no se hubiera detenido nuestro espíritu utilitario. «No cierres tu mano al indigente,» [1] dijo el Señor. Cerrar la mano, encoger la mano, tál es la propension de nuestra egoista naturaleza. «Cuando tu hermano se halle pobre y tenga caidos los brazos, tú le sostendrás.» Advertencia necesaria, porque aun de los brazos cansados queremos servirnos, lejos de acudir en su socorro. Y despues que el Señor ha enviado el benéfico rocío, dice al labrador exhortándole á la caridad: «Cuando segares las mieses en tu campo y dejares olvidada alguna gavilla, no vuelvas á tomarla: déjala, y que se la lleve el forastero, y el huérfano, y la viuda, para que te bendiga el Señor tu Dios en todas las obras de tus manos.» [2] Dijo más todavia condenando la avaricia: «Cuando segares las mieses no cortarás la caña hasta el suelo, ni recogerás las espigas que se vayan quedando. Ni en tu viña recogerás los racimos ni los granos que se cayeren, sino que los dejarás para que se aprovechen los pobres y los forasteros. Yo el Señor Dios vuestro.» [3] Consejo que se complacen en obedecer los hombres caritativos, diciendo lo que por fortuna todos habremos oido decir alguna

[1] Deut. XV. 7.
[2] Ibid. XXIV. 19.
[3] Levit. XIX. 9.

vez en las expansiones de la caridad: *cuando Dios dá, dá para todos.*

Repetid con Jesucristo, Señor nuestro, aquellas hermosas palabras que serán perpetuamente el consuelo de todos los necesitados: *venid á mí todos.* Sellad para siempre la memoria del insigne beneficio que hemos recibido, con una generosidad superior á vosotros. Nos hemos salvado como por milagro: pensad en los pobres á cuyos gemidos se tornó propicia la divina Providencia. El bien será para todos, si los directamente favorecidos no se niegan á favorecer. De Dios recibimos, y por amor de Dios damos á los que no tienen: no haya miedo que Dios nos falte á nosotros, si no desamparamos á nuestros hermanos. Os pido el cumplimiento de un deber; os reclamo una deuda de gratitud; os exhorto á las obras de caridad con porfiadas instancias, porque sé demasiado que al egoismo de la naturaleza se añaden las influencias del espíritu del siglo, y que juntas sofocan los pensamientos generosos y llegan á privar al corazon de las expansiones más nobles.

Pero direis que no es posible hacer tan general el llamamiento: solo Dios pudiera decir: *venid á mí todos.* Es verdad: las necesidades son muchas; pero tambien es cierto que no se hace todo lo que se puede. Cuando los duros de corazon dicen que no se puede dar á todos, dicen una verdad; mas con eso que dicen encubren con estudiada destreza lo poquísimo que hacen. Echemos á un lado vanas

excusas: la caridad encuentra obstáculos donde quiera, y el mayor de todos es esta frialdad ya tan comun que disminuyendo la religion en el corazon del hombre, nos hace perezosos para el bien, á fuerza de entibiar todos los sentimientos morales.

Despues que Jesucristo dió su ley, fué necesario que la explicase para que supiéramos cómo se ha de conseguir la vida eterna. Su ley no ofrece dudas; está muy terminante, pero los hombres afectaron no entenderla. El mandamiento divino tiene toda la claridad y sencillez apetecibles: redúcese al amor de Dios y del prójimo; y sin embargo, un doctor de la ley se atrevió á preguntar; ¿quién es nuestro prójimo? Respondióle el Salvador con la parábola del Samaritano. Un hombre venia de Jerusalen á Jericó y cayó en manos de ladrones, que le robaron y casi mataron, dejándole tendido en el camino. Pasó un sacerdote y no le hizo caso; no quiso favorecerle un Levita; pero acertó á pasar por allí un samaritano, le socorrió muy solícito, y tuvo misericordia de aquel infeliz á quien no conocia siquiera. [1]

Acabáronse las dudas: todos sabemos quién es nuestro prójimo. Vamos, pues, á socorrerle, que á ello estamos obligados. Si engañáramos á los hombres, lo cual no seria tan fácil, no engañaríamos á Dios. Viendo Jesucristo las ofrendas que echaban los ricos en el Gazofilacio, se acercó una viuda

[1] Luc. X. 30. et seq.

muy pobrecita y echó dos monedas. «En verdad os digo, exclamó el Señor, que esta pobre viuda ha echado mas que los otros. Porque todos estos han echado de lo que les sobra, y esta de su pobreza ha echado lo que tenia.» [1] En el dia del juicio segregará el Señor á los justos de los pecadores, á los caritativos de los que no tuvieron entrañas compasivas; y entonces se sabrá de su boca que los que practicaron las obras de caridad con los pobres, amaron al Señor de cielos y tierra en la persona del último mendigo. Dios lleva cuenta de todas nuestras obras, y vé todas las monedas que echamos en el Gazofilacio, y el *vaso de agua fria* que alargamos al sediento, y ve nuestro corazon, porque para él no hay secreto alguno: *nullum latet secretum*. Haced de modo que en el dia del juicio oigais aquella voz del Señor: «Venid, benditos de mi padre, á poseer el reino de los cielos; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; era huesped y me hospedásteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; detenido en la carcel, y me vinisteis á ver.» [2]

Así premiará el Señor á los misericordiosos. Estos serán los escogidos, y los benditos, y los hijos del Padre celestial, á quienes en su amor infinito ha prometido el reino de los cielos. Asi sea.

[1] Luc. XXI. 3. 4.
[2] Matth. XXV. 34. et. seq.

Heu! consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis. Is. I. 24.

Ay! Me consolaré tomando satisfaccion de mis adversarios, y vengándome de mis enemigos.

MIS QUERIDOS HERMANOS:

Bendigamos la misericordia del Señor. La epidemia que está causando tantos estragos en los pueblos vecinos, se detiene ante los muros de esta ciudad. ¿Qué la detiene? no los muros, no la distancia, no la sierra escueta, ni el sitio ventilado, ni la estacion propicia, pues con circunstancias iguales no se libran otros pueblos del temible azote. La razon es incomprensible; y pues que nó comprendemos las razones de una excepcion tan beneficiosa, deberemos levantar los ojos á la Providencia divina y adorar sus decretos. Cuando el Señor nos castiga, lo hace con pena, como dice el Profeta Isaias: *Consolabor super hostibus meis*: consuélase tomando satisfaccion de sus adversarios; buscando motivos á su indulgencia; á veces, contentándose

con señales de penitencia, y retardando la obra de su justicia con esperas y aplazamientos. Pero ¡ay de vosotros si llegase el dia en que dijera el Señor: ahora voy á tomar venganza de mis enemigos! *vindicabor de inimicis meis*. ¿Quién le resistiria?

A su voz obedece la naturaleza, manda libremente sobre el huracan y el rayo, estremece la tierra en sus fundamentos, enciende los volcanes, y agita los mares con espantosas borrascas. Hasta de los males que comete el hombre como para aumentar el horror y el desorden de la naturaleza, se sirve la divina Justicia para castigar sus delitos: esta es comunmente la causa de guerras, incendios, devastaciones y otros mil desastres tan ordinarios y frecuentes, como suelen serlo los desórdenes morales de la especie humana.

Oigo decir que las epidemias son fenómenos naturales: ¡qué descubrimiento! Fenómenos son, y fenómenos que importa observar para conocer las relaciones del hombre con la naturaleza y de esta con el órden moral, porque todo está en armonia con las necesidades del hombre.

Pongamos un ejemplo para hacernos entender.

Tomamos la vida de la naturaleza; pero ¿es la tierra una madre tan fecunda que produzca lo necesario sin el trabajo y sin la industria del hombre? no. Es preciso que seamos laboriosos, sobrios y virtuosos para que la tierra nos sustente. Suponed, Señores (y esta es suposicion que hacen hoy dia los hombres de ciencia, asustados porque va á me-

nos la fecundidad del suelo laborable), suponed que el cansancio del terreno explotado, ó que la falta de brazos, ó que la corrupcion de las costumbres, ó que las lluvias torrenciales, ó que las prolongadas sequías, ó que la mortandad de animales domésticos, ó que todas estas causas juntas y otras muchas que pudiéramos añadir, acabaran un dia con el cultivo de la tierra: ¿qué sucederia? que en ocho dias moririan las tres cuartas partes del género humano. Tampoco seria esto mas que un fenómeno de la naturaleza, que no se ha ofrecido hasta ahora en pavoroso conjunto, del que solo hemos visto indicaciones parciales en el casi completo exterminio de alguna comarca: pero podemos temer que nos toque algun dia el ser exterminados. Amenazaros con la ira de Dios ó con alguna ley de la naturaleza, todo es uno. «Naturaleza! decia Epicteto disputando con un filósofo: ¿no entiendes, cuando esto dices, que mudas el nombre á Dios?» Y pues que tanto vale amenazar con la ira de Dios ó con la naturaleza que á Dios obedece, yo traeré la química en auxilio de la moral para enseñaros el siguiente principio fundamental de esta ciencia comparada: «Para producirse un cambio en las relaciones de la tierra con el hombre, es menester que primero se produzca en el hombre otro cambio en sus acciones y cualidades.» Es decir: hacemos en nuestras costumbres una saludable reforma? la naturaleza responde dispensándonos sus dones generosa. Nos degradamos con nuestros

desórdenes y nuestros pecados? pues Dios á quien primero ofendemos, Dios que ha establecido ese órden natural que turbamos por nuestra culpa, Dios cuyos ministros son los agentes naturales, *(qui facit Angelos suos ignem urentem)* deja libre su curso, y á reserva tal vez de otros castigos, nos confunde con uno de esos omnipotentes reveses de la naturaleza agraviada. Ah Señores! temamos á Dios; temámosle en las grandes catástrofes; temámosle en el horror de las epidemias; volvámonos á Dios ahora que nos amenaza de cerca, y esperémoslo todo de su infinita misericordia.

Oid, hermanos mios, cómo el Señor amenaza. *Heu*! Es un grito de dolor: es como llorar. Le duele castigar al hombre, y quisiera hacer siempre oficios de padre, no de juez rigoroso. Desea calmar y pacificar, como dice por el profeta Jeremias, pero no afligir: *cogitationes pacis, non afflictionis.*[1] Algunas veces amenaza y no castiga: siempre quiere que en la amenaza vaya envuelta la misericordia.

¡Cuánto va de Dios á los hombres! Aunque sean impotentes, amenazan: cuando pueden tomar venganza, se la toman: muchas veces dañan por dañar, sin tener la excusa de sus resentimientos; y aun-

[1] Jerem. XXIX. 11.

que prometan favorecer, no hay que fiarse. Cuánta ruindad! Y quieren pasar por buenos obrando de esta manera! Volved de vuestro letargo, hermanos mios, si así pensais: mirad que la muerte está sentada en el umbral de vuestra casa, esperándoos tal vez á la entrada ó á la salida. Abominad tan funesto orgullo que más ó menos impide á todos los hombres llegar al propio conocimiento. Ved lo que hace el Señor con nosotros: avisa, tolera, sufre, dando lugar á que nos arrepintamos del mal obrar: *dissimulas peccata propter poenitentiam.* [1] Disimular los pecados! á esto llega por ganarse los corazones y atraerlos al arrepentimiento. Obrad así vosotros, hermanos mios, y sed dóciles á la correccion paterna. Si os rindiérais á los avisos de un padre tan amoroso, con esa docilidad bastaria para salvar vuestras almas.

Voy á citaros una historia muy conocida, y no me contentaré con citarla segun se usa, sino que le daré toda la extension que reclaman las circunstancias en que nos hallamos. Me refiero á la mision del profeta Jonás cerca de los ninivitas. «Vé á la gran ciudad de Nínive, le dijo el Señor, y predica en ella; porque subió su malicia delante de mí.» ¿Quién diria que el Señor que así amenazaba se apiadaria de aquellos pobres gentiles? Pero Jonás, blando y misericordioso, no teniendo corazon para tan triste embajada, buscó la lengua del agua, des-

[1] Sap. XI. 24.

cendió á Joppe, encontró un barco en el famoso puerto de la Palestina, pagó el flete y se encaminó á Tharsis, huyendo de la presencia del Señor. Pero como el Señor está en todas partes y nadie puede esconderse á su vista, levantó un viento recio en el mar, y castigó al profeta con sumo rigor y con grande misericordia.

Durante la borrasca del mar y el castigo del profeta, declaró Jonás el temor que tenia al Señor de cielos y tierra: y tanto ponderó los juicios del Altísimo, que los del barco temieron ofender al Señor y temblaron delante de su ira. Ved en esto, mis queridos hermanos, el fruto más precioso de la palabra divina que se anuncia al pueblo. Cuando el espíritu se recoge dentro de sí para oir mas atentamente la palabra de Dios, se saca mucho fruto. Este es un ministerio de salud; la palabra de Dios no es un vano sonido; y menos puede parecerlo en estos dias, porque si Dios nos amenaza con el estrago de una epidemia, sabemos hora por hora las víctimas que está haciendo en los lugares vecinos.

De resultas del castigo de Jonás, el profeta se vió obligado á obedecer al Señor, y tomó el camino de la capital de la Asiria. Atrás se dejaba edificados y compungidos á los atrevidos mareantes, ofreciendo víctimas al Señor y poseidos de temor en su augusta presencia. *Et timuerunt viri timore magno Dominum*: que este ha de ser el buen efecto de la palabra de Dios todopoderoso aun en los varones fuertes. Iba Jonás meditando cómo llenaria la ter-

rible mision que el Señor le habia confiado, y al cabo de tres dias dió vista á la gran ciudad de Nínive, cuyo circuito seria de veinte leguas, y su diámetro de cuatro á cinco. Esta era la cabeza de la gentilidad, y á una ciudad tan grande, llena de ídolos, habia de dirigir su voz el profeta anunciando desastres si nó se apartaba de su mal camino en un término muy breve. El primer dia recorrió solamente una pequeña parte de la ciudad, é iba diciendo á todos: «De aquí á cuarenta dias, Nínive será destruida.» *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.* [1] Siguió clamando el profeta, y los ninivitas creyeron en el Señor, y ellos mismos predicaron el ayuno para desagraviarle, é hicieron penitencia. Pudo tanto la palabra de Dios, que el rey de Nínive se levantó de su trono, dejó las regias vestiduras, vistió el humilde saco de los penitentes y se sentó sobre ceniza. Por su orden se impuso ayuno rigoroso aun á las bestias, y se dijo á los hombres: «Conviértase cada uno de su mal camino..... ¿quién sabe si se volverá Dios y nos perdonará? ¿quién sabe si se aplacará el furor de su ira y nó perecerémos?» *quis scit si revertatur a furore iræ suæ, et non peribimus?* [2]

Ved aquí unos gentiles mas dóciles que los cristianos. No despreciaron las amenazas del profeta; vieron que su propia corrupcion era bastante á

[1] Jon. III. 4.
[2] Ibid. III. 9.

provocar la cólera celeste; su conciencia les vedaba cerrar los oidos á las siniestras predicciones, y mucho mas de boca de un profeta de quien se contaban maravillas, como la de haberse calmado una tormenta pidiendo á los marineros que lo arrojasen al mar, y haber vivido tres dias dentro de una ballena que lo devoró en el mar y lo devolvió en la arena. Este prodigio, acaecido y divulgado en aquellos mismos dias, preparó sin duda el corazon de los ninivitas para que diesen crédito á la profecía, y se convirtiesen á Dios sinceramente. El suceso fué tan señalado, y pareció tál su importancia, que cuando el Señor quiso traer á los primeros discípulos á la confesion de la fé, no les dió otro signo segun nos declaran los evangelistas San Lucas y san Mateo, que el signo de Jonás y la conversion de los ninivitas. [1]

Y el Señor perdonó á Nínive: la famosa ciudad no fué destruida: se salvó la gran capital de la Asiria porque temió al Señor y se apartó de su mal camino. ¡Ah hermanos mios! no perseveró el rey con su pueblo en la vida penitente que los preservó de este desastre; recayeron en sus vicios muy en breve, y el Señor hizo ministros de su inexorable justicia á los Medos y Babilonios que destruyeron la gran ciudad.

En uno y otro caso, saquemos, Señores, la utilidad que debemos reportar de tan renombrados

[1] Luc. XI. 29, 32. Matth. XVI. 4.

ejemplos: ¿quién no ve la misericordia y la justicia del Señor que resplandece perdonando y castigando? Creen algunos que hay esta diferencia entre lo pasado y lo presente: que en lo antiguo hablaba Dios por sus profetas y estaba mas cerca de los hombres para guiarlos, enseñarlos, gobernarlos y castigarlos. No es así ciertamente. Despues de la Encarnacion del Hijo de Dios, no cabe suponer que entonces estuviera mas cerca de los hombres que ahora. *Deus noster adest nobis.* El Señor está con nosotros; lo está real y verdaderamente, y está muy cerca de nosotros por el castigo, pues que vemos relucir en su mano el rayo vengador. De aquí á cuarenta dias, esta ciudad puede ser desolada. Pero no, hermanos mios, yo no quiero contristaros demasiado, sino contristaros á penitencia. El espectáculo de la desolacion acaba de causar en mi alma las más tristes impresiones. He visto un pueblo al que acaba de visitar la epidemia. Huyeron las gentes acomodadas y se quedaron los pobres. Muchas casas están cerradas, y en todas las puertas hay pintada una Cruz. Todos los fieles se refugian á la Iglesia, y ante la imagen sagrada de Jesús se deshacen en lágrimas y fervorosas oraciones. Una nube blanquecina cobija al pueblo desolado, y todos los votos se dirigen al cielo para que se apiade de los huérfanos y de las viudas que la guadaña de la muerte ha perdonado hasta ahora. Señor, perdonadnos como á Nínive, y haced que no recaigamos en los mismos vicios,

como volvió á recaer aquella gran pecadora. *Heu! consolabor super hostibus meis.*

Pero Jonás se afligió y se enojó cuando el Señor en su misericordia perdonó á Nínive. ¿Qué es esto? El profeta que huye del Señor y quiere poner el mar de por medio, temeroso de vaticinar desastres, ¿puede llevar á mal que el Señor perdone á un pueblo arrepentido? Mas él decia: «Señor, ¿no es esto lo que yo me recelaba cuando huí á Tharsis? Porque sé que tú eres un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha piedad, y que perdonas los pecados. ¡Ah Señor, más quisiera morir!» Pero el Señor le dijo: ¿«Crees tú que tienes razon para enojarte?»

Jonás salió de Nínive, se sentó frente á la puerta oriental de la ciudad, hizo una cabaña, y sentado á la sombra esperaba ver qué haria el Señor al espirar el plazo. No repugnaba el perdon y la clemencia, pero temia pasar por profeta falso. Pudo ser que viendo que los gentiles se convertian y los judíos se obstinaban, temiera llegados los dias anunciados por Moisés en que seria desechado el pueblo judío y acogido el gentil: así opina San Gerónimo. Ello es que Jonás no sentia el perdon de los ninivitas, sino la reprobacion de su pueblo; y tanto más, cuanto que los asirios pasaban por enemigos capitales del pueblo israelita.

Pero ved aquí, mis queridos hermanos, hasta dónde llega la clemencia y benignidad del Señor, que amenaza para salvar, y tiene ingeniosos mira-

mientos hasta con los enojos de un profeta. Dormia Jonás en su cabaña, y el Señor preparó una yedra, le dió en una noche todo su crecimiento, para que tuviese sombra el profeta, porque el sol le molestaba. Mas al otro dia, al rayar el alba, envió Dios un gusano, picó la yedra y se secó. Levantóse un viento abrasador, y luego el sol hirió con toda su fuerza la cabaña. «Más quisiera morir!» exclama Jonás. Y le dijo el Señor: «Tú te dueles por la yedra, y no la has plantado, ni la regaste, ni la hiciste crecer. Tú sientes que la yedra que nació ayer haya perecido hoy; ¿y nó sentiria yo la destruccion de Nínive, ciudad tan grande, en que solo los que no han llegado al uso de la razon, ni saben discernir entre lo bueno y lo malo ni cuál es su derecha ó su izquierda, pasan con mucho de ciento veinte mil almas? ¿No he de sentir yo la muerte de tantos niños, la destruccion de tantos animales y la ruina de toda la ciudad?»

Reflexiones son estas para consolarnos y darnos esperanzas en la misericordia divina. Nosotros quisiéramos una *destruccion* de otro género, como la que por entonces se verificó en Nínive, una destruccion tan saludable, que llenó de santo regocijo el corazon de aquel profeta, hasta entonces poseido de tristeza y melancolía. Cumplióse su vaticinio, pero con mucha misericordia. No hizo Jonás el desairado papel de falso profeta, porque Nínive la gentil, Nínive la ciudad encenagada en los groseros errores de la idolatría y en la inmundicia de sus pecados,

fué destruida por su sincero arrepentimiento y renovada en cuarenta dias por la virtud de su penitencia. Dios amenaza destruir á los ninivitas, y ellos mismos se destruyen arrancando de raiz sus corrompidas inclinaciones. *Subvertitur planè, dum purpura in cilicium, affluentia in jejunium, lætitia mutatur in fletum.* [1] Nínive es destruida verdaderamente: ya no se viste de púrpura, sino de saco y cilicio: en rigoroso ayuno se ha convertido la superfluidad de sus banquetes: en santos gemidos de penitencia vino á parar la infernal alegria de sus antiguas disipaciones. Ya es otra la gran ciudad; pereció Nínive: la antigua, la soberbia y voluptuosa capital del Imperio de los Asirios, gracias á Dios ya no existe; ha sido destruida. ¡Oh santos abatimientos de la vanidad y del orgullo! ¿por qué no sois más generales? ¿por qué no dais en tierra con todas las ciudades corrompidas, y abatís nuestra loca soberbia? ¿por qué no han de venir á tierra tantas injusticias, y nó se ha de quebrar la dureza de tantos corazones, y nó hemos de destruir en nosotros mismos tantas preocupaciones que nos mantienen separados de nuestro Dios? *Heu! consolabor super hostibus meis.* Dígase un dia de esta ciudad y de toda su provincia, dígase de la nacion española, en parte amenazada, en parte afligida por la epidemia, que atrajo la misericordia divina su sincero arrepentimiento: *quia pœnituit.* Confese-

[1] S. Eucher. Hom. 6. *de pœnit. Ninivit.*

mos nuestros pecados, reconciliémonos con nuestros enemigos, amémonos como hermanos, tengamos caridad con nosotros y con nuestros prójimos, vivamos honesta y sóbriamente observando los divinos mandamientos, y quede para los venideros la memoria de que nos volvimos á Dios en la tribulacion, saludablemente amedrentados con aquella misericordiosa amenaza que anunció el profeta: *Nínive subvertetur! Nínive subvertetur!* Sí, Dios mio, esta ciudad queda destruida desde ahora. Vedla á vuestros piés; mirad nuestras frentes inclinadas; todos lloramos nuestros pecados: nuestra soberbia anda ya por el suelo, y las escamas que nos impedian ver con claridad, cayeron de nuestros ojos. *Eversa est iniquitas ejus, quia pœnituit.*

Mis queridos hermanos; las amenazas que en su misericordia fulminó el Señor contra la famosa ciudad del Oriente, el arrepentimiento de sus habitantes y el perdon que les otorgó la divina clemencia, no fueron un suceso aislado, un caso tan singular y peregrino que nó deba servir para arreglar nuestra conducta. Reinando el Emperador Arcadio, por el año 396 de la era cristiana, quiso el Señor amenazar á Constantinopla, salvarla por el terror, trayéndola á verdadera penitencia. Un buen soldado, que era asimismo cristiano fidelísimo, tuvo revelacion, segun nos refiere San Agustin, de que caeria fuego del cielo y abrasaria la ciudad. Aquel soldado se declaró al Obispo, y el Obispo no lo

despreció, sino que lo anunció al pueblo. Constantinopla se convirtió, y se libró del castigo como Nínive. *Conversa est civitas in luctum pœnitentiæ quemadmodum quondam illa antiqua Ninivæ.* [1]

El Angel exterminador desenvainó su espada para destruir á Roma con una atróz epidemia, y el Papa San Gregorio el Grande exhortó al pueblo poniéndole delante el ejemplo de Jonás y de los Ninivitas. Toda la ciudad se movió á penitencia, y el Angel envainó su espada exterminadora.

Justifiquen estos casos tan ciertos y auténticos el uso que debemos hacer, en circunstancias tan aflictivas como la presente, de la historia de los Ninivitas. Nó nos valemos de exageraciones ni forzamos recursos oratorios, (que no estamos para eso) alzando nuestra voz y clamando con todas nuestras fuerzas para deciros:—«Tú, ciudad de Jaen, conviértete al Señor!» Nosotros clamamos como clamaba San Pedro Martir cuando iba por las ciudades de Italia excitándolas á penitencia. «Tú, oh Milan, tú, oh Parma, tú, oh Cremona, tu corrupcion es como la de Nínive, y serás destruida si como Nínive no hicieres penitencia.» [2]

Imagen elocuente y viva de aquellas antiguas

[1] *De excidio urbis,* cap. 6.

[2] En esta gran mision de San Pedro Martir que produjo saludables frutos de penitencia, nos dice Cornelio á Lapide que no puso otro texto á los muchísimos sermones que predicó, sino el *Adhuc quadraginta diebus, et Ninive subvertetur.*

exhortaciones fué hace dos siglos la del gran Bossuet, que dominando la muchedumbre de la moderna Nínive ó Babilonia y dejándola entrever el castigo que merecia, así la señalaba: «Y tú, París, jamás abatida ni postrada porque tu orgullo no lo consiente: tú, cuya vanidad se sostiene ciegamente á pesar de tantas cosas que debieran deprimirla, ¿cuándo te veré yo destruida? ¿Cuándo oiré yo decir: ya concluyó de reinar el pecado; las mujeres no se adornan para ofender al pudor; sus hijos no suspiran por los mortales placeres, ni llevan en sus ojos la muerte de las almas? ¿Cuándo se dirá que viven con limpieza y castidad los que atentaron contra la mujer de su prójimo? ¿Cuándo tendremos el consuelo de saber que los bienes agenos son restituidos á sus legítimos dueños? Pero ah! «los tesoros de la iniquidad están todavia en la casa del impío,» [1] y ese fuego, París, es un fuego dispuesto á devorarte.» [2]

Se salvó Nínive, se salvó la antigua Bizancio, salváronse en el siglo trece Parma, Milan y otras grandes ciudades de la península italiana, porque temieron á Dios; ¿ y nó nos salvarémos nosotros?

[1] *Adhuc ignis in domo impii, thesauri iniquitatis.* Mich. VI. 10.

[2] Sermon para el dia de Difuntos. Bossuet predecia los terribles estragos de la gran ciudad: el primero que vino fué la revolucion francesa, y el segundo en la última y desastrosa guerra con Prusia. Sobre París llueve fuego del cielo, pero siguen abiertos los teatros.

¿Ha de ser nuestra obstinacion mayor que la suya? No, mis queridos hermanos: bástenos aquel misericordioso lamento de Dios por el profeta Isaias: *Consolabor super hostibus meis*: nó provoquemos su poderosa indignacion hasta obligarle á clamar: *vindicabor de inimicis meis!*

Y ahora, mis queridos hermanos, para que al sobresalto de los afectos se añada la claridad de la luz que ilustra las inteligencias y fortifica las convicciones, quiero recordaros aquel axioma que tomé como prestado de una ciencia extraña. «Para producirse un cambio en las relaciones de la tierra con el hombre, dije, es menester que primero se produzca en el hombre otro cambio en sus acciones y cualidades.» Es decir: para producirse un cambio en las relaciones del hombre con la naturaleza y con su Autor divino, convirtiéndose en bienhechora y protectora del hombre la intervencion de la Providencia y la accion de las leyes naturales, es menester que primero se produzca otro cambio en nosotros, en nuestras acciones y cualidades, doliéndonos de nuestros pecados y reformando nuestra vida. ¿Teneis algun reparo que oponer á este principio científico? Vosotros lo admitireis, y lo defenderiais si fuese necesario, porque es un axioma comprobado por la observacion y la experiencia. Trasladado ese axioma á otro terreno, nos dá el mismo resultado. Primero se convierte Nínive, y luego Dios la perdona. Las súplicas de Bizancio, las letanías de Roma, la penitencia de Milan, el arre-

pentimiento de pueblos y ciudades amenazados de algun azote de la divina justicia, previenen las misericordias divinas y obtienen la clemencia del cielo. Primero ha de producirse un cambio saludable en la vida del hombre, para que el cielo suspenda sus amenazas y se trueque en halago y regalada blandura el enojo de la suprema venganza. *Convertimini ad me, et ego convertar ad vos*: [1] «Convertíos á mí, dice el Señor, que yo me convertiré á vosotros.» El axioma es evidente: vedlo confirmado por la palabra de Dios, y admirad en este dichoso acuerdo, que tal vez no esperábais, las estrechas armonias entre la religion y la ciencia.

Esperemos en la misericordia de Dios: él es protector de los que ponen en él su esperanza. El Señor es bueno por naturaleza, como dice el Papa San Leon: *Deus cujus natura bonitas*. Amémosle porque es bueno, y temámosle porque es justo; que el amor y el temor, sosteniéndonos contra nuestra natural flaqueza, ponen alas á nuestros deseos de cambiar la vida que llevamos, para que el Señor convertido á nosotros, nos perdone de una vez y nos salve para siempre. Así sea.

[1] Zach. I. 3.

BIBLIOTECA VALENCIANA
Generalitat

Indulsisti genti, Domine; indulsisti genti: ¿numquid glorificatus es? Isaiæ, XXVI. 15.
Perdonaste al pueblo, Señor; perdonaste al pueblo: ¿acaso has sido glorificado?

MIS QUERIDOS HERMANOS:

Al anunciar el profeta Isaias la destruccion de Tyro, primero por Nabucodonosor y despues por Alejandro Magno, gime como las naves, agentes de su comercio; se entristece como los ricos mercaderes de Sidon, amenazados con esta desgracia; conduélese porque ya no reportarán ganancias las tierras regadas por el Nilo, que vaciaban en los graneros de Tyro sus pingües cosechas; y llora la suerte de Sidon, de quien era hija y fértil colonia. El profeta la ve destruida con sus comerciantes que eran príncipes; mas pasados los setenta años que duraria su desolacion, viéndola consagrar al Señor los frutos de su industria, la púrpura, el lino, el oro, la plata y los vasos de marmol, exclama: *Indulsisti genti, Domine; indulsisti genti: ¿numquid glo-*

rificatus es? «Perdonaste al pueblo, Señor; perdonaste al pueblo: ¿acaso has sido glorificado?»

Tambien nosotros podemos deciros: Señor, hasta ahora, nos habeis perdonado. La amenaza está suspendida sobre nuestras cabezas, pero el ánimo se quiere dar á la confianza: *Indulsisti genti, Domine; indulsisti genti.* Habeis sido generoso y bueno; pero ¿qué os ha valido vuestra infinita clemencia? Fuisteis por ventura glorificado? *Numquid glorificatus es?* Los favorecidos han dejado de pecar? es otra su vida? será mejor cuando desaparezca el peligro? No es cosa nueva que á los favores de la Providencia se responda añadiendo pecado sobre pecado. Las santas Escrituras nos ofrecen muchos ejemplos del pecador endurecido, entregado á la insensata ocupacion de amontonar iniquidades sobre su cabeza. Despreciar los peligros, despreciar los beneficios, hacerse insensibles á los estímulos de la Religion, despreciarlo todo con estúpida indiferencia, tiénese por señal de un espíritu fuerte que no se conmueve ni se intimida por nada. Creereis vosotros que el Señor perdona siempre? Pensareis que jamás castiga?

El Señor usa de su misericordia como vemos; pero tambien deja obrar á su justicia.

Tal es el asunto que me propongo tratar confiado en los auxilios de la divina gracia.

Dios no puede menos de aborrecer el pecado. Ama al hombre, y compadece al delincuente; pero en tanto que el hombre se liga con su pecado, uno y otro, que se esfuerzan por ser inseparables, son para Dios objeto de odio: *odio sunt Deo impius et impietas ejus.* Así pues, será inútil la distincion que hacen muchos pecadores entre ellos y su pecado; porque si Dios aborrece al pecado ¿en quién lo ha de castigar sino en el pecador que lo comete? No hagais vosotros, mis queridos hermanos, una distincion tan inútil.

Dejando á un lado tan frívolas razones, oid, hermanos mios, la voz del Señor que truena desde las alturas. Poniendo por testigos á los cielos y la tierra, con poderoso acento que vibra en todo el mundo, así se queja de los pecadores que le ofenden: *Audite cœli, auribus percipe terra, quoniam Dominus locutus est: filios enutrivi et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.* [1] «Oid cielos y tierra: yo alimenté y exalté á mis hijos con paternal amor, pero ellos me despreciaron!» Todo lo que tenemos en el órden de la naturaleza y en el órden de la gracia lo hemos recibido de su liberal mano. El nos dió el ser, él nos conserva, él nos redime de toda esclavitud. Ignorantes, él nos enseña; ciegos, él nos alumbra; inhumanos, él nos amansa; feroces, él nos educa; caidos, él nos levanta; muertos, él nos resucita; desheredados, llámanos á su *posesion*, y

[1] Is. I. 2.

nos hace herederos de su reino. Si para consumar esta reparacion es necesario imponerse sacrificios, el Hijo de Dios desciende del cielo á la tierra, hácese hombre, reviste las apariencias de un esclavo, anda entre pecadores, es pobre como ninguno, mézclase á todas las miserias para sanarlas, pónese al alcance de todos los dolores, ofrécese al Eterno Padre como Hostia por la salud del mundo, toma la Cruz sobre sus hombros, derrama toda su sangre y espira en un cadalso. Déjanos su doctrina de salvacion, sus palabras de vida eterna, el Evangelio de la verdad, la ley del amor, el pan de los Angeles en la Eucaristía, la nueva alianza en su purísima Sangre, un magisterio infalible en su Santa Iglesia, y la dispensacion de los divinos misterios cometida al real sacerdocio por él instituido. ¿Qué más pudo hacer el Señor por nosotros? *quid debui facere vineæ meæ et non feci?* ¿quién le obligaba á tanto sacrificio? nadie le obligaba sino el amor que nos tenia. Compadecióse de nuestra miseria; las miserias del mundo atrajeron las misericordias de Dios.

Para nosotros trabajaron los generosos discípulos del Crucificado. Obedientes á los mandatos del divino Maestro, vinieron á estas regiones estragadas por el supersticioso culto de los ídolos; ellos derribaron los infames templos, predicaron la verdad, salvaron las almas, dulcificaron las costumbres, civilizaron las naciones, plantaron el árbol de la Religion, y lo regaron con su sangre. Juntad

á estos beneficios de la gracia otros innumerables dones de la naturaleza, como la pureza del cielo y la fertilidad de la tierra; ved impreso como un sello el amor divino en tan preciosos dones cual se imprime la odiosa ingratitud y mala correspondencia en nuestra conducta, y vereis con cuánta razon se lamenta el Señor por el profeta Isaias: *filios enutrivi et exaltavi, illi autem spreverunt me.* Despreciamos los dones de Dios: oid cielos! óigalo tambien la tierra; el Señor nos alimenta y nos exalta con el amor de un padre que se afana por sus hijos, pero nosotros no dejamos de ofenderle. «Conoce el buey á su dueño y el asno á su señor, pero Israel no me ha conocido.» Conoced, mis queridos hermanos, en estas quejas de un amor mal correspondido, que el Señor no quisiera castigarnos, y que por nuestro ruin proceder le obligamos á ello.

La tierra está llena de las divinas misericordias: *Misericordia Domini plena est terra.* Tuvo el Señor piedad de Nínive, salvándola de su total ruina; túvola de Israel, libertándole de la esclavitud del Egipto y del horrible cautiverio que padeció en Babilonia. Fué misericordioso con David, á quien consoló el profeta Nathan con estas palabras que borran como una esponja todas las culpas: «el Señor te ha perdonado.» Lo fué con Manasés, dándole gracia para que se arrepintiera. Pone sus ojos en un cobrador de alcabalas, y conviértese el publicano en Apóstol y evangelista: arrójase á sus piés

la Magdalena, y queda santificada; su corazon, antes pervertido por el amor profano, se abrasa con los ardores de la penitencia y aprende á amar á la manera de los Angeles. Lleva el Señor la salud y la alegria á la casa de Zaquéo; devuelve un hijo querido á la viuda de Naim; absuelve á la mujer adúltera, avergonzada de su pecado: acoje benigno las lágrimas de Simon Pedro, perdona á Dimas, le promete el paraiso, y convierte en Apostol de las Gentes á su enemigo Saulo. El Señor es aquel rey que perdonó á su siervo diez mil talentos; es el samaritano que curó las heridas á aquel infeliz que yacia maltratado en el camino de Jericó: es el buen pastor que busca la oveja perdida: es aquel buen padre que recibió en sus brazos con tanto amor al hijo pródigo: es el tutor de los huérfanos y pupilos, el protector de las viudas, el consolador de todos los que no tienen consuelo, y la Providencia en nuestras mayores necesidades. Finalmente, este es aquel Señor tan indulgente y caritativo que ofrece su mano á los pecadores, y los recibe en su casa, y los invita á su mesa con generosa hospitalidad. *Hic peccatores recipit*; «este recibe á los pecadores» decian los fariseos, como escandalizados de su clemencia. Glorifiquemos al Señor, hermanos mios, porque «de sus misericordias está llena la tierra.» Cantarémos eternamente las misericordias del Señor: *Misericordias Domini in æternum cantabo.*

Pero llegan á veces los pecadores á tal extremo,

multiplican sus pecados y sus iniquidades con tanta ceguedad, que despues de poner á prueba la paciencia de un Señor tan misericordioso, atraen contra sí mismos los rayos de su justicia. Ni en este caso se olvida nuestro buen Dios de sus antiguas misericordias. ¿Sabeis lo que dice y hace el Señor cuando su divina justicia le obliga á castigarnos? Primero nos hace cargo de sus favores, puesto que son enteramente gratuitos, y nos reconviene de esta manera: «¿Pensabas tú que yo seria semejante á tí? tu boca abundó en malicia y tu lengua urdia engaños. Esto hiciste, y callé: *hæc fecisti et tacui*. Pero injustamente diste por supuesto que yo seria tál como tú eres: no: yo te argüiré, y pondré delante de tus ojos mis misericordias y tus pecados.» *Existimasti iniquè quod ero tui similis? arguam te et statuam contra faciem tuam.*[1] Ah hermanos mios! ¿quién podrá entrar en juicio con el Señor? ¿Qué responderémos cuando nos arguya y nos reprenda? ¿A quién no aterrará el asombroso contraste entre su conducta y la nuestra, entre sus misericordias y nuestras ingratitudes, entre sus finezas y nuestras rebeldías, entre sus bondades y nuestros pecados? Ofendiamos al Señor, y él guardaba silencio: le volviamos la espalda, mas él esperaba que nos convirtiéramos algun dia: olvidábamos desdeñosos los favores de su clemencia, y no se volvia contra nosotros su poderoso brazo

[1] Ps. XLIX. 21.

para confundirnos. Mas no siempre habia de ser así: alguna vez pondria el Señor delante de nuestros ojos las iniquidades con que le ofendemos. Dichosos nosotros si vencidos en juicio por el testimonio de nuestra propia conciencia, tenemos la docilidad necesaria para inclinar nuestra cabeza y decir á este Juez soberano: «Justo eres, Señor, y rectos son tambien tus juicios.» *Justus es Domine, et rectum judicium tuum.* [1]

Y obligado á castigar ¿qué hace el Señor? ¿Cae su divina justicia á plomo sobre la vil muchedumbre? ¿manda al aire que á todos nos deje sin respirar? ¿eleva las aguas sobre los montes mas encumbrados? ¿nos extermina por la espada de un Angel? ¿manda lluvia de fuego que nos reduzca á pavesa? De muchos modos castiga el Señor, y uno de los mas terribles, y en cierta manera comunes, es el abandono. Dios se retira de nosotros, deja obrar las causas segundas, y nos entrega al rigor de sus leyes. Tál fué su sentencia sobre la hija de Sion, á quien tanto amaba: *Derelinquetur filia Sion sicut civitas quæ vastatur.* [2] Quede abandonada la hija de Sion como una ciudad que se destruye. Así fueron destruidas muchas ciudades por los crímenes de los hombres: perecieron á sangre y fuego. En los dias en que Jesús, tan dulce y misericordioso, pasaba por todos los caminos de la Palestina haciendo bien,

[1] Ps. CXVIII. 137.
[2] Is. I. 8.

contemplaba con lágrimas á la ciudad de Jerusalen, conociendo que el dia de su desolacion, anunciada por los profetas, se acercaba. Y tanto le acongojó la vista de la ciudad, que lloró sobre ella, pero nó se mudaron sus destinos: *videns civitatem flevit super eam.* Fué favorecida y privilegiada entre todas las ciudades de Judá, mas nó conoció el tiempo de las divinas misericordias, y ella misma por su mano se dió la muerte; no quiso congregar á sus hijos bajo las alas protectoras de la maternal Providencia, como la gallina congrega los polluelos debajo de sus alas, y las águilas y los buitres los devoraron. Entonces resonó en los cielos aquella sentencia terrible: *Ecce relinquetur domus vestra deserta.* Quede sola y abandonada la populosa ciudad, tan llena de gente; venga á ser tributaria la señora de las naciones; abandonemos á la hija de Sion, como una ciudad que se destruye; desiertas queden sus casas, y perezca Jerusalen sin quedar piedra sobre piedra.

Ahora podeis tambien, hermanos mios, formaros una idea de lo que seria este abandono de las ciudades que Dios destruye en el dia de su ira, por los estragos que está causando la epidemia en las más populosas de nuestra infeliz España. Contemplad á Valencia, donde el cólera morbo hace tantas víctimas: ved á Barcelona, á la altiva y poderosa Barcelona, humillada bajo el pesado yugo: retiraos del litoral, buscad las mayores alturas, que parecen mas saludables, y vereis en Madrid,

á cien leguas de uno y otro mar, las mismas tristes escenas: no perdona el funesto contagio á la rica y floreciente Sevilla; y si huyérais á las islas, viérais en las Baleares que la muerte está como de asiento. Por todas partes encontrareis á los sacerdotes prodigando su vida y sus consuelos, á los sepultureros enterrando cadáveres, á los medrosos sin saber adonde huir para ponerse en salvo; vereis casas desiertas, oireis llantos desconsolados, y contemplareis escenas desoladoras comó de una ciudad que se destruye. *Sonitus terroris semper in auribus ejus.* [1] No se habla con una persona que no nos dé malas noticias; los correos no nos traen mas que pesares; siempre está resonando en nuestros oidos la terrible amenaza: «hé aquí que vuestra casa quedará desierta:» y aun es mucho mas triste la suerte del impío, que no tiene como nosotros el consuelo de guarecerse en la casa del Señor, sino que anda aturdido y desconcertado, sin saber donde meterse, huyendo de su sombra y sin ver quién le persigue. *Fugit impius, nemine persequente.* [2]

¡Ah Señor, no nos abandoneis! Dulcísimo Jesús mio, vos Señor, que por conocer toda clase de penas y por gustar de todas las amarguras fuisteis desamparado en el santo madero de la Cruz, por piedad no nos abandoneis! Mirad Señor, que ya no queremos ofenderos, pues hemos conocido nues-

[1] Job. XV. 21.
[2] Prov. XXVIII. 1.

tro yerro y estamos temerosos de tu justicia. No nos desampares, Jesús mio, por tu santísimo desamparo!

Bendecid al Señor, hermanos mios, alabad su misericordia, que todo el pueblo le bendiga, bendíganle los sacerdotes, bendíganle los jóvenes y las vírgenes, que todo espíritu bendiga y alabe al Señor. El Señor no nos desampara; su Madre Santísima intercede por nosotros; pero ved que á la mejor hora puede el Señor castigarnos con la misma vara con que á otros castiga. Tambien anduvo el Señor muy solícito queriendo sanar á Babilonia, y le envió sus Angeles bien provistos de aromas, ungüentos y medicinas, y todo fué en vano. Babilonia no quiso la salud: los pecadores no quisieron arrepentirse de su mala vida, y los Angeles tuvieron que retirarse. Oid lo que decian como afligidos estos ministros extraordinarios de la divina clemencia: «vinimos á curar á Babilonia, pero ella no ha querido la salud: abandonémosla.» *Curavimus Babylonem et non est sanata: derelinquamus eam.* [1] Si el enfermo no quiere los remedios, el médico ¿qué ha de hacer? vuélvele la espalda y le abandona. Si los beneficios que el Señor os dispensa á manos llenas, si las bendiciones que derrama en vuestros fértiles campos, si la salud que os conserva en medio del general contagio, si la palabra de Dios que os exhorta y aviva con sobrenatural eficacia, si to-

[1] Jerem. LI. 9.

dos estos auxilios los despreciárais no queriendo romper con el pecado, mirad que nuestros Angeles podrán retirarse diciendo: «Queriamos salvar á este pueblo, pero él no ha querido la salud: abandonémosle.» San Bernardino de Sena dice que las hambres, guerras, pestes y calamidades son el único medio de castigar á los pueblos aletargados en sus vicios y embrutecidos por la indiferencia religiosa: *Pro talibus admonendis, Dei flagellum.* Y de estos castigos suele sacarse mucho fruto, porque como dice San Cipriano, « á causa de la pavorosa mortandad se encienden los tibios, se estrechan los flojos, se avivan los perezosos, los desertores vuelven, abrazan la fé los gentiles, se acaban las disensiones entre los fieles, y el pueblo vive en el reposo de la paz.» [1] ¿Habiamos de ser nosotros más insensibles y de corazon mas duro que los antiguos pueblos, donde se vieron tantas conversiones y se reportaron tantos bienes, con ocasion de la espantosa pestilencia que asoló el Africa y castigó á casi todas las provincias del imperio romano?

No, hermanos mios: acerquémonos llenos de confianza al trono de la gracia, que es Jesucristo, Señor nuestro. Confesémosle nuestros pecados, que Él nos perdonará. *Ipse est propitiatio pro peccatis*

[1] *Pavore mortalitatis et temporis accenduntur tepidi, constringuntur remissi, excitantur ignavi, desertores compelluntur ut redeant, gentiles coguntur ut credant, vetus fidelium populus ad quietem vocatur.* Lib. de Mortalitate, XV.

nostris: «El es Hostia de propiciacion por nuestros pecados.» Cuando nuestro Salvador iba predicando por la Judea, consolaba á los afligidos, curaba á los enfermos, sanaba todo linaje de dolencias. Pasaba haciendo bien: *pertransiit benefaciendo.* El que estaba atento á pedirle, conseguia el remedio de sus males; pero el que le veia pasar con indiferencia, no conseguia nada. *Timeo Jesum transeuntem,* decia San Agustin. Yo temo á este Señor que va de paso: si clamamos á tiempo, nos remediará: si logramos tocar siquiera la fimbria de su vestido, nos dará la salud: pero si dejamos pasar la ocasion y no le pedimos con fé y buenas disposiciones, nuestros males no tendrán remedio.

Jesús sea glorificado, pues ha perdonado á su pueblo: *indulsisti genti, Domine.* Hasta en la soberbia Tiro, tan amenazada á causa de su obstinacion por el profeta Isaias, no dejaron de tributarse al Señor algunas alabanzas como nos refiere el Santo rey David. Dones de gran precio ofrecian al Señor las hijas de Tyro; que la mujer es donde quiera piadosa. *Filiæ Tyri in muneribus.*[1] Ofrecedle tambien vosotros los dones que son de mas precio á los ojos de la divina Majestad; ofrecedle vuestras lágrimas, vuestro corazon contrito y humillado, y bendigamos sus infinitas misericordias de que está llena la tierra, para hacernos dignos de cantarlas eternamente en el cielo. Amen.

[1] Ps. XLIV. 13.

Supra mortuum plora, defecit enim lux ejus: et supra fatuum plora, defecit enim sensu. Eccli. xxii. 10.

Sobre el muerto llora, porque le faltó la lúz; y sobre el fátuo llora, porque le faltó el entendimiento.

Mis queridos hermanos:

Hemos visto que el Señor, obligado á castigarnos por nuestras habituales rebeldías, empieza misericordioso por hacer un paralelo entre nuestra conducta y la suya, poniendo delante de nuestros ojos las finezas de su amor tan mal correspondido. *Existimasti quod ero tui similis?* ¿Pensarias tú que en todo y por todo habia de ser semejante á tí, y que me estaria siempre callando, con la obligacion de tolerar tus desobediencias y tus desvios? Si yo te alimenté y favorecí en tan alto grado, levantándote del polvo y de la nada con la tierna solicitud de un padre que se desvive por sus hijos, ¿es justo que tú, infiel á tus promesas y desagradecido á mis favores, desprecies á tu padre? *Arguam te:* con

sobrada razon te reconvengo, y te llamo al interior para que tú mismo te sentencies por tu boca.

¿Qué responderá el pecador? A muchos ha convertido este argumento, que no tiene réplica. Desazonados á causa de las inquietudes de su conciencia y favorecidos con la luz de la fé, han visto, ayudados por la claridad de un entendimiento sano, que es el colmo de la demencia contravenir á la ley de Dios y responder con incesantes agravios á un Señor tan bueno y misericordioso. De aquí nacieron ardientes deseos de satisfacer á la divina justicia, reconciliándose con la Majestad ofendida, por la Confesion y la Penitencia. De aquí el mudar de vida, y el nuevo ser espiritual que con la gracia de Dios va todos los dias en aumento, á partir desde el felicísimo instante de una conversion tan verdadera.

Pero muchos son tambien los pecadores que no conocen la justicia de Dios ni su misericordia. Quisieran justificar su proceder, mas nó pueden justificarlo: quisieran librarse del castigo, pero sin convertirse al Señor: quisieran desbaratar el poderoso argumento, y nó tienen palabras ni razones que oponerle. Viene el castigo, comienza la desolacion, llega la muerte, y pasa por encima. Y el Señor que ve el estrago, el Señor que ve á un lado los muertos, á otro los impenitentes, exclama en su dolor: «Sobre el muerto llora, porque le faltó la luz: y sobre el fátuo llora, porque le faltó el entendimiento.»

Como es tiempo de desgracias, hablemos, hermanos mios, de una y otra muerte, para aprovechamiento de todos.

I.

Justo será, mis queridos hermanos, tener compasion del uno y del otro, llorar al muerto y al fátuo, porque los dos yacen envueltos en tinieblas y sombras de muerte, cada uno á su manera; el primero porque le faltó la luz del dia, y el segundo porque le faltó la luz de la razon. Llorando los estragos de la muerte y los de la locura y fatuidad de los hombres, nos mostrarémos sensibles á tantas desgracias, y protegerémos al pueblo cristiano contra una y otra ceguera, en que los pecadores endurecidos encuentran la muerte con todos sus horrores.

Siempre se ha llorado la muerte, por mas que los hombres no la mirasen en todo tiempo con los mismos ojos. Sabemos cuán bárbaras fueron entre los gentiles las demostraciones de su dolor junto al féretro de las personas queridas. Ni los hombres mas ilustres por su saber y su moderacion dejaron de escribir páginas terribles en que no se trasluce el menor consuelo, porque su ceguedad les privaba de toda esperanza en una vida futura. ¡Cuántas veces y con cuánto dolor he leido en el severo Quintiliano sus quejas desesperadas por la muerte de su jóven esposa y de sus dos hijos! ¡Con

cuánta impiedad increpaba á los Dioses! [1] Algo y quizás mucho de cristiano tenia ya en sus pensamientos Plinio el jóven, cuando en sus cartas consolaba al moribundo Valente y se lamentaba del triste fin de Julio Avito, supliendo con la resignacion de su dolor las lágrimas de su familia ausente. Lo mismo se advierte en Séneca, «colocado entre dos mundos» como dice un sábio apologista de la Religion; [2] aunque si alienta y consuela algunas veces con las esperanzas que le infunde el Cristianismo, otras hiela y mata las creencias mas consoladoras con el soplo de la negacion, como se acostumbra entre paganos. Bárbaras serian por lo tanto entre los gentiles las demostraciones de su dolor en la muerte de personas queridas, manteniéndose por lo general hasta en el pueblo de Israel, no obstante el especial llamamiento de Dios, aquel llanto desesperado que convirtió el réprobo Esau en feroces rugidos. Bueno es recordar con este motivo que por una ley se prohibió á los israelitas sajarse las carnes y marcarlas á sangre y fuego: y pues que la Sagrada Escritura permite llorar á los muertos algunos dias segun su mérito, [3] claro es que tendria por fastuoso el dolor de los hijos de Israel que lloraron á Moises treinta dias en los campos de Moab. No eran ya las propias carnes sino las

[1] *Institutiones*, proemio al lib. VI.

[2] Augusto Nicolás, *Arte de creer*, tom. II. pag. 233.

[3] *Luctus mortui septem dies: fatui autem et impii omnes dies vitæ illorum.* Eccli. XXII. 13. XXXVIII. 18.

vestiduras lo que rasgó David en la muerte de Saul y de Jonatás; y dias llegarian en que sin rasgarse los vestidos se conmovieran los corazones con un dolor mas perfecto, al cual nos exhorta la Iglesia en el tiempo cuadragesimal diciendo á los fieles: *scindite corda vestra et non vestimenta vestra.*

Viendo el Señor que todo Israel lloraba á Judá, nos ofreció un ejemplo de lo que seria la muerte en los futuros dias de la ley de gracia, cuando el pueblo participase de los consuelos y esperanzas de la resurreccion. Muerto el hijo de la Sunamitis, descendió del monte Carmelo el profeta Eliseo para devolverlo vivo á su afligida madre. Entró en el cuarto, cerró la puerta, oró al Señor, echóse sobre el niño difunto, puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos, sus manos sobre sus manos, se encorvó sobre él, y recobrando milagrosamente aquella carne muerta el calor de la vida, el niño se desperezó, y el profeta lo devolvió á su madre: «Toma tu hijo, le dijo Eliseo:» *tolle filium tuum.* [1] Pues esto mismo ha hecho con nosotros el Señor en la ley de gracia. Se inclinó hácia todos los hombres humillándose á impulsos de su amor; sobre nuestra boca puso la suya para comunicarnos el aliento de la vida; echó sobre nosotros sus ojos misericordiosos, y los dones que nos repartió con sus generosas manos comunicaron á las nuestras, rígidas y contraidas por la

[1] IV. Regum, IV. 36.

cruel avaricia, la soltura y movimiento que exigen las santas obras de la caridad. ¿No veis en tan estupendo prodigio la resurreccion de la carne y la nueva vida de las almas? ¿Nó nos enseña este ejemplo que la muerte, no vencida todavia por Jesucristo, comenzaba á sufrir algunas quiebras que la irian transfigurando, si bien con lentitud, á los ojos de los hombres? En cierto modo, la muerte ha mudado de naturaleza: y por eso las dulces lágrimas del dolor, compensadas con tan abundantes consuelos, han reemplazado á los feroces rugidos y á la cruel irritacion de un dolor sin esperanza. Desde que hemos sentido en nuestras manos las manos de Jesucristo, en nuestra boca la suya, en nuestros ojos sus ojos de misericordia, y su corazon amantísimo incorporado al nuestro, tenemos la esperanza de vivir eternamente, y de alcanzar una vida divina. Asombrado el Santo Job de considerar los grandes misterios del amor infinito en que todo un Dios se anonada por amor al hombre, así decia: «Señor, ¿qué es el hombre para que así lo engrandezcas? ¿Por qué pones junto á él tu corazon?» No merece el pecador que Dios le mire con buenos ojos ni que ponga junto al suyo su corazon amante: pero el ejemplo de Eliseo fué imagen de la resurreccion y de la vida que nos trajo Jesucristo, cuando «muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando reparó nuestra vida.» *Qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit.* La muerte y la vida trabaron duelo, cuyo tér-

mino fué venir á reinar vivo el que es autor de la vida, despues que se sujetó á la muerte por voluntad propia. Entró en el sepulcro porque quiso, y salió del sepulcro por su propia virtud; su sepulcro es glorioso, porque es el «sepulcro de Cristo viviente» *sepulcrum Christi viventis*, contra la idea antigua que hacia de las sepulturas una inmensa fosa, que tragaba, para nó devolverlos jamás, los despojos de inexorable parca. Con alabanzas inmolamos la Víctima pascual, ciertos de su resurreccion gloriosa; el fúnebre sudario no puede detener al Leon de Judá: *resurrexit Leo fortis*; y como á los primeros discípulos precedió en Galilea, así nos precederia en el cielo, abriendo á todos los mortales que se unieren á Jesús en la vida y en la muerte el camino de la resurreccion y de la gloria.

Ved á Jesús, mis queridos hermanos, antes de llamar á la muerte para sufrirla y vencerla, cómo va derramando consuelos y esperanzas por este valle de lágrimas, y cómo esparce nuevas ideas, nó prohibiendo con dureza las lágrimas, nó sofocando sollozos, nó violentando á la naturaleza, pero sí cohibiendo los desamparados gritos, dulcificando los sentimientos, y suprimiendo en gran parte el lúgubre y ceremonioso aparato que en torno de los féretros se usaba. Cuando fué á resucitar á la hija de Jairo, vió tañedores de flautas, oyó mucho ruido y presenció la extraordinaria confusion de los que daban alaridos en prueba de su dolor. El Señor echó fuera á los que hacian

aquel ruido, y dijo á los que lloraban; «¿por qué llorais?» [1] Lo mismo aconteció cuando el hijo de la viuda de Naim era conducido en el féretro: *Noli flere:* «no llores», dijo el Señor á la pobre viuda. En la muerte de Lázaro consoló á Marta y á los judíos que lloraban: Jesús lloró entonces, para dar á entender cuánto amaba á Lázaro: mas conteniendo el llanto de su hermana, dijo á Marta: «yo soy la resurreccion y la vida; el que crée en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.» [2] Así hacian los Apóstoles con la virtud del Espíritu Santo. Cuando San Pedro resucitó en Joppe á Tabitha, despidió á las viudas que plañian ponderando las virtudes de aquella buena cristiana; y cuando en Troade resucitó San Pablo á Eutico, caido desde la altura de un tercer piso, lo primero que dijo el Apóstol de las gentes fué: *Nolite turbari:* [3] á semejanza de aquel *Nolite flere* que tantas veces diria el Salvador para mitigar y endulzar el dolor tan vivo y tan acerbo que produce el espectáculo de la muerte, cuando los que la lloran se rebelan contra la fatalidad del destino, sordo á sus clamores. «Bienaventurados los que mueren en el Señor. En paz dormiré y reposaré, porque tú, Señor, me has afirmado en la esperanza.» «No os contristeis, hermanos mios, decia el Apóstol San Pablo á los fieles de Tesalónica, en la

[1] Marc. V. 39.
[2] Joan. XI. 25.
[3] Act. Ap. IX. 40. XX. 10.

muerte de los que amais, como se entristecen los gentiles que no tienen esperanza. Porque si creémos que Jesús murió y resucitó, así el Señor resucitará á los que murieron unidos á él... Consolaos los unos á los otros con estas palabras.» [1] «Creyendo en la resurreccion de Jesucristo, dice Tertuliano, habremos de creér en la nuestra: y constándonos la resurreccion de los muertos, se rebaja el dolor de la muerte y no hay lugar á la impaciencia.» [2] Ni ¿cómo pudiéramos llorar la muerte de los Santos que es preciosa á los ojos del Señor?

Consolaos, pues, hermanos mios, en la muerte de vuestros parientes y amigos, ayer sanos y buenos, difuntos hoy, víctimas del general estrago; y preparaos á sufrir con resignacion nuevas quiebras, pidiendo al Señor que nó falten á los pobres enfermos los auxilios de la religion para morir con Cristo, ni á sus amigos y deudos caridad para socorrerlos, fortaleza para despedirlos de este mundo, y cristiana resignacion para llorarlos. Dentro de estos límites, el sentimiento es bueno y laudable; y las lágrimas que se derraman con facilidad y dulzura desahogan el corazon afligido, yendo por lo comun acompañadas de bendiciones al Señor que levantan nuestro espíritu hasta el

[1] I. ad Thessalonic. IV. 12, et seq.

[2] *Credentes enim resurrectionem Christi, in nostram quoque credimus, propter quos ille et obiit et resurrexit. Ergo cum constet de resurrectione mortuorum, vacat dolor mortis, vacat et impatientia doloris.* Lib. de patientia, cap. IX.

cielo, de cuya clemencia esperamos el consuelo en las mayores angustias de la vida. Lícito y bueno es llorar á los muertos como hizo Jesús en la muerte de su amigo Lázaro, nó como lloran los gentiles que no tienen esperanza: y justo motivo de dolor es la muerte, porque aun vencida por Jesucristo se nos ofrece bajo tantos aspectos, deja tan profundos vacíos, encierra tantos enigmas y extiende en torno suyo tál paño de tristeza, que arranca lágrimas. «Sobre el muerto llora, porque le faltó la luz»: *supra mortuum plora, defecit enim lux ejus.*

II.

Pero dice tambien el Señor: «Sobre el fátuo llora, porque le faltó el entendimiento:» *et supra fatuum plora, defecit enim sensu.* No es de seguro el tiempo en que reina una epidemia el mas apropósito para decir y hacer necedades, portándose con cierta manera de fatuidad ó insensatez que á las personas de seso y de virtud repugna y ofende. Los que dicen que se debe esperar el cólera morbo con el palo alzado como aguardaríamos á un perro que viniera á mordernos; ó los que subiéndose á ciertos principios que tienen poco que ver con la realidad de las cosas califican de leve una enfermedad que tantas víctimas hace, sin que sepamos á punto fijo con qué se cure, incurren en extravagancias y singularidades, más para reirlas con discre-

cion que para llorarlas con pena y sentimiento. Á otras necedades se refiere el sagrado texto, que pueden ser esas provocaciones contra la Providencia que permite tales estragos, ó algunas horribles bufonadas como las que se nos cuentan de ciudades muy corrompidas, que tal vez andan atesorando méritos para que en el dia de su ira Dios las confunda. Por fortuna nuestra, mis queridos hermanos, no son de temer estos actos de demencia entre nosotros: ni por aquí llegó la insensatez á estos extremos, ni nos rebelamos á rostro firme contra el gobierno de Dios en el mundo, ni blasonamos de espíritus fuertes. Tenemos fé en la Providencia divina, tememos á nuestros pecados tanto ó mas que á su justicia, y á fuer de sensatos nos ponemos en manos de Dios y nos sometemos á su ley. *Homo sensatus credit legi Dei.* [1]

Pero no es desconocido entre nosotros un género de fatuidad que nos acarrea funestos resultados. Lloremos sobre el necio que sumido en tribulacion no sabe pedir el remedio de sus males. El Señor está dispuesto á proteger á los que en él ponen su esperanza: ¿por qué razon no alcanzarán lo que piden? porque piden mal, responde el Apóstol Santiago. No basta pedir y esperar, si no se pide como conviene pedir. Quiere el Señor hacernos partícipes de sus bienes, siempre que le pidamos con buenas disposiciones. Si el pe-

[1] Eccli. XXXIII. 3.

cador quiere apartar de sí el castigo que le amenaza sin renunciar á su pecado ¿cómo le ha de oir el Señor? No ponga inconvenientes á la divina misericordia; arranque primero de su alma el pecado, y el Señor se mostrará propicio á sus ruegos. Cuando el impío Jeroboan extendió su mano contra el profeta que le echó en cara sus maldades, vió con espanto que no podia encogerla ni traerla hacia sí, sino que se mantenia rígida y por instantes se le secaba. ¿Y qué hizo entonces el insensato príncipe? no se le ocurrió otra cosa sino pedir á Dios que le devolviera el libre uso de la mano. Exponiendo este pasaje, dice un intérprete: *vade stultus supplex*: vete allá, oh necio que tú eres! ¿no seria más derecho que pidieras al Señor el perdon de tus crímenes, y así quitarias el mayor de los inconvenientes para la curacion de tu mano? Razon será recordar con este motivo las palabras del Señor: *supra fatuum plora, defecit enim sensu.* Pues así piden muchos: «Señor, que no haya desgracias, que se acaben estas muertes, que cesen tales castigos»: pero no piden la gracia de Dios para corregirse y mudar de vida: y mientras no se destruya la causa de tanto mal, los males irán en aumento. No tienen las desdichas que afligen á los pueblos orígen más cierto ni explicacion más verdadera que el pecado, segun lo que está escrito: *Miseros facit populos peccatum.*

«Espada del Señor, clamaba Jeremias, ¿hasta cuándo herirás á los hombres?» Pero en seguida

dijo el profeta: «¿Y cómo ni cuándo dejará de herirlos con su terrible espada si los hombres no se arrepienten?» Así profetizó la ruina de Jerusalen por los caldeos, la desolacion del Egipto, la ruina de Tyro y de Sidon, de Ascalon y de Gaza, por sus muchos pecados. No le creyeron los moabitas ni los ammonitas, y perecieron por su soberbia. Igual ruina sobre los idumeos. El Señor encendió fuego sobre los muros de Damasco y de Benadad, y llamó á los caldeos que subieron á Cedar para destruir á los hijos del Oriente. Igual ruina sobre Babilonia por mano de los medos y los persas. Precedieron avisos y amenazas, promesas y escarmientos, mas persistieron en sus idolatrías. Por insensatos murieron: delante de ellos y por sus mismos caminos les iba alumbrando la luz de los profetas, y no vieron el precipicio: *supra fatuum plora, defecit enim sensu.*

De poco nos servirian los castigos pasados ni apenas sacariamos algun provecho de ejemplos tan remotos, si de vez en cuándo no nos viésemos amenazados de estas ú otras catástrofes. En casos como el de ahora, herida la imaginacion á vista del peligro, atribuimos á los antiguos una obstinacion mayor que la nuestra, una ingratitud de que no hay memoria, y una ceguedad que por absurda nos espanta, sin reparar que la nuestra en algo se le asemeja, agravándola el tener ménos disculpa. Mucho ponderamos por la cuenta que nos trae la suavidad de la ley de gracia, y en vién-

donos perdidos, á trueque de seguir en nuestros propósitos, alegamos el ayuno y la limosna, y echamos el peso de estos piadosos cultos y otras devociones en la balanza de la infinita misericordia para inclinarla á nuestro favor. Pero tambian ayunaban, y oraban, y ofrecian sacrificios los hijos del Oriente, y no lograban detener la espada vengadora, porque no se convertian al Señor. «No oiré sus preces, dijo el Señor, aunque vinieren recomendadas por el ayuno: mi espada los destruirá aunque me ofreciesen víctimas.» *Cum jejunaverint non exaudiam preces eorum: et si obtulerint victimas non suscipiam: gladio consumam eos.* Vosotros orais, os golpeais el pecho, pedís misericordia, pero no basta. Antioco oraba, mas no halló misericordia. Le devoraban los gusanos, clamaba al cielo, pero no halló misericordia, porque no tuvo dolor de sus pecados. Nos sirve de consuelo en estos dias el oir vuestras tiernas exclamaciones de amor y de confianza, que expresan el sentimiento público de un pueblo cristiano: en calles y plazas oimos decir: «no hay que temer: tenemos á nuestro Padre Jesús; la Vírgen Santísima nos protege: aquí tenemos el Santo Rostro del Divino Redentor, y las venerables reliquias de nuestros santos.» Pero oid lo que decia San Mateo á los israelitas: «no digais: tenemos por padre á Abrahan»: *nè velitis dicere intra vos: patrem habemus Abraham.*[1]

[1] Matth. III. 9.

¿Queréis que los santos os protejan aunque no renuncieis al pecado? Mucho pueden los santos, dice el Crisóstomo, pero es cuando nosotros ponemos algo de nuestra parte.» *Possunt plurimum, sed quando nos quoque aliquid agimus.* El ejemplo se viene á la mano: santo era Jeremias, y con todo, ¿de qué sirvió á los judios? *Quid profuit Jeremias judeis?* Emisarios del rey Sedecias dijeron al profeta: *Ora pro nobis Dominum Deum nostrum.* [1] Pero vino el castigo anunciado, porque Jerusalen no quiso convertirse á su Dios y Señor. Aun despues que Jeremias quebró una cantarilla diciendo: «Esto dice el Señor de los ejércitos: así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad como se quiebra una vasija de alfarero que ya no se puede más restaurar», [2] todavia se indignaron con el profeta, y Phassur hirió á Jeremias, y lo metió en la cárcel. Solo se estremecieron los judíos al anuncio de que llenas las sepulturas y no habiendo campo bastante grande para enterrarlos, serian degollados por los caldeos y sepultados á toda prisa en el inmundo valle de Tophet, donde ofrecieron un dia víctimas humanas al ídolo de Moloch.

Hermanos mios, volvamos de este afrentoso letargo, y demos su verdadero sentido á los males que el Señor permite, á las tribulaciones con que nos prueba, á los llamamientos con que nos ex-

[1] Jerem. XXXVII. 3.
[2] Ibid. XIX. 11.

horta, á las calamidades con que nos amenaza y purifica. Esta indiferencia religiosa, enfermedad gravísima y que se propaga por contagio; este sensualismo, mucho mas funesto para las almas que el cólera morbo para los cuerpos; este orgullo de la pobre razon humana que se cree poderosa contra el mismo Dios porque puede desobedecerle y conculcar sus leyes; esta ignorancia voluntaria de las verdades de la religion y de las reglas de la moral que corrompe las costumbres y embrutece á los hombres; el fiero egoismo y la sórdida avaricia que matan los nobles sentimientos, y las aspiraciones generosas, y la compasion y la caridad; todo este libertinaje del pensamiento y de la palabra, de las costumbres y de la vida, este horrible desorden y esta degradacion que amenaza extenderse á la especie humana, trae sobre nosotros este y otros más formidables castigos, que la insensatéz y ceguedad de no pocos hombres, á ejemplo de los judíos y gentiles de otro tiempo, no saben prevenir ni aciertan á remediar. *Supra fatuum plora, defecit enim sensu.* ¿Cómo no llorar, hermanos mios, sobre estos fátuos que proceden sin discurso, sin conocer ninguna de las leyes de la Providencia, enteramente ciegos para todo lo que pasa? Falta es del entendimiento esta ceguera, y falta lamentable. Tienen la vida pendiente de un hilo, y nó piensan ordenarla: está su conciencia sobrecargada con el peso de tantas culpas, y nó procuran sacudir el afrentoso yugo: tienen un

alma que salvar, y nó la elevan á Dios; su razon nó se forma ideas claras de la justicia y misericordia divina; y ni acerca del mundo ni acerca del hombre juzgan con acierto, porque no tienen luz ni tienen horizonte, ó es tan estrecho que la noche mas oscura se lo cierra por todas partes. *Supra fatuum plora, defecit enim sensu.*

Iluminad, Dios mio, á estos pobres fátuos que están sentados en tinieblas y sombras de muerte: *intellectum da mihi et vivam:* [1] y vosotros, mis queridos hermanos, rogad al Señor que socorra con un rayo de su luz á tantos infelices que caminan á tientas, entre milagros y catástrofes que no entienden, entre consuelos y llamamientos que desprecian, por sendas y lugares que no conocen. Rogad tambien al Señor por tantas víctimas que arrastró al sepulcro el temible azote: que sus almas descansen en paz. «Lloremos sobre los muertos porque les faltó la luz: lloremos sobre los fátuos porque les faltó el entendimiento.» Aprovechémonos del doloroso espectáculo que nos ofrece la muerte de los unos y de los otros, para aprender á vivir y morir, que en esto último toda ciencia se encierra. ¡Oh si al espanto que producen castigos como el de ahora se conmovieran los pueblos atribuyéndolos á sus pecados! ¡Oh si el deseo de lavar con

[1] Ps. CXVIII, 144. Dice un intérprete: *Intellectum legis tuæ da mihi, ut vivam. Ejus enim ignoratio impietatem, indeque mortem gignit.*

lágrimas ó con sangre las ofensas cometidas contra el Señor sublevase la conciencia pública en estos dias, clamando al cielo misericordia y desagraviándole con actos de penitencia! ¡qué pronto, hermanos mios, mudarian las cosas de semblante! Esta es la mejor medicina; este el mas eficaz de los preservativos, para evitar la ceguera del fátuo, que anuncia la muerte del réprobo. ¡Misericordia, Dios mio, segun tu grande misericordia! Así sea por siempre jamás. Amen.

Gladium suum vibrabit: arcum suum tetendit et paravit illum. Ps. VII. 13.

Vibrará su espada: extendió su arco, y lo preparó.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Antes de repasar los males que nos afligen y los apuros en que nos vemos por tan prolongada sequía, paréceme que en dos cosas habremos de estar enteramente conformes: la primera, en la extension del mal que lamentamos: la segunda, en las causas que traen esta y otras calamidades sobre la tierra.

Porque lo primero, el mal es gravísimo. La escasez de las cosechas anteriores y el peligro de que la del año corriente nos falte por completo, alzarán ante nuestros ojos el espectro aterrador de la miseria pública, y veremos desastres. Lo segundo, al contemplar el horrible cuadro que se viene dibujando, será razon que todos se convenzan de que les alcanza una parte de culpa, mereciendo

por sus pecados este y otros castigos. El pueblo en general se fija con acierto en tales causas: el pueblo nó desvaría buscando extrañas razones, sino que dice á gritos: «esto es un castigo del cielo!»

Estamos conformes: el mal es muy grande, y el mal es un castigo. Pero á grandes males grandes remedios: ¿cuál será el más eficaz y poderoso? la conversion. *Nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit.* «Si no hiciéreis penitencia de vuestros pecados, decia el santo rey David, el Señor sacará la espada de su justicia, ó despedirá de su arco tendido con potente mano la mortal saeta.» Ya nos parece, mis queridos hermanos, que relumbra en su diestra la terrible espada: preparado está el arco y extendido contra nosotros. *Arcum suum tetendit et paravit illum.* Y como esta indiferencia religiosa, ó dígase desprecio de la Religion, endurece los corazones y los aparta de la penitencia, intento atraeros hácia el corazon amantísimo de Jesús, para que el vuestro se conmueva y alcancemos con súplicas fervorosas la misericordia divina. Muchas dificultades oponemos á la conversion: siempre es una gracia que debemos pedir al Señor humildemente: pero la conversion se hace mucho mas difícil por nuestra resistencia á las inspiraciones de la gracia. El Señor quiere que nos arrepintamos, y por su parte no queda: nos llama, nos amonesta, nos corrige, nos castiga, y todo es obra de su amor. No nos faltan avisos y castigos de la Providencia: ¿pues por qué no se convierten los peca-

dores? por una razon muy sencilla: porque no quieren. Puede ser que ahora, siendo la leccion tan dura y no habiendo otro remedio, nos humillemos delante del Señor. Este es el asunto de que voy á tratar confiado en los auxilios de la divina gracia.

I.

Largo fuera enumerar las ofensas que el Señor recibe continuamente de nosotros. ¿Cómo se vive ahora? ¿Quién vive como Dios manda? Cristianos sin prácticas religiosas, ó cristianos que muy de tarde en tarde reciben los Sacramentos, que no alimentan su espíritu con buena lectura, faltos de piedad y devocion en casi todos los actos de su vida, esto es lo que abunda. Otros se contentan con el nombre de cristianos, ó con no apostatar expresamente de la Religion en que han nacido: y son muchos los que se avergüenzan de mostrarse en público como hombres religiosos.

Mayores ofensas recibe el Señor de sus enemigos mas ó menos declarados. Estos se felicitan de que la sociedad vaya siendo menos cristiana; de que la Iglesia no tenga el poder que antes tenia: de que sus mandamientos y los decretos y exhortaciones del Vicario de Jesucristo y de todos los Prelados no sean atendidos como merecen serlo, despreciando las gracias espirituales que conceden y las censuras con que amenazan. Con igual procacidad

se felicitan de que se envenenen las fuentes de la enseñanza pública, mientras que los Prelados y los padres de familia elevan inútilmente sentidas exposiciones á quien pudiera remediar el daño y no lo remedia.[1] Estos no quieren órdenes religiosas, ni para la enseñanza, ni para las misiones, ni para otras obras de caridad, ni para el buen ejemplo. Aplauden al apóstata, motejan al que se retracta, se enfurecen contra los Obispos si prohiben la lectura de libros impíos, y blasonando á veces de católicos hacen á la Religion toda la guerra que pueden.

No hay que decir cómo escapará la moral de tales manos; pues siendo cosa corriente el posponer y aun sacrificar los intereses del alma, la moralidad está recibiendo los mismos golpes que la Religion. El haber puesto encima de todas las cosas los intereses materiales, como si el hombre no tuviera otro destino que el gozar de los bienes perecederos de este mundo, nos ha traido una perturbacion asombrosa. Esta locura se ha puesto de parte de la concupiscencia. Los hombres se ciegan ahora mas que antes por la ambicion, y se embrutecen de mil maneras, y se desviven calculando ganancias; sin pensar que en la hora de la muerte todas sus cosas se dividirán en tres partes, como

[1] Lejos de eso, yo puedo decir que separado de mi cátedra en las revoluciones de 1854 y 1868, fuí procesado en 1864 con motivo de la *cuestion de enseñanza*. Por calumniador pasé entonces, pero vino la revolucion de Setiembre y me absolvió de esta censura.

dice San Gerónimo; porque el cuerpo se entregará á los gusanos, el alma á los demonios, y los bienes á los herederos. [1] Las envidias y rivalidades que tan ruines pasiones provocaron han abierto un abismo que amenaza devorarnos. Todos quieren ser ricos y felices, y el oro y los placeres son su dios y el término de sus deseos.

Pero en el mundo son mas los sinsabores que los placeres, y los enemigos de Dios no pueden prometérselas muy felices: por otra parte, las riquezas son nada en comparacion de las exigencias de la codicia. Ahora mismo, seria una sangrienta burla hablarnos de riquezas y de placeres, cuando no tenemos otra perspectiva que la miseria pública, ni nuestros sentidos disfrutan otro regalo que el lamento de los pobres que desfallecen en las calles. A no pocos desgraciados falta ya la paciencia. Se les ha engañado prometiéndoles lo imposible y excitando locamente sus deseos: de aquí su desesperacion. Se oyen quejas contra la Providencia, como si el Señor de todo lo criado tuviera la culpa de las desdichas que el hombre se procura, ó que el infeliz agrava por su soberbia, creyéndose que ha de reinar en el universo á despecho del mismo Dios, con el que no contaba. Pero llegan estos dias de prueba, viene el castigo, y los pobres que soñaban con el paraiso, los pobres que pensaban que para nadar en la abundancia no era menester ser amigos

[1] Epist. ad Paulinum in prol. Bibliæ.

de Dios, ven que el sol agosta las mieses y que no tendrán un pedazo de pan que llevarse á la boca. El desengaño es completo: ahora se ve que no hay tales riquezas: los tesoros se han agotado. Ya sabiamos nosotros que se os regalaba el oido con aquella dulce palabra de *el incremento de la riqueza pública*, como si los bienes se nos entraran por las puertas cayendo del cuerno de Amaltea, ó cual lluvia de oro que sobre mitológicas alturas descendiera del viejo olimpo. Pero pecásteis de crédulos, y vuestro errado proceder no tiene disculpa: porque no es de buenos cristianos el confiar en las riquezas cual si fuesen cosa segura, y desconfiar de la Providencia en quien debemos poner toda nuestra esperanza. «No espereis en lo incierto de las riquezas, dice San Pablo, mas esperad en Dios vivo que nos dá abundantemente todas las cosas para nuestro uso.» [1] Ahora quisiéramos haber moderado los deseos y contentarnos con poco. Viéndonos en tanta estrechez, no tendriamos inconveniente en bajar la mano, y nos dariamos por satisfechos con una modesta posicion. Por una decente mediocridad, los que soñaron riquezas fastuosas trocarian hoy sus sueños de ayer. Con poder asegurar la comida y el vestido nos dariamos por contentos: *Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* [2] Pero esto es demasiado para muchos, y los

[1] I. ad Timoth. VI. 17.
[2] Ibid. VI. 8.

que ya eran pobres antes de esta calamidad no tienen hoy á quien volver los ojos. El Estado que se apoderó de los bienes de las corporaciones los gastó en pocos años alegremente, viviendo como el hijo pródigo, *luxuriosè*, y ya no puede pagar su inmensa deuda sino gravando un año mas que otro la propiedad de los particulares. Quiso mejorar los establecimientos de beneficencia apoderándose de los bienes que legaron sus caritativos fundadores; mas dia llegará en que no pueda soportar la pesada carga, y los pobres se verán desamparados ó serán echados á la calle, aumentándose el ejército de mendigos. La Iglesia que tanto hacia por los pobres, fundadora de todas la casas de caridad, que pobló el reino de escuelas, hospicios, talleres y hospitales, que impulsó las obras públicas haciendo puentes y caminos, que fundó las primeras cajas de ahorros, que dió trabajo á los braceros, que favoreció á sus colonos y tuvo abiertas sus arcas cuado venian calamidades extraordinarias como la presente, nada puede hacer ahora, ó puede poquísimo. Despojada de sus bienes, está hoy atenida al escaso presupuesto que le abona el Tesoro de la nacion: mas llegará el dia de la insolvencia, y la Iglesia será otro mendigo más que habrá de sostener de limosna la lámpara del Santuario.

¿Qué hacer en tan apurado trance? ¿A qué puerta llamarémos? El Estado no puede hacer frente á la calamidad de ahora; la Iglesia no puede tampoco: la Iglesia se ve poco menos acongojada que en

aquellos dias en que un prefecto de Roma se presentó á San Lorenzo para incautarse de sus tesoros: el santo le presentó los pobres, único tesoro que tenia. Ah! si la Iglesia tuviera tesoros, no se arruinarian tantos templos, ni sufririan los pobres tantas privaciones, ni la usura consumiria el capital de los propietarios alcanzados, ni la polilla devoraria esas riquezas, ni estarian en sitio tan peligroso y tan sin provecho para las familias indigentes, que el ladron se las apropiara. La Iglesia dando á los pobres atesoraria en el cielo, que es buen paraje, ventilado y altísimo para no temer á la polilla ni á los ladrones: *thesaurum non deficientem in cœlis, quò fur non appropiat neque tinea corrumpit.* [1] Pero la Iglesia no es rica: todavia los pobres vienen á nosotros como por costumbre; todavia reciben el consuelo de alguna escudilla en el atrio de los palacios episcopales, pero no á todos los pobres alcanza el beneficio. Ya no hay conventos donde los necesitados encontraban la vilipendiada sopa; ya no hay repuesto para resistir los malos años; ya no hay nada: no hay más que perecer ó desagraviar al Señor ofendido, para que tenga misericordia de nosotros y nos remedie quien únicamente puede hacerlo.

¿Qué extraño es que el Señor atormente por el hambre á los idólatras de las riquezas y de los placeres? Ofendemos su justicia, abusamos de su

[1] Luc. XII. 33.

paciencia. ¿No dijo alguna vez el Señor: «mia es la venganza, y yo les daré el pago á su tiempo?» [1] ¿No castigó á sus protervos enemigos mudando en hiel de dragones y veneno de aspid el vino de sus brutales orgías? ¿Nó los sentenció á morir de hambre *(consumentur fame)* y prometió usar contra ellos todas las saetas de su aljaba? Pues hé aquí, hermanos mios, el dia de la perdicion, si las señales no mienten: el castigo le tenemos encima, sin que de él pueda librarnos *el gigante desenvolvimiento de la riqueza pública;* sin que pueda salvarnos uno de esos milagros de la próvida administracion que se dá por vencida, despues que nos privó de nuestros recursos para que la Iglesia no ejerciera el *monopolio* de la caridad. «Cerca está ya el dia de la perdicion, y el plazo se apresura á venir.» *Juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora.*

No será fuera de propósito, hermanos mios, evocar ciertos recuerdos y citar algunos hechos, verdaderos antecedentes de la causa que hoy ó mañana se ha de fallar contra nosotros. En esta Capital echamos por tierra la mitad de los templos, y sin embargo, todavia parece mucho lo que sirve á la majestad del culto. En España ya no suelen ser de plata los vasos sagrados, porque ya no se teme como antes se temia robar los bienes de la Iglesia. Todo lo que reluce es objeto de la codicia. Veinti-

[1] *Mea est ultio et ego retribuam in tempore.* Deuter. XXXII. 35.

cinco Iglesias fueron robadas en el mes de Febrero; se salió á sacrilegio por dia: ya veis qué atrocidad! ¿Qué no se podrá temer de la corrupcion y la miseria juntas? Creo que nosotros no veremos por fortuna los grandes crímenes á que descendieron los pueblos estragados por la heregía, sobre todo en la babilonia de sus primeras ciudades; pero el mal va haciendo donde quiera progresos espantosos. Cada dia son mas feroces las costumbres; la pasion de las riquezas atormenta á nuestro pueblo, antes tan sóbrio, y por este motivo se halla menos dispuesto á sufrir con resignacion los reveses de la fortuna. No se quiere recordar aquel apotegma de los antiguos: *morituro satis*, que aplaca los deseos y desprecia las cosas de este mundo. Sin embargo, no es tanta la ceguera del pueblo que no acierte á conocer la relacion entre las causas y los efectos, y por esto nos consolamos oyéndole decir: «Esto es un castigo del cielo:» pero tampoco falta quien á favor de tan angustiosa crísis procure extraviar el recto sentir de las clases que mas padecen, ya excitándolas contra los ricos, ya aturdiéndolas con planes que darán á la sociedad una organizacion distinta, mucho mas favorable á las clases honradas y laboriosas de cuya suerte no se cuida la Providencia!

¡Cuántas blasfemias, y cuántos delitos! que nadie extrañe los castigos que vienen sobre nosotros, pues harto los merecemos. Si todos hicieran esta confesion con la humildad y sinceridad con que

vosotros la haceis, si todos esperaran en la divina Providencia y vinieran á nuestro dulcísimo Jesús como venís vosotros, implorando su misericordia, no habria que temer: pero la conversion del pecador, y mucho mas la conversion de un pueblo, la mudanza general de las costumbres, el arrepentimiento de una ó mas generaciones envenenadas por doctrinas pestilentes, extraviadas por las mas falaces promesas, obcecadas, endurecidas por el hábito de continuas rebeliones que las alejan de su Dios y las excitan á poner fuera de Dios sus locas esperanzas, esa conversion, hermanos mios, es sumamente difícil: y porque es tan difícil, se prolonga la tenaz resistencia.

II.

Vosotros lo veis, mis queridos hermanos; el cielo nos castiga con duras calamidades, justísima expiacion de nuestros pecados. Las personas ilustradas conocen perfectamente las causas que trajeron á mísera decadencia y al remate causaron la ruina de muchas ciudades, imperios y naciones. La falta de fé, la impiedad, la corrupcion de costumbres dió con ellas en tierra. Aunque pareciesen florecientes, estaban enfermas. Algo deslumbra á nuestros ojos la pompa exterior, pero tambien nos sirve de enseñanza la caida de ciudades y naciones cuya aparente salud y robustez á todos engañaba. Hubieran podido sanar, porque el Señor *hizo sana-*

bles las naciones: mas no se arrepintieron, y sonó su hora. «Si no os convirtiéreis, dice el santo rey David, el Señor hará vibrar sobre vosotros la espada de su justicia.» Despreciaron estos avisos, respondieron con bufonadas y sacrilegios á tan saludables conminaciones, y la justicia de Dios cayó á plomo sobre la vil muchedumbre. *Deus non irridetur*: á Dios no se le desprecia impunemente. *Mea est ultio.* El Señor tiene su arco tendido hácia nosotros; él aguarda que el pecador se convierta; pero si no se convierte, la flecha saltará silbando en el aire y se clavará en el corazon.

Siempre se ha dicho que el hombre se corrige en la desgracia, y que la mejor escuela es la del infortunio. Muchos predijeron lo que está pasando; vieron venir estos castigos; anunciaron la pavorosa realidad. Sus elocuentes frases brillaron como rayos que todo el mundo vió, aunque se conturbaron pocos. No se quiere creer en las calamidades hasta que están encima, y mucho mas si al compás de los fatídicos augurios se redoblan los esfuerzos para ahuyentar temores y mantener vivas las mas risueñas esperanzas. Ahora va de veras (se decia para que el pueblo no desmayara) el país será regenerado. Haremos de la España una gran nacion: emancipada de añejas preocupaciones, libre de ignominiosas trabas, dueña de sí misma, subirá entre las naciones al puesto que le corresponde. Dividiremos y fomentaremos la riqueza; desaparecerá el último resto del feudalismo; entrará

el mayor número posible en posesion de preciosos derechos que no conocia siquiera, y en el goce de la propiedad que pondremos á su alcance. Promoveremos el desarrollo de los intereses materiales, y el estímulo de cada uno dará su resultado.

La experiencia ha demostrado el vicio de este discurso que envuelve un trastorno completo, una total subversion de los únicos principios tutelares de la sociedad. Con lágrimas de sangre tenemos que llorar el estrago que en muchos conceptos ha venido sobre nosotros, siendo los pobres los que mas han perdido en esta desastrosa revolucion que ha devorado en un abrir y cerrar de ojos el pingüe patrimonio de nuestros mayores. ¿Qué mucho si algunos desgraciados se desesperan y blasfeman descubierto el engaño, consentidos, como ya lo estaban, en otra cosa? Ellos creyeron que se podia adquirir, y gozar, y mandar á su antojo, y lograr aquel señorío que la engañosa libertad promete: pero el Señor disipa estas quimeras diciendo: *consumentur fame*. Perecerán por hambre los insensatos ambiciosos que se rebelan contra mi eterna ley.

Castigo que merece nuestra ingratitud: porque el Señor hizo por nosotros como padre amantísimo lo que hizo por su pueblo escogido, dispensándonos los bienes á manos llenas. El Apostolado pobló las vastas soledades y amontonó tesoros en los desiertos páramos donde habitaban las fieras: á las conquistas pacíficas de la Cruz debemos la tranquila posesion de las llanuras, y con su auxilio fuimos

colocados sobre los altos montes para comer el fruto de los campos, y regalarnos con el panal y el aceite que hasta entre las piedras se cria. [1] Y todo esto lo hizo el Señor por sí solo, sin poner fuego en las aspiraciones humanas, sin traer en su auxilio la codicia nuestra, sin contar para nada con la cooperacion, que hubiera sido no solo inútil, sino dañosa y funestísima, de dioses agenos: *et non erat cum eo deus alienus.* Y fuimos dichosos mientras reconocimos los favores de la Providencia; vivimos contentos con lo poco ó con lo mucho; alabábamos y bendeciamos al Señor como su pueblo escogido, en la escasez y en la abundancia, teniendo buen trigo, comiendo carneros como los mejores de los montes de Basan, bebiendo la sangre purísima de la uva, ó pasando algunos trabajos en los años estériles, aunque nó tantos como ahora, porque la sobriedad de la vida, el tino y buen gobierno alcanzaban á preservarnos de los rigores é inclemencias del tiempo.

Nosotros rompimos, hermanos mios, esa hermosa cadena de beneficios temporales y espirituales que debiamos á la solicitud del Señor, á la sabiduría de la Iglesia, á la bondad de instituciones paternales que eran el honor de los ricos y la defensa de los pobres. Nos dimos á soñar mejoras y acre-

[1] *Constituit eum super excelsam terram: ut comederet fructus agrorum, ut sugeret mel de petra, oleumque de saxo durissimo.* Deut. XXXII. 13.

centamientos que el tiempo ha desmentido; deseamos regeneraciones que nos han empobrecido y extenuado hasta lo sumo, y de mal en peor hemos venido á parar á este tristísimo estado del que ya no podremos salir si la Providencia no se apiada de nosotros. Ved, pues, mis queridos hermanos, si la conversion será difícil por nuestra parte. Primero no nos ganaron los beneficios del Señor, puesto que pensamos en medros y ganancias exorbitantes sacudiendo su yugo tan suave, y contando con el concurso de *dioses agenos*; y ahora que el Señor castiga nuestra soberbia, tampoco se doblega la voluntad rebelde. Cuando éramos el pueblo fiel, el pueblo escogido, amado del Señor y favorecido con la abundancia de bienes terrenales, despreciamos como Jacob la rica herencia y convertimos en nuestro daño los abundantes dones de la gracia. De nosotros puede decirse lo que se dijo del pueblo mas ingrato de la tierra: «Viéndose fuerte, bien alimentado y brioso, tiró coces: abandonó á Dios su hacedor, y se apartó de Dios su Salvador:» *incrassatus est dilectus, et recalcitravit... Dereliquit Deum factorem suum, et recessit a Deo salutari suo.* [1] Y cuando vienen las plagas y los castigos, las gentes se irritan, figúranse titanes que van á escalar el cielo, y proyectan combatir hasta los fundamentos de la sociedad para reinar en el mundo. Sin agradecer los beneficios, sin aprender en la adversidad, el pue-

[1] Deut. XXXII. 15.

blo no se convierte al Señor. «Mia es la venganza, dice el Señor, y yo les daré el pago á su tiempo.»

Es verdad que tales amenazas, temibles y temidas, se temen algo ménos cuando se nos antoja decir que no las hemos provocado. Los pobres mal enseñados culpan á los ricos, y los ricos poco generosos acriminan los intentos de la plebe: así los unos por los otros no se aprovechan de los castigos del cielo, y no se convierten á su Dios y Señor. Pero ¿quién se atreveria á disculpar á los unos ni á los otros? Los ricos, tan soberbios con sus honores y riquezas, ¡qué apartados de Dios! ¡qué descuidados en todos sus deberes! ¡qué no pensar en la Religion! ¡qué poca generosidad para todo lo bueno! Y los pobres que ahora vemos tan abatidos ¿estarán sin culpa? Bueno será recordarles que pecaron de altivos y se ensoberbecieron á temporadas. Hoy quisieran el trabajo que despreciaron tantas veces por poner la ley al maestro de su oficio, al capataz ó al amo: hoy quisieran el pan moreno que despreciaron en muchas ocasiones: hoy quisieran la limosna que no alcanza para todos. Los infelices tambien se contagiaron con esta peste de las ambiciones que va consumiendo nuestra pobre sociedad; «y si á veces se quejan de la desigualdad con que están repartidos los sufrimientos, es ménos por amor á la justicia que por rivalidad de concupiscencia.» [1]

[1] Proudhon, *Systeme des contradictions economiques, ou Philosophie de la misére*, t. I. chap. VIII.

Males de tanta gravedad y tan superiores á los recursos humanos, no pueden conjurarse sino con la reforma de las costumbres, apartándonos de los caminos del error y de la impiedad abiertos á las naciones para que la sociedad entera se precipite. Hasta aquí se forjaban ilusiones y se nos entretenia con promesas; pero al ver que la caja está completamente vacía y que no contiene en su fondo ningun secreto ¿qué se puede esperar? Antes se decia: «esperad que las reformas den su resultado: las grandes cosas no se improvisan: tengamos un poco de paciencia, y esperémoslo todo del tiempo, que ya se acerca.» Pues bien, nosotros hemos esperado las resultas de los planes financieros y económicos; hemos tenido la paciencia de esperar, hasta convencernos de que no nos queda otro recurso sino el de levantar los ojos al cielo y convertirnos á Dios de todo corazon. El risueño porvenir no se columbra siquiera; pero en castigo de los ilusos ó criminales que lo esperaban todo del tiempo, podemos exclamar con Jeremias: *vocabit adversus me tempus:* «llamará al tiempo contra mí.» Y esto es lo que ha sucedido al pié de la letra. Mientras se podia gastar, se derrochaba; y los hombres comian y bebian sin pensar en Dios, ó se confederaban pueblos y príncipes contra Dios y su Cristo: pero el Señor ha llamado al tiempo, y el tiempo ha venido contra nosotros. El porvenir se ha hecho presente: el porvenir ha venido á descubrir el enorme *déficit* de la fortuna pública, el

horrible desfalco de nuestros caudales; y «cavando más hondo, como decia el Vizconde de Bonald, descubrimos ese *déficit* en los principios mismos del órden social.» El porvenir ha venido á desmentir promesas y traer desengaños. Hé aquí, Señores, el porvenir que nos hemos labrado con nuestras propias manos: hé aquí el nuevo dia por el que tanto se ha suspirado. Ya no tenemos que anhelar bienes futuros: aquí teneis todas las ventajas y comodidades que aplazábamos para el porvenir. El Altísimo oyó nuestros votos, y *llamó al tiempo*, como dijo el Profeta: pero el tiempo ha venido contra nosotros, el tiempo ha venido cual ministro de Dios para juzgarnos, como dice San Gregorio: *Ipsum tempus ad judicandum venit.*

¡Qué buena ocasion para aprovechada! Pero nosotros somos de un siglo que no se arrepiente. ¿por qué tanta obstinacion en nuestros dias? No faltan castigos del cielo; no faltan amonestaciones de la Iglesia; y se sabe muy bien que la Iglesia salvó al mundo de otras catástrofes. Ella es quien primero que nadie las ve venir, y como es madre, previene á sus hijos. Todos estamos avisados con tiempo; pero como no se quiere renunciar á las herejías que van corrompiendo el espíritu cristiano, es preciso oponer á los castigos del cielo una resistencia sistemática. Si bajamos la cabeza, se dirá que no somos soberanos: si imploramos la proteccion del cielo, no somos independientes: si nos humillamos ante el sacerdote, aceptamos el

yugo y no somos libres: si cautivamos nuestro entendimiento en obsequio de la Religion, el racionalismo nos pedirá cuentas. Temer la ira de Dios no es propio de espíritus fuertes; corregirnos á vista del estrago no seria haber desterrado antiguas supersticiones: mortificarnos seria renunciar á los goces que nos habia permitido una filosofía complaciente. Conocemos la extension de nuestra desgracia; será un verdadero desastre: haremos votos á nuestro modo para que la Providencia nos oiga: bueno será que acuda el pueblo á los templos; nosotros iremos tambien si nuestras ocupaciones nos lo permiten, pero será conservando la libertad de nuestras opiniones, y sin humillarnos demasiado.

Podrá ser que no traduzca con cabal exactitud los más secretos pensamientos de las personas poco religiosas, pero algo de esto se dirán á sí mismas: algo de esto nos dicen en las grandes ocasiones, y por su conducta se saca lo demás. Ven el estrago, saben que no podemos remediarlo, oyen la voz del pueblo que se levanta al cielo, ven que la muchedumbre se apiña en los templos donde truenan los sacerdotes contra los pecados públicos, y ellos no se arrepienten. Vibra la espada de la justicia, el arco está extendido contra nosotros, «mia es la venganza, dice el Señor, y yo los castigaré á su tiempo», y todavia hacen gala de su tenaz resistencia, y quieren conservar con cierta dignidad aparente la libertad de sus opiniones.

No se quiere ver la triste realidad. Están cayendo sobre nosotros todas las plagas de Egipto, y respondemos con el endurecimiento de los Faraones. La sangre corre á torrentes; tenemos reinos divididos, y todas las señales de una desolacion que debiera causar espanto. Las epidemias nos hacen frecuentes visitas; una enfermedad padece la vid, otra el olivo, la langosta organiza sus ejércitos. Hay enfermedades para los ganados, para la caña de azúcar, para los frutales, y por último tempestades como las recientes de Puerto Rico y Filipinas, sequías que producen los mayores conflictos, cuestiones de subsistencias que se enlazan naturalmente con las de órden público, y crísis generales que se hacen tanto más angustiosas, cuanto lo permite la anarquía en que vivimos y el desastre económico á que nos llevan á toda furia nuestros improvisados regeneradores.

¡Cuántos castigos, hermanos mios, unos que vienen del cielo, otros de la tierra; unos que provocó la impiedad, otros la ignorancia; unos que atestiguan nuestras maldades, otros nuestros funestos errores! No podemos volver los ojos á la Iglesia despojada, ni al Estado que disipó lo suyo y lo ageno, ni á la *caridad oficial* que de por sí es estéril, ni á la Administracion que no hace milagros por más que digan. Todos hacen un esfuerzo que no alcanza; y despues de ese esfuerzo que pone de relieve la impotencia de cada uno, se dice á las clases conservadoras:—á [vosotras os interesa mas

que á nadie.—Es decir, venga en nuestro auxilio la caridad verdadera, la caridad voluntaria que nosotros hemos querido desterrar predicando el sensualismo: levanten la carga los ricos á quien hemos procurado endurecer apartándolos de su Dios; y tengan paciencia los pobres á quien hemos halagado con derechos y promesas, en cuyo título nosotros nos llamamos y somos los bienhechores del pueblo.

Ved, pues, mis queridos hermanos, cuántas dificultades retardan la conversion del pecador. No parece sino que esperamos que el Señor derrame sobre nosotros la última copa de la suprema ira, para renunciar en algun tanto á la libertad de nuestras opiniones. El Señor tiende su arco y hace brillar en el cielo y en la tierra la espada de su justicia. El Señor ve la distancia que se ha puesto entre los ricos y los pobres: padre de todos, los quiso hermanos: Señor de las virtudes, quiso la caridad y la pobreza voluntarias que realzan y nivelan todas las condiciones: mas viendo el Señor que á seguir este desorden se llegaria muy pronto á la distincion de algunos volterianos que dijeron: «los animales se dividen en racionales, mendigos y brutos,» truena desde las alturas clamando: *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore.* Yo los igualaré á todos, y castigaré sus pecados, y se arruinará la fortuna pública, y mendigará el Estado, y en estrechez se verán los ricos, y hambrearán todos si nó se convierten á su Dios y Señor.»

Pero este castigo, hermanos mios, ¿cómo descarga principalmente sobre los pobres? siempre fueron los mas desgraciados; ¿será que tengan mayores culpas? No se puede decir que los pobres ofendan mas al Señor, ni que sean mas dignos de castigo, ni que lo sean menos. Todos fuimos concebidos en pecado, y de casta nos viene el ser ingratos á los favores de la Providencia: pero el tiempo que ha venido á juzgarnos, como dice el Papa San Gregorio, el tiempo á que apelamos nosotros y que ha venido cual ministro de Dios, está revelándonos ciertos secretos y descubriendo nuevas causas de la pobreza que nos aflige, siendo á la vez culpa y pena, desorden y castigo, delito y expiacion en una escala proporcionada, aunque vastísima.

Concluyamos hoy con esta súplica. Señor, justamente nos afliges con los presentes males: *justè malis affligimur:* justo eres, Señor, y justos son tus juicios: concédenos ahora, por los méritos de tu Pasion sacrosanta, que aleccionados por tan dolorosa experiencia, nos convirtamos á tí, Dios mio, de todo corazon. Hágalo el Señor por su infinita misericordia, para que despues de los trabajos y adversidades de esta vida seamos consolados en la eterna que á todos os deseo. Amen.

Venite et fruamur bonis quæ sunt et utamur creatura tamquam in juventute celeriter. Sap. II. 6.

Venid y gocemos de los bienes que son, y usemos de la criatura á toda prisa, como en la juventud.

Excelentísimo Señor:

No estamos bien preparados para sufrir las calamidades con que el Señor nos aflige. Estalla el incendio, pero hacinamos combustible, amontonamos ruinas, provocamos la ira del cielo, y no nos convertimos al Señor. Si viésemos un dia que la sociedad se desquiciaba, ¿á quién nos quejaríamos puesto que no quisimos ceder á tiempo y prevenir este desastre? Pongamos que los salvajes de la civilizacion moderna triunfaran, siquiera momentáneamente, de los últimos obstáculos que resisten á su furor, y que al desórden de las ideas se añadiera la poderosa accion de los elementos naturales conjurados contra nosotros; si llegara ese instante pavoroso con el que nos amenazan la demagógia y el cielo; si viniera el anunciado diluvio

á destruir á un tiempo todos los intereses de la sociedad, seriamos responsables ante el tribunal de la historia por haber querido mas bien sufrir estos desastres que volvernos á nuestro Dios y Señor. Ya su voz imparcial condena severamente las decantadas reformas, ó por impremeditadas, ó por atrevidas, ó por radicales, ó por estériles, ó por haber engendrado males nuevos, que antes no conociamos: del mismo modo serán condenados los que contrariando las saludables tendencias del espíritu religioso, que nos salvaria ciertamente, y negando al pueblo católico las reparaciones que pide, pretenden con un poco de religion asegurarse todos los beneficios temporales que resultan de la doctrina cristiana.

Es verdad que nuestros ilustrados conservadores han ponderado largamente en escritos y discursos la necesidad de restaurar los principios de la religion y de la moral en el corazon de los pueblos, para asegurar el órden; pero quisieran una religion esclava. Quieren asimismo moralizar á las clases inferiores, pero nó les dan buen ejemplo. «Ya has hablado y escrito bastante, decia un anciano al filósofo Justino; déjate de discursos sofísticos, y manos á la obra» [1] El filósofo se convirtió, y fué un santo: pero estos otros filósofos á quien podemos aplicar el mismo pasaje que inserta San Justino en sus *Dialogos*, siguen en su tema, quieren afianzar el órden

[1] Dialog. cum Tryph. 3.

sin los principios que lo hacen estable, abstiénense de las prácticas religiosas que á veces recomiendan al pueblo, y cuando venga el dia de la ira y busquen su salvacion en la fuga, nosotros les diremos: «Nuestra salvacion era posible, mas no por el camino que nos obligábais á seguir.» Hoy se hará poco caso de lo que acontecerá mañana, y por lo mismo no insistiré: *scribantur hæc in generatione altera.* [1]

Por desgracia los errores que hemos cometido, el veneno que en grandes ó pequeñas dósis se administra al pueblo, y el daño de nuestros desaciertos no se curan con medidas contradictorias entre sí é ineficaces por naturaleza. El pobre pueblo se cree siempre llamado á los goces y placeres de ese risueño porvenir que no acaba de llegar, y tiene fijo en la memoria aquel *venite et fruamur bonis quæ sunt*, fundamento de sus esperanzas y despertador de todas sus codicias. Se le halagó con promesas para tener en él una palanca, y no vió lo que perdia, ni puede conocer al presente toda la extension de sus males. Ese mismo llamamiento á los goces puso fuego en sus entrañas y agrava su pobreza de dia en dia. La condicion moral y material de los pobres se empeora: ellos padecen más que nadie porque tienen menos defensa contra las inclemencias del tiempo: ellos sufren la ira del cielo provocada por la rebelion de todos; pero los ricos sufrirán un dia no solamente los castigos del cielo sino las

[1] Ps. CI. 19.

iras de la plebe, porque no pensamos en apartarnos del mal camino y convertirnos á nuestro Dios y Señor.

Las consideraciones que haremos acerca de las miserias del pobre y sobre la inmoralidad de los medios empleados para atenuarlas, os obligarán á reconocer: 1.° que tales miserias, agravadas en nuestros dias, son un castigo del cielo: 2.° que estamos todavia muy lejos de convertirnos al Señor, escarmentados y arrepentidos.

I.

Uno de los males permanentes es la pobreza. Destinados al trabajo, expuestos á las miserias de la vida, sujetos á mil penalidades si hemos de conseguir algunos adelantos en el órden moral y material, la pobreza está diciendo lo que fuimos y lo que somos, y pregonando la vanidad de las cosas de este mundo. Tórnase en bien por la santa resignacion ó por el amor de los trabajos: en este sentido, los pobres son privilegiados; la pobreza los purifica; las angustias de la escasez componen su corona, y darán ocasion á que los ricos se santifiquen siendo compasivos y generosos. Pero la pobreza sin la paciencia cristiana, la pobreza sin la virtud, la pobreza en los soberbios y ambiciosos, enemigos jurados de los que son y tienen algo en el mundo, la pobreza sin el lenitivo de la religion y sin los

consuelos de la esperanza, es un compendio de todos los dolores y miserias, un infierno abreviado, la expiacion mas terrible y dolorosa que pudiéramos imaginar.

Estos dos aspectos tiene la pobreza. La abrazaron con amor los que siguieron los consejos del Evangelio. San Francisco de Asis se enamoró de la santa pobreza y se desposó con ella: formó legiones cristianas que siguen practicándola. «Si quereis ser perfectos, dice Jesucristo, vended vuestros bienes, dadlos de limosna á los pobres, y tendreis un tesoro en el cielo.» [1] La pobreza voluntaria es y será en todo tiempo el recurso mas cierto, el ingreso mas seguro con que podrán contar los indigentes. Dichosos los pobres, bienaventurados los pobres. Ellos no se cuidan del vestido ni de la comida, porque oyeron decir á Jesucristo: «Ved los pájaros del cielo; no siembran ni guardan el trigo en los graneros, pero vuestro Padre celestial los alimenta. Ved los lirios del campo; pues yo os digo que ni Salomon en toda su gloria se vistió con la magnificencia del lirio.... Buscad el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura.» [2] «Y vienen á enamorarse tanto de esta virtud, dice Fray Luis de Granada, y parecerles tan hermosa, que no hay avariento en el mundo á quien tan hermoso parezca el oro como á ellos la

[1] Math. XIX. 21.
[2] Ibid. VI. et. seq. Luc. XII. 31.

pobreza, por haber sido tan amada del Señor de todo lo criado.» [1]

Sin duda este desprendimiento es tan sublime que corresponde á los consejos, nó á los preceptos del Evangelio: pero habeis de tener presente, mis queridos hermanos, que la abnegacion y el desprendimiento son una ley general para todos los cristianos. El buen cristiano (y bueno ha de ser para salvarse) ha de negarse á sí mismo, no ha de tener apego á las riquezas, ha de tomar su cruz si quiere seguir á Cristo. El Evangelio está muy terminante sobre este punto, y San Lucas se expresa con la mayor energía. Podemos usar de los bienes temporales; tenemos derecho á nuestros bienes; mas no es permitido poner el corazon en las riquezas. El desprecio de las riquezas es una ley que á todos nos obliga: es la ley de la vida cristiana. Usar, pues, de las riquezas con desprendimiento, sin poner en ellas el corazon, como Dios manda, es hacer de los bienes de fortuna un uso perfecto.

Pero hay una mayor perfeccion, un desprecio mas perfecto, un desinterés mas absoluto, una abnegacion mas difícil, á la cual Dios no llama sino un cierto número de hombres escogidos: tales son por ejemplo los mendigos voluntarios, pues no solo desapegan su corazon de las riquezas, sino que las renuncian ó las distribuyen entre

[1] *Introduccion al Simbolo de la Fé*, part. seg. cap. XI.

los pobres, quedando con las manos vacías. Tal hizo entre muchos San Paulino de Nola, á quien alabó San Agustin en estos términos: *divitiis locupletissimus, sed voluntate pauperrimus.* [1] Abnegacion tan sublime no es de precepto, sino de mero consejo: pero aquel otro desprendimiento menos perfecto, el desapego del corazon, por mas difícil que sea para nosotros que vivimos en medio de la seduccion de las riquezas y en un siglo que las ama demasiado, ese desapego es necesario si queremos ser discípulos de Cristo, conservando las riquezas de la fé. *Divites in fide.*

Pero si los austeros penitentes, si los cristianos mas esforzados, si los amantes de la pobreza tienen á dicha el practicarla; si hay en la Iglesia de Dios mendigos voluntarios que se sacrifican generosos por socorrer las miserias agenas: si hay despreciadores de los bienes temporales, héroes de la caridad, almas abrasadas en el amor de Dios y del prójimo, cuyos sublimes ejemplos de virtud están enseñando al mundo cómo se cura la plaga del pauperismo y se provee á la subsistencia de las clases necesitadas; hay tambien una pobreza con la que Dios castiga desórdenes y rebeliones ejemplares, dando al traste con los proyectos mas insensatos, abatiendo nuestro orgullo, y disipando en las manos mismas de la codicia las riquezas que fué atesorando la iniquidad. Ah! ¿qué hicimos nosotros,

[1] *De civitate Dei*, lib. I. cap. X. 2.

mis queridos hermanos, para que el Señor nos castigara tan duramente? ¿Cuáles son los insensatos proyectos, cuál es el origen de las desgracias y calamidades que no aciertan á remediar los sábios de nuestros dias? ¿Por qué van en aumento, en vez de corregirse, nuestras desdichas, sin que saquemos el menor fruto de una experiencia tan dolorosa? Redoblad vuestra atencion, mis queridos hermanos.

Parece á primera vista que una sociedad como la cristiana, fundada sobre la ley de la abnegacion, debiera ser una sociedad de pobres: y una sociedad de pobres seria, hermanos mios, una sociedad condenada á muerte. Si esto es así, huyamos de esos mendigos á quien nadie puede socorrer: no imitemos á ese pueblo condenado á eterna decadencia; sustituyamos la ley cristiana de la abnegacion con el principio pagano del interés, para que la sociedad no perezca. Si la ley del desprendimiento es enemiga de la sociedad, lo menos malo que ha podido suceder con esa ley cristiana ha sido que los pueblos no la observen. Hagamos un llamamiento al interés: *venite, fruamur bonis quæ sunt.*

Pero nada mas falso. El desprecio de las riquezas, inspirado por la religion cristiana, engrandeció sobre los demás pueblos antiguos y modernos á los que vivian de ese espíritu. El demasiado apego á los bienes materiales, la sed de goces y placeres en que se abrasan los amadores de las riquezas, la incesante actividad que despliega la codicia, no sir-

ven para aumentar fabulosamente tales bienes y el consiguiente poderío de las naciones; y por el contrario, la ley de la abnegacion, el desprendimiento, el desinterés, no engendra la pobreza ni es el origen de la miseria y postracion de las naciones animadas de tan generoso espíritu. La superioridad de los pueblos cristianos en el órden material es un hecho evidente: ¿quién lo duda siquiera? el que lo contradiga es un necio; y es menester avergonzar á los necios, para que el ilustrado siglo en que vivimos no acabe de perder la fama.

¿Son hoy mas ricos por ventura los pueblos idólatras que los pueblos cristianos? El islamismo y cualquiera otra religion, (pues ninguna sino la verdadera tiene el desprendimiento por principio) ¿proporcionan el bienestar y todas las ventajas materiales y morales que van con la riqueza, como las dispensa el Cristianismo á los pueblos que de él recibieron el honor y la vida? no ciertamente. La prueba es que las naciones sentadas en tinieblas y sombras de muerte son víctimas de la miseria mas espantosa, y se hallan condenadas á vivir en vergonzoso atraso en órden á los bienes temporales que ha prodigado el Cristianismo. Elegid, si quereis, los pueblos mas famosos de la antigüedad; nombrad las naciones mas ilustres del paganismo, donde la doctrina del interés y el amor de los goces se enseñaran en toda su pureza: interrogad á la Historia para tener un conocimiento de lo que llegaron á ser esas naciones tan felices, que no verian

el afrentoso cuadro de la miseria supuesto que la abnegacion voluntaria y el espíritu de sacrificio no figuraban entre sus leyes fundamentales. Sábios, guerreros y comerciantes que dominaron el mundo, señores del Mediterráneo y de sus islas, fundadores de colonias y municipios, dueños de todas las fuerzas productoras y asentados en las regiones mas fértiles del globo, ¿quién diria que en lo relativo á todos los bienes temporales y muy señaladamente á la riqueza, los mas famosos y potentes de los pueblos gentiles no pueden ponerse en parangon con las modernas naciones?

Y no se atribuya esta diferencia á un hecho fortuito, sino precisamente á la ley fundamental de los pueblos paganos, á la doctrina del interés, al deseo de las riquezas y placeres que los degradó y hundió para siempre. La austeridad primitiva, propia de los pueblos nacientes, donde son muy sencillas las costumbres, duró muy poco: así es que tan luego como la misma falsa religion que profesaban comenzó á embriagarlos con este deseo de las riquezas y de la dominacion, única perspectiva del grosero paganismo que no conocia el camino del cielo, aquellos pueblos cayeron rápidamente, deshonrados por la miseria y por todos los vicios de que no se vieron libres ni en su mayor auge y prosperidad. Ahora bien, ¿sabeis lo que produjo el amor de las riquezas y placeres con ser la ley fundamental y la gran promesa de los pueblos gentiles? produjo el pauperismo y la esclavitud. La

riqueza se concentró en pocas manos, y la masa general de la poblacion, compuesta de esclavos, se vió reducida á la miseria mas degradante. No pregunteis por el bienestar general, ni por las leyes que lo afianzaran, ni por el derecho comun, ni por la proteccion del Estado, ni aun por los sentimientos que la religion y la moral inspirasen á los ricos en favor de las *gentes inferiores*, porque todo eso les era contrario y aumentaba la miseria. No pregunteis por el capital, que no tenia entonces sino una importancia secundaria; no pregunteis por las grandes empresas, que son tan útiles al pueblo trabajador, ni por el desarrollo material de la riqueza que en sus ensanches va derramando beneficios; porque todo eso no se puede hacer sin capital, y el capital no dominaba entonces, porque la asociacion para tales fines era desconocida. Por la misma razon nó se aumentaban las fuerzas productoras del suelo; y la industria manufacturera, que nace siempre del empleo de los capitales, no podia contribuir en mucho ni en poco al aumento y extension de la riqueza pública. Mejor dicho: no habia riqueza pública. Habia algunos ricos, y los demás eran pobres: como habia algunos señores, y los demás eran esclavos.

¡Qué diferencia entre aquellos pueblos y los modernos! entre aquellas riquezas acumuladas en pocas manos por la cruel avaricia, y las riquezas extendidas en los tiempos modernos al influjo de leyes y costumbres mas generosas y humanitarias!

¡qué diferencia entre el individualismo de entonces y el espíritu de asociacion que llevó el Cristianismo á todas partes con el amor de los pobres y los milagros de la caridad! ¡Cuántos tesoros, qué enorme cantidad de riquezas, cuántos palacios, cuántos caminos, cuánto numerario, cuántas industrias, cuántas leyes y providencias encaminadas á sostener, educar, proteger y mejorar la suerte de las clases mas numerosas y favorecer á todos los pobres! Los gentiles no pensaban en favorecerlos, ni los falsos amigos que les han salido en nuestros dias, pero la Iglesia sí. La religion del placer aumentó las causas de la miseria pública y agravó todas las deformidades que en sí encierra el sensualismo, mientras la Religion que enfrena los viles apetitos y pone coto á los estímulos de la concupiscencia, formó las buenas costumbres en los pueblos cristianos, proporcionándoles honrosas comodidades, el bienestar y los honestos placeres que no cansan, para que nada faltase á una vida desahogada y felíz. No todos los bienes temporales, no todas las mejoras, no todas las maravillas de la civilizacion cristiana han sido simultáneas en los diversos pueblos de la tierra: ni fué tanta su prosperidad que se desterrara por completo la pobreza, ni Cristo nuestro divino libertador se propuso desterrarla, puesto que Él quiso ser pobre, y que tuviéramos siempre á los pobres con nosotros, y que los ricos se hicieran pobres por el desprendimiento de sus propios bienes, y que los perfectos

mendigaran por el amor de Dios y del prójimo. Mas tocante al desenvolvimiento de la riqueza, no puede ponerse en duda que la época de su mayor incremento en Europa fué precisamente aquella en que la civilizacion cristiana llegaba á su mayor pujanza, desde el siglo decimotercio en adelante, alcanzando sus beneficios al mayor número, y subiendo las naciones á un grado de prosperidad que no tiene semejante en la Historia. Desde entonces fué aumentándose la riqueza, extendiéndose, haciéndose popular y consolidándose. Tenia el desinterés por principio, y no podria declinar y extinguirse en las naciones cristianas, como declinó y se extinguió en los pueblos de la antigüedad gentílica.

Parece contradictorio, mis queridos hermanos, que se llegue á poseer y multiplicar las riquezas despreciándolas; pero la Religion nos ofrece estas y otras aparentes contradicciones. Humillándonos seremos exaltados; renunciando á nosotros mismos llegamos á poseernos; nuestras tristezas se convertirán en gozo; por la muerte se va á la vida; buscando el reino de Dios y su justicia se obtiene la posesion de otros bienes que no se buscaban; y por el desprecio de los intereses terrenales se llega á la posesion y multiplicacion de las riquezas. «No quieras amarlas, dice San Agustin, y así te harás digno de poseerlas.» [1] En otro sentido, no hay mas

[1] *Noli has amare, ut merearis ad illas venire.* Serm. 45.

ricos que los que no quieren serlo; todo lo poseen, aunque nada tengan: *tamquan nihil habentes et omnia possidentes*: [1] y los que se empeñan en serlo, nunca lo parecerán por mucho que atesoren.

Guiadas por estos principios las naciones cristianas en sus generosas empresas, lograron acrecentar su esplendor y su poderío, hasta sin proponérselo: y de ello tenemos buenos ejemplos. Se sacrifican por conquistar un sepulcro en la Palestina, y de sus lejanas expediciones reportan las ventajas que les proporciona el Oriente, dando vida á su comercio. Sus monjes se retiran al desierto para vivir entre los rigores de la penitencia, y el cultivo de la tierra en que se ejercitan convierte en fértiles comarcas los incultos eriales. Combatiendo contra ciertos hereges que aparentaban amor á la pobreza, se formaron aquellos santos mendigos que socorrieron y evangelizaron á las hambrientas turbas. Guerreando contra la morisma, los pueblos cristianos aumentaron su poderío, y conquistaron reinos los que buscaban el reino de Dios. Llevando la Cruz mas allá de los mares, encontramos un nuevo mundo: predicando á los indios hallamos minas de oro y emporios de riqueza. *Gloria et divitiæ in domo ejus.* [2]

La aparente contradiccion queda desvanecida. Sin el desinterés no puede haber prosperidad ma-

[1] II. *ad corinth.* VI. 10.
[2] Ps. CXI. 3.

terial: el brillo de la civilizacion es proporcionado á los esplendores de la virtud; las riquezas se disminuyen segun que la corrupcion se aumenta; y nosotros vamos á menos, desde que el afan de los goces y el deseo de las riquezas nos turbó el entendimiento, y empezamos á disipar el patrimonio que debimos á las virtudes cristianas de nuestros antepasados.

Harto merecido es, hermanos mios, el castigo que la divina Justicia descarga sobre nosotros! Seducidos por los prestigios de la riqueza que debemos á la influencia social del Cristianismo, nos hemos rebelado contra el principio mismo que la produjo; y en nuestra grosera ignorancia, poco nos falta para decidir que la Religion cristiana y el progreso material son incompatibles. [1] El pueblo halagado con la esperanza de engrandecimientos quiméricos, ansioso de una libertad sin límites, irrítase contra todas las prohibiciones y atropella las leyes de la moral. La activa propaganda de la revolucion, cuyo único fin es desterrar el Cristianismo, fomentó las ambiciones, prometió sin tasa las riquezas, dió á la muchedumbre el soberano poder, convirtió la tierra en un paraiso de deleites, y puso la felicidad, que en este mundo no se encuentra, aun al alcance de las pequeñas fortunas. No poseia el secreto de hacer el oro; pero consumiendo la

[1] Los hereges pelagianos defendieron que las riquezas son incompatibles con una vida cristiana. Los refutó San Agustin: *Epist ad Hilarium*.

fortuna pública, creyó haber descubierto la piedra filosofal. *Venite, fruamur bonis quæ sunt.* «Venid, amigos mios, venid y gocemos de estos caudales amortizados con detrimento del bien general. Pongamos en circulacion esos capitales detenidos, y démosles aplicacion mas provechosa. Sirvan al fomento de la riqueza pública, levanten nuestro crédito, aumenten el bienestar de las clases trabajadoras, estimulen la actividad individual, y gocemos á toda prisa *de los bienes que son*, como se goza en la juventud; *tamquam in iuventute celeriter.*

Y tanta prisa nos hemos dado á gozar de los bienes que habia, que ya no nos queda de ellos sino la memoria. Nada hemos respetado; todo se ha derretido: apenas si en los asientos del crisol quedan algunas escorias. La justicia de Dios cae sobre nosotros, y el espectro de la miseria se levanta para castigarnos. Un paso mas, y no habrá otro medio para entretener á las turbas hambrientas y embrutecidas que ofrecerles el cebo de los bienes de los ricos, soltarles la brida para que se precipiten contra todos los Gobiernos y derriben en su furor toda autoridad divina y humana. El ateismo, la anarquía, el reinado del terror, la ruina del capital, la miseria mas espantosa, hé aquí la triste perspectiva que nos ofrecen los que empezaron la grande obra de la expoliacion diciéndonos que no lo hacian por expoliarnos, sino por aumentar la fortuna pública y promover el bienestar de las clases necesitadas.

II.

Falta ya muy poco para que el ateismo se apodere de todos los Gobiernos, y entonces vereis como quedan sin defensa todos los derechos, incluso el derecho de propiedad. Así como el dogma de la soberanía popular acabará con los Gobiernos, porque todo Gobierno distinto del pueblo, que es el soberano, es una contradiccion, y porque ya no queremos delegaciones, así el mismo principio de la soberanía popular es el arma que se esgrimirá contra la riqueza. «La voluntad nacional, decia Rousseau, no puede ser delegada:» con la misma razon puede decirse que la propiedad es inseparable de la soberanía. El soberano no puede ser un miserable: esto repugna. Antiguamente la propiedad daba derechos á la representacion y al poder; pero admitido que el pueblo es el soberano, de la soberanía tiene que partir el derecho á la propiedad. Los propietarios son pocos y los soberanos muchos; tiemble pues la propiedad, porque el pueblo soberano no ha de consentir que la gran mayoría de los ciudadanos carezcan en la práctica de las ventajas de este derecho. La soberanía no será al fin privilegio de algunos, sino derecho de todos: la misma suerte correrá la propiedad. Ó habrá que repartir los bienes entre todos, y llegue adonde llegare, ó la multitud como tal multitud tendrá que poseer los bienes de los propietarios. Cuando llegue, con la

debida igualdad, al goce de la soberanía que se le reconoce en principio aunque se le cercena en la práctica, entonces se apropiará los bienes agenos. Siendo soberana, será propietaria. Dirá que la propiedad es un privilegio odioso, y tratará de abolirlo. La multitud responderá al antiguo llamamiento repetido en nuestros dias: *Venite, fruamur bonis quæ sunt.*

¿Qué haremos, Señores, para impedir la catástrofe? Lo primero, retroceder en el mal camino, levantar los ojos al cielo, y abjurar tantos errores, cuya funesta aplicacion estamos tocando por desgracia. Pero si los principios proclamados y difundidos para pervertir el sentido moral del pueblo y hacerlo mas desgraciado todavia han de producir sus frutos, lejos de retroceder, avanzarémos hasta caer en el abismo. Algun dia nos encontraremos con la novedad de un Estado atéo que rehuse el concurso de la Religion, ó que la persiga, ó que proclamando la libertad de conciencia y afectando no querer ofender á la de nadie, excluya la influencia del Catolicismo de todas las esferas de la vida. Ya se intentó en España proclamar la libertad de cultos sin otra mira que desterrar las leyes que protegen el culto católico entre nosotros: la familia cristiana está amenazada del mismo desamparo; la enseñanza católica está muy en peligro, como nos lo demuestra la formacion de una escuela racionalista que ya amenaza á los ortodoxos con arrojarnos de nuestras posiciones oficiales. A la moral eterna

tambien le llegará su dia, aunque eterna; porque la nueva sociedad se ha de constituir cual si no hubiese vida futura, desenvolviendo con mayor claridad el consabido tema de la felicidad terrestre. Todos son llamados á la suprema beatitud de la tierra; no hay otra beatitud, no hay otro mundo. El pueblo soberano no tendrá que hacer el viaje de la eternidad para entrar en posesion del reino prometido por Cristo: ese reino vendrá á nosotros: *venga á nos él tu reino:* tál será segun Proudhon *la Iglesia triunfante.* Y como la bienaventuranza de la tierra no se puede concebir sin la plenitud de los goces sensibles, de aquí que los deberes del Estado se reducen á procurar la abundancia de bienes materiales, condicion necesaria del bienestar y del placer.

Pero esto mismo es justamente lo que á todos nos degrada y arruina. Se quiere gozar de lo que hay, *fruamur bonis quæ sunt*, pues tál es nuestro destino; y en breve se consumen las escasas subsistencias, sin apagarse los deseos. No pidais á un pueblo materialista sobriedad y templanza, abnegacion y virtud: «Porque ¿cómo quereis que sea abstinente el que está acostumbrado á mesas largas y delicadas? ¿cómo se querrá abajar á traer una capa raida el que huelga de resplandecer con oro y púrpura?» [1] Pueblo llamado al goce y al deleite,

[1] San Cipriano, traducido por Fr. Luis de Granada, *Guia de pecadores*, parte tercera.

con derechos á la riqueza sin la cual no puede ser dichoso; pidiendo á voces la propiedad sin cuya posesion la realeza no seria mas que un vano título; reclamando los bienes de los ricos porque no puede permitir que subsista en adelante la desigualdad de tan odioso privilegio; queriendo que los bienes sean comunes para que la fraternidad y la igualdad prometidas aprovechen á los pobres en justa proporcion, un pueblo de esta especie, embrutecido y degradado, se dará prisa á gozar de los bienes que hay, destruirá la propiedad, y secará la riqueza en sus mismas fuentes. No querrá trabajar, sino gozar; no ahorrará, porque los suspirados goces se quieren para hoy, no para mañana; el ansia de gozar pone una venda en los ojos que no deja ver las contingencias del porvenir: sin prevision no hay ahorros, no hay economías, no se trabaja, ó no se trabaja lo necesario: se consume más que se produce, y á la postre el capital se desvanece como el humo, quedando en la miseria el pueblo soberano. La Religion le hubiera salvado, pero se le hizo creer que la Religion era el gran obstáculo á su felicidad. El Evangelio y su moral divina pudieran aplacar sus ardientes deseos y mantenerlo en la obediencia de sabios y santos preceptos que no prescriben jamás, y que siempre tienen la virtud de hacer á los pueblos dichosos; pero se le estimuló á sacudir el suave yugo del Evangelio. No quiso mirar al cielo, murmuró de la Providencia, despreció á Cristo, padre de los pobres y dador de to-

do bien, *pater pauperum, dator munerum*; no hizo caso del magisterio de nuestra Santa Madre la Iglesia á quien deben los pueblos su riqueza y bienestar; aplaudió todas las expoliaciones, creyó que todas las injurias y violaciones del agenó derecho cederian en beneficio del propio, y que todos los Gobiernos que trabajaban por la ruina de la Religion emprendian el camino más seguro para llevar á los pueblos á la felicidad terrestre, á la posesion de la riqueza, al nuevo Eldorado del comunismo. Ahora se ve que esto no es posible; y porque no es posible, el pueblo desmoralizado blasfema y maldice: el pueblo soberano condena la ineptitud y falsía de todos sus gobernantes, y se rebela contra todos los principios del órden social.

¿Qué haremos nosotros, mis queridos hermanos, en tan deshecha tormenta? ¿Qué harán los Gobiernos para defenderse del socialismo? El socialismo es la mayor de las injusticias, como el comunismo es la mayor de las miserias; porque de la guerra contra la propiedad solo puede salir la mendicidad universal: abolido el privilegio de la riqueza, el proletariado seria el nivel comun; y frustradas las esperanzas del pueblo á quien es tan peligroso entretener con engaños, se vuelve contra los Gobiernos esperando de la anarquía el completo triunfo que no le dió la impiedad. No se sabrá qué hacer con el pueblo rebelado. Los Gobiernos no tendrán religion que oponerle, porque dia llegará en que hagan alarde de no profesar ninguna: pro-

clamando el ateismo, no podrán ofrecerle consuelos ni esperanzas: la moral no tendrá fuerza en sus labios así que entre el mal y el bien se declaren indiferentes: resistir al desbordamiento con la fuerza material será provocar las iras de la muchedumbre, apartada de la obediencia por los Gobiernos mismos: ni esto lo podrán siempre, porque la fuerza se ha de poner mas bien del lado de la revolucion que del lado de unos Gobiernos que no tienen ya fundamentos morales en que apoyarse.

Ved aquí, hermanos mios, la triste perspectiva. esta es la obra de nuestros presuntuosos regeneradores: los ilusos la empezaron, y los perversos la concluyen: á los novadores han seguido los mónstruos, y el pobre pueblo es la víctima. Tantos errores, tantos crímenes, tantas injusticias, nos acarrean este diluvio de calamidades en que se anega la sociedad. Nuestra ruina parece inevitable, porque escrito está: *regnantibus impiis, ruinæ hominum:* «el reinado de la impiedad es la ruina de todos.»

Esta seria, mis queridos hermanos, la mejor ocasion de mudar de rumbo. El error y el mal están bien conocidos: la sociedad, la nuestra al menos, tiene alguna espera: el pueblo español en su gran mayoría guarda con fidelidad las creencias religiosas: desgraciado, confía en la Providencia; se resigna con su mala suerte, y obedece á la autoridad. Si ciego instrumento de audaces instigadores la derriba en el suelo, él mismo

se detiene, y dá lugar con su moderacion á que el poder se levante; se asusta de su propia obra y vuelve á esperar en el Gobierno, sin imaginar siquiera que pueda llegar un dia en que el Gobierno mismo abandone expresamente la proteccion de los intereses sociales que le están encomendados. Por poco que se mantuviera la paz, el país repararia sus fuerzas; y si el cielo nos favoreciera como en tiempos mejores, lograriamos vencer la trabajosa crísis. Los Gobiernos no tienen que recelar de la Iglesia que les ayuda eficazmente en tan buena obra: no deben sentir que cobre ascendiente la Religion, que es la que ha de salvarnos; y debe alegrarse mucho de que las costumbres no se depraven hasta el punto de que las pasiones se desencadenen con toda la furia á que los malos ejemplos, la dañada enseñanza y la prensa periódica provocan de contínuo. ¿Qué falta, Dios mio, para que nos veamos en seguro y se conjure la horrible tormenta que á nosotros y á todas las naciones amenaza? Lo que se necesita es restaurar los principios del Gobierno: que otra vez la Religion consagre las instituciones; que nó se la vaya eliminando de todas las esferas de la vida social; que nó se sustraiga al pueblo de sus saludables influjos: fiar menos en la administracion cuyos desaciertos estamos llorando, y más en el espíritu religioso, que con la idea del sacrificio, de la abnegacion, de la moderacion, de la virtud, ha dado á los pueblos cristianos sin jactanciosas ofertas el bienestar que en este mundo es posible.

¡Oh vosotros, quien quiera que seais, oradores, escritores, magistrados, hombres de gobierno ó simples ciudadanos, cuya ilustracion os impone el deber de refutar los errores que nos han perdido é impedir el desbordamiento de las pasiones que son su consecuencia, ayudadnos á ilustrar al pueblo sobre sus propios intereses terrenales: [1] defendedle contra los excesos á que le arrastra su misma ignorancia: decidle que la doctrina del interés le perjudica, que el deseo de los placeres le enerva, y que la Religion de Jesucristo cuya sombra protectora busca por fortuna en estos dias tan amargos, le hará felíz sobre la tierra. Decidle en qué pararon los pueblos esclavos de la codicia. *Ecce homo qui non posuit Deum adjutorem suum, sed speravit in multitudine divitiarum.* [2] «Hé aqui el hombre que no esperó en Dios, sino en la multitud de las riquezas: ved en lo que vino á parar.» ¿Qué mejor ejemplo que nosotros mismos, pues soñando grandezas perdimos la hacienda que teniamos? Despreciamos al sábio que nos dijo: «Más vale poco con temor de Dios, que grandes tesoros que nunca sácian:» [3] y pusimos los ojos y el corazon en riquezas que no podiamos alcanzar, porque el afan mismo por gozarlas «les puso alas como de águila, y

[1] *Discite lapides pretiosos æstimare, negotiatores regni cœlorum.* S. August. Serm. 45.

[2] Ps. LI. 9.

[3] Prov. XV. 16.

volaron:» *quia facient sibi pennas, quasi aquilæ, et volabunt.* [1] Aún es tiempo, mis queridos hermanos, de prevenir la total ruina; suframos con paciencia los castigos del cielo y el revés de nuestras insensatas esperanzas, y entremos con honradez y sinceridad en los caminos de la Providencia, adorando sus designios y acatando sus leyes. Nó hagamos mas desesperada la suerte de los pobres excitando sus deseos, nó degrademos al hombre poniendo la bienaventuranza en la posesion de las riquezas, nó acabemos de hundir la sociedad extinguiendo en ella el espíritu de sacrificio. La Religion no os dirá: «Venid y gozad de los bienes que quedan:» sino venid á trabajar y á merecer; venid por el amor de Dios y del prójimo, y uníos con nosotros en esta grande obra de utilidad comun. Sin la abnegacion de todos no se podrá levantar esta enorme losa que sobre todos pesa. No digo yo á los pobres que nó salgan de su pobreza, ni á los mendigos que nó quieran mejorar de condicion, ni á los ricos que es preciso tirar los bienes que posean; sino que todos busquen á Dios, sin cuya proteccion no haremos fortuna, aun bajo el punto de vista de los intereses terrenales. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura. Y si menos perfectos que los héroes de la abnegacion cristiana, si oprimidos por el peso de obligaciones urgentes y cargados de familia no te-

[1] Prov XXIII. 5.

neis el valor de excluir de vuestras oraciones ni de vuestros deseos los bienes de fortuna; si vosotros, gente del pueblo, que escuchais mi voz conmovida por vuestros sufrimientos y privaciones, aspirais lícitamente á mejorar de condicion y no renunciais al honor de ser propietarios algun dia, preparad primero vuestras almas y atraed sobre vosotros y vuestros honestos deseos la bendicion de Dios. Sí, mis queridos hermanos, yo no tengo oro ni plata, pero tengo la bendicion de Dios que os hará ricos: porque escrito está: *Benedictio Domini divites facit.* [1] La bendicion del Señor os colmará de bienes espirituales y temporales. Tál es el deseo con que á todos vosotros y especialmente á los pobres os bendigo en este dia, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

[1] Prov. X 22.

Dives et pauper obviaverunt sibi, utriusque operator est Dominus. Prov. xxii. 2.

Se encontraron el rico y el pobre; el Señor es hacedor del uno y del otro.

Excelentísimo Señor:

Pobres y ricos estamos unidos por el vínculo de la fraternidad, porque somos hijos de un mismo Padre, aunque no á todos concediera el Señor los mismos bienes de fortuna. Nadie se queje de su suerte: ser todos ricos no es posible, ó Dios no lo ha querido, ó la pobreza es castigo, ó la riqueza no es un bien tan grande cual se pondera en nuestros deseos. Ser todos pobres tambien repugna: Dios quiso que el hombre dominara la tierra. La Providencia distribuyó sus dones, repartió el ingenio ó el talento, los bienes y las virtudes, segun sus altas miras. Con el ingenio de éste, y la herencia de aquel, y el capital que juntan los prudentes, y los bienes que derrama el hombre desprendido;

con los brazos del pobre laborioso, con la caridad de los perfectos y la fortaleza de los que sufren resignados, se aminoran los males, se remedia la miseria y prosperan las naciones. La Providencia combina las cosas con infinita bondad y sabiduría. Quiere que los hombres se reconozcan por hermanos, y como tales se amen, no desdeñándose el mayor de servir al menor, y socorriéndose recíprocamente. No son casuales esos encuentros del rico y del pobre, de que nos hablan las Escrituras, sino previstos y naturales, como por Dios ordenados para la perfeccion del uno y del otro. Sin duda se encuentran amenudo para oprimirse ó explotarse, para degradarse y perderse mútuamente; hay encuentros que ofenden y lastiman; hay choques horribles, como el del rico Epulon que se vestia de púrpura y lino y comia en espléndidos banquetes, con el mendigo Lázaro, despreciado por el inhumano sibarita; pero eso Dios no lo quiere, y por lo mismo nos dice la Eterna Sabiduría: *Dives et pauper obviaverunt sibi, utriusque operator est Dominus.* Saldrán á su encuentro, el uno hácia el otro, nó para combatirse, nó para explotarse, nó para perderse, sino para ayudarse recíprocamente, como hermanos que tienen un mismo Padre y un mismo Señor: *utriusque operator est Dominus.*

Cuando la Eterna Sabiduría nos habla del mútuo auxilio que han de prestarse el rico y el pobre, niega implícitamente que la bienaventuranza consista en las riquezas, y no distingue á los pobres

de los miserables, estos últimos colocados en el mas ínfimo grado de la escala de la pobreza. Tampoco nosotros los hemos distinguido hasta ahora, pero de aquí en adelante no hemos de confundir la pobreza con la miseria; que ambas salen al encuentro de los ricos, siendo la miseria fruto de nuestros errores y castigo de nuestros pecados.

No se llaman pobres los que nadan tienen, sino los que tienen poco, y á fuerza de abnegacion se reducen á lo estrictamente necesario para no caer en la miseria. La pobreza impone privaciones y sacrificios, y saca de su energia, de su virtud y de su ingenio, recursos inesperados. Sin los pobres no hay riqueza, porque no hay riqueza sin trabajo, y las clases trabajadoras forman en toda sociedad la mayoría. El pobre necesita del rico, pero tambien el rico necesita del pobre. De aquí la dignidad é importancia de las clases trabajadoras, que en una sociedad cristiana y moralizada no están condenadas al suplicio del hambre, si con los módicos recursos que tienen á su disposicion no carecen de virtudes, porque viven del trabajo y del ingenio, y gozan de una alegria verdadera que no les proporcionaria la posesion de mayores ventajas materiales.

Este nivel se ha perdido por nuestros lamentables errores, por la pasion de los goces, por la relajacion de costumbres y por la impiedad. Los pobres se aumentan, la miseria crece, y la miseria es una de las mayores enfermedades que pueden afligir á

la sociedad. Con este padecer vienen la depravacion y el embrutecimiento, la indiferencia por la religion y por todas las cosas que pueden elevar las almas. Es decir, hermanos mios, que viene sobre nosotros una desgracia tras otra desgracia. Al fin la pobreza, aunque haga sufrir, nó extingue el vigor de los pueblos, nó los hace incapaces de las virtudes que exige la vida social, nó los mata; pero la miseria sí. Una sociedad que se desnivela como la nuestra por tantas causas físicas y morales, ó se vuelve á la religion y emprende con heróico esfuerzo la reforma de sus costumbres, ó tiene que resignarse á sufrir las consecuencias más desastrosas.

Pero nó queremos arrepentirnos, nó queremos confesar de plano nuestros errores, y en la necesidad de proponer arbitrios que mantengan en los pobres la esperanza de mayores bienes sin abjurar de nuestras malas ideas, nos ponemos de parte del mal y le damos una extension alarmante.

Hé aquí, mis queridos hermanos, un asunto que reclama nuestra atencion.

Contra todas nuestras rebeliones viene el castigo del cielo. Viene sobre los ricos y sobre los pobres: viene la miseria que nadie puede remediar; viene la justa expiacion que nuestra soberbia merece, y viene destruyendo á los pobres sin religion, empobreciendo á los ricos sin caridad, y asomando

otros castigos mas formidables, que á no ser por la esperanza que tenemos en la misericordia divina, pudiera temerse que á todos nos igualaran.

¿Quién no advierte la separacion entre ricos y pobres, y nó se entera de los recelos, envidias y desconfianzas de las ínfimas clases? Triunfante el egoismo, desterrada la abnegacion, condenada la pobreza hasta en las instituciones que fundó la caridad y en los mendigos voluntarios que eran tan dichosos abrazándola, empeoró la condicion moral de los pobres á medida que creció el malestar y fué extendiéndose la miseria. Si asoma un principio de hostilidad que nos pone en cuidado, si ya se bosqueja la lucha del jornal y del capital, si contra la propiedad se declara la guerra, á nadie nos quejemos sino á nosotros mismos. Hemos destruido la propiedad *colectiva;* hemos combatido el principio cristiano y eminentemente social de la abnegacion; hemos desterrado la pobreza voluntaria; la hemos sustituido con el principio del interés, y hemos convidado al pueblo soberano con el bienestar y los goces á que tiene derecho. El éxito no ha correspondido á las promesas, porque no era posible; pero el odio de los que nada tienen contra los que tienen algo es un mal gravísimo en sí, precursor de otros males mucho mas graves, y todos derivados de la separacion que ha ido haciéndose entre las clases de la sociedad y del perjuicio que sufren las menos favorecidas, justamente cuando más las adula la revolucion con el cebo de ventajas imagi-

narias. Aquel encuentro del rico y el pobre para su mútua ayuda, cederá en daño de ambos si se miran como enemigos y estalla la guerra. Sin llegar á estos extremos, las desgracias que presenciamos por efecto de la miseria son táles que nos tienen afligidos: nó hallamos consuelo en ninguna parte; porque faltan los recursos, se disminuye la religion, las pasiones hierven, los pechos se muestran duros, y el cielo de bronce.

¿Qué importa que alguna vez se invoque la caridad y se haga un llamamiento á los particulares, visto que el Estado no puede remediar los males que él mismo acrecentó con sus errores? Recursos quisiera en la presente crísis, ministros y auxiliares que juntaran sus fuerzas y allegaran dineros, y medicinas, y subsistencias; sobre el contribuyente carga impuestos para emprender obras públicas y salir del apuro. Pero demás de ser insuficientes los recursos, el Estado se reserva la direccion de las fuerzas, y este proceder es el origen de nuevos males. Todos deseamos salir del conflicto, y sea como fuere; pero haciendo de la caridad una rueda de la administracion, nada hacemos contra el fiero egoismo que nos devora, nada hacemos en pró de las clases mas necesitadas; que si han menester alimentos para no morir, tambien necesitan los consuelos de la Religion y que no se dé mayor pábulo á sus deseos predicándoles la misma doctrina tan dañosa que hace tiempo se les enseña. Lo primero es

ver á Dios en los pobres. Quien los ve con los ojos de la carne, se aparta de ellos ó los desprecia; mas el que los mira con otros ojos conoce *la eminente dignidad del pobre*, como decia Bossuet. Este discernimiento no puede hacerlo la caridad oficial, ni van los Gobiernos por el camino de la Iglesia que distinguió con San Ambrosio «los vagabundos de los pobres verdaderos,» que reservó con San Gerónimo «la sustancia de Cristo á los pobres, no á los falsos indigentes,» que supo con San Juan Crisóstomo juntar «el trabajo y la caridad,» y cometió al ministerio de los Diáconos el socorro y proteccion de los desvalidos. Y sobre este discernimiento, se necesita además mirar por encima para conocer que este castigo del cielo es una exhortacion vehementísima que el Señor dirige á todos para que nos convirtamos de corazon. No vale desentenderse; la Providencia habla muy alto y muy claro para que todo el mundo oiga su voz y entienda lo que dice: reprueba los caminos seguidos y sale á nuestro encuentro para evitar nuestra perdicion. Si nó contentos con el perjuicio que hemos causado á los pobres y en general á todas las clases del pueblo queremos perderlas para siempre, no hay mas que hacernos los sordos y los ciegos, ó decir desatinos acerca de las leyes naturales y los efectos naturales, (desatinos que ya notó Epicteto entre los antiguos cuando no querian ver la mano de Dios en el gobierno del mundo) ó rebelarnos á las claras volviendo contra el

Señor hasta la razon misma que Él nos ha dado, como hoy hacen muchos, despreciadores de sus dones.

No hay mayor desgracia que dejar pasar la dura leccion que el Señor nos ofrece ahora, nó para perdernos sino para salvarnos. Las plantas buscan el sol, el corderillo se apega á los hijares de su madre, y todos los animales buscan el calor y la proteccion en aquellos que les dieron la vida. ¿Cómo el hombre se rebela contra su Dios y Señor, ya le regale, ya le corrija, ya le castigue? correccion y castigo son para tí, pueblo ingrato, las calamidades de ahora. «Quiso Dios tomarte por hambre, diremos con Fray Luis de Granada, y que las mismas necesidades te metiesen por sus puertas, y te llevasen á él..... por eso no te enriqueció desde luego, nó por escaso, sino por amoroso: nó porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: nó porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, ciego y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió.... para que él acabe lo que te falta? [1]

Pero mientras nosotros decimos como el rey Josaphat; «Señor, no sabiendo lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á Vos,» [2] los que nó quieren que el pueblo saque este fruto, proponen otros medios

[1] *Guia de pecadores.* Part. prim. cap. II.
[2] II. Paralip. XX. 12.

que ni de intento se pudieran escoger mas contrarios al bien que se apetece. ¿Quién dijera que el lujo, padre de la miseria, que arruinó las buenas costumbres y acabó con la vida de antiguos Imperios y naciones, habia de proponerse ahora como el mejor de los recursos para hacer frente á tantas calamidades? ¿Quién dijera que con tan desacreditado expediente se pensára levantar las desfallecidas esperanzas del pobre pueblo que no tiene trabajo y no puede alimentarse? ¿Será humanitario ni razonable siquiera que en medio de tan duras privaciones se oponga á las miradas del pobre la seduccion del lujo, y todo ese centelléo de la civilizacion materialista que á ricos y pobres promete, como siempre, el paraiso?

En todo tiempo estuvo el lujo reñido con la prosperidad; mas para echar las costumbres á pique y desterrar la virtud, la salud y energía de las naciones, no se pudiera emplear un medio mas adecuado. Tiene además otra ventaja, á saber, que sin obligarnos á renunciar á la doctrina del interés y á los atractivos del placer sensible, permite seguir esta guerra que viene haciéndose á la Religion, y continuar entre las clases mas perjudicadas por la atróz carestía la propaganda revolucionaria. Y seguirá, mientras la fecunda imaginacion improvise recursos y trace combinaciones ingeniosas que halaguen la vanidad de los ricos, y ofrezcan redimir la suerte de los pobres.—Multiplíquense los palacios, favorézcase el desarrollo del lujo, refínense las

artes del placer: no necesitan los pobres otra mina. No hay que amilanarse; no hay que ceder al terror de las supersticiones que intentan adormecer la actividad del pueblo: nos bastamos para conjurar la crísis; el desarrollo del lujo será en adelante el lazo de union entre los ricos y los pobres, y todos viviremos. *Dives et pauper obviaverunt sibi.*—

Yo no sé si hay alguna cabeza sana que pueda parir tales discursos; yo no sé si es tanta la malicia y tan poca la compasion que deben inspirar las miserias del pueblo y su probada credulidad, que alguien se atreva á proponer tales arbitrios sabiendo á ciencia cierta que han de producir el efecto contrario: pero sí creo firmemente que la pasion de los goces y la molicie consiguiente, junto con la impiedad que ve con pesadumbre la excitacion religiosa de los pueblos consternados, distrae por este medio las serias preocupaciones de los ánimos, alienta esperanzas dormidas, sigue la corriente de inclinaciones viciosas, despereza el orgullo, divierte la imaginacion con gratas aunque lejanas perspectivas de la felicidad terrestre, y aun pretende ayudarnos y trabajar con nosotros en la buena obra de consolar á los pobres levantando el espíritu abatido, vaticinando prosperidades y vivificando con arrogancias el comercio y la industria que perecen. Del fondo de todos los malos deseos y á impulsos de la concupiscencia salen estos discursos, que aparentando interés en favor de las clases necesitadas, perjudican á los ricos y á los pobres.

Figurémonos lo que para perdernos á todos pudiera decirse sobre este tema.

«Favorezcamos el lujo. Que los ricos se apresuren á gastar; inviertan sus capitales, y así tendrán ocupacion y vivirán de su trabajo los comerciantes, los industriales y las clases menesterosas.» *Dives et pauper obviaverunt sibi.*»

De tres maneras podemos traducir este pasaje, dando otras tantas significaciones á este encuentro de los ricos y los pobres, con cuya union se trata de resolver el problema de la miseria. Porque en primer lugar, los ricos podrán dar empleo á sus capitales fomentándolos y aumentando la riqueza pública, dando vida á la agricultura, industria y comercio, y por consiguiente á las clases trabajadoras y al pueblo en general. Hacerlo sin miras de avaricia, sin apegar su corazon á las riquezas, sin hacerse esclavos de la materia y de los goces que el fausto proporciona, es cosa muy honesta. Y si al paso que con esta conducta se dispensa tanto beneficio á los pobres avanzasen sus bienhechores á proporcionarles otras ventajas, si extendieran su solicitud á procurarles medios que mejorasen su condicion moral, si además del jornal les dieran instruccion y educacion, si nó se limitaran á dar ocupacion á los obreros y cuidaran de hacerlos hombres de religion y de virtud, nó meramente hombres de peculio, harian un bien grandísimo y atraerian sobre ellos, y sobre sus hijos, y sobre sus casas, y sobre los frutos del campo, y sobre

los ganados, y hasta sobre las migajas de su mesa, todas las bendiciones que el Señor prometió por boca de Moisés á los israelitas en las llanuras de Moab. Porque esto seria con toda verdad salir al encuentro de los pobres, resultando todos ganancíosos, el que da y el que recibe, el protector y el protegido, siendo comunes los beneficios, formándose entre ricos y pobres una familia, ó una especie de república cristiana, con gran provecho de los intereses materiales, á la sombra de los morales que los fomentan y garantizan. Sin duda estas empresas abrazarán objetos de lujo; pero el lujo es relativo, y no está mal que las personas de alta posicion tengan este realce. En esta materia, el prescribir límites es lo difícil; salvo aquel límite que consiste en prohibir en absoluto á todas las fortunas los gastos supérfluos, si nó tuvieran sobrantes. Todos están obligados á la moderacion, al desinterés, á la virtud, como todos lo están al trabajo, á la frugalidad y á favorecerse recíprocamente.

Gracias á Dios, nuestra sociedad no se halla todavia transfigurada completamente segun el ideal materialista, hasta el punto de faltar acaudalados generosos y señores benignos que mantengan relaciones tan dulces y convenientes con sus honrados servidores, los cuales forman con sus amos una sola familia. Los que puedan extender estos beneficios á muchas familias; los industriales y labradores que en medio de sus granjas y talleres levanten la capilla católica como presidiendo á una

poblacion flotante; los que impongan silencio el domingo á la campana que marca las horas de trabajo y echen á vuelo otra campana mas alegre que llama á los trabajadores al reposo, á la oracion, á la plática en la Iglesia rural abierta por todas partes; los que asistan á sus fiestas y luminarias, y cuiden del trabajador enfermo, y se hagan depositarios del pequeño ahorro del sóbrio y diligente, y á veces desciendan á tener aparcerías con algun pastorcillo que nació en la majada en noche de Diciembre y vive de milagro; y finalmente, los que sin descuidar el fomento de sus intereses materiales derraman tantos beneficios sobre los trabajadores, son una Providencia para ellos. No solo les proporcionan trabajo, alimento, vestido y albergue, sino tambien educacion y enseñanza. Por la Religion levantan sus almas y las alimentan; por su benignidad y caridad amansan los fieros instintos, calman las pasiones, y dan ocasion á ciertos actos generosos, pruebas de la virtud que los buenos ejemplos fueron implantando en corazones de temple, y que en la soledad del campo dan sus luces como el tosco pedernal herido por el acero.

¿Cómo no alabar unas obras tan buenas? ¿Quién podrá calcular los beneficios que reportaria la sociedad entera, si los amos y los criados, si los propietarios y los trabajadores se unieran entre sí y recíprocamente se ayudaran en estas empresas de utilidad comun? De seguro que habria ganancias, por lo mismo que no se propondrian explotarse los

unos á los otros; esa no seria una sociedad de gentes de mala fé ni una gavilla de estafadores, sino una sociedad cristiana en la que campearia un pensamiento económico, subordinado en su ejecucion á las reglas de la moral. Pero hoy pesan sobre las grandes fortunas tan graves empeños, inspira á los capitalistas tantos recelos el incierto porvenir, es tanta la inseguridad por ser tan frecuentes los trastornos, que cuando más se necesita de su cooperacion para salir de estos apuros, es justamente en lo mas recio de los peligros. El dinero se esconde, los capitales se retiran, los capitalistas que pueden se ponen en salvo, decaen las grandes empresas, y solo quedan alrededor y como en acecho de un Gobierno sin crédito algunos buitres trazando círculos para echarse sobre su presa, estipulando exorbitantes ganancias. Pero todos tenemos obligacion de mirar por nuestro prójimo, y en la reducida esfera de nuestra posibilidad hemos de favorecer á los pobres para que el Señor bendiga nuestra casa.

Otra significacion admite aquel pasaje de la Eterna Sabiduría que supone el dichoso encuentro del rico y el pobre. Cabe dar á las riquezas empleo mas noble todavia, y un destino mejor, un destino eminentemente social, sin las miras legítimas del lucro y sin curarse del fomento de los bienes materiales: este empleo es la caridad. Con la esclavitud y la pobreza primitivas el trabajo estaba envilecido: pero la Iglesia abolió la esclavitud, proclamó la igualdad y fraternidad, nos hizo libres, y santificó

el trabajo. La libertad del trabajo, santificado por la Religion, siendo la principal fuente de la riqueza, despues de asegurar á los pobres un bienestar relativo, los llamó á la virtud y les permitió socorrer con limosnas la miseria de los indigentes. Oh asombro! La Iglesia da pasos de gigante desde los primeros dias: ved, hermanos mios, cómo quiere la Religion que los ricos mas adelantados en la virtud y aun los pobres amantes de la perfeccion salgan con los brazos abiertos al encuentro de la miseria. El Apóstol San Pablo predica en Mileto recomendando el trabajo, nó solo para que los sacerdotes encontraran en ocupaciones serviles su sustento, sino para que socorrieran á los pobres. Trabajad, les dice, para ayudar á los enfermos y á todo el que padece; «mejor es dar que recibir» [1] dice con resolucion. Y comenzaron á bendecir al Señor, y se apartaron de toda obra mala «por no contristar al Espíritu Santo;» y se socorrian los unos á los otros, *donantes invicem*, y cada cual trabajaba con sus manos para subvenir á las necesidades de su prójimo: *ut habeat unde tribuat necessitatem patienti.* [2] Trabajando para sí y para los pobres, el obrero cristiano recobra su dignidad, se rehabilita moral-

[1] Act. Ap. XX. 35. Daremos al lector una grata sorpresa: Mr. Thiers puede pasar por comentador del Apóstol en el siguiente pasaje: «El dar es el uso mas noble que de la propiedad puede hacerse.... Es el goce moral añadido al físico.» *De la Proprieté*, liv. I. c. 8.

[2] Ad Ephes. IV. 28.

mente, se santifica ejerciendo su noble profesion: que si el trabajo no puede separarse de algunos dolores que mortifican, tambien por esos dolores se hace semejante á Cristo, participa de su expiacion en el Calvario, y alcanza la gloria que el Señor ha prometido á los que no rehusen hacerle compañía en sus oprobios y sufrimientos. La Iglesia fué quien sostuvo con una mano el trabajo ennobleciéndolo, y con la otra formó virtuosos obreros que destinaran á la caridad sus productos. Seria de desear que alguien se atreviera á negarlo, para echar sobre él la historia de muchos siglos y abrumarlo con su peso. La Iglesia enseñó desde los Apóstoles esta doctrina regeneradora, formó costumbres conformes á esta doctrina; y si el orgullo y violencia de las costumbres bárbaras desprecian el trabajo despues de la invasion de los Germanos, la Iglesia prosigue su obra de redencion y muda las costumbres de la sociedad moderna por la institucion de las órdenes religiosas, que se obligan al trabajo servil y á la caridad. Tal fué muy especialmente la obra de los benedictinos; la Europa les es deudora en gran parte de su riqueza. Esos religiosos á quien hemos saqueado y expulsado de sus conventos, son hijos de aquellos santos y sábios trabajadores que honraron el trabajo servil, levantaron los pobres á la mayor dignidad, é hicieron popular la riqueza. Hombres ilustres por su nacimiento y su fortuna descendian de tan alto rango, caian de rodillas á los piés de algun Abad que se llamaba San

Benito ó San Bernardo, tomaban el hábito burdo de la gente del pueblo, empuñaban el azadon, y trabajando y orando lograron crear y enriquecer los grandes pueblos de la Europa. A veces el orgullo del hombre viejo sacaba la cabeza por los agujeros del roto hábito, y queria como rebelarse contra la vileza de aquellas humillaciones tan serviles á que el austero monje se habia voluntariamente sujetado por amor á Jesucristo; pero San Bernardo que adivinaba los pensamientos y conocia las tentaciones de sus hermanos, les decia: *Signa cor tuum frater*: «Hermano mio, ház sobre tu corazon la señal de la Cuz:» y la tentacion pasaba. De esta manera los trapenses, y los cistercienses y los cartujos abatian sus miradas sobre aquella tierra hácia la cual ellos no se hubieran encorvado sin el estímulo de la Religion; pero se acordaban de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, pensaban en las miserias del prójimo, pensaban en sí mismos, redoblaban sus esfuerzos y gastaban su vida en las rudas faenas del trabajo servil, para dispensar entre otros beneficios que sin agradecérselos disfrutan hoy las naciones, la creacion del trabajo libre, del trabajo enteramente voluntario, que al decir de un escritor impío, es una de las bases fundamentales de la existencia moderna. [1]

Esto hicieron los benedictinos y otras muchas órdenes religiosas; esto hicieron los mendicantes,

[1] M. Michelet, *Hist. de France*, t. II, p. 51.

pues todos eran pobres voluntarios, todos estaban obligados al trabajo y á la caridad, todos fueron auxiliares de la riqueza, todos dieron á los pobres ejemplos de laboriosidad, los alentaron al trabajo, los instruyeron y educaron en sus oficios, y socorrieron á los impedidos é indigentes. Ved Señores si será fecundo el espíritu de abnegacion y de sacrificio que trasformó tan completamente la sociedad; comparadlo con el principio egoista del interés y del placer que ha hecho tabla rasa de las riquezas acumuladas, que esteriliza el trabajo, produce la miseria, é intenta combatir el capital mirando á todos los propietarios como los únicos enemigos que tiene delante de si. Y lo que mas nos asombra en esta benéfica y universal revolucion que consumó el Cristianismo, es que la Iglesia aboliera la esclavitud respetando el hecho de la esclavitud; porque la Iglesia predicó á los esclavos la obediencia á sus señores, y á los señores la necesidad de obedecer á otro Señor mas alto; el esclavo exhortado por San Ignacio besaba las cadenas de su servidumbre, el Señor se compadecia de su siervo, la Iglesia se sacrificaba por todos, y el triunfo de la Religion fué el triunfo que la abnegacion, la caridad, la constancia, la virtud y el sacrificio alcanzaron del egoismo, de la barbarie, de la esclavitud y de la miseria. No dijo la Religion, no dijo la Iglesia—apoderémonos de los bienes de los ricos para socorrer á los pobres; expoliemos á los bárbaros que robaron cuanto teniamos y ocuparon

por la fuerza el suelo de la patria; no dijo: acabemos con la espada el reinado de la tiranía, sublévense los esclavos y rematen á sus señores; compremos con sangre la libertad:—sino que ordenó sus legiones de pobres voluntarios, santificó el trabajo, predicó la abnegacion, y así aumentó la riqueza, dió la libertad, socorrió á los pobres y los puso en posesion de preciosos derechos, sin molestar á nadie, y haciendo á todos, ricos y pobres, infinitos beneficios. Pues á esos bienhechores tan insignes, nosotros los aborrecemos y exterminamos; su cogulla monástica nos horroriza; no podemos tolerar que el hábito religioso de los amigos del pueblo se pasee por las calles. Hemos derribado sus piadosos asilos, y no queremos que de tan útiles instituciones quede ni aun la memoria. Hemos destruido la propiedad de la Iglesia; hemos destruido toda propiedad corporativa; MARCHAMOS EN TRIUNFO. Bien está; mas ya se sabe que no podemos aplaudir esa victoria, que ha sido para el pueblo en general y para los pobres en particular una derrota verdadera. Un triunfo mas, y todos perecerémos. Armense *las chozas contra los palacios*, que es el último grito de la moderna barbarie; enciéndase contra los palacios y contra la propiedad de los particulares una guerra tan viva como la que se promovió contra la propiedad de la Iglesia, de la beneficencia pública, de las Universidades y de los Comunes, y veremos si se preserva del incendio algun peñasco donde se refugie el último demente para dar el último viva á

la libertad, y cantar las glorias del progreso indefinido.

Gracias á Dios, hermanos mios, no se ha extinguido en la sociedad el espíritu de sacrificio; vive la caridad en algunos corazones; vive en la Iglesia. Se predica la doctrina de la abnegacion en toda su pureza, y vosotros no podeis menos de admirarla. Del trabajo vivimos; de su estipendio viven los obreros evangélicos, y nó se pudo envilecer su ministerio poniéndolos á salario. Podrá llegar un dia en que se vean precisados á renunciar al pedazo de pan que hoy les conceden de mala gana; pero no ponemos en duda que preferirán los rigores de la pobreza al quebrantamiento de sus deberes. La doctrina de la abnegacion será confirmada una vez mas por el ejemplo; los oscuros y vilipendiados obreros del Evangelio están dando todos los dias pruebas de dignidad personal, que no permiten se borre ni se oscurezca el tipo de la grandeza moral á que todos somos llamados, á despecho de las influencias del siglo que conspiran ahora mas que nunca en formar hombres egoistas y bajos. Alegrémonos de que no haya desaparecido de entre nosotros el espíritu de abnegacion, que es el espíritu cristiano; alégrense los pobres al ver que aún se conserva el trabajo voluntario, origen de toda clase de bienes, temporales y espirituales: consuélense los indigentes porque la caridad no se ha extinguido; y al ver que nosotros, despreciados poco menos que ellos, salimos á su encuentro y les tendemos

los brazos, se consolarán con este auxilio que nosotros les ofrecemos, abrazarán á sus hermanos, y mútuamente nos ayudaremos con la constancia de nuestro trabajo y los cortos haberes de nuestra honrada pobreza.

Finalmente, el encuentro del rico y el pobre puede producir gravísimos males si se juntan para explotarse y oprimirse, siendo este encuentro mas bien una verdadera colision, un choque, una pugna, que el funesto individualismo de nuestros dias enciende contra el espíritu de la asociacion cristiana. Todos son llamados á defenderse, pero esta voz de alarma es la guerra, ni mas ni menos; y como la guerra es funesta á los ricos y á los pobres, faltan las cosechas, el cielo rehusa sus favores, la caridad se resfria, los capitales sufren quiebras ó se retiran, falta el trabajo, se encarecen las subsistencias, crece la miseria, y con la miseria todos los males juntos. En esto se oye decir:—favorezcamos el lujo. Que los ricos se apresuren á gastar, y de sus prodigalidades vivirán los menesterosos. *Dives et pauper obviaverunt sibi.* Por este medio tan sencillo allanaremos todas las dificultades. El rico no tiene caridad; el pobre no tiene resignacion; pero si al uno le damos placeres y al otro le proporcionamos trabajo, saldremos del apuro. Está resuelto el problema de la miseria. Sedas, terciopelos, blondas, bailes, saraos, palacios, espectáculos, banquetes, vicios, orgías, todo eso es bueno, porque á los amantes del lujo y del placer se les dá por su carta, y el

dinero circula en beneficio de los pobres. Los ricos seguirán con placer ese brillante camino; que si alguna vez pensaran detenerse, la consideracion de que sus profusiones aseguran la subsistencia de tantos operarios bastaria para juntar en su corazon, ávido de goces, la pasion del lujo y el honorcillo de la beneficencia. No hay remedio; el rico gastará de todos modos; meteremos la pasion del lujo hasta en el alma de los avaros, que es el alma mas dura y mas sin piedad que se conoce; el orgullo y el amor de los placeres harán el milagro que en vano esperamos de su generosidad, y negocio concluido.—

No nos detendremos á refutar tamaños absurdos. Proclamado el orgullo, hecho un llamamiento á los goces, rebajados nosotros al nivel de la concupiscencia, el medio que se propone parece lógico. El lujo nace del orgullo y de la sensualidad: por su brillo exterior satisface al orgullo del hombre, y por sus delicadezas halaga á los sentidos. Vendrán en socorro de la miseria los esclavos del placer, y en un acto solo podremos dar limosna y divertirnos: recurso ingenioso que no se ocurrió á los santos, acostumbrados á respetar y practicar el deber de la abnegacion en beneficio de los pobres. Pero metiendo este fuego del que se alimentan las inmoderadas pasiones, nó se contó con una cosa principalísima, á saber; que el lujo tiende naturalmente á disipar el capital, y engendra la miseria. ¿Seremos tan insensatos que busquemos el remedio de nuestros males en la causa mas cierta

de nuestra ruina? La pasion del lujo es insaciable por naturaleza. Contemplad el Estado; juguete de esa pasion dominante, ved cómo se ha enflaquecido! Mirad á las clases altas; nada pueden hacer. El ócio y las comodidades las enervan, el lujo las corrompe, los préstamos las arruinan, y la corte las mata. Id bajando hasta las últimas capas de la sociedad, ved cómo están los pobres artesanos que tambien dieron oidos á pesar de su pobreza á las seducciones del lujo, y llorareis los estragos que causa una pasion tan violenta. El lujo no da sino un brillo engañoso y pasajero: en breve tiempo consume lo que hay, y nos condena á todos los horrores de una pobreza sin esperanza. Ni siquiera en este brillo de un dia reciben directamente algun consuelo todos los pobres; siempre hay niños, impedidos, dementes, ancianos que no pueden trabajar. Ni el lujo favorece todas las industrias, sino solo algunas; y mermándose el capital á fuerza de gastos improductivos, la riqueza pública viene á menos y arrastra en su ruina á clases enteras, que afanándose por gozar, se quedan sin medios de que vivir. Ultimamente, el lujo ejerce sobre todas las clases de la sociedad una influencia moral muy perniciosa; porque al deseo de gozar y de brillar se junta el deseo de aventajarse y sobresalir; irrita los deseos esta loca competencia; todos van á cuál mas gasta, nadie quiere ser menos, y esta es nuestra perdicion. De tan malos ejemplos no saldrán lecciones de sobriedad, moralidad y economía,

sino mayores excesos y dilapidaciones escandalosas. Es preciso gastar, brillar, gozar, deslumbrar, competir y arruinarse. Antes vestir que comer, antes brillar en el gran mundo que vivir oscurecidos, antes engañar, estafar y robar que presentarse sin el boato que corresponde. Así es que en los pueblos castigados por el lujo, no solamente se observa la ruina de las costumbres, sino la ruina del capital; porque ambas cosas están relacionadas entre sí, como lo están las causas y los efectos. El lujo desmedido se dá la mano con la miseria; al lado del esplendor de la fortuna concentrada en pocas manos, se ve un pueblo que carece de las cosas mas necesarias á la vida; y esta desigualdad contra la que todos protestamos, nos inspira las más tristes reflexiones. ¿Quién podrá contemplar con ojos enjutos el doloroso contraste que presentan algunos pocos favorecidos por la fortuna, entregados á los placeres, mientras la inmensa mayoría de los trabajadores carecen del preciso sustento? ¿Á quién no afligirá esta injusta desproporcion, este cúmulo de errores, de crímenes y de injusticias que nó pudiendo favorecer de ninguna manera el desarrollo de la riqueza ni proporcionar á los pobres el bienestar ofrecido, solo crean un lujo desmedido y una miseria irremediable? ¿Y quién no se estremece al considerar que todos los pobres, aun aquellos que no carecen de lo más necesario, ponen hoy los ojos y el corazon en los bienes agenos, estimulados por una predicacion constante, y que discurren sobre las

causas de su pobreza sin sacar otro fruto que sentirla mas vivamente y agravarla con su conducta?

Dejad, hermanos mios, que suspiremos por la caridad y que os exhortemos á la práctica de la mas excelente de las virtudes, ahora que estais palpando la insuficiencia de los otros medios para el socorro de los pobres, y cuando tocais el engaño de tantas promesas que nos han traido las mas negras desventuras. Proclamad el deber de la abnegacion contra el principio del interés, el amor de la pobreza contra el amor del deleite, la ley del trabajo que disciplina y moraliza contra el libertinaje que solo ve cadenas ignominiosas en el cumplimiento de los deberes, y habreis hecho alguna cosa en favor de los intereses temporales y espirituales de las clases necesitadas. Seria menester que reaparecieran los discípulos de San Agustin y de San Basilio, de San Benito y de San Bernardo para hacer comprender á los hombres del pueblo que piden trabajo y no quieren trabajar, que se creen con derecho á los goces y perecen en la miseria, la necesidad de reformar sus costumbres y abrazarse con alegria á la cruz de sus trabajos, para obtener de sus brazos, y de su prudencia, y de su virtud los bienes terrenales. Seria menester que los privilegiados de la fortuna fuesen asimismo ejemplos de moderacion y de templanza, que procurasen influir en las clases menesterosas por el ascendiente de su ilustracion, de sus riquezas, y de su laboriosidad, y sobre todo que ofreciesen de continuo á los ojos

del pueblo el testimonio de una vida cristiana, que es la enseñanza de que mas necesita. Maravilla el bien que dispensan al pueblo los hombres generosos que viven como Dios manda, y el respeto que merecen aun en estos dias en que se hace gala de no respetar á nadie, estrellándonos con los que son mas que nosotros. Las turbas convertidas en tribunal revolucionario no respetarán á nadie; lo sabemos: pero antes de serlo, no solo el pueblo en general sino las turbas mismas respetan la virtud, reciben la enseñanza del buen ejemplo, aplauden las obras de caridad, y todo lo mas, desahogan las pasiones de su corazon condenando las fortunas mal adquiridas, ó el mal uso que á su parecer se hace de las riquezas, para que vayamos consintiéndonos en que se acerca el dia del juicio, y nos sujetemos desde ahora á recibir con temor y temblor su fallo inexorable. *Dives et pauper obviaverunt sibi.*

Concluyamos, hermanos mios, deplorando los funestos errores de que se ha hecho todo un sistema de moral y de política para acarrearnos tan inmenso infortunio. Las heridas que recibió la institucion de la propiedad por las mismas manos conservadoras que hoy proclaman sagrado el derecho que tienen á la suya; el desprecio y condenacion de la pobreza voluntaria en las instituciones religiosas que despertó la codicia en la muchedumbre; la pasion de los goces, el amor de los placeres, el orgullo y la sensualidad favorecidos de propósito, nos han arrojado por la fatal pendiente en cuyo

término nos espera el abismo. ¿Qué otro término pueden tener nuestros males si no hemos hecho otra cosa que entretener la voracidad de la fiera arrojándole hoy una presa y mañana otra, hasta perderlo todo? Aguardemos la hora de la total ruina que nos sorprenderá soñando felicidades, explotando minas perdidas, apurando cisternas disipadas, esperando de las profusiones del lujo lo que no quisimos obtener del trabajo y de la abnegacion, ó preparando revoluciones que quitando el freno de la Religion y de la obediencia á los ricos y á los pobres, alienten á los proletarios para lanzarse en un postrer asalto contra el mismo Dios, contra el Cristianismo, contra su divina moral, contra todo espantajo de Gobierno, contra la familia cristiana, contra la propiedad y contra todos los principios sociales. Asistimos á una de las contiendas mas empeñadas del infierno contra la Religion de Jesucristo; y nuestra quebrantada sociedad es la arena donde se ventila esta gran cuestion que es de vida ó muerte así para los ricos como para los pobres, porque la Religion Católica es el alma de todos los principios sociales, y la salud de todos los pueblos depende de su triunfo. El error se ostenta ya sin ambajes; ya la impiedad escribe y publica su sistema, el que ha de oponer al órden antiguo por el que la sociedad se regia; y la última palabra de ese sistema absurdo, pero completo, es el EXTERMINIO.

Volvámonos á Dios, hermanos mios, que aún es tiempo, y seremos salvos. Juntémonos en el tem-

plo para pedir á Dios misericordia, que este es el modo de unir los corazones y de estrechar los santos vínculos de la fraternidad cristiana. Fuera de aquí, volemos al encuentro de nuestros hermanos, recordando que todos somos hijos de un mismo Padre y Señor, y que tenemos la obligacion de auxiliarnos recíprocamente. [1] Ayudemos todos para que la civilizacion cristiana pueda continuar su camino en el que la moderna barbarie ha puesto tantos tropiezos, y esperemos de la eficacia de la Religion lo que no esperaron en vano los antiguos pueblos, tiranizados por la avaricia, explotados por el pillaje en los siglos bárbaros, aniquilados por la miseria, salvos por el nuevo espíritu del Cristianismo que restituyó el vigor á sus brazos y regeneró sus almas comunicándoles la sávia de una nueva vida. Es preciso reformarse ó morir, retroceder ó morir, arrepentirse ó morir: una reforma radical, ó la muerte. Para obrar ciertas reformas y curar gravísimos males que han engendrado la miseria, será preciso decir claramente lo que decia el Apóstol San Pablo predicando á los de Efeso: *Qui furabatur, jam non furetur:* [2] «no robe ya el que robaba;» porque el mal ejemplo que viene de arriba tiene mucha eficacia, y se ha

[1] *Frater qui adiuvatur a fratre, quasi civitas firma.* Prov. XVIII, 19. *Funiculus triplex difficile rumpitur.* Eccl. IV. 12.

[2] Ad. Ephes. IV. 28.

robado con perfidias *la sustancia de Cristo* llamada por San Gerónimo *la sustancia de los pobres*. No haya mas amargura de iras y aborrecimientos, nó mas gritería de las pasiones, nó mas amenazas, nó mas blasfemias. [1] Olvidemos nuestras desgracias y nuestras ofensas, y salgamos al encuentro los unos y los otros, los ricos y los pobres, para socorrernos, ayudarnos y salvarnos. Todos somos hijos de un mismo Padre, todos tenemos un mismo Dios y Señor. Seamos benignos y misericordiosos con nuestros hermanos, seamos mútuamente liberales de nuestros dones, así como lo fué el Señor con nosotros por Jesucristo, [2] y de esta manera podremos consolar á los pobres, y recobrar dignamente aquella posicion mas dichosa á que nos llamó la divina Providencia, dándonos un cielo y una tierra que en todo tiempo recompensaron con generosidad los afanes del trabajo y los desvelos de la virtud. Hacedlo así, hermanos mios, y estad seguros de que alcanzareis por la misericordia del Señor los bienes temporales y los bienes eternos que os deseo á todos. Amen.

[1] *Omnis amaritudo, et ira, et indignatio, et clamor, et blasphemia tollatur a vobis.* Ad. Ephes. IV. 31.

[2] *Estote invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis.* Ibid. 32.

Cum videritis abominationem desolationis. Math. XXIV. 15.

Cuando viereis la abominacion de la desolacion.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

El Eterno anunció al pueblo por sus profetas el castigo de sus pecados para que se arrepintiese de corazon, y no vagara delirando por dar á sus desgracias causa nueva ó explicacion distinta. «Porque desertais de mi casa, dice el Señor, se suspenderán las lluvias, la tierra no producirá sus frutos, pondré la espada sobre la tierra, y sobre el trigo, y sobre el vino, y sobre el aceite, y sobre los ganados.» [1] «Lloverá en una ciudad y no en

[1] *Eo quod domus mea deserta est. .. propterea abstinebit cœlum a rore, et terra subtrahet procreationes suas, et inducam gladium super terram et super frumentum et super vinum et super oleum et super homines et super pecora et super omnes labores manuum eorum.* Agg. I. 9. SS.

otra. En una parte abundancia, y en otra se secará la tierra. Apenas tendreis que beber, y no os convertís al Señor.» [1] «La higuera no dará su fruto, ni la viña. Faltará la cosecha de la oliva, y los campos no darán que comer. La oveja no tendrá qué pastar, y el buey encontrará los pesebres vacíos.» [2] «Oid la palabra de Dios, hijos de Israel, porque es el juicio del Señor contra los que habitan la tierra. Llorará la tierra con todos sus habitantes, con las bestias y serpientes del campo, con los pájaros del cielo, y morirán los peces del mar, porque nó se encuentra en la tierra la verdad y el conocimiento de Dios, sino execracion y mentira, muertes, robos y adulterios.» [3]

[1] *Et pluam super unam civitatem, et super aliam non pluam. Pars una compluetur, et pars super quam non pluero, arefiet.... Et non convertimini ad me, dicit Dominus.* Am. IV. 7. SS.

[2] *Ficus non afferet fructum, et non erunt nascentia in vineis. Mentietur opus olivæ; et campi non præstabunt cibum. Deficient a pabulo oves, et non erunt in præsepibus boves.* Hab. III. 17. SS.

[3] *Audite sermonem Domini, filii Israel, quia iudicium est Domini adversus incolas terræ, eo quod neque misericordia, neque veritas, neque agnitio Dei sit super terram, sed execratio, et mendacium, et cædes, et furtum, et adulterium diffusum est super terram, sanguinem sanguini supermiscent. Idcirco terra lugebit cum universis incolis suis, cum bestiis agri, cum serpentibus terræ, cum volucribus cœli, et deficient pisces maris, ut nemo iudicet, nemo revincat.* Os. IV. 1. SS.

No divaguemos, pues, hermanos mios, buscando otras causas y explicaciones de los males que hoy padecemos. El desprecio de Dios es su principal raiz, como antes se dijo al pueblo de Israel, y despues á nosotros. El pueblo cristiano conserva estos sentimientos, está en estas ideas, y acierta mucho más que los economistas sin religion cuando quieren explicarnos las causas de la miseria y proponer remedios. El *qui furabatur non furetur* de San Pablo es la condenacion de todo un sistema que partiendo del interés y santificando el deleite, trae sobre nosotros estos castigos del cielo. Los modernos sofistas dirán lo que los antiguos, acusarán á la Providencia, y echarán la culpa á la Religion ó á los que la siguen: tál hizo en Africa un filósofo gentil contra quien arguyó San Cipriano, demostrando que el desprecio de Dios es la causa de las calamidades públicas. Tál hizo Proudhon en nuestros dias, aunque á la postre escribió: «Todas nuestras recriminaciones contra la Providencia solo prueban nuestra imbecilidad.» [1] ¿Será perdido el trabajo que nos tomemos queriendo iluminar al ciego, hablar al sordo y convencer al insipiente? [2] pues que nadie se admire si en castigo de tál

[1] *Systéme des Contradictions economiques*, t. II. chap. XIII.

[2] *Labor irritus et nullus effectus, offerre lumen cœco, sermonem surdo, sapientiam bruto.* S. Cypriani Liber ad Demetrianum. I.

obstinacion el cielo nos niega su rocío y la tierra sus frutos. [1]

Por sus pasos contados vienen en pós de los desaciertos los castigos: méritos hacemos para ser exterminados. Señales son de una gran catástrofe el trastorno de las ideas, el desenfreno de las pasiones, la impiedad y la miseria, doble gangrena que nos acerca dia por dia á la *abominacion de la desolacion* de que nos habla el Evangelio. Este será el tema de mi discurso.

I.

Anunciando el Evangelista San Mateo la destruccion de Jerusalen y el dia del juicio, dá como señales las rebeliones y pestilencias, las hambres y terremotos. Así principian los dolores; despues siguen los ódios y los escándalos: la iniquidad abunda, la caridad se resfria, aparecen falsos profetas y falsos Cristos, y entonces se deja ver *la abominacion de la desolacion*, por cuyas palabras se significa la blasfemia con todos sus horrores. La tribulacion será muy grande: los que vivan en las ciudades huirán á los montes, y los que estuvieren en el campo no volverán á la ciudad ni aun pa-

[1] *Et tu miraris.... in hac obstinatione et contemptu vestro, si rara desuper pluvia descendat, si terra situ pulveris squaleat, si vix jejunas et pallidas herbas sterilis gleba producat.... cum omnia vestra peccatis provocantibus veniant!* S. Cyp. Ibid. VII.

ra tomar sus túnicas. La catástrofe anunciada cogerá de improviso. Sucederá como en los dias que precedieron al diluvio; se comia y se bebia alegremente, y los hombres se entregaban á los placeres despreciando las señales de un castigo tan próximo: pero en medio de estas delicias sobrevino el diluvio, y todos perecieron. [1]

Algunas de estas señales preceden á todas las catástrofes, y no faltan por cierto á la que se anuncia en nuestros dias: antes se ofrecen en pavoroso conjunto. Todos los fundamentos de la sociedad son combatidos, y se levantan falsos Cristos y pseudo-profetas que seducen á muchos. Regía como ley la abnegacion para que la sociedad viviera y prosperara, contra los ímpetus disolventes del interés y del placer que tienden á destruirla; pero todos los principios antisociales se van convirtiendo en leyes, ú obtienen tales concesiones, como si un vértigo se hubiera apoderado de nosotros. Emprendimos la conquista de la libertad despues que Cristo nos libertó del pecado, de la muerte y de toda servidumbre, mas para ello nos rebelamos contra el divino libertador y quisimos vivir sujetos á la esclavitud de las pasiones. Viviamos bajo la disciplina y obediencia de nuestra santa madre la Iglesia que nos bautizó y crió, que se desvivió por nosotros y nos enriqueció con tantos bienes espirituales y temporales, santificando y ordenando

[1] Math. XXIV. 39.

el trabajo voluntario, creando la riqueza y aumentándola fabulosamente, gracias al espíritu de asociacion y de caridad que el paganismo no conocia; mas por querer locamente mejorar de fortuna, hemos creido que seria muy bueno despojar de su propiedad á la Iglesia que fundó y acrecentó la nuestra, sin conocer que herida la institucion, con la misma injusticia seriamos despojados de nuestros bienes. Luego la codicia que nó sosiega por aumentarlos, se tropieza con esta calentura de los goces y placeres cuya satisfaccion está en consumirlos; y así todos los deseos se mueven guerra con esta rabia de contradicciones que nos hace mas desgraciados cada dia. «Porque muchas veces, dice Fray Luis de Granada, los mismos apetitos pelean entre sí unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra; y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda; y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama; y lo que quiere la fama, no quiere la pereza y el amor del regalo: y así acaece que deseándolo todo, no saben qué desearse: y aun ellos mismos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas.» [1] Queremos emancipaciones, y multiplicamos los yugos; no queremos obedecer, sino mandar cual soberanos; mas rom-

[1] Guia de pecadores, part. seg. cap. XIX.

piendo los lazos de la obediencia, se nos acaban los súbditos. Fuera mas digno de nosotros tener á Dios por padre y á la Iglesia por madre; mas queriendo que la razon emancipada llene este ministerio, ninguno se somete y quedamos al arbitrio de la fuerza bruta. No queremos la pobreza, y atentamos contra la propiedad; soñando bienes y placeres, engendramos la miseria; proclamamos el egoismo, y la miseria cobra incremento porque la caridad se resfria; defendemos el lujo, y todos á una nos perdemos. Esto de querer despensas llenas y abastadas de todos los bienes, como decia el Santo rey David, y nó hablar sino vanidades, y que los hijos anden en su juventud lozanos y frescos como los árboles nuevos y recien plantados, y que las hijas anden ataviadas y compuestas á manera de templos,[1] no puede conseguirse amando los deleites, corrompiéndose y perdiéndose de propósito. A lo que daremos lugar con nuestra conducta es á que el Señor repita contra nosotros lo que dijo por un profeta: «No quiero ya tener mas cargo de apacentaros: lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo; y los demás, que se coman á bocados unos á otros.»[2] Desenlace harto probable y que no nos cogerá de susto, porque el pueblo, aun sin conocimiento de las Escrituras presiente este triste fin y habla como profeta, cor-

[1] Ps. CXLIII. 12.
[2] Zach. XI. 9.

riendo de boca en boca la antigua especie de que esta insaciable avaricia, que todo lo consume, no tendrá otro término que el devorarnos unos á otros. A la viña que no era nuestra, el Señor le quitará su vallado, y *será robada*. La cubrirá de zarzas y de espinas, y *mandará á las nubes que nó llueran sobre ella*.[1] Ya empiezan los castigos y represalias, juntamente con estas escenas de caníbales. Porque nos echamos encima de la propiedad sagrada, no podemos hacer que se respete la usurpacion;[2] y porque no quisimos la virtud, nos asesina el deleite. «Vale mas la virtud, dice Job, que el oro mas precioso, y no se ha de trocar por toda la plata del mundo. Nó igualarán con ella los paños de Indias labrados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. Nó tienen que ver con ella los vasos de oro y vidrio ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea.»[3] Pero nosotros al oir esta música tan agradable de la plata y del oro, de las piedras preciosas y de las ricas telas del Oriente, nos arrebatamos en éxtasis, soñamos inacabables delicias, detestamos el trabajo, aborrecemos las austeridades de la virtud, quedamos en pobreza, aunque seguimos apeteciendo con energía las maravillas del lujo y la vida de los placeres, sin reparar en estas abominaciones

[1] Isai. V. 6.

[2] *Ay de tí que robas á otros! ¿por ventura no serás tú tambien robado?* Is. XXXIII. 1.

[3] Job. XXVIII. 15 et seq.

que nos van hundiendo en la miseria. Este es el hecho culminante, el resultado mas positivo de todos nuestros errores, de todas nuestras rebeldías y de todos nuestros pecados: porque «yo os he mostrado la sociedad, diré con la autoridad del impío Proudhon, buscando de fórmula en fórmula, y de institucion en institucion, este equilibrio que se le escapa, y aumentando siempre á cada tentativa en proporcion igual su lujo y su miseria. [1] Estamos tocando el cumplimiento de la profecía: «lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo.» Mientras la estadística francesa nos deslumbra con el lujo de sus exposiciones universales, se ve obligada á confesar que en los años de 1854 y 1855, ciento cincuenta mil personas murieron de hambre y de miseria. *Consumentur fame*, dice el Señor; entretanto, los hombres por defenderse empiezan á devorarse, y los explotados se confabulan para comerse á bocados á sus explotadores; pobres gentes que no hacen otra cosa que consumir la virtud y el capital en las disipaciones del lujo, sin llegarles al alma el llanto y desesperacion de la miseria.

II.

Venimos padeciendo una enfermedad cruel que no lleva trazas de curarse con los remedios de la

[1] *Systéme des contradictions economiques*, t. II. pag. 320.

ciencia. La fiebre de las ambiciones abrasa al enfermo; de tiempo en tiempo padece convulsiones terribles, y si Dios no lo remedia, sobrevendrá la catástrofe. Convendria que hiciera sus últimas disposiciones, reducidas á confesarse; porque de testamento no hay que hablar. Solo volviéndose á Dios y echándose en sus brazos pudiera recobrar la salud, porque el Señor lo ha dicho: «Yo soy la resurreccion y la vida.» Pero al hablar al enfermo de estas cosas, se enfurece y blasfema.

Hé aquí, hermanos mios, una desolacion abominable, que sin ser todavía aquella desolacion suprema anunciada por el profeta Daniel [1] y explicada en el Evangelio, no carece de ciertos visos y semejanzas. Porque bien vemos nosotros que nuevos ídolos quieren ser adorados, y que los príncipes y los pueblos pactan alianzas para destronar á Cristo, y que se celebra con alegria la profanacion del templo. A imitacion de los judíos, homicidas, sediciosos y malvados que en vísperas de la destruccion de Jerusalen no pensaban en Dios sino en alabarse por la defensa que hacian de la libertad y del derecho, [2] así nosotros con las mismas palabras en la boca encubrimos iguales designios, que nó son otros que dominar la ciudad y despojarla de sus riquezas: *ut urbi dominarentur, eamque expilarent.* [3]

[1] Cap. IX. 27.

[2] *Qui se legis et libertatis Zelotas nuncupabant: Corn a Lapide, Comment*, in Matth. XXIV. 15.

[3] Ibid. XXIV. 26.

Aquellos perecieron por espada, y por hambre, y por fuego; siendo de notar que los mismos suplicios que describe el historiador Flavio Josefo están aparejados para nosotros. El hambre atormenta á los pobres, el fuego de los deseos abrasa á los pobres y á los ricos, la espada acabará á todos. Ayer estábamos sentados en el banquete de Baltasar, comiendo y bebiendo sin ningun cuidado, *epulantes et convivantes sine cura et sollicitudine*, y hoy se levanta ante nosotros el espectro de la miseria, al tiempo que la revolucion escribe palabras fatídicas en las paredes de nuestro régio aposento. Entonces es el renegar y maldecir de los convidados, y el repetir odiosos sacrilegios encima de los robados cálices, y el blasfemar contra el Todopoderoso, que nó nos puso en este mundo para que devorásemos en inmundas orgías la sustancia de los pobres y la sustancia nuestra.

Parece una desolacion lo que estamos presenciando: la blasfemia vuelve á ser la salsa de otros banquetes; el impío gasta su vida y su ingenio inventando el dar á la blasfemia mayor originalidad y atrevimiento, como se afana el sábio para crear una definicion, ó como se estudia balística para dar á los proyectiles superior alcance. Con blasfemias se hinchen los libros; de blasfemias se saturan innumerables discursos en cátedras y academias; el pueblo las repite en calles y plazas, y este es su grito de guerra contra el cielo. Repitiéndolas se suelta á hablar el inocente niño;

con estas abominaciones la impiedad cree indemnizarse de los daños y perjuicios que le acarrearon su desenfreno y su locura; y desatando aquella lengua que Dios consagró en el santo bautismo por la sal bendita y las palabras sacerdotales, maldice la celestial sabiduría que le fué infundida, y arroja el guante á la misericordiosa y sábia Providencia.

¡Oh quién diere á mi lengua el fuego de Isaias y la santa indignacion de los profetas! Caigan sobre los blasfemos todas las maldiciones de Job, y júntense las voces de los sacerdotes acompañadas del Salterio para cantar las glorias del Altísimo y sofocar el ahullido de los demonios. Ojalá permitiesen nuestras costumbres abofetear al blasfemo, y santificar nuestra mano azotando su boca! [1] ¡Oh si cayese fuego del cielo, ó si la tierra se abriese para tragarlo! retrocederia el infierno delante de nosotros, reduciéndose á sus límites ordinarios. Aquí nos quedariamos los pecadores, frágiles y miserables como el barro de que fuimos hechos, pero se acabarian los enemigos personales de Dios, los que directamente le injurian y cara á cara le denuestan, abusando de su misericordia, cobrando fuerzas de su clemencia infinita, y derramando alaridos contra el Omnipotente. [2] ¿Cómo os atreveis á

[1] *Contere os ipsius, et manum tuam percussione sanctifica.* Crysost. hom. I. ad pop.

[2] *Contra Omnipotentem roboratus est.* Job XV. 25.

maldecir á Dios, bienhechor de todos?[1] «Venga la muerte sobre los que blasfeman, y desciendan al infierno:» *Veniat mors super illos et descendant in infernum viventes.*[2] Allí están, dice Baruch, «los Príncipes de las gentes, que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra» y se rebelaron contra Dios. «Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron.» «Así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta se tiene la misma sed, y conoce que fué vano su contentamiento cuando pensaba que bebia; así acaecerá á todas las gentes que pelearon contra el monte Sion.»[3]

Por donde se ve muy claro el castigo de esta abominacion y el miserable paradero de los impíos. Despues que se tira lo propio y lo ageno, se quiere andar revestidos de la púrpura y la holanda: despues que se mira á los pobres con desprecio, se quiere tener festines á lo rey Baltasar y beber en copas de oro: despues que las deudas nos oprimen y la miseria se nos mete en casa, fabricamos el delirio del lujo que acaba con nosotros. Ya no se come ni se bebe; á lo mas, se sueña; pero al desper-

[1] *Tu Deo benefacienti tibi, et tui curam habenti maledicis?* Crysost. ibid.

[2] Ps. LIV. 16.

[3] Isai. XXIX. 8.

tarnos con la misma hambre y sed que teniamos, se toma de todos los impíos desde Antioco y mas arriba, y de todos los sofistas á contar desde Demetriano, objeciones contra la Providencia y blasfemias contra Dios. Detrás de esta abominacion está el infierno al que descenderán los vivientes: allí «comerán sus propias lenguas en el exceso de su dolor» los que se apropiaron en el mundo la sustancia de Cristo y de los pobres: allí padecerán eternamente los que nó teniendo ya festines se comieron á bocados unos á otros, y «blasfemaron contra el Dios del cielo.» [1]

Mucho es menester hacer para provocar la suprema ira, por ser tan grande la misericordia del Señor, que se vale de todos los medios imaginables para salvarnos. Con decir que llega á igualarse en sentimientos con el hombre queriendo convencerle de las razones que hacen insufrible la blasfemia, no se podrá poner en duda este gran misterio de las condescendencias divinas. A nó verlo, no se

[1] *Et commanducaverunt linguas suas præ dolore, et blasphemaverunt Deum cœli.* Apoc. XVI. 10.

El Crisóstomo no se atreve á orar por los blasfemos. Castiguelos Dios. Disputando San Miguel con el diablo, no se atrevió á juzgar de la blasfemia: *non est ausus judicium inferre blasphemiæ; sed dixit:* IMPERET TIBI DOMINUS. Ep. Cat. B. Judæ, I. 9. San Marcos dice: *Omnia dimittentur filiis hominum peccata, et blasphemiæ quibus blasphemaverint.* III. 28. Pero... *qui blasphemaverit in Spiritum Sanctum non habebit remissionem in æternum.* Ibid. 29.

pudiera creer que hiciera el Señor unas suposiciones tan humildes, que abajan la majestad con todo el peso del amor, que le tira hácia nosotros. «Si yo hubiera dado pié para que el hombre me aborreciese y fuese mi enemigo, yo no le confundiria aunque me maldijera.» [1] ¿Cómo es esto, Señor? Vos que tanto nos amais, Vos mismo no teneis reparo en establecer suposiciones imposibles, y andais imaginando casos repugnantes para que el blasfemo se arrepienta? «Y si este infelíz que me aborrecia, prosigue el Señor, en el supuesto de que yo le hubiera dado pié para aborrecerme, hablase de mí con insolencia, tál vez me hubiera escondido y me guardaria de él.» [2]

Esto dice el Señor en el exceso de sus misericordias, hablando con los infelices pecadores que estragaron los consejos divinos y ultrajaron hasta la sangre de Cristo. Dios se hizo hombre por nosotros, y el hombre se muda en bestia. Descendió á la tierra para remontarnos al cielo, y preferimos la bajeza de este mundo. Diónos libertad, y amamos el cautiverio. Ni le conocimos por sus favores, ni amamos al que nos ama, ni esperamos en sus méritos, ni tememos su justicia. El Altísimo se humilló hasta el polvo, y los viles se levantaron en su soberbia. Desnudo queda en la Cruz el hombre de

[1] *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique.* Ps. LIV. 13.

[2] *Et si is, qui oderat me, super me magna locutus fuisset, abscondissem me forsitam ab eo.* Ibid. 14.

los dolores, y los amantes del fausto y de los placeres no ponen coto á su avaricia. ¡Oh qué bueno y qué sufrido es el Señor! pero el hombre abusa de su misericordia para ofenderle, y aun se atreve á pecar en la confianza de que Dios es pacientísimo. ¿Dónde habrá una blasfemia como esta? «Por ser vos tan bueno, hallé yo que podria ser malo: y por haberme hecho tan grandes beneficios, concluí yo que podia haceros tan grandes ofensas.» [1] Mas ¿qué haré, dice el Señor, no habiéndote ofendido en lo mas pequeño, y siendo tú el alevoso? «¿Nó estabas de acuerdo conmigo y éramos los dos de un corazon? ¿Nó eras tú mi conocido y mi guia? ¿Nó nos comunicábamos dulcemente uno á otro nuestros consejos? ¿Nó paseábamos y conversábamos amigablemente en la casa de Dios? ¿Nó tomabas juntamente conmigo dulces manjares, y en todas las cosas estábamos acordes?» [2] A táles extremos de amor se obliga nuestro comun Padre, antes de rechazar á los blasfemos con aquella terrible sentencia: *Descendant in infernum viventes!* que pronuncia en su justicia despues de hacerles los cargos con infinita bondad. El Excelso parece abatido, y que se le puede negar y ofender de mil maneras, sin que tome satisfaccion de tan inmere-

[1] Fr. Luis de Granada, *Memorial de la vida cristiana*, trat. segundo, cap. VI.

[2] *Tu vero homo unanimis: dux meus et notus meus: qui simul mecum dulces capiebas cibos: in domo Dei ambulavimus cum consensu.* Ps. LIV. 14.

cidos agravios; se piensa que los aplazamientos de la justicia serán eternos, y que la misericordia de Dios es la impunidad para todos los delitos; mas luego se oye aquella terrible sentencia: «Desciendan al infierno los vivientes!» Despues ya no se oye mas ruido que el de los blasfemos que se arrastran unos á otros, cayendo los impíos como la piedra que se arroja al mar, y así como la piedra, descienden á lo profundo. *Quasi lapis in profundum.*

Volvámonos á Dios, mis queridos hermanos. Oh Padre mio, oh mi Dios y Redentor de mi alma, ¿es posible que viviendo por tí, criados á tus pechos, regalados con tus dones, colocados en el estrado del mundo, cobijados por el cielo, nutridos con tu pan, y teniendo señorío sobre la tierra, hemos de hacernos por fuerza desgraciados y luego echar sobre tí, Dios mio, la culpa de nuestros yerros? Y si tanta es la ceguera de los ingratos que no perciben los beneficios temporales que pusiste tan á la vista, ¿cómo percibirán el celestial sustento de las almas, el maná del cielo, el vino de la gracia que alegra el corazon, el bálsamo que cura las pasiones, el dulce panal de las virtudes, y la fuente de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna? En vano dijiste á Aaron por Moisés: «Toma un vaso de oro, llénalo de maná, pónlo en el arca de la alianza, y sepan las gentes venideras con qué linaje de manjares sustenté yo á vuestros padres en el desierto:» [1]

[1] Exod. XVI. 33.

porque nuevos dias habrian de venir en que nó se invocara el cáliz del Señor, guardando todas las hambres para los frutos de la tierra, «padeciendo el hambre de los perros,» *famem patientur ut canes*, renunciando al «pan de la vida y de la inteligencia,» por satisfacer estos viles apetitos que engendran y sostienen en el mundo la plaga de la miseria con todas sus degradaciones. En vano hiciste con los ricos dones de la naturaleza un compendio de todas las maravillas que obraste en la Creacion; porque así que los hombres derrocharon y malgastaron lo que habia, volviéronse contra Dios, y blasfemaron de su santo nombre. Ningun padre dará á sus hijos una piedra si le piden pan, dice el Evangelio, ni si le piden un pez les dará una serpiente.» [1] Y si esto no lo hacen los padres, aunque sean malos ¿será posible atribuir á un Dios tan bueno y misericordioso el propósito de regalarnos piedras y escorpiones? No, hermanos mios; abrid los ojos que no quisieran ver la bondad divina en la justicia ofendida; deteneos siquiera en los umbrales de la muerte; haced alto en el camino del infierno. Salvaos vosotros y salvad á vuestros hijos y á vuestras familias de las degradaciones de la miseria, y nó lleguemos al extremo de la desolacion á que infaliblemente nos llevan las horrendas abominaciones de la impiedad.

Y ahora hermanos mios, recibid como de la

[1] Luc. XI. 11. Matth. VII. 9. 10.

mano de Dios el consuelo de aquella parábola en que por el ejemplo del hijo pródigo, vuelto á la casa paterna, nos llama el Señor á verdadero arrepentimiento. Dos jóvenes vivian en la casa de su padre, el cual los amaba y regalaba con el mas tierno amor: pero el mas jóven, disgustado de aquella dependencia tan suave, pidió su parte en la herencia, y el padre dividió los bienes. El inexperto mancebo fuese á tierras lejanas, se entregó á los vicios y disipó su caudal: *dissipavit substantiam suam, vivendo luxuriosè.* El hambre visitó aquella region, y el infelíz aventurero se vió en extrema indigencia. Vino á ser guardador de puercos, y á carecer del sustento indispensable. «Yo perezco de hambre, llegó á decir, mientras los criados de la casa de mi padre tendrán el pan en abundancia!» Pero en vez de increpar á la Providencia por aquellos males que él se habia buscado, volvióse á la casa paterna. Su padre le salió al encuentro y le echó los brazos, mientras el infelíz decia: «Padre, pequé contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo.» [1] Aquel padre, lleno de misericordia, ordenó que sus criados trajeran una preciosa veste para su hijo; y le pusieron un anillo de oro y unas calzas flamantes, como solian llevar las personas de distincion; y dispuso un banquete, y comieron y bebieron con mucho regocijo, entre los dulces sones de una agradable música. El hijo

[1] Luc. XV. 21.

pródigo volvió á la gracia de su padre, volvió á la virtud, volvió á la vida, y recobró aun aquellas ventajas materiales de que por sus excesos, ya pasados y llorados, habia carecido tanto tiempo.

Sin violencia alguna, la primera parte de esa parábola se nos acomoda perfectamente: porque nosotros hemos tenido las mismas ambiciones, y hemos cometido iguales yerros, queriendo la libertad, y las riquezas, y los goces de los sentidos. Nosotros hemos disipado nuestra propia sustancia despues de abandonar á nuestro Padre amantísimo por nó querer la sujecion de sus mandamientos. Un paso más en este camino de perdicion, y vendrá la muerte sobre nosotros: *veniat mors super illos*. Un paso mas, y la abominacion colmará su medida; la desolacion será irremediable. El hijo se trocó en enemigo, el Padre tomó el aspecto de juez irritado, el torpe deleite se convirtió en hiel, los bienes de la tierra se desvanecieron como el humo, y la vida desapareció en aquel infame sepulcro que nuestros vicios y abominaciones fueron excavando.

Ah, Señor! «¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas?»[1] No hay mas salida que esta, por más que los habladores de la ciencia no la aprueben. Ya es razon apostrofarlos, porque no hemos de estar siempre pendientes de las soluciones ofrecidas, y aguardando

[1] Hierem. IX. 1.

que arroje alguna lumbre su arrogante magisterio. La única solucion de todas las cuestiones es la solucion católica; si el pecador ha de vivir es menester que se convierta; ó se verifica ó nó la reaccion religiosa; es cuestion de vida ó muerte para la sociedad. O el hijo pródigo vuelve á la casa paterna, ó se queda guardando puercos y perece de hambre. O volvemos al camino de la virtud y proclamamos la santa ley de la abnegacion, ó perecemos en todo sentido. O se restauran las buenas costumbres, ó todos sucumbimos, víctimas de la corrupcion y de la miseria. Pero una restauracion tan completa seria maravilla: el mal ha hecho progresos espantosos! Ya tenemos en la cara la herradura de la muerte y el sello de la reprobacion: pero «el Señor mortifica y dá la vida, dice el profeta, sepulta en los infiernos y saca de ellos.» [1] Si llegáramos á concebir tál dolor de nuestros pecados y tanto temor del castigo que nos pareciera estar en el infierno, el Señor se apiadaria de nosotros, y nos sacaria de las garras de esta muerte que nos hemos acarreado imaginando grandezas.

No blasfemeis, hermanos mios, contra el santo nombre de Dios; y ya que estamos en el último trance, volvámonos á la casa paterna. La misericordia del Señor es mayor que nuestra culpa; únicamente el Señor puede curar nuestras llagas y limpiar esta suciedad de los vicios rociándonos con

[1] I. Reg. II. 6.

el hisopo. Ya no merecemos que nos tenga por hijos: pero esta confesion de nuestra propia indignidad es lo que aguarda el Señor para echarnos los brazos al cuello, y darse á nosotros. Nos verá lacerados, escuálidos, hambrientos, como el hijo pródigo, mas implorando con lágrimas su misericordia. [1] Nos dariamos por contentos con ser los mercenarios del padre de familias; *fac me unum de mercenariis tuis*; acostumbrados á tratar con petulancia del capital y de la renta, de la produccion y del consumo, del bienestar y de los goces que nos dejaron sin una blanca, nos pareceria mucho salir de esta miseria y llegar de un golpe á tener la suerte de aquellos fieles mercenarios. Mas el Señor, convertido á nosotros á fuerza de ruegos y lágrimas, nos devuelve la preciosa estola de la inmortalidad que habiamos perdido: nos entrega el anillo que es signo de la fé, donde quedó impresa la imagen de Dios y la semejanza de Cristo; nos sienta con él á su misma mesa, nos ofrece dulces manjares, y nos regala con la suavidad de la música, expresion de la santa alegria que reina de continuo en la Iglesia de Cristo y que trasciende á toda sociedad verdaderamente cristiana.

Horrorizado San Agustin de las maldiciones de los blasfemos, se representó aquel suave concierto de voces que predican el Santo Evangelio, por bo-

[1] *Lacerum, squalidum, fame confectum, plorantem et ejulantem.* C. a Lapide, Comment. in Luc. XV.

ca de los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, [1] y aquella alegria de las festividades de la Iglesia, donde los fieles se unen entre sí en la paz de una santa comunion. Este es el primer sentido que se atribuye al suave concierto de la música en las solemnes festividades de la Iglesia: pero San Ambrosio lo explica de otro modo; habla de la trascendencia de ese concierto que sale de la Iglesia para influir en la sociedad, traduce la música por la concordia de todos los hombres, de toda edad y condicion, por el conjunto de todas las virtudes, [2] por el felíz acuerdo de la sociedad cristiana, que sin renegar ni maldecir y sin espíritu de malevolencia, [3] celebra con la mayor alegria la salvacion de los pecadores. Uníos vosotros, mis queridos hermanos, al espíritu de la Iglesia, para que sofocado el concierto infernal de los demonios que maldicen y blasfeman, solo oigamos las bendiciones y alabanzas de los santos en la conversion de los pecadores, los cánticos del pueblo cristiano y los himnos de la Iglesia en los triunfos de la Religion, que celebrarémos en el cielo. Así sea.

[1] *Audivit Apostolos Spiritu sancto plenos, consonis vocibus Evangelium prædicantes.*

[2] *Audivit plebis christianæ concordiam concinantis, et de peccatore salvato lætitiæ suavitatem resonantis... Symphonia Ecclesiæ est diversarum ætatum et virtutum concordia.* Citados por C. a Lapide. Comment. in Luc.

[3] *Malevolentiam excludit.*

Nec superesse quemquam qui necem potuisset evadere.
II. Paralip. xx. 24.
Sin quedar uno solo que pudiese escapar de la muerte.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Puestos en el fatal término á que conduce el amor de las riquezas y la pasion de los goces, me lisonjeo, mis queridos hermanos, de que hallareis muy razonable y muy sabia la doctrina de la abnegacion y el espíritu de sacrificio. Ya veis cuántos estragos causa el amor de las riquezas. Por lo mismo que halagan á la sensualidad y fomentan el orgullo, amamos la intemperancia, somos para con el prójimo injustos ó crueles, y ofendemos á Dios quejándonos como impíos. Declarando el Evangelio que nó tenemos en este mundo una ciudad permanente, hemos podido formarnos un concepto verdadero de la vida, comprendiendo la nobleza de su destino. El Evangelio nos defiende contra las propensiones de nuestra cor-

rompida naturaleza; pero si renunciamos á la poderosa defensa del principio religioso, ordenador de la vida, dejarémos á la sociedad sin amparo, ó la entregarémos á merced de todos los vanos deseos, á la cruel avaricia, á la pasion de los goces, á la insaciable concupiscencia. Reconoced ahora que las riquezas son un peligro para las almas, y que basta el amarlas con tál desórden ó poner en ellas el corazon, como dice San Pablo, para perdernos seguramente. Entendedlo bien: la posesion de las riquezas no es una perdicion; es solo un peligro: pero el amor desordenado de las riquezas, poseidas ó no poseidas, es con toda seguridad la muerte de las almas. Nó solamente se compadece el Apóstol de los ricos que abusan de los bienes de fortuna, sino tambien de aquellos que nó teniéndolos en abundancia se desviven por alcanzarlos, poniendo en ellos su corazon: *qui volunt divites fieri.*[1] «El que quiera seguirme, dice el Señor por el Evangelista San Mateo, niéguese á sí mismo.» «El que nó renuncia á todo lo que posee, nos dice por San Lucas, no puede ser mi discípulo:» y por San Marcos usa de ejemplos y comparaciones que ponen de resalte la dificultad de la salvacion. No es mal antecedente para juzgar lo que pasará en el otro mundo el ver lo que pasa en este; tantos son los afanes y sinsabores que nos acarrea la pasion de las riquezas y el amor de los placeres: tál es el infierno de

[1] I. ad Timoth. VI. 9.

pasiones cuyo ardor nos devora; tál es la corrupcion que la sensualidad aviva; táles son los escándalos, los errores y los desastres que la expoliacion, el egoismo, el derroche, el lujo, la miseria y la impiedad habian de producir. Nuestros cálculos salieron fallidos; pensábamos mejorar, y hemos empeorado. Ya no viene la dicha prometida, y nos vemos acosados de muchos dolores; *inseruerunt se doloribus multis.* [1] Lo que pondria el sello á nuestras desgracias seria el rebelarnos contra Dios, el declararnos enemigos de la Cruz de Cristo, *inimicos crucis Christi,* [2] y amenazar, ¡insensatos! al cielo y á la tierra.

Ayer intimábamos al enfermo la necesidad de hacer sus disposiciones espirituales, porque se muere. Quisiera resolver el problema de la miseria; y como nó puede, blasfema. ¿Cómo resolver temporalidades si vivió destruyéndolas, y así se acerca á la eternidad? Crece á punto el delirio de la fiebre, irrítase como una persona sin juicio, y amenaza. Sueña un diluvio que todo lo inunde, un ímpetu furioso que todo lo derribe, un incendio que todo lo arrase, una cuchilla feróz que no perdone ni las raices: «sin quedar uno solo que pueda escapar de la muerte.» *Nec superesse quemquam, qui necem potuisset evadere.*

¿Qué valen estas amenazas? ¿Podrán ser un

[1] I. ad Timoth. VI. 9.

[2] Ap. ad Philip. III. 18.

medio para que los pecadores se conviertan? Este es el asunto.

I.

El enfermo delira, y ruge como una fiera vomitando imprecaciones y amenazas. Declárase enemigo de toda religion, pero especialmente de la religion verdadera, de la Cruz de Cristo; quiere abolir la propiedad, destruir la organizacion de la familia, poner monte sobre monte, escalar el cielo convirtiendo en realidad la fábula de los titanes, destruir toda autoridad empezando por la del sacerdocio, dominar la tierra, arrancar al cielo sus rayos, *eripui cœlo fulmen*, y realizar el bello ideal de la humanidad redimida, dejándolo todo raso como una tabla pulimentada. Destruirá primero, pero edificará despues; tál es su promesa: *destruam et ædificabo*. Por lo pronto ha de ser el árbitro; su mano dispondrá del rayo, blandirá la cuchilla, manejará la tea: «que ninguno pueda escapar de la muerte;» que «la vida esté pendiente de su voluntad soberana:» *Et vita in voluntate ejus.* [1] La fórmula de estas amenazas es el exterminio universal.

El enfermo delira, pero sus delirios son muy funestos. La pasion de los goces tiene raices muy profundas, y los deseos se mantienen constantemente sobrexcitados. Siempre hubo concupiscencia,

[1] Ps. XXIX. 6.

pero vá mucho de combatirla á tolerar sus desahogos, ó convertirla en ley de la moral santificando las pasiones, como quieren los redentores de la carne. Se dá la mano con estos desórdenes y los favorece la ignorancia, más extendida de lo que se cree. Lo poco que se sabe acerca de la religion estorba, y nó se quiere recordar ningun capítulo de la doctrina cristiana, ninguna máxima de la moral divina, ninguna exhortacion, ningun precepto. Ni las malas lecturas gustarian, á nó ser porque tienden á borrar el último rastro de religion y á libertar la conciencia de todo yugo. Del amor del placer nacen todos los vicios, el juego, la aficion á los espectáculos, el desapego al trabajo, los desórdenes domésticos, la profanacion del dia festivo, la destemplanza, el espíritu de rebelion, y todos los delitos y crímenes mas atroces que es capaz de cometer un pueblo sin educacion, que camina á la barbarie. Este pueblo amenaza; este bárbaro se goza en el exterminio; este salvaje aborrece la civilizacion; este mónstruo está sediento de sangre, de riquezas y de placeres: las matanzas, la crápula y el pillaje le sacan fuera de sí, y á veces se cree encargado por algun genio superior para desempeñar una mision tan sublime.

¿Qué pensais ó qué temeis, mis queridos hermanos, de unas tendencias tan antisociales? Se han manifestado entre nosotros, y las conoceis perfectamente. No podian dejar de manifestarse, porque son hijas de la doctrina del interés y del goce, eri-

gida en principio de moral y de gobierno. *Los enemigos de la Cruz de Cristo* tenian que aparecer, una vez combatida la ley de la abnegacion, de que fué representacion augusta y modelo perfectísimo aquel patíbulo sagrado. En cuanto á si podrán comprometer la existencia de los objetos amenazados, debemos creer que no será posible. La lucha es entre la civilizacion y la barbarie, ó lo que es lo mismo, entre el catolicismo y la revolucion, entre la Iglesia de Cristo y los libres pensadores, entre los creyentes y los ateos, entre la religion y el materialismo, entre la libertad y la tiranía. Debemos creer en el triunfo de la civilizacion, en el triunfo de la Iglesia; pero «el socialismo ha dicho la última palabra de las pasiones que tan profundamente nos agitan en este tiempo. Estamos amenazados de un gran desastre en el órden moral y en el órden material. Solo extirpando el mal de raíz, y reconstituyendo el órden moral de nuestras sociedades sobre los eternos principios de toda virtud y de toda justicia, conseguirémos salvar el órden material de las amenazas del socialismo. La Iglesia está acostumbrada á sostener estas luchas.... Apenas reconstituyó el órden moral en Europa é hizo posibles los adelantos de los pueblos modernos en el órden material, las pasiones del paganismo estallaron contra la Iglesia, valiéndose de las mismas prosperidades materiales que el mundo le debia. A fines del siglo XII los valdenses y albigenses encendieron la guerra social, en la que el espíritu paga-

no aspiró á la reconquista del mundo moderno En el siglo XVI tomó esta guerra mayores proporciones. La heregía protestante pretendió reformar el Cristianismo, negando el principio de la abnegacion en el órden de las ideas y rechazándolo en el de las costumbres.... El filosofismo del siglo pasado prosiguió la obra de la reforma, rehabilitando todo lo que el Cristianismo condena. La teoría del progreso, segun la cual el hombre debe elevarse por sus solas fuerzas y por el libre desarrollo de todos sus instintos á todas las grandezas y á todas las felicidades, compendia los esfuerzos de un siglo tan impío para fundar la doctrina del orgullo y del goce, en oposicion con la doctrina del desinterés y con el principio de la abnegacion voluntaria. De aquí al dogma de la rehabilitacion de la carne y á la glorificacion de todas las pasiones, no hay mas que un paso: pero este paso lo ha dado el socialismo, reclamando la reorganizacion radical de la sociedad sobre el principio de la soberanía absoluta del hombre, y de su derecho al goce de los bienes y de los placeres.

«Tál es el paganismo moderno: más lógico que el antiguo, porque en presencia de la verdad que la Iglesia católica define y explica, el error se vé obligado á apoyarse en sus primeros principios y á llevar muy lejos sus últimas consecuencias; delante del órden social verdadero, producido por el principio católico, el error se ve obligado, so pena de quedar convicto de impotencia, á producir un

orden social que responda á su doctrina. En tanto que por la virtud de la abnegacion el principio católico conduce las sociedades á todas las prosperidades y á todas las grandezas, el paganismo moderno las conduce, así como el antiguo, por la expansion de todos los deseos, á la desorganizacion y á la ruina.» [1]

Juntad, mis queridos hermanos, aquellas amenazas y esta doctrina, y comprendereis toda la gravedad del peligro. Añadid que los atentados contra la sociedad componen una horrorosa cadena. A los valdenses y albigenses suceden los anabaptistas del siglo XVI. Tomás Münzer se pone á la cabeza de un ejército proclamando la igualdad absoluta, la abolicion de la autoridad y el comunismo: Metzler con sus campesinos corre la Alemania á sangre y fuego: fanáticos utopistas y fogosos oradores encienden las pasiones y propagan el estrago; y esta es la rabia destructora de que se sienten acometidos los revolucionarios modernos. Pero ni Stork, ni Münzer, ni Metzler, ni Juan de Leyden, que derramaron tanta sangre y quemaron tantas ciudades, fueron tan perversos como los enemigos de la sociedad en nuestros dias: siquiera aquellos admitian la revelacion, se suponian discípulos del Evangelio, y sus creencias religiosas debieron atenuar los funestos resultados de sus doctrinas sociales y políticas.

[1] Ch. Perin, *De la richesse dans les sociétés chretiennes*, t. second. p. 559.

Pero ahora no es así: los continuadores de aquellos feroces revolucionarios niegan á Dios y la vida futura, sacuden todo freno moral, y sofocan los mas nobles sentimientos para sumir á la sociedad en el más grosero materialismo. Y si los anabaptistas no se detuvieron en la fatal pendiente aun contando con las ideas religiosas que servirian de rémora á la tremenda insurreccion, ¿quién será capáz de predecir hasta dónde llegará el estrago con que se nos amenaza, sabiendo como sabemos que faltan en absoluto á los modernos socialistas las ideas religiosas que tál vez pudieran en el dia moderar ó neutralizar el impulso revolucionario? *Nec superesse quemquam qui necem potuisset evadere.* Se desea el exterminio, se proclama el exterminio, se ensaya tambien, y no es posible imaginar exterminadores mas radicales que los que empezaron por arrancar de su propia alma toda creencia religiosa y toda aspiracion elevada.

¿Cómo no temer, hermanos mios, unas amenazas tan brutales, y mucho más sabiendo que con diversos nombres de abominables sectas y partidos se corresponden en todas las naciones los hombres mas desalmados? ¿ Cómo no temer, si se van debilitando los agentes morales de toda resistencia, si los Gobiernos pierden fuerza todos los dias á medida que fueron dejando los buenos principios ? ¿ De qué no serán capaces los carbonarios de Italia, los comunistas de Francia, los socialistas de España, los cartistas, los rebequistas y los fenians de Inglaterra,

puestos de acuerdo con los utopistas exterminadores de todas partes? ¿Qué pueblo hay que no haya visto las llamaradas del grande incendio, los preludios de la gran revolucion, ni qué Gobierno ha dejado de prepararla allanándole el camino? Porque somos católicos, no debemos desmayar aunque todas las pasiones se declaren en guerra contra la Iglesia de Cristo y su doctrina. Algo grande esperamos; alguna señal ha de aparecer en el cielo; algun suceso extraordinario prepara la Providencia. Todas las grandes manifestaciones de la vitalidad y energía del principio católico fueron precedidas de alguna manifestacion del error y del mal. Cuando Satanás preparaba su triunfo y andaban los hombres aturdidos con el estrépito de explosiones infernales, el remedio salvador aparecia, y la Iglesia asombraba al mundo desplegando nuevas magnificencias que nó se esperaban. Sus remedios guardaban relacion con los desastres. A los falsos mendigos opuso mendigos verdaderos; á los hereges predicadores, los *hermanos predicadores:* á los hipócritas amigos del pueblo que levantaron la bandera de una especie de herético socialismo, opuso por San Francisco de Asis el socialismo cristiano: sacó de las mazmorras á los infelices cautivos cargándose con sus cadenas, y á la mentida voz de reforma, que fué la enseña de los protestantes, la Iglesia congregada en Trento respondió con los decretos de una sábia reforma, que el mundo admira, cobrando nuevo vigor y dando esplendoroso lustre á los siglos XVI y XVII. Y

si la falsa mendicidad fué curada con la mendicidad verdadera; si la herética y falsa reforma fué combatida con tanta fortuna por la sábia reforma tridentina; ¿por qué no hemos de esperar que á la falsa libertad que lleva el nombre de liberalismo oponga la Iglesia la libertad cristiana, y triunfe de la tiránica revolucion en nombre de la libertad verdadera con la que nos libertó Jesucristo? *Qua libertate Christus nos liberavit.* En medio de las pruebas se clarifica la virtud; en la lucha se forman los nobles caractéres; y las persecuciones, los desprecios y las injusticias con que la revolucion castiga nuestra fidelidad, nos están dando á conocer que toda nuestra fuerza está en el sacrificio, y que para conquistar el mundo es menester despreciarlo, y no hacer caso de ninguno de los derechos que nó nos puede garantir la libertad fundada en la injusticia. En todas partes, la sociedad extraviada por una falsa filosofía y por una absurda política, ha querido levantar fuera de la Iglesia el edificio de las libertades, que á la Iglesia debia, y que sin la Iglesia no hubiera podido disfrutar. Y como para levantar esta obra sobre nuevos cimientos halagó las pasiones y excitó todos los deseos de la concupiscencia, que son tan contrarios á la libertad verdadera, corrompió, desquició, trastornó la sociedad, resultando de aquí esta libertad degenerada, esta libertad para el mal, esta libertad tan absurda, que ha paralizado de tres siglos á esta parte la marcha majestuosa que llevaba el Catolicismo dando la libertad al

mundo. Tan pronto como el catolicismo alcance sobre la revolucion una señalada victoria, lo primero que vereis será un triunfo de la libertad verdadera; respirarán las almas, comunicará nueva luz, cada vez mas hermosa y mas serena, el sol de la civilizacion cristiana; y el progreso cristiano continuará su marcha libre de ignominiosas trabas, como en los primeros siglos de la Religion cuando se cerraron las cárceles y quedaron sin oficio los verdugos, á consecuencia del edicto de Constantino que dió la paz y aseguró la libertad de la Iglesia.

Pero esta gran victoria ha de costar mucha sangre: tendremos que presenciar escenas bien dolorosas y derramar muchas lágrimas. Nos veremos entre dos fuegos; el del cielo y el de la tierra. No se sabe cuánto crece nuestro apuro en los malos años; el vandalismo se aumenta con la penuria. Se atribuirá la sequía al descuaje de los montes, y entre las causas naturales, esta es con seguridad la mas verdadera: hasta este cargo se puede hacer á la brutal codicia. Pero hay tambien otros yermos, otros desiertos áridos que no atraen las nubes ó no retienen las humedades: los corazones sin creencias no atraen los dones del cielo; las almas sin piedad rechazan los beneficios de Dios. Tenemos el cielo cubierto de nubes; hay mares sobre nosotros, pero estamos condenados al suplicio de Tántalo. Falta la atraccion moral: no hay flores de virtudes ni árboles de buenas obras. ¿Qué ha de hacer la Providencia si la desconocemos, si blasfemamos, si amenazamos,

queriendo conseguir por medios violentos lo que el amor y la humildad alcanzaban de la bondad divina sin brutales rebeliones? Aquí tenemos un mundo rebelde, ingrato, indiferente en religion; un mundo que se materializa, que se corrompe, que se maligna cada dia mas; que destruye, que derrocha, y que no quiere trabajar ni tener otro oficio que el de ser un gran consumidor: que pide el bienestar, el placer, la dominacion, y que nó pudiendo por tales medios mejorar de fortuna, maldice, blasfema y amenaza. Dios nos castiga, pero el siglo no se convierte. ¿Nó seria posible que nuevos bárbaros con el puñal y la tea cayesen un dia sobre la sociedad, sin que nadie pudiera escapar de sus manos? *Nec superesse quemquam qui necem potuisset evadere.* ¿Nó seria este un nuevo diluvio, un castigo tremendo, como la llegada de Nabucodonosor á Jerusalen, como la irrrupcion de Atila en las Galias, como la de Atila y Genserico en las naciones de Europa, como la guerra de los paisanos en Alemania, y como otras catástrofes de tiempos posteriores que nos proponemos hacer olvidar cuando llegue el gran dia y suene la hora del supremo desastre á que se apresta el mundo.? [1]

[1] *La Asociacion internacional de trabajadores* parece encargada de este papel. El programa está en sus periódicos. «Nosotros queremos la revolucion social, la completa destruccion de las instituciones: queremos hacer *tabla rasa.*» (Progrés du Locle, 29 de Enero de 1870.) «Queremos la república social con todas sus consecuencias» (Inter-

II.

Dios nos castiga, pero el siglo no se convierte. ¿Nó llegará el dia en que este jumento indómito, á semejanza de aquel otro en que cabalgaba el Mesías al hacer su entrada triunfal en Jerusalen, éntre en la *Iglesia grande*, IN ECCLESIA MAGNA, obediente y sumiso al yugo de la ley? Y si el Señor no triunfa ni por halagos ni por castigos, ¿qué suerte nos espera?

Cuando el hombre se rebela contra Dios y contra el órden que su divina Providencia tiene establecido, no se contenta con blasfemar y derribar, sino que hace grandes excavaciones, abre pozos muy profundos, que son verdaderos abismos, y allí quiere sepultar creencias, monumentos, instituciones, costumbres, en una palabra, todo lo

nationale, 24 de Abril de 1870.) «No queremos ninguna religion, porque la religion sofoca la inteligencia» (Le Peuple Belge, pag. 50.) «No haya miedos ni vacilaciones; es preciso aterrar la reaccion, sea cualquiera su máscara, llámese clericalismo ó monaquismo, clase media ó liberalismo» (Egalité, 23 de Enero de 1869.) Una asociacion tan numerosa y tan fiera no se ha visto jamás: declara la guerra á la Religion, al Gobierno y á la Propiedad; quiere el exterminio de la sociedad presente, y los Gobiernos mismos le van allanando el camino. A vista de sus estragos podemos decir con San Gerónimo: *Deus.... contemptus sui ulciscitur per feras gentes et quondam nobis incognitas.*

que en su ciego furor habia derribado. Él dice que entierra preocupaciones, pero lo entierra todo. Su mision es destruir, *Destruam*, y se cree dichoso blandiendo el hacha formidable. Nosotros hemos visto á alguno de estos bárbaros, cuyos ojos inyectados de sangre se paseaban con furor por las paredes de los templos y de los palacios, apretando los puños de coraje, y fulminando rayos contra los mismos edificios que juraba destruir en el dia de la suprema ira del pueblo. Esta saña contra los monumentos lo dice todo, y pinta el genio de la revolucion mejor que un discurso. Yo destruiré, dice, yo derribaré, yo arrasaré estos ominosos alcázares de la supersticion y de la tiranía, todo caerá, y nó quedará piedra sobre piedra.

Pero el abismo es tan profundo, y él es tan ciego, que en su afan por destruir no vé donde pone los piés; conmueve la tierra misma que le sostiene, se precipita entre aquellos escombros, y viene á caer en la misma fosa: *incidit in foveam quam fecit.* Pensaria el blasfemo que iba á derribar á Dios de su trono, sin advertir que él mismo tendria que llenar con sus propias ruinas el enorme vacío que abrió delante de sus piés. Pensaria que quitando de la tierra el espectro de la divinidad y matando las instituciones religiosas se quedaria dueño del mundo, y que ya habia empezado su reinado. Pensaria que cometiendo injusticias, conculcando derechos sagrados y derramando sangre inocente, se aprovecharia de todos esos despojos y tendria so-

brados recursos para sostener el rango á que se habia levantado. Pero se hundió en el abismo: *incidit in foveam quam fecit.* Esta es la suerte del pecador endurecido: se hiere por su propia mano, y queda envuelto en sus mismas redes: *in operibus manuum suarum comprehensus est peccator.*[1] Nó quiere creer que aquel hoyo tan profundo será su sepultura, hasta que en él se precipita. ¿Nó nos será de algun provecho el conocer la inminencia del peligro?

«Si comiéreis del árbol prohibido, dijo el Señor á nuestros primeros padres, morireis.» «Nó morireis», dijo el demonio: *nequaquam moriemini.* Comieron, y murieron.

Antes que el Señor destruyera con fuego las ciudades malditas, avisó á Lot y á otros para que huyesen: «levantáos y salid»: *surgite et eggredimini.* Nó creyeron, ni vieron que el castigo amenazaba: les pareció que el Señor hablaba de burlas: *visus est eis quasi ludens loqui.* Siguieron abriendo el hoyo, y sepultando creencias, costumbres, virtudes, todo en fin. Cayó el fuego, y perecieron.

En el presentimiento, que ya se va generalizando por fortuna, de que nos amenaza una gran catástrofe, se aquietan muchos diciendo: «pero Dios es muy misericordioso.» Ciertamente: es protector de los que esperan en él, como dice el Santo Rey

[1] Ps. IX. 16.

David: pero de los que esperan mudando de vida; porque la esperanza sin enmienda es abominacion: *spes illorum abominatio.*[1] Mientras se abre y se ensancha el abismo, parece que se va en triunfo: aquí vamos á enterrar todas las supersticiones: la total demolicion nos hará famosos. Hasta ahora los revolucionarios fueron personas tímidas y de miras estrechas, oscuros demoledores sin genio y sin valor: pero nosotros vamos á ser completamente radicales; nosotros lo negamos todo, lo destruimos todo, lo maldecimos todo, lo enterramos todo. Detrás de nosotros no puede venir otro revolucionario que tenga sobre nuestra estatura la ventaja de un cabello: nuestro grito es *abajo todo lo existente:* marchamos impávidos al exterminio universal.

Pero los demoledores caerán en la fosa; ya se falsea el cimiento; las paredes se vienen la una contra la otra. No hay que temer, dicen los mas feroces; marchemos hasta el fin. Confortad á los débiles, animad á los que vacilan: entretanto, hable tú, hable aquel, el que tenga mas inventiva y mas ingenio; escribid un programa seductor, habladnos de cosas agradables; *loquimini nobis placentia*. El caso está en que nadie se entere del peligro; nó ver la disolucion social, nó ver la miseria, nó ver la muerte.

Y muchos nó ven el peligro que amenaza, ó lo aparentan. Muchos son ciertamente los que fingen

[1] Job. XI. 20.

no verlo, como decia San Gerónimo cuando la caida del Imperio romano: *fingunt non videre.* Lo mismo ha sucedido siempre: lo mismo pasó en el diluvio: «nó conocieron el diluvio, dice San Mateo, hasta que estuvo encima y perecieron todos.» Ni falta ahora quien nos aturda y deslumbre con las perspectivas del lujo que se despliega: hácese gala de la pompa y ostentacion con que se vive; por nada del mundo interrumpirémos los elogios y admiraciones que se merece el genio de la civilizacion moderna. Como se habla al ético de su risueño porvenir para engañarle, así esta civilizacion falsa, corrompida y corruptora, este cuerpo de pecado, esta mentira del bienestar, de la ilustracion y del progreso, recibe mil elogios todos los dias; y en teatros y salones, en banquetes y placeres ostenta una profusion escandalosa. Los hombres parecen príncipes, y las mujeres parecerian reinas, si el demonio de la sensualidad nó se complaciera en adornar sus cabezas con la pámpana y el racimo de las antiguas bacantes. Lindando con este cuadro deslumbrador, aunque afrentoso, está la miseria con sus harapos y sus gemidos. Pero las naciones hacen como que no ven tan espantoso cuadro, que desentona el brillo de una civilizacion materialista: *fingunt non videre.* Hacen y dicen lo que aquella pecadora de quien nos habla San Juan en el Apocalipsis: *Sedeo regina et luctum non videbo.* «Yo sigo en mis desórdenes, conservo mi trono, brillo como una reina, y no quiero ver lo demás.» Pero la tierra se hunde, se ensancha

el abismo, y en un mismo dia vienen todas las plagas: *ideo in una die venient plagæ ejus, mors et luctus.*[1] Los triunfos de la revolucion se parecen á este; la muerte y el luto son inseparables de su reinado. El que abre el hoyo lo abre para sí: no quiere caer tan hondo, y en el peligro exclama: *non absorveat me profundum:* mas si cayera daríase por contento con que no se cerrara la boca del abismo: *neque urgeat super me puteus os suum.*[2] Pero al fin cae en el hoyo, el abismo cierra su boca, y el impío que descendió al profundo, no se convierte, sino que *desprecia.* Mientras no se cierra la abertura del abismo, aunque solo falte la clave de la bóveda, hay esperanza; pero si se cierra, no queda esperanza alguna. «Yo entiendo, dice San Alfonso Ligorio, que el abismo se cierra cuando el pecador ha perdido la luz, y llega á tál grado de indiferencia que no se cuida de nada.»[3] Cae en el abismo, desciende á lo profundo, queda en tinieblas, desprecia, y muere sepultado entre ruinas. *Consummatus est miser; defecit qui conculcabat terram.*[4]

Luego no hay esperanza? ¿Hemos de ser tan ciegos ó tan obstinados que prefiramos la muerte á la conversion? Yo espero en la misericordia divina

[1] Apoc. XVIII. 8.
[2] Ps. LXVIII. 16.
[3] *Obras ascéticas.*
[4] Is. XVI. 4.

y en los milagros de la gracia: espero en la sobrenatural virtud de la Religion; fuera de esto, ¿en qué podriamos fundar alguna esperanza? Me refiero á experiencias, cito testimonios, discurro con mis datos, enseño lo que la razon me dicta, *humanum dico*, [1] como decia San Pablo, y me aterra esta glacial indiferencia del siglo, esta dureza de corazon que resiste á los castigos mas espantosos, y que provoca las iras del cielo. Podrá ser que el mundo se convierta; esperémoslo así de la bondad del Señor, porque el Señor todo lo puede: pero segun las trazas, el mundo se convertirá como el buen ladron, cuando esté clavado en la Cruz. Seguia este buen ladron en su mala vida sin pensar arrepentirse; pero cuando se vió cara á cara con la muerte, pensó de otra manera. Aun en aquella ocasion, el mal ladron blasfemaba; pero este á quien ablandó la misericordia divina, confesó con humildad sus pecados, diciendo: *sufrimos la pena que nuestros crímenes merecen*; y el Señor le perdonó y le abrió las puertas del paraiso. El siglo llevará su obstinacion hasta el extremo, y será mucha gracia que nó muera impenitente. El siglo prolongará su resistencia hasta el último momento; pero el siglo se convertirá como el buen ladron cuando sea crucificado por manos de la barbarie materialista: entonces exclamará: *digna factis recipimus!* y alzará los ojos al cielo, y

[1] Ad. Rom. VI. 19.

se golpeará el pecho diciendo:—Dios mio! misericordia!—

Lo que se dice del siglo, hermanos mios, se dice de nosotros. Conviértase cada cual de su mal camino, y entonces vereis por vuestros propios ojos el prodigio de una curacion repentina. Seamos buenos cristianos, y la sociedad sanará de repente. Nos cegamos con los bienes temporales, y no quisimos pensar en los eternos; ¿qué habia de suceder? que perderiamos los unos y los otros. Nos viene de molde el siguiente pasaje de San Agustin: *Timuerunt perdere temporalia et vitam æternam non cogitaverunt, et sic utrumque amiserunt.* Todo lo perderémos si se pierde la Religion. Ya nos vemos como el soberbio Epulon en el infierno, pidiendo siquiera una gota de agua para refrigerar esta lengua que se abrasa:[1] ya nos anima la vaga noticia de que llovió ligeramente en los lugares inmediatos; ya nos parece que el Señor se apiada de nosotros y accede á las súplicas del pobre. Ojalá que el rigor de estas calamidades y la fortaleza de este castigo se convierta en medicina de nuestras pasiones, antes de caer en el abismo que hemos abierto, antes de ser clavados en la cruz que nos está preparada. Oremos, hermanos mios, que «la oracion amansa aquel divino pecho, más que de diamante para los soberbios, y más que de cera blanda para los pe-

[1] *Ut intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam.*

nitentes y humildes.» [1] Si así lo hiciéreis, tened por seguro que sereis consolados con los bienes temporales y los bienes eternos que os deseo á todos. Amen.

[1] Fr. Luis de Granada, *Memorial de la vida cristiana*, Trat. II.

Et invenerunt puerum cum Maria matre ejus. MATTH. II. 11.

Y hallaron al niño con María su madre.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

A Jesús se va por María, dice San Bernardo. Este fue el camino que trajeron los magos del Oriente; este el que siguieron todas las naciones al pasar de las tinieblas de la idolatría á la hermosa claridad del Cristianismo. Los orientales fueron guiados por el resplandor de una estrella, y todos los cristianos lo somos por María. Rebelarse contra este itinerario del alma á Dios es blasfemar de lo que se ignora. *Quæcumque ignorant blasphemant.* [1] Nosotros somos siempre los hijos de la luz, como dice San Pablo, y habremos de apartarnos de los caminos de la impiedad, que son caminos tenebrosos y llevan al precipicio. *Via impiorum tenebrosa: nesciunt ubi corruant.* [2]

[1] Ep. Judæ, I. 10.
[2] Prov. V. 19.

En esta feliz posesion de la verdad y de la luz se hallaba nuestro pueblo, protegido por la Cruz de Cristo nuestro Dios, al amparo de la siempre Vírgen María, madre de Dios y de los hombres, consolado en sus desgracias por esta fé que ha vencido al mundo, cuando corre velóz como el rayo la infausta nueva de haber sido profanadas las Sagradas Imágenes de María Santísima. La nacion se ha conmovido con este bárbaro atentado. La indignacion es general; el pueblo católico se siente herido en el mas delicado de sus sentimientos, y nuestra afliccion, hermanos mios, es una afliccion que no tiene nombre. ¿Será posible que la Santísima Vírgen tenga enemigos entre nosotros? Glorificada en la Biblia y en todos los libros mas antiguos que pór sagrados tuvo el Oriente, creiamos afianzada su veneracion hasta entre los pueblos mas enemigos del nombre cristiano. ¿Qué explicacion pudiéramos dar á esta fiereza, contra la cual protesta indignada la católica nacion española?

No hay visos siquiera de que se reproduzca en nuestros dias el delirio de los iconoclastas. Esta heregía que empezaron á sustentar en el siglo VIII los Emperadores de Oriente, armados en cruzada contra el culto de las imágenes, fué refutada por los teólogos y destruida por los Pontífices. Su tendencia fué en parte política, en parte religiosa; pues queriendo los Emperadores proteger á mahometanos y judíos contra el poder de la Iglesia, acusaron á los cristianos de idolatría, sin haber

más fundamento que el culto de las imágenes. En Alemania, Francia, España y otras naciones de Europa, no causó esta heregía los desastres que en Oriente; contra ella se levantó el espíritu cristiano en todas partes, contribuyendo á destruirla en Europa y en Asia el genio religioso y artístico de la Grecia. Los iconoclastas antiguos no tienen parte alguna en estos nuevos sacrilegios: hijos son únicamente de la impiedad, rasgos de la moderna barbarie, frutos de la libertad que se predica, anuncios de la persecucion religiosa que ha empezado ya contra nosotros, odio puro y rabioso ensañamiento que inspira Satanás á los enemigos de Dios y de la Iglesia.

Con este discurso nos proponemos hacer ver: 1.° que la Santísima Vírgen María debe ser venerada por los Angeles y los hombres; 2.° que los ultrajes de sus sagradas Imágenes son obra de la impiedad, inspirada y dirigida contra Jesucristo por el demonio.

Aunque afligidos é indignados como españoles católicos, confiamos en que el Señor nos tendrá de su mano para expresarnos con moderacion, sin atenuar la pena y la vergüenza que nos causa un hecho tan bárbaro, pero tan en armonía con otros sacrilegios del mismo corte, y con los horrendos proyectos que vienen á plantear entre nosotros los constantes enemigos de la libertad y de la civilizacion. Despues de confirmar á los cristianos en sus piadosos sentimientos, haremos ver de dónde viene

el ultraje, para que acierten á dirigir su conducta en la persecucion promovida contra Jesucristo y su Iglesia.

I.

Entre los panegiristas de la Madre de Dios obtiene el primer lugar San Bernardo. Varon de santidad y de doctrina, lleno del Espíritu Santo, compuso en honor de la Vírgen María las mayores alabanzas. Pareció criado como al intento; porque su boca asemejábase á un vaso de oro, adornado de piedras preciosas, en expresion de Santo Tomás de Aquino: todo él era una fuente con la profundidad de la divina sabiduría, como decia San Antonino de Florencia: y sus historiadores le comparan con el nardo, siendo pequeño por su humildad, blanco por su caridad, y de una suavísima fragancia por la limpieza de su vida.[1] La gracia estaba derramada en sus labios; su palabra era encendida, y tenia toda la dulzura de la leche y de la miel. Escribiendo estas alabanzas fué arrebatado en éxtasis, y su palabra quedó tomada de una dulzura celeste. «Ninguna cosa me deleita tanto, decia el Santo Doctor, como el ponderar las glorias de la Vírgen María.» Toda la riqueza de epítetos y de elogios que se contienen en las Santas Es-

[1] *Ipse fuit nardus parvus humilitate, candidus charitate, odore fragrans, et munditia vitæ.* Fr. Bern. Bogdanovitz, *Corona virginalis de laudibus Deiparæ Virginis.*

crituras se venian con la mayor facilidad á la pluma y á la lengua de San Bernardo, juntándose al caudal de su ciencia teológica la inspiracion del cielo y el amor de los Serafines. Aunque se quedara extático contemplando el Santísimo Nombre de María, sin pasar adelante, sin penetrar otros arcanos, la elocuencia del Santo Abad de Claraval dejára un insigne monumento que no es posible ofrecer en breve discurso á la veneracion de todos los fieles, para indemnizar á la Madre de Dios de estos groseros ultrajes.

Subiendo San Bernardo por aquella escala de Jacob cuyas opuestas extremidades tocan la tierra y el cielo, acércase con profunda veneracion á la Vírgen María, alabada por los hombres, exaltada por los Angeles. Pero el rayo de gloria que revela el sublime destino de la Vírgen sin mancilla, eleva su trono por encima de los tronos, su potestad por sobre las potestades: y San Bernardo, que predicaba las glorias de la Vírgen con la misma voz de los celestes espíritus, avanza más todavia, y exclama enagenado: *Veneranda apud Deum!* Convenia á la gloria del Hijo de Dios el tomar carne en las entrañas purísimas de la Vírgen María, y fué honrada y como reverenciada por el mismo Dios consultándola en la causa más importante al género humano, en el gran misterio de su salvacion. [1] Su gloria y su preroga-

[1] *Exaudita est pro reverentia sua in causa totius generis humani.* Serm.3. in Vig. Nat. Dom. n. 10.

tiva es la maternidad divina; su único Hijo fué asimismo el Unigénito del Eterno Padre, [1] y ella puede llamar hijo suyo á quien es su Dios y el Señor de los Angeles. [2] Entra en los consejos del Altísimo, de cuya boca procedia antes que toda criatura; comparte con el mismo Dios el tálamo y el trono, el cetro y la corona, la muerte y la sepultura, la resurreccion y la gloria. No cabe dentro de los angostos límites del humano entendimiento el representarse aquella marcha triunfal de la Santísima Vírgen María, subiendo del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su Amado; elevándose á los cielos como Reina del mundo, sin nublarse la serena faz, conservando la dulzura de su rostro apacible, dejando en los espacios una estela luminosa, uniéndose por divinos abrazos con su divino Hijo, exaltada sobre toda criatura, y recibida en el cielo con el honor que tál Madre merecia y con la gloria correspondiente á la majestad de tál Hijo. [3]

Y si esto hace el Señor con su Madre Santísima,

[1] *Ipsa est Virginis nostræ gloria singularis.... quod Filium unum eumdemque cum Deo Patre meruit habere communem.* Serm. 2. in Annunt. B. M. n. 2.

[2] *¿An non Deum et Dominum Angelorum Maria suum appellat audacter Filium?* Ser. I. super Missus est. n.7.

[3] *¿Quis cogitare sufficiat, quam gloriosa hodie mundi Regina processerit, quam placido vultu, quam serena facie, quam divinis complexibus suscepta a Filio, et super omnem exaltata Naturam, cum eo honore quo tanta Mater digna fuit, cum ea gloria quæ tantum decuit Filium?* Ser. I. in Assumpt. B. M n. 4.

¿qué harian los Angeles? Desde que la saludó un Arcangel, enviado de Dios, la celeste milicia abatió sus alas, y la veneró como á su Reina. Deslumbra la gloria de los celestes espíritus, pues son ministros de Dios; pero más deslumbra la gloria de la Vírgen que mereció la singular prerogativa de la maternidad divina. Complácense los Angeles en asistir al que ora, si ora con puras manos, y sube su oracion como el olor suave del incienso; mas las oraciones de la Vírgen María fueron aceptas á Dios sin este ministerio, y los Angeles así lo declararon. «Has hallado gracia delante del Señor,» dijo saludándola con reverencia el Arcangel San Gabriel. «¿Para qué necesitas tú la mediacion de los Angeles si has hallado gracia delante de Dios?» [1] *Honorate Sancti Angeli;* exclama San Bernardo: «Honrad, Santos Angeles á la Madre de vuestro Rey, vosotros que adorais al Hijo de nuestra Vírgen; adorad á nuestro Rey que es tambien el vuestro; adorad al Reparador de nuestro linaje y al Restaurador de vuestra ciudad.» [2] Y los Angeles se inclinan reverentes ante la Madre de Dios.

[1] *Ad quid enim indebitam tibi dixeris gratiam Angelorum, quæ invenisti gratiam apud Deum?* Serm. 3. super Missus est. n. 10.

[2] *Honorate, Sancti Angeli, vestri Regis Matrem, qui nostræ adoratis Virginis prolem, ipsum utique nostrum pariter et vestrum Regem, nostri generis Reparatorem, vestræ civitatis Restauratorem.* Serm. I. Super Missus est. n. 9.

A este movimiento de los cielos, la tierra cede y se inclina. ¿Recordais al Príncipe de los Apóstoles cuando el sentimiento de su propia indignidad le obligó á decir á su Divino Maestro: «Señor, apartaos de mí, porque yo soy un pecador?» ¿Recordais aquellas palabras del Centurion: «Señor, yo no soy digno ni merezco que entreis en mi pobre morada?» Pues el mismo sentimiento de humildad se apoderó del Santísimo Esposo de la Vírgen María, hasta el punto de querer apartarse de ella ocultamente, con pavor y reverencia. *Expavit Petrus, expavit Centurio,* dice San Bernardo: se asombró Pedro, se pasmó el Centurion. *Expavit Joseph, expavit Elisabeth.* «¿Cómo es que la Madre de mi Señor viene á mí?» decia Santa Isabel recibiendo á la Vírgen María en la montaña de la Judea. Igual espanto se apoderó de Zacarías. El anuncio de tantos misterios, las embajadas de los Angeles, y los sucesos tan maravillosos que sirvieron de introduccion á la ley de gracia, infundieron en todos los ánimos el más profundo respeto hácia la Santísima Vírgen, amada y exaltada con interminables alabanzas de siglo en siglo y de generacion en generacion. ¡Cuán admirable es, hermanos mios, la Vírgen Santísima! Todo el pueblo la venera por su dignidad: conocimos que su benignidad no tiene precio, y no llega ningun consuelo al corazon como no la invoquemos diciendo: «Madre mia!» Venerad, oh esposos, la integridad de la carne en una carne corruptible: venerad, esposas del Cordero, la fecundi-

dad de la Vírgen sin mancilla: imitemos todos la humildad de la Madre de Dios. Miremos más alto, y entenderémos con cuánto afecto de devocion quiso que fuese honrada el que puso en María la plenitud del bien. Nó hay esperanza, ni gracia, ni salud que nó nos venga por María. A ella el honor y la alabanza: tál es la voluntad de Dios, y á su imperio se han rendido las criaturas.[1]

II.

Se han rendido las criaturas, Excmo Señor; pero de hoy mas, será necesario reconocer aunque con dolor y vergüenza algunas excepciones. Nó logró vencer á todos la humildad de la Vírgen María, aunque mereció por esta virtud que el Omnipotente obrara en ella tantas maravillas; nó á todos subyugó esta pureza que enamoró á los ángeles y santos; y por más absurdo que parezca, la que es medianera y abogada y trajo tantos pecadores á los piés de su divino Hijo, pudo servir de blanco á los insultos y desprecios de la plebe que inauguraba con tan horrible sacrilegio el reinado de la libertad

[1] *Veneramini, conjuges, in carne corruptibili carnis integritatem: miramini etiam vos, sacræ virgines, in Virgine fecunditatem: imitamini, omnes homines Dei matris humilitatem. Altius intuemini quanto devotionis affectu a nobis eam voluit honorari, qui totius boni plenitudinem posuit in María.* Serm. 2. super Missus. n. 9. 2 de Virg. deip. n. 6.

religiosa. La nacion española protesta contra estos hechos vandálicos; la nacion los maldice; la nacion declara á la faz del mundo que sus sentimientos de amor y reverencia hácia la Santísima Vírgen María no se han alterado en lo mas mínimo: que ahora como siempre defenderá sus glorias y prerogativas; que será fiel al espíritu católico que recibió de los pasados siglos, propagando el culto de la Madre de Dios con el celo de las órdenes religiosas, con la lealtad de las órdenes militares, con la nobleza de sus reyes católicos y santos, y con el entusiasmo popular que gracias á Dios se conserva en nuestros dias. La indignacion pública ha sido tan general, tan instantánea, tan vigorosa, que ha caido como el rayo sobre el sacrilegio mismo, y ha borrado sus huellas. Nó se ha negado el hecho, pero quizás pudiera negarse: se ha denunciado con horror por los órganos mas avanzados de la prensa revolucionaria, pero el justificarlo nó seria posible: nadie se atrevió á señalar la ciudad ó el pueblo teatro de esta hazaña, y cada cual aleja de sí la sospecha de tan negro borron. Por último, no se nombra á los autores, ni hay en España gente tan desalmada que despues de una reprobacion cuyos gritos habrán llegado hasta el infierno, se jacte de haber cometido en un momento de embriaguez hechos como este, que á todos nos afligen y nos afrentan.

Desgraciadamente puede quererse el fin sin dar su aprobacion á todos los medios, y puede haber interés, como ciertamente lo hay, en producir una

escision religiosa, para destruir en seguida, si esto fuera posible, los fundamentos de toda Religion y de toda moral. No está contento el genio del mal con habernos dividido en tantas opiniones y haber debilitado las fuerzas de la nacion, tan poderosa en mejores dias; quiere llevar la discordia á otro terreno, suscitar enemigos al Catolicismo, formarlos en las escuelas, y alentarlos con estos trastornos. La sociedad se destruiria seguramente, si se lograra que los asociados se desavinieran en todas las materias, principalmente en estas que sujetan tanto; porque la Religion es vínculo de los espíritus, regla de la vida y norma de las costumbres. Nosotros iriamos decayendo con una rapidéz asombrosa, porque frente á la verdad absoluta no hay á la vista otro error que el error absoluto, el ateismo, habiendo ya pasado el tiempo de las sectas, visto el mal éxito de las excisiones religiosas. Por tanto, los enemigos de la Religion son abiertamente los enemigos de la sociedad; el espíritu que alientan es el espíritu de las negaciones absolutas; el ódio contra la Iglesia empieza por ser el mismo ódio contra el cielo; no hay otro plan que el exterminio; y nó hemos de extrañar que Jesucristo y su Madre Santísima comparezcan algun dia como tales reos ante un consejo de guerra, compuesto de ladrones y de verdugos, que estos son alguna vez, como se viene observando en las modernas revoluciones, los ministros de la justicia.

Pero los hombres no tienen interés en destruir-

se; la sociedad no propende al suicidio, ni se vá ella sola á la muerte ó á la degradacion por su propio pié; que nó en vano le ha dado Dios por defensa el instinto de conservacion, como á todos los seres. Subamos mas alto, Excmo. Señor; miremos mas alto, *altiús intuemini*, como dice San Bernardo, si queremos encontrar la razon suficiente de este ciego despecho con que los hombres procuran su ruina. Estos atentados solo pudiera inspirarlos el demonio, y á golpe seguro podemos decir sin temor de calumniarle, que son obra suya. Él enciende la guerra, él se vale de los hombres como de instrumentos, en sentir de San Juan Crisóstomo: *Demones organa quærunt per quæ operentur*. Se valió de los nestorianos para negar á la Vírgen la maternidad divina; se valió de los iconoclastas para destruir el culto de sus imágenes; se valió de los protestantes para negarle sus singulares prerogativas; se valdrá de los impíos revolucionarios para ofender á fuerza de sacrilegios el sentimiento religioso, y sumir á la sociedad entera en una abyeccion profunda. Todo lo que consiga contra la Madre de Dios va derechamente contra la divinidad de Cristo; y todo lo que vaya contra este dogma que es el primero que aborrece el demonio, nos impele hácia el grosero naturalismo, que es la muerte de la sociedad. ¿Cómo no seria esta la obra del demonio? Él busca sus órganos, les inspira sus deseos, y á veces encuentra ministros de su voluntad tan dóciles y tan apropiados, que aspiran á perfeccionar los

planes infernales, como dijo Jesucristo á los judíos: *Vos ex patre diabolo estis, et desideria ejus vultis perficere.*

Con esta explicacion será fácil comprender la recrudescencia de ódios, maldiciones y blasfemias por parte de la impiedad contra los objetos mas sagrados. Son obra de Satanás; y los instrumentos de que se vale, sabiéndolo ó sin saberlo, secundan el infernal proyecto de desterrar á la Madre y al Hijo, fundando entre los hombres un imperio aborrecible. Hemos llegado á estos tristísimos dias en que el infierno se promete dividir la España y repartirse sus despojos. A fuerza de remo atraviesan los demonios la laguna Estigia, y con numeroso séquito se atreven á pisar la tierra donde la piedad de nuestros mayores erigió tantos templos á la Madre de Dios. Buscan instrumentos, se preparan cómplices, y sabiéndolo ó no sabiéndolo, los primeros que les dispensan favorable acogida son los que se llaman á sí mismos libres pensadores, y los que pasan por defensores de los derechos de la razon. Aunque mirándolo despacio, nó saben ellos lo que se hacen, nó obran por su cuenta, sino por inspiracion de Satanás, de quien comienzan á ser devotos. El mal espíritu se apodera de ellos y los maneja á su antojo. *Vos ex patre diabolo estis.*

Pero gracias á Dios, el pueblo español desciende de los riscos del Auseba y de las alturas del Moncayo, dispuesto á rechazar los infernales asaltos: en Monserrat y en Covadonga resuena el grito

de su antigua fé; responde con unánimes protestas y sublimes cantares en las márgenes del Ebro como en las orillas del Guadalquivir, y de un mar á otro mar, de una en otra montaña, desde las vertientes del Pirineo hasta las columnas de Hércules, el pueblo español dá testimonio de su amor filial á la Santísima Vírgen y se alista bajo sus banderas, dispuesto á reñir nuevas batallas contra el poder del infierno. Que Lutero duerma con Satanás y consulte con él todos los negocios: que Proudhon le estreche contra su pecho y tenga lástima del virtuoso príncipe, calumniado por los sacerdotes y los reyes: que Renan admire sus obras y vaya al Oriente á seguir con la mayor devocion los tenebrosos caminos de la impiedad; que Allan Kardec haga viajar *los espíritus* segun las infinitas combinaciones de su endiablada metempsícosis, corriendo por los caminos del progreso indefinido que describe Juan Raynaud, ó volando con las alas de Flammarion por los planetas y constelaciones de un mundo poco conocido: que los espiritistas, en fin, conversen familiarmente con los demonios y disfruten todos sus secretos: en buen hora. Los que quieran encantos, alucinaciones y prestigios, váyanse al infierno muy enhorabuena, y allí verán si el Príncipe de las tinieblas es quien pone el sello á la virtud, ó si á Lucifer le estarian mejor las plumas de brillante esmeralda que las garras y cuernos con que se nos representa en famosos lienzos y en poemas inmortales. Dejadnos aquí con Jesús

y María, é id vosotros allá si bien os parece, para ver si está mas ó menos atado el antiguo dragon; si los adoradores de la bestia llevan ó nó una señal en la frente, y si el infierno y la muerte fueron á parar á un estanque de fuego, como leemos en el Apocalipsis. Nuestro pueblo católico teme la ira de Dios, y tiene horror al infierno. Nuestro pueblo pone la Cruz al demonio para ahuyentarlo del hogar y arrancarlo de su pecho: nuestro pueblo invoca fervoroso el dulcísimo nombre de Jesús y de María para disipar las potestades aéreas; nuestro pueblo conoce á los tentados, teme á los réprobos, se aparta de los poseidos, y en las bocas que blasfeman y maldicen no ve sino otros tantos respiraderos del infierno. Nó vengais pues á nosotros, oh hombres ilustrados, con cuentos de aparecidos, ni con los tratos y comercios de la antigua magia, que nuestro pueblo detesta. Adorad si quereis á los antiguos Dioses, que son los demonios: *Dii gentium, demonia:* [1] ellos inspiraron á los sacerdotes paganos como nos dicen el historiador Eusebio y San Clemente de Alejandria; id á la escuela de Satanás, tomad sus invocaciones y renovad sus sacrilegios. Pero tened entendido que la nacion católica protesta en masa contra esas brutales profanaciones, y que os confunde con su anatema. Ya no hay tibios ni pusilánimes delante de vosotros, porque el Señor se aprovecha del infausto suceso que de-

[1] Ps. XCV. 5.

ploramos para reanimar la fé de los unos y encender la devocion de todos. Ni rastro quedaria de vuestros odiosos sacrilegios, á nó ser porque la piedad de los españoles está levantando en honor de la Santísima Vírgen, donde quiera que hay un altar y un sacerdote, mil monumentos que atestigüen á larga distancia la memoria de este devoto desagravio.

Haced vos, Madre mia, que los sacrílegos se arrepientan y pidan á Dios misericordia. Y si es que la justicia del Hijo no puede perdonar á los que ofendieron á su Madre; si es que el escándalo del pueblo está pidiendo al cielo venganza, redoblemos nuestras súplicas, dirijamos al cielo una fervorosa plegaria, y todos quedarémos vengados. Sea pues esa plegaria, hermanos mios, la que nuestro Obispo tiene en su corazon, y frecuentemente en sus lábios; sea esa plegaria el sello de sus decretos, el emblema de sus armas episcopales, y las armas que nos ha entregado en este dia para exhortar al pueblo: MONSTRA TE ESSE MATREM! Haced ver lo que sois, Madre mia! que lo vean los ingratos, como lo vieron los demonios: que se aparten del camino tenebroso de la impiedad y vuelvan á los caminos de la luz, por donde van los buenos cristianos, por donde fueron los ángeles, por donde fueron los sábios del Oriente y los sencillos pastores de la Judea, por donde van los reyes de la inteligencia y las almas humildes, que todos llegarán y todos llegarémos al encuentro de Jesús y de María, siguiendo

el resplandor de su luminosa estela: *et invenerunt puerum cum Maria matre ejus.*

Despues de haber citado este pasaje del Evangelio, yo no haré nuevas reflexiones ni añadiré al sagrado texto los adornos de la elocuencia humana. En la adoracion del *Hijo del hombre*, en el culto que tributamos á la *Madre de Dios*, se encierra el Cristianismo todo entero. La impiedad que se dice ilustrada no ha visto en Jesús y María la salvacion de los hombres; pero la fé que se dice ciega ha tenido ojos de lince, como dice San Bernardo, para ver en Jesús al Salvador del mundo, y en la Santísima Vírgen la alegria de Israel, el honor de nuestro pueblo, la vida, dulzura y esperanza nuestra. A Jesús y María el honor y la gloria ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amen.

Inimicitias ponam inter te et mulierem. Gen. III. 15.
Enemistades pondré entre ti y la mujer.

Excelentísimo Señor:

Empezaron los protestantes por acusar á los católicos del pecado de idolatría á causa del culto que se tributa á la Santísima Vírgen en nuestra Santa Iglesia, aparentando celo por la gloria de Dios, y queriendo pasar por verdaderos adoradores de Jesucristo: mas olvidaron ó despreciaron las íntimas relaciones entre Jesucristo y su Madre Santísima, y perdieron totalmente la religion que se proponian reformar. Los enemigos del culto de la Santísima Vírgen María han venido por sus pasos contados á no dar culto tampoco á Jesucristo; y hoy que por desgracia ha llegado á ser oportuno hasta en la católica España combatir los ataques de esta heregía, demostrarémos las relaciones entre Jesucristo y la Vírgen María, fundamento del

culto que se tributa en la Iglesia á la corredentora del género humano.

Abramos la Biblia; tomemos aunque sea uno de esos ejemplares mutilados que el protestantismo expende á poco precio en medio de las calles, diciendo al pueblo sencillo que él interprete la Escritura á su modo y se forme su religion segun le plazca. Aun en ese libro adulterado se encuentra el siguiente pasaje del Génesis: «Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu generacion y la suya: y Ella quebrantará tu cabeza:» *Ipsa conteret caput tuum*. En este pasaje del sagrado texto se habla de la *Mujer*; nó de una mujer cualquiera, sino de la mujer por excelencia. ¿Quién es esa mujer? Los protestantes dicen que es Eva, ó la mujer en general; los católicos decimos que es María. Busquemos la recta inteligencia del pasaje citado; porque una de las ventajas, dice San Agustin, de la controversia con los hereges, consiste en la recta explicacion de los textos escriturarios. [1]

Como veis, mis queridos hermanos, hoy tengo que hablar á la razon, nó al sentimiento. Vosotros no pedís demostraciones; vuestra piedad las hace innecesarias, aunque vuestra ilustracion las aceptará como buenas. Hoy es mas necesario que nunca aprovechar las ocasiones solemnes para confutar á la heregía, que corre libremente y al amparo de

[1] In. Ps. LIV. n. 22, 21.

una proteccion que al Catolicismo nó se dispensa: santificarémos, pues, esta solemne festividad de la Vírgen María debelando á los enemigos de su culto. Ayudadme, mis queridos hermanos, á pedir los auxilios de la gracia por intercesion de la Santísima Vírgen, ya que la piedad de este cristiano auditorio es el único consuelo que puede tener mi espíritu en las circunstancias presentes. *Dignare me laudare te, Virgo Sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos.*

El Eterno amenazó con la muerte eterna á nuestros primeros padres, y en ellos á su descendencia, si quebrantaban el precepto que les impuso. *Morte morieris*: esta fué la amenaza, este fué el rayo de la divina justicia. La serpiente infernal sedujo á Eva, y Adan fué por Eva seducido: comieron del fruto vedado; quebrantaron el precepto del Señor. Pero la misericordia del Señor anunció en el paraiso la reconciliacion del linaje humano sin detrimento de la divina justicia. El anuncio fué la revelacion de un gran misterio que pasmaria á los hombres en la tierra, á los ángeles en el cielo y á los demonios en los abismos. «Pondré enemistades, dijo el Señor á la serpiente, entre tí y la mujer, entre tu generacion y la suya; y Ella quebrantará tu cabeza.»

¿Quién seria esta mujer? Los protestantes dicen

que Eva. Será posible? Pues nó han visto que Eva fué la prevaricadora? El prevaricador no puede redimirse. Eva es la mujer vencida, arrastrada á la perdicion. Ella fué la que dió oidos al demonio, y siguió sus consejos, y se rindió á sus fascinaciones, y quedó sujeta en los lazos de la infernal astucia. Esclava del demonio, quiso sujetar á la misma esclavitud al primer hombre, y le arrastró en su caida hablando el mismo lenguaje que le apartó de su Dios, empleando los mismos prestigios y seducciones que ablandaron su voluntad. Nó seria Eva la mujer que quebrantára la cabeza de la serpiente: ni de ella ni por ella vendria la redencion anunciada.

Si á Eva se refiriesen las palabras del Génesis, la construccion seria muy diferente: no hubiera dicho el Eterno «pondré enemistades» sino «pongo enemistades:» es decir, desde luego levanto una oposicion personal entre tí y la serpiente; ya eres su enemigo; emprende ahora mismo la saludable guerra: yo te prometo que saldrás vencedora y aplastarás su cabeza. Pero ni teológica ni gramaticalmente se puede dar á las palabras del Génesis ese sentido: el Señor dijo—«pondré enemistades:» la promesa, pues, es de futuro, y tendria su cumplimiento, nó por medio de la mujer postrada y rendida con infernales astucias, sino por la mujer fuerte, la mujer por excelencia, la Vírgen María.

A lo dicho se añade, que si consideramos aten-

tamente los términos de la divina promesa y los comparamos con la obra de la redencion del linaje humano, conocerémos perfectamente que la *enemistad* anunciada en el sagrado libro nó tendria nada de ordinario y comun, no se manifestaria en el mundo cual un acaecimiento de pequeñas proporciones: muy al contrario, tendria que ser un suceso grandísimo: la guerra entre la mujer y la serpiente habia de ser extraordinaria. Tan empeñada seria la contienda, y tan favorecida del cielo una de las partes, que al fin alcanzase la victoria para castigo y confusion de todo el poder del infierno. Claro es que Eva no fué personalmente el principio de nuestra regeneracion habiéndolo sido de nuestra caida original, ni su destino fué elevarnos á tanta grandeza habiéndonos precipitado en tanta miseria. No nos abrió el camino del cielo la que fué arrojada del paraiso: otra mujer, en amistad con Dios, llena de gracia, con todo el influjo de la gracia santificante, seria quien librase la tremenda batalla y alcanzase sobre el poder del infierno tan solemne victoria. Tál fué el destino de la Vírgen María.

Este mismo argumento destruye las dos falsas interpretaciones que dieron los protestantes al pasaje del Génesis. Por Eva no pudo venir la salud al mundo, ni por su generacion; es decir, ni por la mujer en general. Eva, *en el órden de la naturaleza caida*, ¿qué significa? ella es el símbolo de la mujer amiga y esclava de la serpiente; su oficio es

trasmitir la naturaleza inficionada por el pecado, sujeta á tantas miserias. Siempre que la Escritura menciona á Eva, es para presentarla como ejemplo de seduccion y prevaricacion: siempre que la nombran los Padres de la Iglesia es para contraponerla á María: de manera que si por esta recibimos gracia, vida, gozo, misericordia y todos los bienes espirituales, por aquella recibimos el pecado, la muerte, y males de todo género. La generacion de Eva no podia ser la generacion de los justos ni de los que triunfaran de Satanás: de su semilla no vendria Cristo, porque ella no podia ser madre de los fieles, ni madre de los justos, y mucho menos madre del hombre-Dios. En cuanto redimidos, nosotros no venimos de Eva, sino de María: solo recordamos nuestro infortunado parentesco cuando se trata de la generacion segun la carne; solo nos llamamos hijos de Eva cuando traemos á la memoria que somos pobres desterrados en este valle de lágrimas, donde estamos gimiendo y llorando las consecuencias que aún tiene para nosotros la prevaricacion de nuestros primeros padres.

Descartadas tan falsas interpretaciones, contemplemos á María, asistida por Dios en su enemistad con el demonio, unida á su Dios en el triunfo contra el infierno. Queremos dejar establecido con las razones mas sólidas, que la mujer prometida en el Génesis es la Vírgen María, enemiga y vencedora de la serpiente.

Pero estas razones toman su fuerza del triunfo

de Jesucristo, que «muriendo destruyó nuestra muerte, y resucitando reparó nuestra vida:» *qui mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit.*[1] ¿Qué debia significar el triunfo de Jesucristo? La Escritura lo dice. Viendo cierto dia el Bautista que el Señor se le acercaba, lo señaló á sus discípulos diciendo: «Hé aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.»[2] Vino, pues, el Salvador á destruir los pecados, es decir, á acabar con la muerte de las almas, y aun á destruir al demonio, que como dice el Apóstol San Pablo, tenia el imperio de la muerte: *ut per mortem destrueret eum qui habebat mortis imperium, id est, diabolum.*[3] Y destruida la muerte, y vencido el que tenia su imperio, viviriamos: para esto vino el Señor; para darnos vida. *Ego veni in mundum ut vitam habeant et abundantiùs habeant.* Vendria Jesucristo á librarnos del pecado y de su tiránica servidumbre; á destruir por su generoso sacrificio el imperio de la muerte, y con su preciosísima muerte á darnos vida. El triunfo de Cristo sobre el demonio, esto quiere decir, y esto es en realidad: triunfar del pecado, triunfar de la concupiscencia, triunfar de la muerte. Sin esta triple destruccion, el demonio retendria su aborrecible

[1] *Præfatium Missæ in Resurrectione Domini.*

[2] *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.* Joan. I. 29.

[3] Ad Hebræos, II. 14.

imperio. Así como en el estado primitivo la integridad y la inmortalidad iban juntas con la gracia, que es vida del alma, así en el estado de ruina la concupiscencia y el pecado van juntos con la muerte. *Concupiscentia parit peccatum; peccatum verò cùm consummatum fuerit generat mortem.*[1] El pecado es y se llama muerte, como la gracia ó la santidad es resurreccion y se llama vida.

Y pues Jesucristo, redentor del humano linaje, Dios y hombre verdadero, habia de tomar la humana naturaleza en las entrañas de una mujer por obra y gracia del Espíritu Santo, resulta claro que esta mujer seria la destinada por Dios para mover tan saludable guerra contra el poder del demonio, siendo asociada con su divino Hijo para la grande obra de la salvacion del mundo. Y como no se puede triunfar del demonio sin alcanzar victoria sobre el pecado, sin dominar la concupiscencia, sin vencer á la muerte, la mujer suscitada por Dios para padecer con Jesucristo en el Calvario y triunfar con Jesucristo del poder de las tinieblas, seria favorecida con singulares privilegios. Esta mujer no tendria mancha de pecado, seria pura desde el primer instante de su Concepcion, y se mostraria con tal fortaleza de dones y de gracias, como era necesario para aplastar la cabeza de la serpiente. *Ipsa conteret.* Hé aquí su primer privilegio: ser *inmaculada.* El segundo seria la virginidad y la maternidad

[1] Ep. Jac. I. 15.

como lo anunció el Profeta: *Ecce virgo concipiet et pariet Filium.* [1] «Hé aquí que una vírgen concebirá y parirá un hijo.» Gran misterio que se obró en la Purísima Vírgen de Nazareth segun de muy lejos predijo la voz de los profetas, y de muy cerca la de un Arcangel. La pureza y la virginidad, la virginidad y la maternidad, ¡cuánta fortaleza! cuánto poder! Si sola la virtud hace al hombre poderoso y fuerte contra los asaltos del comun enemigo, ¿qué seria en la Santísima Vírgen la exencion del pecado original y el cúmulo de tantos privilegios? Con tales dones fué fortalecida la *Mujer* por excelencia para vencer al demonio. *Ipsa conteret*: Ella combatirá, Ella aplastará, Ella vencerá: porque el honor de este triunfo ¿á quién estaria reservado, dice San Bernardo, sino á la Vírgen María? *Cui hæc servata victoria est nisi Mariæ?* [2] Finalmente, el tercer privilegio concedido á la Purísima Madre de Jesús fué este: que su carne no viera la corrupcion. Murió á semejanza de su Divino Hijo, pero tambien á su semejanza habia de pasar velozmente por el sepulcro: porque si nó participó de la *culpa* ¿habria de participar de sus consecuencias? Su muerte fué un tránsito dichoso. Si procuró la resurreccion y la vida del género humano, como Eva la muerte, ¿nó seria vivificada de un modo singular por el autor de la vida? Resucitó y fué elevada á los cielos por

[1] Is. VII. 10.

[2] Hom. II. super. *Missus est.*

el ministerio de los ángeles, sin dejar en el sepulcro despojos de la muerte. San Juan en el Apocalipsis, escrito despues de la Asuncion gloriosa de la Santísima Vírgen, vió á la *mujer* en el cielo, vestida del sol, con la luna á sus piés, y rodeada de estrellas. Esta mujer es María. Vosotros lo creeis por el testimonio de los profetas y de los evangelistas, por la voz de los ángeles y de los hombres, por la unánime aclamacion de cielos y tierra. Os apropiais como vuestra la exposicion que hace el oráculo infalible de la Iglesia del texto del Génesis, y contemplais con los ojos del amor aquella vision hermosísima que tuvo San Juan en el divino Apocalipsis. Esta es, mis queridos hermanos, la Mujer fuerte, la Mujer por excelencia que desde el principio fué anunciada por el Eterno. Su fortaleza es nuestra confianza; su misericordia es nuestro escudo; su patrocinio es nuestro consuelo; sus lágrimas interceden por nosotros; y por su intercesion, la Vírgen María es omnipotente. Quien ha vencido al demonio vencerá nuestra soberbia; quien desterró todas las heregías destruirá todos nuestros vicios; quien logró sobre el poder del infierno tan señalada victoria, triunfará tambien de nosotros, nó para confundirnos, sino para salvarnos. Tál es la confianza del pueblo cristiano; estos son los sentimientos que nos ha inspirado la Religion de Jesucristo; esta es la enseñanza de nuestra Santa Madre la Iglesia: y nuestra misma razon ilustrada por la fé y por tantos y tan segu-

ros testimonios, nos dice sin vacilar que la Mujer exenta de pecado, libre de la concupiscencia y preservada en su carne de la natural corrupcion, es la mujer anunciada por el Altísimo para guerrear contra el infierno y aplastar la cabeza de la serpiente tentadora. Tál es el fundamento del culto que tributamos á la Santísima Vírgen. Aquí no hay asomos de idolatría, ni peligro de supersticiones, sino justa estimacion de los singulares privilegios con que el Señor favoreció á la que en el misterio de la Encarnacion de su Unigénito, habia de ser Hija del Padre, Madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo.

Volvámonos ahora hácia otras consideraciones que directamente justifican el culto que se tributa en la Iglesia á la Santísima Vírgen. Conviene esclarecer tanto como se pueda el concepto divino anunciado en el Génesis, explicado en el Evangelio, representado en la Iglesia con todas las exterioridades del culto público. Los católicos pueden explicar ese concepto divino que los protestantes perdieron de vista así que se separaron de la verdadera Iglesia.

Dios sacó de la nada al primer hombre, le dotó de justicia original, y le constituyó no solo cabeza física sino moral tambien del género humano: y luego le impuso la obligacion de conservar para sí y su descendencia este estado felíz. No era bueno que el hombre estuviese solo, y se le dió en la mujer, compañera y auxilio semejante: *adiutorium*

simile sibi. Siendo dos en una sola carne, habian de conspirar á propagar la naturaleza y á conservarla en aquella elevada condicion moral que alcanzaron en medio de las delicias del paraiso, disfrutando todos los encantos de la inocencia. Pero la mujer, en vez de auxiliar al hombre, cooperó á su ruina; á los hijos de Dios sucedieron los hijos del demonio. Eva, caida de su dignidad, dejó de ser *la Mujer* en el pleno sentido que tiene en la Sagrada Escritura esta palabra. Pero ¿cómo reparar el daño? Quiso el Eterno llevar su plan adelante: quiso constituir en el órden de la gracia una nueva familia: tomando ocasion de la caida de Eva, quiso exaltar la humana naturaleza por medio de *la Mujer* anunciada en el Génesis, y que un nuevo Adan sustituyera al viejo Adan para salvar de la muerte su infeliz descendencia. Quiso en una palabra salvarnos por medio de un hombre que fuese Dios, y de una *Mujer* que fuese la madre de Dios: misterio de la misericordia y de la omnipotencia divina, que satisfaciendo á la eterna justicia y borrando nuestros pecados, destruiria la obra del demonio. La economía de la redencion habia de ser una completa victoria, una operacion que emulara á la primera, una segunda creacion mas admirable todavia, porque las obras de la gracia, perteneciendo á un órden mas sublime, exceden á las de la naturaleza. De la altura del cielo y del seno del Eterno Padre descenderia el Hijo de Dios á la tierra, tomaria su carne en las entrañas purísimas de

la Vírgen María; y en esta santa familia tuvo principio el nuevo cielo y la nueva tierra. Aquí tenemos dos personas en una sola carne, porque Jesucristo nació de Santa María Vírgen, siendo su formacion más maravillosa que la de Eva saliendo del costado de Adan: y estas dos personas vienen á este mundo con el mismo destino; ambas emprenden la guerra contra el enemigo comun del género humano; ambas padecen y salen victoriosas, siendo la una causa principal, y la otra causa ministerial de la salvacion del mundo. Esta es la razon del culto que tributamos á la Santísima Vírgen.

Si nuestros primeros padres hubieran perseverado en el estado de inocencia, serian para nosotros objeto de amor, de reconocimiento y alabanzas, porque veriamos en su fidelidad á la gracia la causa de tanto bien. A Adan corresponderia la principal parte de este culto, pero Eva tendria la suya. Fuera imposible separar á la mujer del hombre, á la madre del padre. Ahora bien, Jesús y María ocupan el lugar de Adan y de Eva: iriamos contra el concepto divino separando á Jesús de María, haciendo á Jesús objeto exclusivo de nuestro amor, de nuestro reconocimiento, de nuestra esperanza. ¡Buen modo de amar á Jesucristo, no amar á su Madre Santísima! ¿Quién se dice cristiano, y nó cree ó nó espera, (que es lo mismo) en la intercesion de la Santísima Vírgen? Hónrese con la adoracion al Hijo, porque es Dios; pero tribútese tambien á la Madre

de Dios el culto que se le debe: la Vírgen María estuvo en la tierra, y está en la Iglesia católica, y estará eternamente en el cielo asociada á su divino Hijo con vínculos mas perfectos, que los que unian á la primera mujer con el primer hombre. Nó cause, pues, extrañeza que esta conjuncion de María con Jesús en el culto sea tan íntima: despréndese del misterioso anuncio, de la primera revelacion escrita en el Génesis: esta fué la voluntad de Dios, y de ella dan testimonio las profecías y el Evangelio.

En el antiguo Testamento se bosquejaba el culto de la Vírgen. La vara misteriosa de donde nace la flor, ¿nó era una imágen de la Vírgen Santísima con el privilegio de la maternidad? pues á esa imagen tan delicada y tan bella dedicaban alabanzas muy expresivas Isaías, Jeremías y Miqueas. Ningun signo del Redentor, por oscuro y misterioso que fuese, dejaba de comprender á la madre del Redentor tan deseado. La Vírgen fué reconocida en la zarza que ardia sin consumirse, en el arca del Testamento, como fué simbolizada en Estér, en Judit y en las mujeres mas ilustres del pueblo israelita. Siempre que el pueblo, adelantándose á lo porvenir, entreveia el Mesías prometido, lo veia como generacion de la mujer, cual hijo de la Vírgen. Culto recibia entonces en las visiones de los profetas, porque la mujer anunciada en el Génesis por la voz del Eterno brillaba á través de los siglos como el primer rayo de esperanza. Finalmen-

te, la Vírgen María fué saludada por el Angel como bendita entre todas las mujeres: hé aquí *la Mujer*: como llena de gracia: hé aquí la enemiga de la *serpiente*: «El Señor es contigo» añadió el celeste mensajero: hé aquí su union íntima con el Redentor de los hombres.

Alegraos, mis queridos hermanos, en estos solemnes cultos que tributais á la Madre de Dios: vuestra piedad está muy justificada. María, la llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, aparece á nuestros ojos asociada á Jesús en todos los misterios; en el pesebre, en Jerusalen, en el Egipto, en el Cenáculo, en el Calvario, en el sepulcro y en el cielo. María en el Génesis, en los profetas, en el Evangelio, en el Apocalipsis, en la Iglesia. María en la antigüedad, en los tiempos presentes, siempre inseparable de Jesús en la gran causa de la civilizacion del mundo, en la grande obra de la salvacion de las almas, en la pasion, en el combate y en el triunfo. La voluntad de Dios es que la Madre y el Hijo no se separen jamás; en la redencion de los hombres, cada cual tuvo su parte: y pues que la Vírgen Santísima padeció por nosotros y nos amó con entrañas de madre, justo es que en la Iglesia de Dios reciba el culto que se le debe, y que pongamos en ella nuestro amor y nuestra esperanza. La Vírgen María es la nueva Eva que fué dada al nuevo Adan; y lo que Dios unió con tan sagrado lazo no debe separarlo el hombre. *Quod Deus coniunxit, homo non separet.*

Lejos, pues, de ser el culto de la Vírgen santísima una corrupcion del Evangelio como el protestantismo afirma delirando, es un carácter necesario, una nota esencial por donde se dá á conocer el que profesa y practica la verdadera religion. El protestantismo, por el hecho de haberse declarado en oposicion al culto de la Santísima Vírgen, por el gravísimo yerro que ha cometido queriendo separar á la Madre del Hijo, ha perdido de vista el tipo fundamental de la Religion, delineado en la Biblia. Al contrario la Iglesia católica, solícita en unir segun su diversa dignidad á la Madre y al Hijo en liturgias y preces, en templos é imágenes, y en todo lo que pertenece al culto, prueba ser la verdadera Iglesia, porque procede segun la idea divina manifestada en el Génesis y explicada en el Evangelio.

Ahora comprendereis cuánta ignorancia ó cuánta hipocresía encierra el principal ó el único argumento de los protestantes:—el culto de María se opone al de Jesucristo, ó lo debilita al ménos: dejando aquel, toda la piedad se concentrará en este.—Falso: dejando aquel, se pierde este tambien. Dejando de amar el corazon de María ¿se amará más el de Jesús? nó por cierto: ¿será más dulce su nombre? tampoco. Lo prueba un hecho muy reciente y de gran importancia. El impío Renan publica un libro detestable en todo sentido contra Jesucristo: esta publicacion ha sido uno de los mayores escándalos que se han dado

en nuestros dias. Y bien ¿dónde se protestó con mayor energía contra este libro que impugnaba descaradamente la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo? Nó fué ciertamente entre las varias sectas que se dicen cristianas, sino en la Iglesia católica. Los devotos de María fueron los que regaron con sus lágrimas los templos; y se concibe perfectamente que los que se llaman protestantes no hicieran muchos extremos, sabiéndose que el protestantismo entró en disolucion, y que la gran mayoría de los modernos hereges degeneraron en racionalistas.

Queda, pues, justificado el culto que tributamos á la Santísima Vírgen, y defendido de los ataques de la heregía. Esta es la Mujer por excelencia, vencedora del pecado y de la muerte, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, madre y abogada de pecadores. Nó se separó de Jesús en el combate ni en el triunfo; nó la separemos nosotros en los afectos de nuestro corazon. ¡Ay de aquellos que nó pongan su esperanza en la mediacion de la Santísima Vírgen! ¡Ay de aquellos que nó encuentren una palabra, una oracion, una jaculatoria, un suspiro que dirigir á la Vírgen Santísima, ó que nó tengan el consuelo de derramar al pié de sus altares una lágrima siquiera, expresion del amor filial y de la piedad cristiana! ¿Queda por ventura alguna sombra de religion si tan dulces sentimientos se disipan? ¿Qué fé puede retener, ni qué aspiraciones, ni qué ciencia, ni qué principios, ni qué propósi-

tos, el cristiano que yá no rinde á la Purísima Vírgen María el culto que se le debe? ¿En quién pondrá su esperanza el que nó la ponga en la intercesion de la Vírgen Santísima? ¿Qué entenderá de las Santas Escrituras el que separe á Jesús de María? ¿Qué hijo no la tiene por Madre? ¿Qué huérfano no la invoca? ¿qué desgraciado no la llama? ¿qué atribulado no implora su socorro? y luego ¿en qué templo, en qué institucion cristiana, en qué libro, en qué lienzo, en qué monumento de las artes, en qué familia religiosa se relega al olvido ó al desprecio la Vírgen Santísima, reservándose todos los actos de devocion y de piedad para su Santísimo Hijo? Esto es un absurdo, un imposible. Abandonar á la Vírgen es abandonar á Jesucristo, es desertar de la Religion.

Permanezcamos fieles á ella, mis queridos hermanos, y rechacemos con horror la asquerosa propaganda de la impiedad y del libertinaje que han conseguido tan alta proteccion en España. Ya no merece Jesucristo tan alto honor de las supremas potestades; ya no es honrada por todos la Santísima Vírgen; los que ayer mañana se preciaban de católicos se han vuelto contra la Iglesia; las blasfemias y las maldades los tienen encantados: pero sus divinidades de ahora no se pueden exponer ante los ojos de las personas decentes: no tienen otro altar que algunos corazones podridos, cubiertos de gusanos.

La Vírgen vencerá, mis queridos hermanos; y

respirará esta nacion católica, tan ofendida en sus sentimientos religiosos, escandalizada y maltratada por sus ciegos perseguidores. El Señor nos mirará á todos con ojos de misericordia si fiamos en la proteccion de la Santísima Vírgen, que triunfando de todas las heregías llenó «de gozo espiritual al universo mundo.» Y nosotros vencerémos tambien, mis queridos hermanos, contando con su misericordioso patrocinio, en esta lucha constante y saludable que hemos ofrecido sostener con el pecado, con el demonio, con la concupiscencia y con la muerte, logrando vivir con Jesús y María por toda una eternidad. Amen.

Clamabit ad me et ego exaudiam eum. Ps. XC. 15.
Clamará á mí, y yo le oiré.

MIS QUERIDOS HERMANOS: [1]

El Señor prometió su misericordioso auxilio á todos los débiles y menesterosos que levantasen hasta Él su corazon y sus manos suplicantes. «Clamará á mí, y yo le oiré;» nos dice por boca del rey-profeta. Aunque nos viéremos cercados de las mayores angustias, sin fuerzas para hacer frente á la adversidad, sin amigos, sin aliados, sin defensores, el Señor no nos desampara: *cum ipso sum in tribulatione:* «con él estoy en medio de su tribulacion: yo prestaré atento oido á sus quejas, acogeré sus gemidos, enjugaré sus lágrimas.»

1 Prediqué este sermon en la ciudad de Ubeda el dia 11 de Diciembre de 1870 en la solemne festividad que se celebró en la Iglesia mayor de Santa María.

Clamabit ad me et ego exaudiam eum. Y si esto se dice en general de todos los desamparados ¿cuánto más del Sumo Pontífice y de nuestra Santa Madre la Iglesia?

Mas hé aquí, mis queridos hermanos, la gravísima afliccion que tanto nos apura en estos dias. El Vicario de Jesucristo acaba de ser sacrílegamente despojado de su dominio temporal, de su principado civil: ya no goza de la libertad necesaria para el gobierno espiritual del mundo católico; está privado de todos los medios de defensa, y realmente no es ya mas que un prisionero en poder de sus implacables enemigos. Ah! ¿qué diremos nosotros, hermanos mios, si hemos de colocarnos á la altura de las circunstancias? ¿Cómo responder á la general expectacion de tan respetable auditorio? ¿Cómo consolar á los buenos católicos afligidos?

No os hablaré de los gravísimos acontecimientos de la Italia; nó es menester referir los desastres y calamidades que afligen á las demás naciones de Europa, porque vosotros estais viendo la guerra que se hace á la Religion en todo el mundo, la sangre que corre á torrentes, el desenfreno de las pasiones que nada respetan, y este conflicto general de todos los intereses que va llevando las cosas al último extremo. La sociedad está en disolucion, y solo se salvará, como se salvó otras veces, por la accion restauradora y vivificante de la Iglesia: pero la Iglesia se vé perseguida por una vasta

conjuracion que descarga sus golpes sobre la augusta persona del Santo Pontífice, y sobre todos los fieles. ¿Qué voz daremos al pueblo católico contra el grito de guerra—*abajo el Catolicismo*—que empieza á tartamudear la moderna barbarie? Conociendo mi flaqueza, antes que dirigiros la palabra, quisiera mas bien tomar consejo de vosotros.

Todos los caminos se nos van cerrando! Ya no se puede invocar en España la proteccion del rey *Católico*, ni en Portugal el auxilio de Su Majestad *Fidelísima*, ni en Francia el del rey *Cristianísimo*, ni en Austria el de Su Majestad *Apostólica*, ni en Inglaterra la proteccion de sus reyes, á pesar del hermoso título de *Defensores de la fé*, que en dias mas felices ostentaban. Vano fuera acudir á los Gobiernos, desde que en su mayor parte dejaron de ser católicos. *Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum adversùs Dominum et adversùs Christum ejus.*[1] ¿Qué podemos prometernos de esta odiosa liga de reyes, príncipes y gobernantes contra el Señor y su Cristo? Ni siquiera se puede contar con la proteccion de las leyes, desde que tenemos leyes contrarias á la libertad de la Iglesia y á la libertad de la conciencia; leyes á propósito para perseguir la Religion aun en medio de pueblos católicos, que están protestando todos los dias, aunque en vano, de su constante adhesion á la santa causa que la revolucion combate. Pues ¿qué

[1] Ps. II. 2.

recurso nos queda? uno tan solo, el recurso de la oracion, el poder de las lágrimas; poder eficáz, y que en las grandes ocasiones hace milagros. En ese poder pone su confianza el Vicario de Jesucristo, y dice al pueblo cristiano: *Occurre, obsecro, mihi hodie*: «Haz frente á la calamidad de ahora; ruega por mí hoy mismo: *occurre mihi hodie.*»

Al ver cuanto está pasando, nos asaltan las mas extrañas reflexiones. ¿Será posible que el defender la Religion en el seno de una nacion católica nos exponga á peligros no conocidos hasta ahora? Es posible sin duda: tál es la desgracia de estos tiempos. Por fortuna, Señores, todavia no son tan malos como los de la antigua Roma, en que se acusaba á los ciudadanos de complot contra la cosa pública, solo porque oraban y gemian pidiendo el remedio de los males de la pátria: *ob lacrimas incusabantur*, dice Tácito. [1] Además, nosotros intercederémos tambien en favor de los que llenan á la Iglesia de amargura. Pediremos al Señor abra los ojos de los súbditos rebeldes del mejor de los Príncipes, y toque en el corazon de los usurpadores sacrílegos del dominio apostólico.

Pero nuestro deber es al mismo tiempo oponer sana doctrina á las corrientes de la opinion extraviada, responder á las provocaciones de la impiedad, y defender la Religion dentro de vosotros mismos, para que vuestras almas no perezcan.

[1] *Annal.* lib. VI. 10.

Necesito preveniros contra un error capital en que se fundan las contínuas agresiones contra el Pontificado, y defenderos de las seducciones que entibian la fé y excitan contra la Religion el furor de sus enemigos.

Tál es el fin á que se dirige este discurso. Pidamos á Dios que ceda en utilidad y edificacion del pueblo cristiano. Pidamos á Dios que responda al celo piadoso y á la devocion de las damas católicas que han promovido esta solemnidad religiosa. Imploremos para conseguirlo los auxilios de la divina gracia.

I.

En medio de nuestra afliccion, mis queridos hermanos, nosotros tenemos confianza en vuestras oraciones y esperamos en la misericordia de Dios. Millares y millones de almas ruegan á Dios fervorosamente por la libertad del Sumo Pontífice y por la paz de la Santa Iglesia. Todos los dias estamos recibiendo noticias muy consoladoras. El espíritu religioso se ha excitado sobremanera en todas las provincias de España: los fieles llenan los templos, ofrecen comuniones, suscriben protestas, contribuyen con sus limosnas al *dinero de San Pedro*, y hacen cuanto se puede hacer en las circunstancias presentes. Solemnes protestas contra la ocupacion de Roma han tenido lugar en Bélgica: en Suiza, pátria de Calvino, los católicos

claman al cielo por la libertad del Papa: protesta la Inglaterra, donde crece á maravilla el movimiento católico: protesta la Irlanda, siempre fiel á la Religion: protesta la Escocia, aunque dividida en bandos: protesta, en fin, la Alemania, pátria de Lutero. Todo hace creer que esta calamidad del mundo cristiano no será tan duradera como en otras épocas. Tambien esperamos que la ilustracion y rectitud de muchos no tardarán en hacer justicia á ciertos falsos principios y axiomas sin fundamento, de que nó pocos hombres honrados se dejaron impresionar. Pues qué ¿nó hemos visto nosotros el efecto que producen los desengaños en las personas de juicio? ¿Qué sucedió en España cuando desde la tribuna pública estalló en las mas atroces exageraciones el espíritu revolucionario, lanzando horribles imprecaciones y blasfemias contra Dios, contra la Inmaculada Vírgen María y contra los divinos misterios de nuestra santa Religion? «Si es que no pueden conciliarse (dijeron muchos) las cosas que yo conciliaba en mi buena fé y segun mi poca ó mucha capacidad, desde ahora digo que yo no dejo mi religion por nada del mundo; yo no abandono mi Dios; yo no sacrifico mis creencias; yo no quiero ser en la sociedad piedra de escándalo; yo no quiero turbar la paz de mi familia; yo no quiero causar la desgracia de mis hijos!»

La iniquidad pasará, como pasan las aguas del torrente: lo que nó pasará es la palabra del Señor,

que ha dicho: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Perecerán sus enemigos; él no perecerá.... He venerado, hermanos mios, los sepulcros de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo; he bajado á sus cárceles y besado sus cadenas, absorto el espíritu en la contemplacion de tan venerables reliquias. Gentes del país y extranjeros de todas las naciones frecuentan estos santos lugares: todos meditan; todos veneran; todos besan aquellas cadenas benditas, y todos beben las aguas que una tradicion supone haber brotado en el interior de oscuras mazmorras, para que los Apóstoles regenerasen por el agua y el Espíritu Santo á los carceleros y soldados que convertian á la fé de Cristo. ¿Qué pensareis, Señores, de la duracion de ese poder, que á despecho de los siglos y á pesar de tan extraordinarias mudanzas, recibe sin interrupcion y sin mengua el mismo devoto homenaje?.... Veneramos á los Santos Pontífices en los altares, en el Vaticano, en los monumentos de la via Appia, en los subterráneos de San Clemente, en las catacumbas de San Calixto y de San Sebastian, en los templos y en las cárceles, en la cima de los montes y en las orillas del Tiber. Ah! nunca muere el Pontífice supremo! la sombra bendita de los confesores y mártires de la Religion consuela y protege á todos los fieles en el vasto recinto de la ciudad Eterna; pero los Césares, pero los tiranos, pero los Nerones.... no están allí: des-

aparecieron. Ruinas colosales de sus palacios, vestigios de los jardines en que los héroes de la fé padecieron martirio, termas de marmol levantadas con el trabajo de los esclavos cristianos, el anfiteatro en que eran arrojados á las fieras, y las páginas de la historia que destilan sangre inocente, esto es lo que queda del odioso pontificado de aquellos Emperadores gentiles. Y como ellos desaparecieron, así desaparecerán tambien todos los enemigos y perseguidores de la Religion cristiana. *Ipsi peribunt, tu autem permanes:* «ellos perecerán, mas tú, oh Pedro, permaneces siempre.» *Omnes sicut vestimentum veterascent:* «todos envejecerán como envejece un vestido que se desecha cual prenda inútil; pero tú no envejecerás; serás siempre el mismo, sin decrecer con el trascurso de los años:» *Tu autem ipse es, et anni tui non deficient.* [1] Los hijos de tus siervos habitarán esas mismas regiones, y su semilla se extenderá «de siglo en siglo y de generacion en generacion.» *Filii servorum tuorum habitabunt, et semen eorum in sæculum dirigetur.* [2]

II.

Pero ¡ah hermanos mios! que no hay nada tan sagrado sobre la tierra que no esté expuesto á los

[1] Ep. ad Hebræos, 1. 12.
[2] Ps. CI. 28, 29.

ultrajes de la impiedad, nada tan antiguo ni tan venerable que nó se vea amenazado por los esfuerzos combinados de la perversidad humana y de la perversidad diabólica! Amanecieron para la Iglesia y la sociedad nuevos dias de luto. En la culta y civilizada Europa, los estragos de la guerra no se suspenden sino por cortos intérvalos; pueblos enteros, á estilo oriental, se matan en los campos de batalla: todo se vuelve trastornos y ruinas, y la agitacion ha venido á ser ¡oh desgracia! el estado normal de una sociedad desquiciada de su natural asiento. Aquí donde ya nadie reina, aspiran al reinado los profanadores de todas las majestades; y prevalida del mortal desmayo en que va cayendo la justicia, la violencia se atreve á hacerle cara y se apropia sus derechos. Ciego ha de ser el que no vea cómo pierden terreno el derecho y la justicia: el inocente es perseguido sin que le defienda su virtud; el débil es oprimido sin que le sirva de escudo su propia debilidad: táles escándalos no ocurren en el mundo sino cuando la fuerza material ejerce en algun período de decadencia su bárbara dictadura.

La guerra contra el Pontificado está muy empeñada, á tiempo que la tiranía levanta su cabeza. Aunque nó se llame Diocleciano, el cuadro que ofrece nuestra sociedad es tan doloroso que arranca lágrimas. Lo que la piedad generosa de los padres habia construido, el martillo sacrílego de los hijos lo está echando por tierra. ¡Ay de nosotros que hemos nacido en tiempos tan infelices! ¿Por qué,

Señor, quisisteis que naciéramos en dias de tanta tristeza? ¿Por qué habeis querido que presenciemos la perdicion de nuestros pueblos y la humillacion de nuestras ciudades? *Væ mihi! ut quid natus sum videre contritionem populi mei, contritionem civitatis meæ?*[1] El año que está espirando ha sido para la Iglesia, hermanos mios, un año de incomparables angustias. Desde que nuestros ojos se abrieron á la luz, jamás hemos visto la barquilla de Pedro combatida por una tempestad tan siniestra. La lucha de la revolucion contra la Iglesia es encarnizada: ¿tocará ya á su término? Este duelo solemne en que el Pontificado se defiende cuerpo á cuerpo y personalmente contra un adversario materialmente mas poderoso que le cerca y le oprime, disputándole por pulgadas el terreno y sin concederle un momento de reposo ¿marcará la última fase del combate? Y si fuese la última ¿qué vendrá despues? ¿Será el triunfo de la Religion y la paz de la Iglesia, ó vendrán desgracias mucho mayores y el triunfo del mal sobre la tierra? Yo tiemblo como cualquiera de vosotros; pero tambien me alienta como á todos los católicos la esperanza del triunfo. De todas maneras, y sean los que fueren los designios de Dios en cuyas manos están todas las cosas, la Iglesia nuestra madre se halla combatida por ese poder que llaman las Escrituras «el príncipe de este siglo»; poder mil veces mas

[1] I. Mach. II. 7.

temible por las ficciones é intrigas de una falsa moderacion, que por sus arrebatos de furor y de crueldad.

Y hablar de las persecuciones que sufre la Iglesia es hablar de las amarguras de su Pastor Supremo. Sufre nuestro Padre espiritual en su sagrada persona; sufre en sus derechos conculcados; sufre en su conciencia como Príncipe soberano; sufre de mil maneras como supremo doctor de la verdad y guia de las almas. Para encender la guerra contra la Religion y hacerla mas viva en todos los pueblos, era preciso acosar al Vicario de Cristo, rasgar sus sagradas vestiduras, llevar la mano á su triple corona, y ofrecer á los impíos el doloroso espectáculo de la santidad y de la majestad ultrajadas. El primer baluarte de la Religion es el Pontífice; por eso el infierno descarga contra el Pontificado los golpes mas formidables. Todos hemos oido el grito de Satanás contra la Iglesia de Dios, que es el mismo grito de guerra de los antiguos romanos: *Vultum feri!!* Es preciso herir á ese poder en el rostro, descargar el golpe en la cabeza, y derrocar el imperio de Cristo. Nó se jacte más el Pescador de Galilea de que tres veces en este siglo nos hayamos equivocado, entonando con aire de triunfo el himno infernal sobre el catolicismo derribado.

Oh piadoso Pastor! Vuestro Pontificado justifica la divisa que se le atribuye: *Crux de cruce.* Muy glorioso es ciertamente el del Sumo Pontífice

Pio IX, pero al mismo tiempo ¡qué desgraciado! Empieza á reinar abriendo á los desterrados las puertas de la patria, y la ingratitud es la recompensa de tanto beneficio. Ensaya en el régimen civil de sus Estados reformas generosas, pero la revolucion salpica de sangre las gradas de su palacio y estremece su trono. El príncipe mas bondadoso que hemos conocido tuvo que huir de sus Estados; mas vuelto á Roma en triunfo, como vuelven siempre los Papas, se trató de llegar al mismo resultado por caminos y medios diferentes. Un dia se le arrebata la provincia de la Emilia, otro la Umbría, y por ultimo las restantes. Un ejército se apodera de Roma; el vencedor fija por límites al augusto monarca la ciudad Leonina; algunas horas despues, la espada que los habia trazado á su antojo rebasa su propia línea, y el Sumo Pontífice queda dentro del Vaticano como un prisionero de guerra. Es Soberano, pero sin territorio; es jefe espiritual del mundo católico, pero su palabra escrita puede ser recogida en Turin y en Florencia, por el único dueño de la Península itálica.[1] ¡Oh santo Pontífice! de nuevo ensangrienta vuestra sagrada cabeza la corona de espinas, pero esta vez las espinas son mas penetrantes.

Con efecto, Señores, los opresores de ahora,

[1] Asi se hizo con la Enciclica *Respicientes ea omnia*, dada en el Vaticano á 1 de Noviembre de 1870.

diciéndose católicos y combatiendo á la Iglesia, oprimiendo al Pontífice y sosteniendo que goza de entera libertad, saben todas las artes de oprimir con astucia ó con *sabiduría*, como dice el Exodo: son de aquel linaje de políticos que se ponen de acuerdo para perseguir al inocente, diciendo como cierto rey egipcio que deseaba destruir al pueblo israelita: *venite sapienter opprimamus eum.*[1] «Venid, oprimámosle con sagacidad; empleemos todas las artes de nuestra refinada política.» *Sapienter opprimamus eum.*

Para deshacer un error grosero que cunde en estos dias, y quitar el falso prestigio con que seduce á las inteligencias débiles, tengo que hablar de dos géneros de persecucion que se han ensayado contra Jesucristo y su Iglesia. Al principio de la era cristiana y bajo el imperio romano, fué la violencia el carácter dominante de aquella ruda persecucion. Se empleaban los garfios, el potro, las fieras, las saetas, la espada. Ahogar el Cristianismo en sangre: este era el deseo y tambien la esperanza de los antiguos perseguidores. Pero el Evangelio anuncia hacia el fin de los tiempos un otro género de persecucion contra la Iglesia de Cristo, muy diferente del que usó la gentilidad: consistirá en la *seduccion*, la cual alcanzará una especie de reinado. Se disminuirán las verdades entre los hijos de los hombres, el error hará grandes conquistas,

[1] Exod. I. 10.

y el poder de la seduccion desplegará todos sus prestigios. No digo que los primeros tiranos no empleasen á veces la seduccion y el halago para vencer la fortaleza de los mártires, ni que en las persecuciones de ahora, que ya no se parecen á las primeras á no ser entre los pueblos idólatras, jamás se recurra á medios violentos: solo señalo el carácter predominante en las antiguas y modernas persecuciones. El ódio es el mismo, y el que lo inspira tambien; pero el modo de perseguir es diferente. Aunque debamos esperar un cambio favorable, uno de esos triunfos que la Religion ha obtenido muchas veces por medios inauditos que nó puede alcanzar la prevision humana, lo cierto es que en esta guerra impía entran por mucho las seducciones, los engaños, los sofismas, los delirios, las falsas teorías y toda clase de fingimientos. El Divino Salvador nos habló de estas dos persecuciones, y atentos á su doctrina vamos á descubrir los engaños qne ahora se usan.

III.

Brota el error de la cabeza de un filósofo extravagante; síguenlo algunas imaginaciones ardientes, algunos entendimientos indisciplinados, ó muchas voluntades rebeldes al yugo suave de la verdad. Fórmanse escuelas, sectas y partidos, por los medios ordinarios de propagacion que hoy facilitan rápida extension á todas las ideas. Los apóstoles del

error diputan nuevos emisarios de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, de mar á mar y de uno á otro continente. Ejércese hasta con pasion la más activa propaganda, y el más preciado triunfo que se codicia consiste en arrastrar con suavidad á los católicos, prendidos del engaño de alguna frase, en la apariencia inocente, á nó ver en aquel inícuo apostolado del error un ataque premeditado y de mucho alcance contra la Santa Religion que tienen la dicha de profesar. Si el resultado es favorable, si á los perversos se juntan los crédulos, si la opinion se extravia, entonces ya puede decirse á voz en grito que la intolerancia de Roma compromete los intereses de la Religion, y por consiguiente, que á los *tolerantes* toca ser sus defensores, y que van á salvar el Pontificado. Mil seductores van difundiendo el error y seduciendo á los débiles, *errantes et in errorem mittentes*, como dice el Apóstol San Pablo.[1]

Su argumento es que el poder temporal debe estar separado del poder espiritual: que repugna al supremo Gerarca del catolicismo el principado civil; en lo cuál no saben lo que se dicen, pudiendo asegurarse que el mayor número yerra por ignorancia. Un poder que nó corresponde á los Papas, dicen tambien, un poder que nó es esencial á la vida del Cristianismo, que nó está fundado sobre los principios de la doctrina cristiana, puede reducirse á

[1] II. ad Timoth. III. 13.

límites muy estrechos, puede cederse, puede acabarse, cuando así lo exijan las circunstancias, sin menoscabo de la Religion. Ahora por ejemplo, el Papa debe abdicar su principado civil, (ese principado que dadas las actuales circunstancias necesita como garantía de independencia en el ejercicio de su poder espiritual) y debe renunciarlo para reconciliarse con el nuevo órden de cosas: de tál manera, que si nó lo renuncia, se le puede despojar legítimamente por el concurso de los príncipes ó por la intervencion de los pueblos, sin faltar á la Religion, sin ofender al Pontificado, sin quebrantar los preceptos de la ley natural.

No es así, mis queridos hermanos. El Principado se deriva en su raíz del sacerdocio, y la Providencia juntó aquel poder al poder espiritual para salvar á la Europa y al mundo de castástrofes como la que ahora nos amenaza: ó como decia un hombre de genio, «los siglos han hecho ese poder, y lo han hecho muy bien.» Por tanto, la violacion de los derechos temporales de la Santa Sede está reprobada por la enseñanza cristiana, y por la autoridad de la Iglesia: combatir esos derechos es cosa contraria á la misma ley natural, porque es oponerse á la justicia, es perturbar el órden, es usurpar la propiedad, es atentar contra todos los fueros y privilegios que corresponden á la soberanía. Ofende, pues, á la Religion el que táles derechos atropella y usurpa, cometiendo un verdadero ultraje contra la Divinidad, conocido en

todas las lenguas con el nombre de *sacrilegio*. La cuestion no es libre para vuestras conciencias. Estamos obligados á defender sin medrosas vacilaciones cuanto concierne á la soberanía espiritual y temporal del Sumo Pontífice, porque aun su reino temporal forma una parte de nuestra Religion. Todos los Santos fueron siempre muy devotos de los derechos de la Santa Sede; y en las épocas en que Dios permite que la Iglesia sea combatida en la persona de su cabeza visible, la devocion al Vicario de Cristo, al decir de un maestro de la vida espiritual, debe considerarse como una condicion implícita de todo progreso en la gracia. [1]

Dicho esto, será bueno por punto general que los seglares que no tengan la instruccion necesaria no entren en disputas con los propagandistas del error, y se aparten de ellos para evitar peligros. *Declinate ab illis*, decia el Apóstol San Pablo. Apartaos de aquellos que anuncian una doctrina diferente de la que vosotros habeis aprendido: *præter doctrinam quam vos didicistis*. [2] No así nosotros que tenemos otros deberes, harto encarecidos por el Apóstol de las Gentes cuando decia: *Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple*. [3] «Vigilad, estudiad

[1] El P. Faber en sus *Conferencias espirituales*.
[2] Ad Rom. XVI. 17.
[3] II. ad Timoth. IV. 5.

y trabajad, sacerdotes del Señor; predicad la sana doctrina, evangelizad al pueblo, y llenad como solícitos pastores y maestros los deberes del ministerio eclesiástico.»

Cómo! ¿Detiénese por ventura ante nosotros el apostolado del error, sin atreverse á exponer sus falaces doctrinas, sin desplegar el aparente lujo de sus seducciones?

No, hermanos mios: la propaganda no se detiene delante del Sacerdote, ni delante del Obispo, ni delante del Papa. La red está muy extendida; el error se cree con derechos á reinar, y va tentando con diabólicas sugestiones á los sábios y á los maestros, á los humildes fieles, como á los doctores y á los Pontífices. Los seductores no han respetado, no respetan en la actualidad ni siquiera al Vicario de Cristo.[1] Ellos, que siguen al pié de la letra la conducta de Satanás de quien son discípulos ó enviados, ¿cómo dejarian de tentar al Vicario de Cristo, teniendo en su abono el ejemplo del diablo que tentó á Jesucristo en el desierto? El Evangelio nos dice que el discípulo no es mas que el maestro: *non est discipulus super magistrum.*[2] Como trataron al maestro, así tratarian á su primer ministro; lo que hicieron con Jesucristo en el pi-

[1] Esto fué lo que hizo Napoleon III en 31 de Diciembre de 1859 y el rey Victor Manuel en 6 de Febrero y 20 de Marzo de 1860, por medio de cartas dirigidas á Su Santidad.

[2] Luc. VI. 40.

náculo del templo harian con su Vicario en las alturas de su augusto trono. Estad atentos á este breve pasaje. Os prometo á todos indistintamente que descubrireis con suma facilidad el error que combatimos, y el miserable engaño de la seduccion diabólica que deslumbra y extravía á los pobres cristianos que no están muy arraigados en la fé.

Jesucristo, el *solo Santo*, no podia ser tentado verdaderamente; mas permitió serlo en la apariencia por el diablo, para nuestra propia enseñanza. Como si nos dijera con su ejemplo: *Videte ne quis vos seducat.*[1] Fué, pues, conducido al desierto, y de allí lo llevó á Jerusalen, y elevándole sobre el pináculo del templo, tentó al Señor de esta manera: «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está que Dios enviará sus ángeles cerca de tí, y te sostendrán en palmas, y no dejarán que tus piés se lastimen contra las piedras.»[2] «Échate de aquí abajo; *mitte te deorsum*; los ángeles vendrán, y te defenderán en todos tus caminos. *Quoniam angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis.*[3] Pero el Señor rechazó á Satanás diciéndole: «Tambien está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios.*» El diablo, que aunque escriturario, ha sido siempre un escriturario de mala fé, quedó vencido con tan inesperada cita;

[1] Matth. XXIV. 4.
[2] Ibid. IV. 6.
[3] Ps. XC. 11.

pero despues ha seguido la mala costumbre de truncar los textos sagrados, leyendo á saltos las Santas Escrituras, y explicándolas á su modo.

Pues esto mismo hacen hoy con el Papa los discípulos del diablo; le tientan como Satanás, copiando sus palabras, y empleando las mismas artes del maligno espíritu. «No tengais poca fé, nos están diciendo todos los dias los enemigos de la Iglesia. ¿Qué temeis de las innovaciones del espíritu moderno? ¿No decís que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Dios? Pues bien, ó Dios está perpétuamente con la Iglesia, ó nó lo está. Vosotros decís que sí, y debeis decirlo, porque tál lo creeis; tambien nosotros lo decimos; ese es nuestro dogma. Pues si Dios está con la Iglesia ¿qué importa que el Papa pierda dos provincias ó seis? ¿qué importa que las pierda todas? ¿Por qué no renuncia á su poder temporal? Arrójese desde el pináculo del Templo; ¿qué puede suceder? aunque se quede en el vacío ¿qué importa? los ángeles le recibirán en palmas. Hágase la prueba, supuesto que se haria sin peligro alguno, porque el Pontificado no puede perecer. Si decís otra cosa, si no estais seguros de la proteccion divina, *ipso facto* os declaramos hereges, y condenarémos vuestras alarmas, que nos parecen infundadas y anticatólicas.»

Pero el Papa responde al tentador lo que respondió Jesucristo: «No tentarás al Señor tu Dios.» Cierto que le está prometida la divina asistencia, y

acaso ¿le ha faltado hasta el dia? Desde que un Angel desató las cadenas que ligaban á San Pedro en la cárcel de Jerusalen ¿ha dejado el Señor de velar por el Pontífice y por la Iglesia? ¿Nó le protege y le custodia en todos sus caminos? Pero se ha de advertir con San Bernardo, que cuando el diablo invitaba á Cristo á que se arrojara desde el pináculo del templo, nó le brindaba con ningun camino, sino que le tentaba para despeñarlo en un precipicio. Lo mismo quieren sus discípulos conseguir del Papa; le proponen que renuncie á su soberanía, que se precipite voluntariamente desde las alturas de su trono, que se arroje con toda confianza y desde la mayor altura que sea posible. Explica San Bernardo el citado pasaje: *Angelis suis mandabit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis*, y encarándose con el diablo, dícele en sustancia con muchísimo talento y no menos gracia: Esos no son caminos, sino precipicios. Tú aplicas mal las Escrituras, oh espíritu perverso! Lo que tú propones no es un camino, sino un abismo: y si á eso le llamas camino, será un camino tuyo, pero nó se parece en nada á los caminos que vino á seguir en la tierra el Hijo del hombre, por los que «pasó haciendo bien.» *Et si via, tua est, non illius.* [1]

Tál es, Señores, la verdadera interpretacion del texto sagrado: Lucifer lo interpretó de otro modo, y tenia sus razones para ello. Un dia se rebeló con-

[1] S. Bernardi in Psalm. *Qui habitat*, serm. XIV.

tra Dios, y cayó despeñado de las alturas del cielo al fondo de los abismos: ese es el camino que él aprendió, y lo enseña á los demás. «Vosotros sois de abajo», dice el Evangelista San Juan: *Vos de deorsum estis.*[1] Vosotros sois de los caidos ó precipitados por vuestra soberbia y por vuestra vana confianza: tú y los tuyos sois de abajo, pero Cristo no conoce esos caminos, ni la Iglesia tampoco. El Papa será encarcelado como sus santos predecesores, será ligado con las cadenas de San Pedro, pero el Papa nó se precipitará desde las alturas del templo. Ese no es camino, sino precipicio: y si es camino, será camino del diablo, pero nó suyo: *et si via, tua est, non illius.* El Pontificado espera con prudente y cristiana confianza la proteccion del Altísimo, pero no tentará al Señor su Dios. El atribulado Pontífice espera en Aquel que ha dicho: «Clamará á mí, y yo le oiré.» No tiene aliados, no tiene defensores en el presente conflicto, pero «Yo estoy con él en su tribulacion.» «Porque esperó en mí, yo le daré libertad.» *Quoniam in me speravit, liberabo eum.*[2]

Y cuándo llegará ese dia? ¡Oh Señor, príncipe de los pastores, venid en auxilio de vuestro Vicario en la tierra, y convertid aquí abajo en bien de la Iglesia y de la Silla Apostólica las amarguras del tiempo presente! ¿Nó verá la generacion actual lo

[1] VIII. 23.
[2] Ps. XC. 14.

que se vió en tiempos mas felices, á saber, que vuestras misericordias son infinitas, pero que vuestros rigores tienen un término? «¡Cuántas veces, decia el Santo Rey David, he dicho en mi corazon! ¿nó tendrá el Señor misericordia de nosotros? *Numquid in æternum projiciet Deus?* [1] La mas larga y horrible de las calamidades con que el Señor castigó á su pueblo en la ley antigua, fué la cautividad de Babilonia: setenta años estuvo gimiendo el pueblo de Israel bajo el yugo de tan dura esclavitud. Otros setenta duró la miseria y postracion de Tyro, anunciadas por Isaias. [2] ¿Y nó es cierto que este plazo ha trascurrido ya para nosotros? porque bien recordareis, mis queridos hermanos, lo que nuestros padres nos decian; que estas desgracias empezaron con el siglo. Desde entonces se puede decir que no nos hemos comido á gusto un bocado de pan.

Para contener la catástrofe que nos amenaza, sea pues nuestra oracion, Dios mio, deciros con toda la vehemencia de una súplica fervorosa lo que os decia un ángel en los dias del profeta Zacarías: «Señor, Dios de los ejércitos, ¿cuándo tendreis compasion de Jerusalen y de todas las ciudades de Judá? Mirad, Señor, que este es el año setenta.» *Domine exercítuum, ¿usquequo non misereberis Jeru-*

[1] Ps. LXXVI. 8.

[2] *In oblivione eris ò Tyre, septuaginta annis.* Is. XXIII. 15.

salem et urbium Juda, quibus iratus es? Iste jam septuagessimus annus est. [1] Señor, Dios de los ejércitos, Dios de toda piedad y consolacion, volved por vuestra causa, y tened misericordia de nosotros: mirad, Dios mio, que ya estamos en el año setenta!

El profeta añade que el Señor le hizo entender palábras buenas y de consolacion: *et respondit Dominus.... verba bona, verba consolatoria.* Tenedlas tambien, mis queridos hermanos, como dichas á vosotros. Yo no pudiera acabar este discurso de mejor modo que diciéndoos palabras buenas, palabras de consolacion. «Clamará á mí, y yo le oiré. Porque esperó en mí, yo le daré libertad. Con él estoy en su tribulacion; yo le protegeré; yo le glorificaré.»

Quiera el Señor consolarnos y fortalecernos en la fé con el triunfo de la Religion y la paz de la Iglesia, para que libres de tantas perturbaciones trabajemos con mayor fruto en la grande obra de la salvacion de las almas por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

[1] Zach. I. 12.

Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Ep. ad Galat. VI. 17.

Porque yo traigo en mi cuerpo los sagrados estigmas de mi Señor Jesucristo.

MIS QUERIDOS HERMANOS:

Refiere San Buenaventura que San Francisco de Asís, dos años antes de su muerte subió al monte de Alvernia, y allí arrebatado por el amor divino orando una mañana en la ladera del monte, vió como la figura de un serafin que bajaba del cielo. Estaba crucificado y tenia seis alas de fuego; dos cubrian su cabeza, dos servian para volar, y las otras velaban el resto de su celestial figura. Aunque la cruz y la pasion no se podian conciliar con el eterno gozo de aquel espíritu celeste, entendió de sí mismo San Francisco que nó por el martirio de la carne sino por el incendio de su mente seria tambien crucificado, teniendo esta nueva semejanza sobre otras muchas que ya tenia con nuestro Señor Jesucristo. El serafin estuvo en secreto y fa-

miliar coloquio con el patriarca de los pobres, inflamó su mente con nuevos ardores, y desapareció. Al punto aparecieron en las manos y piés de San Francisco las señales de los clavos, y en su costado la herida de la lanza: aquellas llagas se enrojecian, y daban con frecuencia sangre tan abundante que empapaba los paños interiores y la túnica. Singular privilegio! nó se vió en ningun tiempo otro prodigio como este prodigio. Muere el Redentor en Cruz, y luego los serafines por puro amor quisieran morir crucificados, é imprimir las mismas heridas en las manos de tan santo religioso con el fuego del amor que ardia en su pecho. San Francisco de Asís bajó del monte como un hombre nuevo, decorado con estos sagrados estigmas, y trayendo la efigie de Cristo nó en tablas de piedra ó de madera, sino en su misma carne, dibujada por la mano de Dios.[1]

Puedo valerme de un asunto tan admirable, mis queridos hermanos, para hablaros de otros estigmas, de los estigmas sangrientos de la persecucion que padece la Iglesia. Por esta razon hemos tomado por texto aquellas palabras del Apóstol San Pablo á los fieles de Galacia: *Ego stigmata Domini Jesu in corpore meo porto:* «yo llevo en mi cuerpo los sagrados estigmas de nuestro Señor Jesucristo.» No llevaba el Apóstol en su costado la

[1] *Non in tabulis lapideis, vel ligneis, sed in carneis membris descriptam digito Dei vivi.* S. Bonavent.

herida de la lanza, ni en sus piés y manos las llagas de San Francisco; pero llevaba en su cuerpo castigado con piedras y varas las señales de la persecucion, y con ellas argumentaba á los galatas, cual yo me propongo argüir contra vosotros. Es muy oportuno en estos dias recordar el vigoroso razonamiento del Apóstol San Pablo contra los subterfugios de aquellos cristianos mudables, expuestos á todo viento de doctrina, para que los inconstantes de ahora permanezcan firmes en la fé.

I.

Escribiendo el Apóstol San Pablo á los fieles de Galacia, los reprende por su inconstancia. Le recibieron como á un ángel de Dios, aceptaron su celestial doctrina, abrazaron el Evangelio, y en el colmo de su agradecimiento se hubieran sacado los ojos para dárselos, si esto fuera posible. [1] Pero los Galatas se apartaban de la verdad que habian recibido del Apóstol, y este de Cristo. Era preciso trabajar con nuevas y porfiadas instancias hasta conseguir que de una vez se convirtieran. «¡Oh insensatos, les decia el Apóstol: ¿quién os ha fascinado hasta el punto de no obedecer á la verdad?» «No de los hombres ni por el hombre, sino por Jesucristo y su Eterno Padre que lo resucitó de en-

[1] *Si fieri posset, oculos vestros eruissetis et dedissetis mihi.* IV. 15.

tre los muertos, aprendí yo esta doctrina y todos mis hermanos de Galacia. Me admiro de que tan pronto mudeis de parecer y os inclineis á otro Evangelio. Pero no hay otro Evangelio: lo que hay es que algunos os conturban y quieren destruir el Evangelio de Cristo.»

Esta era la cuestion. Estaban los galatas metidos en los groseros errores de la idolatría, y fué á ellos San Pablo, les predicó el Evangelio, y los libertó del ignominioso yugo: recibieron el Espíritu de Dios; se hicieron cristianos. Los exhorta á que perseveren en la fé que ya profesaban; pero se retira el Apóstol, vienen los judíos, y les predican la ley: entonces los galatas se entibian en la fé, olvidan el beneficio tan grande que les dispensó el que tuvieron por ángel, y la comenzada obra del espíritu queda casi completamente deshecha por la antigua corrupcion de la carne. De lejos les dá voces el Apóstol, les llama con el dulce nombre de hijos, y se propone no dejar de amonestarles y persuadirles hasta que Cristo fuese formado en ellos: *donec formetur Christus in vobis*. Conmuéveles su poderoso acento, y penetran su corazon aquellas palabras: «Estad firmes, y no querais otra vez someteros al yugo de servidumbre:» pero los judíos enseñan la justificacion por la ley, y los galatas discurren obedecer á tan opuestas sugestiones, profesando el Evangelio de Cristo y observando la circuncision.

Pasar de gentiles á cristianos, de cristianos á

judaizantes, y de aquí á juntar las prácticas del judaismo con la profesion del Evangelio, es estar siempre pasando sin hacer alto en ninguna doctrina, es despreciar la revelacion, rechazar el Evangelio de Cristo. El Apóstol les reconviene diciéndoles en sustancia lo que pudiera decirse en el dia á muchos cristianos infieles á sus promesas: «Ya no os justificará la ley, sino la fé y la caridad por Cristo: de esto pende nuestra salvacion. La circuncision nada vale, ni la ley tampoco: si valiera la ley, fuera en vano el sacrificio de Cristo: *Si enim per legem justitia, ergo gratis Christus mortuus est.* [1] Antes adorábais los demonios, pero viene Jesucristo, os trae su Evangelio, os dá la libertad, se sacrifica por vosotros, os llama los hijos de su preciosa sangre, os regenera por el agua y el Espíritu Santo, y vosotros quereis juntar á la profesion externa de la fé las sombras y figuras de la ley, lo mas incómodo de la ley, la circuncision. La circuncision es la señal de que perteneceis á la milicia é Iglesia judáica, como el bautismo es la profesion de la ley nueva. Si creeis que la circuncision es necesaria para salvaros, Cristo, la redencion, la fé, el bautismo, la gracia, no son de provecho. *Si circumcidamini, Christus vobis nihil proderit.* [2] Primero érais gentiles; luego fuísteis bautizados; ¿por qué siendo cristianos añadís al bautismo la circun-

[1] II. 21.
[2] V. 2.

cision? ¿Pensais que el bautismo no es suficiente? esto es separarse de Cristo; es judaizar; es quedarse sin religion: *evacuati estis a Christo: a gratia excidistis.*» [1]

Los galatas no habian conocido sin duda ni aun despues de bautizados el beneficio de la redencion: ellos no sabian lo que vale la libertad de las almas: acostumbrados á vivir bajo la esclavitud del demonio, llevando el pesado yugo de las supersticiones gentílicas, caian con facilidad bajo los rigores de la ley judáica ó bajo la tirania de la carne y de la sangre, sin gustar el suave yugo del Señor, sin comprender la libertad con que Jesucristo nos ha libertado. [2] Y porque en todo tiempo se ha contendido por la libertad, bien ó mal entendida, los galatas hacian aquellas mezclas y combinaciones creyéndose libres para escoger entre el error y la verdad, entre la carne y el espíritu, entre la ley y el Evangelio. Cristo los habia hecho libres, y esta seria á sus ojos una razon poderosa para admitir su santo Evangelio; pero al mismo tiempo ellos se creian destinados á la libertad por títulos mas antiguos, si aceptaban la ley: por manera que entre las argucias de los judíos, las sugestiones de la carne, las inspiraciones del Evangelio, la inconstancia de su carácter y las exhortaciones del Apostolado, los galatas estaban confusos, caian en contradicciones

[1] V. 4.

[2] *Qua libertate Christus nos liberavit.* IV. 31.

de que no acertaban á salir, diciendo al Apóstol de las gentes que ellos eran cristianos, pero diciendo á los ministros de la sinagoga que admitian la circuncision, y por último diciendo á todos que ellos estaban por la libertad, que era por donde su carne y su sangre respiraban.

Damos este semblante á la cuestion por buscar el parecido de las inconstancias de entonces con las de ahora, y por explicar á fondo el herético libertinaje de los que en todo tiempo abandonaron la doctrina comun de la Iglesia, eligiendo nuevos dogmas y siguiendo extrañas opiniones. Los galatas se gloriaban en sus conciliaciones, y los judíos se gloriaban tambien, porque desvirtuaban en algunos cristianos la pureza de su religion: pero el Apóstol San Pablo viendo con tristeza aquellas humillaciones exclamaba: «No permita Dios que yo me gloríe sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo.» Los galatas estaban como endiosados con su libertad y no comprendian las humillaciones que se habian impuesto: tenian en memoria aquel *nolite iterùm jugo servitutis contineri*[1] con que el Apóstol quiso defenderlos de la versatilidad de su espíritu; pero ellos dando pruebas de una ligereza tan átrevida como su ignorancia preguntaron á San Pablo: «¿eres siervo de Cristo ó de Moisés?» pregunta que parecia hecha por

1 V. 1.

quien apartándose de la ley y del Evangelio abrazara la grosera esclavitud del gentilismo, á que muchos daban entonces como ahora el nombre de libertad.

Hé aquí, mis queridos hermanos, la bella ocasion que tuvo el Apóstol San Pablo de explicar la sana doctrina, obligando á los fieles de Galacia á condenar los últimos resabios de la supersticion gentílica, y á resistir los engaños del judaismo que pretendia libertarlos de todo yugo, rechazando á Jesucristo.

«Sin duda estais vosotros llamados á la libertad» les dice el Apóstol San Pablo: *Vos enim in libertatem vocati estis.* [1] Pero vosotros no entendeis lo que decís. Quereis ser libres sometiéndoos al judaismo, y ser justificados por la ley, nó por Jesucristo. ¿Es posible que vosotros, queriendo someteros á la ley, nó hayais leido la ley? *Dicite mihi qui sub lege vultis esse, legem non legistis?* [2]

Hé aquí la ley. Abrahan tuvo dos hijos, uno en la esclava Agar, otro en Sara, de condicion libre. Ismael fué el hijo de la esclava, Isaac de la libre. Aquel es el hijo segun la carne, este es el hijo segun la *promesa* hecha á Abrahan de que su posteridad gozaria de la libertad y la herencia reservadas á los hijos de Dios: Sara le concibió anciana y estéril. Estos dos nombres significan los dos Tes-

[1] V. 13.
[2] IV. 21.

tamentos; de manera que por Agar é Ismael se viene al Sínai donde radica la alianza de Moisés con el pueblo hebreo, sujeto por el pacto á servidumbre. Nó por amor de la justicia, sino por temor de la pena, quedaron los judíos sometidos á la ley: la ley engendraba los siervos; *in servitutem generans:* la esclavitud era esencial en el antiguo pacto, trasmitiéndose al pueblo israelita la servil condicion de Ismael, el hijo de la esclava.

Diversa y mas noble condicion es la de Sara. Isaac es el hijo de la *promesa,* y la promesa es de libertad para los hijos de Dios. Quedarian tambien sujetos á la ley, mas nó á la antigua servidumbre, sino á la ley del amor, á la ley de gracia. Por Ismael se vino á Moisés y á la Sinagoga: por Isaac se viene á Jesucristo y su Iglesia. La alegoría no es arbitraria: pues ello es cierto que el Señor hizo á Abrahan magníficas promesas, y que la libertad ofrecida á su numerosa descendencia solo se cumplió por Jesucristo, de quien Isaac fué una imágen. Todos los cristianos son los hijos de la promesa, y todas las naciones gentiles llamadas á la libertad entraron en la Iglesia de Dios, demostrándose que nó en vano se prometió al antiguo patriarca de la Caldéa que su descendencia seria tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo. No importa que Sara fuese estéril, ni que la Iglesia de los gentiles lo fuese tambien; porque Sara concibió á Isaac, y la Iglesia de los gentiles desposándose con Cristo, fué mucho mas fecunda que Agar y que la

Sinagoga. Solo así puede entenderse aquel canto misterioso: *Lauda sterilis quæ non paris:* [1] «alégrate, oh estéril, que no pares»: y aquella vehemente exhortacion con que la alentaron los profetas á dar voces llamando al futuro libertador del humano linaje, para unirse despues al divino Isaac que es Jesucristo, quien dió nuevo ser espiritual á todas las naciones del mundo, cada una de las cuales es vivo testimonio de la fecundidad divina.

Daba el Apóstol esta explicacion á los fieles de Galacia, y les decia: estais llamados á la libertad; los cristianos somos, como Isaac, los hijos de la promesa; no somos hijos de la esclava, sino de la libre: y puesto que amais la libertad, «desechad á la esclava y al hijo de la esclava» [2] y bendecid á nuestro Señor Jesucristo que á precio de su sangre nos ha libertado. Repudiad la Sinagoga, emancipaos del yugo de la ley, venid á la libertad de los hijos de Dios y entrad en posesion de la herencia, de que nó gozarán los hijos de la servidumbre, ni los que haciendo repugnantes conciliaciones quieran ser cristianos y judaizantes, como si la herencia prometida hubiera de repartirse entre los libres y los esclavos, entre los carnales y los espirituales. *Non erit hæres filius ancillæ cum filio liberæ.* [3]

[1] Isai. LIV.1.

[2] *Ejice ancillam et filium ejus.* Gen. XXI. 10.

[3] *Nos autem, fratres, secundùm Isaac promissionis filii sumus. Itaque fratres non sumus ancillæ filii, sed liberæ.* IV. 28, 31.

Alzaré en alto, mis queridos hermanos, este hermoso candelabro que luce en la Iglesia de Dios, para alumbrar los entendimientos y aclarar la verdad oscurecida por las disputas. La carta del Apóstol San Pablo derrama copiosa luz sobre la interesante cuestion que los galatas embrollaban, en parte por sus reminiscencias del paganismo, en parte por sugestiones extrañas, acogidas por su veleidad y flaqueza. No parecian muy seguros en discernir las obras de la carne de las obras del espíritu; querian la herencia, aspiraban á la promesa, se creian llamados á la libertad: pero si el Apóstol San Pablo no les explica la ley que ellos no comprendian, creyéndose libres y muy libres hubieran permanecido amarrados al carro de la servidumbre. Siendo cristianos, judaizaban; siendo esclavos, hablaban de libertad; y preciándose de observadores de la ley, vivian como gentiles, á la manera de aquel Cefas, á quien dijo el Apóstol: *cum Judæus sis, gentiliter vivis.* [1]

II.

Estamos de lleno en medio de la gran cuestion del dia: más desarrollada, más general, más desastrosa, esta es la gran cuestion del siglo presente; es la triste herencia que nos ha dejado la heregía

[1] II. 14.

protestante. Es una calamidad verdadera, que afligiendo á la Iglesia amenaza destruir hasta los fundamentos de la sociedad. Cristianos que viven como gentiles, católicos que se obstinan en permanecer fieles al espíritu del siglo, racionalistas que aceptan á su modo el Evangelio, materialistas que invocan la libertad, moralistas que desechan toda religion positiva, sábios que renuncian al Cristianismo á nombre de la ciencia, políticos que lo abandonan á nombre del progreso, lumbreras que ultrajan á la Iglesia católica á nombre de la civilizacion, tál es en compendio el cúmulo de contradicciones que nos ofrecen en el dia los idólatras de la libertad.

Sin duda estais vosotros llamados á la libertad: *vos enim in libertatem vocatis estis*, os diré con el Apóstol San Pablo. Esta es la obra de la redencion: Jesucristo nos libertó del pecado satisfaciendo por nosotros, nos libertó de la muerte eterna por su resurreccion gloriosa. ¿Quién sino Jesucristo libertó nuestras almas atrayéndolas por amor á su suave yugo? ¿Quién sino Jesucristo ennobleció nuestra existencia dándonos su gracia para luchar contra nuestras pasiones y vivir la vida del espíritu, que es el mayor triunfo de la libertad humana? Y por abreviar: ¿quién condenó la antigua esclavitud, y suavizó la dureza de las leyes, y dulcificó las costumbres, y destruyó el despotismo en los gobiernos? ¿Quién libertó á la mujer, y mejoró la condicion de los hijos, y socorrió á los pobres, y consa-

gró la familia, y protegió á los débiles y menesterosos, y derramó tantos consuelos en el mundo con la efusion de su sangre, con la virtud de sus Sacramentos, con su palabra divina, con el celo de sus Apóstoles y con el magisterio de su Santa Iglesia? ¿Es posible, nó digo despreciar, pero ni aun prescindir del Catolicismo cuando se trata de levantar mas alto que las nubes el genio de la libertad y las maravillas de la civilizacion?

Pero vosotros, enemigos de la libertad verdadera, habeis querido invocarla para acabar con la Religion y destruir la sociedad por sus cimientos. Os llamabais cristianos y católicos para disimular vuestras intenciones, respetábais aparentemente las bases esenciales de nuestra antigua constitucion, os fingiais bienhechores del pueblo, amantes del saber, promovedores del bien público, defensores del órden, amantes de la libertad, teniendo buen cuidado de decir que Jesucristo dió la libertad al mundo. Mas ahora que la revolucion, castigo del cielo, castigo de nuestros pecados y de nuestra credulidad, os eleva al poder, lo primero que haceis es eliminar á Jesucristo nuestro libertador: no lo quereis á la cabeza del pueblo á quien dió la libertad: no lo quereis en las leyes, no lo quereis en las instituciones, no lo quereis en la enseñanza, no lo quereis en la familia, no lo quereis en la sociedad. Quisiérais arrancarlo de la conciencia, borrar sus vestigios en las costumbres, y perseguis á la Iglesia que nos defiende á todos y á vosotros tambien

contra una ceguedad tan desapoderada. Deciais como nosotros que Jesucristo dió la libertad al mundo, que la libertad vino del cielo, y juntos deciamos á nuestros hermanos: *in libertatem vocati estis*: «sois los hijos de la promesa, predestinados á la libertad.» Nosotros procuramos ser consecuentes adorando á Jesucristo, nuestro divino libertador, siendo fieles á su Santa Iglesia, que *no es hija de la esclava, sino de la libre*: ¿cómo vosotros dais este pago al libertador divino, al Salvador de los hombres, queriendo borrar hasta las huellas benditas del que pasó por el mundo haciendo bien? Y sobre todo, ¿cómo siendo perseguidores de la Religion, que nos hizo libres, pretendeis ser tenidos por defensores de la libertad?

Esto no tiene mas que una explicacion, y la ha dado la Iglesia: esa libertad que se proclama es una tiranía verdadera: no tiene de libertad sino el nombre; es un grito de guerra contra el Catolicismo; es la libertad del mal en cuyo favor se reclama públicamente y con escándalo del mundo civilizado una declaracion de derechos. Es, pues, lógica la tiranía que está pesando sobre nosotros, la opresion de las conciencias, la persecucion religiosa, la anarquía en que vivimos, la afliccion de las familias cristianas, el gran peligro de la propiedad individual, y los contínuos asaltos que están recibiendo los intereses mas sagrados y respetables: porque esa libertad no es la verdadera, sino el disfraz de la tiranía que reinaba en el mundo antes

que Jesucristo viniera á sacrificarse por nosotros para hacernos libres. Y si no, ¿quién podria contar los desastres que ha producido esa funesta libertad que se invoca, las sangrientas conmociones, las ciudades desoladas, los tronos derrumbados, los reinos divididos, las fortunas deshechas, los destierros, cárceles y patíbulos, las lágrimas que ha costado, y *tantos crímenes cometidos en su nombre?* En aras de esa diosa implacable hemos sacrificado la fortuna pública. Ella usurpó la propiedad corporativa, impuso sobre la propiedad individual pesados gravámenes, destruyó la monarquía, arruinó la Iglesia, disolvió asociaciones cristianas, enriqueció primero al Estado para arruinarlo despues, dió la omnipotencia al poder civil para destruirlo en seguida quitando á la autoridad toda fuerza y todo respeto, se apodera de la enseñanza para destruir la enseñanza, de la beneficencia para desamparar á los pobres, combate á la Religion, pretende establecer la justicia para pasarse sin ella, *liberi justitiæ*,[1] quiere inventar una moral que no se funde en ningun principio religioso, penetra en el hogar doméstico para destruir la familia cristiana, escribe, legisla y enseña para matar las creencias, arrancar los hábitos de sumision en el pueblo, encender las pasiones, corromper, estragar, materializar y esclavizar á la indefensa muchedumbre. Hemos sacrificado la Religion, la familia, la pro-

[1] Ad Rom. VI. 20.

piedad, el trono, la moral cristiana, la autoridad, todo en suma. Hemos sacrificado todo lo que fuimos como nacion cristiana, como potencia católica; de nuestro genio nacional, de nuestras glorias militares, de nuestras conquistas, de nuestros descubrimientos, de nuestro poder marítimo, no nos queda sino la memoria. Todo lo hemos sacrificado, y todo se lo merece el genio de la libertad moderna, y todo parece poco para asegurar su completo triunfo sobre las ruinas humeantes de la sociedad. Y ese dia no puede estar lejos, pues que ya hay almas tan abyectas que se niegan á sí mismas, niegan su inmortalidad, niegan el paraiso, niegan el infierno, y se creen libres pudiendo saciar sus groseros apetitos, sin Dios, sin cielo, sin alma, sin ley, sin yugo ni freno, completamente libres, como el bruto indómito cuya felicidad consiste en pacer tranquilamente en el interior de los bosques.

Esta es la libertad que vosotros predicais, causadora de males infinitos, así como la libertad verdadera, la libertad cristiana, es fuente de todo bien. Esclavos vosotros con la primera, no alcanzareis la libertad hasta que adoreis á Jesucristo: *Si vos Filius liberaberit, tunc liberi eritis*: [1] libres nosotros aun bajo el rigor de las leyes que nos despojan y nos ultrajan, solo seriamos esclavos quemando incienso á vuestros implacables dióses. Nosotros proclamamos y defendemos la libertad con que nos

[1] . Joan. VIII. 36.

libertó Jesucristo, libertad que es para *edificacion*: vosotros proclamais y defendeis otra especie de libertad que es para ruina y destruccion del género humano. Aquella es, pues, la verdadera, esta la falsa.

Pero ¿no eres tú siervo de Cristo? ¿eres por ventura siervo de Moisés? tu ley ¿nó es la servidumbre?

Este fué el argumento que en forma de pregunta hicieron los galatas al Apóstol San Pablo, y nosotros dariamos la misma respuesta para deshacer este reparo. *De cætero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* Que era decir: Nadie me importune con nuevas preguntas sobre una materia en que yo he sido tan explícito: yo defiendo la libertad con que nos libertó Jesucristo: gracias al Divino Salvador y por los méritos de su Pasion y muerte, el buen cristiano se ve libre de la esclavitud de las pasiones y del yugo del pecado, que es su consecuencia. Y mientras esta libertad de las almas, sentida y agradecida por el pecador reconciliado como el mayor de los beneficios, se verifica sobrenaturalmente en el secreto de la conciencia, ella sale de su recóndito santuario, purifica y ennoblece las relaciones exteriores del hombre mismo, se retrata en su frente, y quitando á la sumision la bajeza y á la dignidad la altivez, trasciende á todos los órdenes de la vida pública y privada, y modifica con suma ventaja hasta las relaciones entre súbditos é imperantes en la sociedad civil.

Pero que nadie me moleste con nuevas preguntas; *de cætero nemo mihi molestus sit*: yo he sido muy explícito: yo amo la libertad: y la prueba de que con la gracia de Dios estoy dispuesto á sacrificarme por ella, aquí la teneis: «Yo llevo en mi cuerpo los estigmas de mi Señor Jesucristo.» *Ego stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.*

Hé aquí, mis queridos hermanos, la libertad verdadera: reconocedla en estas señales. Libre fué el Apóstol San Pablo en el cautiverio, en las cadenas y en la muerte: los estigmas de su persecucion daban testimonio de su libertad. Libre fué la Iglesia desde los tiempos de las persecuciones; libre en los subterráneos y en las cárceles, llevando en su cuerpo inmaculado los sangrientos estigmas de Jesús. Libre y con el espíritu abrasado por el amor divino llevaba el serafin de Asís las llagas de la Pasion, sujeto por amor al madero de la Cruz, desposado por amor con la santa pobreza, pero libre bajo el tosco sayal, libre como el aire que respiraba en las montañas de la Umbría, libre hasta remontarse á las celestes alturas, por encima de su hermano el sol á quien extático saludaba. Libres fueron tantos y tantos millones de mártires, y libre sigue siendo la Iglesia en las modernas revoluciones, sufriendo despojos, perdiendo derechos, recibiendo heridas, llorando desastres, alcanzando triunfos, y mostrando en todos sus miembros y en su augusta cabeza las señales de su Pasion y los estigmas de Jesucristo. ¡Qué dicha para nosotros,

mis queridos hermanos, que el Señor haya querido á medida de nuestra flaqueza hacernos partícipes de sus desprecios y humillaciones, infundiéndonos algun amor á la libertad en los aciagos momentos en que tan bella causa parece perdida! Dias han de venir, si el Señor no lo remedia, en que se nos someterá á pruebas mas rigorosas; porque los que viven *siervos del pecado* se consideran *libres de la justicia*.[1] De un poder semejante es dificil defenderse; nó se puede con la razon, porque no se nos escucha; ni con el derecho, porque el nuestro no vale; ni con el sufragio, porque las mayorías estan en desgracia; ni con la justicia, porque los siervos del pecado no se creen en la obligacion de ser justos. Delante de ese poder no hay mas que resistir y temblar: resistir, porque él no protege nuestra libertad ni nuestros derechos; temblar, porque ese poder no es otra cosa, como decia un antiguo filósofo, que *la injusticia armada*.[2]

Pidamos al Señor, mis queridos hermanos, que nos conforte y anime para padecer mayores trabajos. «Si somos buenos, decia San Agustin, aunque se nos esclavice seremos libres: pero si somos malos, aunque reinemos no seremos sino esclavos miserables.»[3] Ser buenos para ser libres; hé aquí otra

[1] *Cum servi essetis peccati, liberi fuistis justitiæ.* Ad Rom. VI. 20.

[2] Aristót. Politic. lib. II.

[3] *Bonus etiamsi serviat, liber est; malus autem, etiamsi regnet, est servus.* De civit. Dei lib. IV. cap. 3.

de las señales de la verdadera libertad. No nos gloriemos sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo: nó mostremos los estigmas de la infidelidad ó de la apostasía; nó imitemos á los galatas haciendo á su ejemplo absurdas conciliaciones, juntando la Religion y el espíritu del siglo, abrazando el Evangelio y declarándonos partidarios de esa falsa libertad, que es enemiga de la Religion y la aborrece de muerte: mostremos, sí, en nuestro cuerpo y en nuestra alma los estigmas de nuestro Señor Jesucristo, como una prueba de que la verdadera libertad no ha perecido todavia. Mucho tendremos que padecer, pero la Cruz triunfará. Dios mio, que aparezca otra vez en el cielo esta señal de victoria! Triunfe la Religion ahora como triunfó en otro tiempo con la excelencia de su doctrina, con la dulzura de su palabra, con la eficacia de su virtud.

Creamos en el triunfo, mis queridos hermanos: la Cruz dominará al mundo de nuevo. Dichoso triunfo que deseamos con ardor, porque de él esperamos con la paz del espíritu y la libertad verdadera, el fin de tantas discordias, la pacificacion de las naciones y la union de todos los hombres de buena voluntad, para dar nueva gloria á Jesucristo Señor nuestro que vive y reina por los siglos de las siglos. Amen.

FIN.

INDICE.

PÁGINA.

Carta del autor al Excmo. Sr. D. Antolin Monescillo, Obispo de Jaen. I
Respuesta de S. E. III
Prólogo 5

1871.

SERMON I.—Persecucion de la Iglesia. Dos clases de enemigos de la Cruz de Cristo. Del egoismo y del espíritu de sacrificio. 9

SEQUÍA DE 1863.

II.—Avisos del cielo. Cómo nos separamos de Dios por el pecado. Su bondad en el castigo. . . . 35
III.—Preparacion de la tierra y preparacion de las almas. Doble significacion de la lluvia. El agua y la sangre. Fecundidad de la tierra. Armonías de la naturaleza y la gracia. 49
IV.—El Señor remedia el hambre y la sed. Nos atrae por amor. Engaños del mundo. Deberes de la caridad fraterna. Jesucristo proveyó minuciosamente á las necesidades de los pobres. . . 65

EPIDEMIA DE 1865.

V.—La epidemia se detiene ante nosotros. De la misericordia y justicia de Dios en sus amenazas. Motivos de nuestra conversion confirmados con un axioma de la ciencia comparada. 79
VI.—El Señor perdona y no es glorificado. Dios déja obrar las causas segundas. El desamparo. Saludables efectos que debe producir una epidemia. Misericordia del Señor en el castigo. 97
VII.—Paralelo entre la conducta del Señor y la nuestra. Cómo hemos de llorar al muerto y al fatuo. Consuelos en la muerte. Jesucristo es la resurreccion y la vida. 111

SEQUIA DE 1868.

VIII.—La espada y el arco de la divina justicia. La miseria pública y la pasion de las riquezas. Beneficios que debemos al Señor. Nuestra ceguedad llevada al extremo. El porvenir anunciado. . 129
IX.—Esperanzas burladas. La pobreza forzosa y la pobreza voluntaria. La ley de la abnegacion y el móvil del interés. Riqueza de los pueblos cris-

PÁGINA.

tianos. Que el pueblo necesita ilustracion en órden á los bienes temporales. 151

X.—Encuentro de ricos y pobres. Del buen uso de las riquezas. Del trabajo y de la caridad. Pobreza y miseria. Del lujo y sus estragos. Necesidad de la conversion. 177

XI.—Castigos anunciados. Principios antisociales. El lujo y la miseria. El festin de Baltasar. De la blasfemia. Misericordia del Señor. El hijo pródigo. 207

XII.—Cuándo se pone el corazon en las riquezas. La idea del exterminio universal ha nacido de la doctrina del interés y del goce. Que debemos temer un gran desastre moral y material. Moderno y antiguo paganismo. 231

1869.

XIII.—Horribles sacrilegios á la voz de libertad religiosa. Indignacion de la España católica. Culto de la Santísima Vírgen. 253

1870.

XIV.—Defiéndese contra la heregía protestante el culto de la Santísima Vírgen. Fúndase en un concepto divino revelado en el Génesis, explicado en el Evangelio y representado en la Iglesia.. 271

XV.—Ocupacion de Roma por los enemigos del Pontificado. Error capital en que se fundan estas agresiones. Se responde á las provocaciones de la impiedad. Artes diabólicas para extraviar la opinion. Palabras de consuelo. 291

1871.

XVI.—Persecucion de la Iglesia. Razonamiento de S. Pablo contra los galatas. Vacilaciones. La falsa libertad y la verdadera. Los estigmas de la persecucion. Que es preciso ser buenos para ser libres. 315

ERRATAS.

PÁG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
9	5	*Philipp.*	*Philipp.*
10	27	*exprobaverint*	*exprobraverint*
174	2	*tamquan*	*tamquam*

Este libro se vende á 14 reales en Jaen, en casa de los editores Rubio, Plaza de Sta. María, núm. 12, y al mismo precio en Madrid en las Librerías de D. Leocadio Lopez (calle del Cármen) y D. Miguel Olamendi (calle de la Paz) donde se hallarán las siguientes obras

DEL MISMO AUTOR.

Retórica Sagrada. Libro de texto para la enseñanza de la Oratoria, recomendado por varios Señores Obispos y de gran estimacion entre los profesores. Un tomo en 4.°, 22 rs.

Estudio sobre la Elocuencia Sagrada. Un tomo en 8.°, tercera edicion, 18 rs.

Sermones de la Vírgen. Un tomo en 4.°, tercera edicion, 20 rs.

Coleccion de Sermones panegíricos. Tres tomos en 8.°, 50 rs.

De la Moral y el Derecho. Diálogos muy recomendados por la prensa nacional y extranjera, especialmente por la revista de Nápoles *La scienza e la fede*. Un tomo en 8.°, 3 rs.